LA IDEA DE VOLVER

Diego del Alcázar

Siruela Nuevos Tiempos



Diego del Alcázar Benjumea

LA IDEA DE VOLVER

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: mayo de 2026

En cubierta: ilustración © Irene Pérez
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Diego del Alcázar Benjumea, 2026
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88289-42-2

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve

Epílogo
Glosario de vocabulario montañés
Agradecimientos

A mis padres

A mi hermana

«Lo nuevo tiene que ser exaltación ejemplar, pura, sentimental, libre, de lo que queríamos que fuera nuevo cuando protestábamos de lo viejo».

MANUEL LLANO

Creo que una hoja de hierba no es menos
que el día de trabajo de las estrellas,
y que una hormiga es perfecta,
y un grano de arena,
y el huevo del régulo
son igualmente perfectos,
y que la rana es una obra maestra,
digna de los señalados,
y que la zarzamora podría adornar
los salones del paraíso,
y que la articulación más pequeña de mi mano
avergüenza a las máquinas,
y que la vaca que pasta, con su cabeza gacha,
supera todas las estatuas,
y que un ratón es milagro suficiente
como para hacer dudar
a seis trillones de infieles.

WALT WHITMAN,
«Una hoja de hierba»

Uno

> «[Fausto]. ¿Habré de leer, quizá, en miles de libros, que por todas partes los hombres se torturan y que aquí y allá hubo uno feliz?».
>
> GOETHE

Todos seremos perdonados.

Soy montañés. Tengo manos curtidas por la tierra. Aquí, entre estas montañas y estos *praos*, he pasado mis días labrando los campos y cuidando de mis vacas, todas tudancas y frisonas. Aunque humilde y sin estudios, siento dentro de mí un anhelo, una sed por saber y un deseo por entender los misterios de la vida. La sabiduría que busco a veces está en los libros, pero sobre todo está en la tierra, en el cielo, en el *rutar* del viento y en el canto de los pájaros. Ansío más, siempre más, pero mi ambición no es para grandezas ni para riquezas, sino para conocer y comprender el alma de los hombres como yo y los secretos de la naturaleza que me rodea. Tengo buen olfato, no para el oro, sino para la verdad. Y la busco desde aquí, desde mi humilde rincón del mundo.

Soy montañés. Antes de mí, antes de nuestras gentes, antes de todos los hombres, aquí no había nada. Al principio solo estaban los riscos y el verde de los *praos*, el sol, el azul del cielo, y treinta y dos nubes —una por cada valle—. Nada más. Por no haber no había ni árboles, solo pasto. Solo se veía en las *brañas* tierra yerma y algunos *ramillucos* que no se podían llamar ni árboles ni nada. Luego vino la Diosa —sí, sí, la Diosa—, y vio los campos tan baldíos que no pudo soportarlo. Necesitaba algo donde posarse, necesitaba vida con la que dar vida, alimento para que otros seres pudieran nacer o florecer gracias a los árboles. Y así fue como un día dio una orden,

declamó un conjuro en verso que todavía conserva el eco de su voz en las cuevas de la cordillera Cantábrica, esas cuevas donde algunos hombres —antes de nuestros hombres— pintaban animales que hoy ya ni existen. Y con esa orden nació la primera cueva, una cueva grande y oscura. A mí me parió esa cueva.

No es que mi madre, que en paz descanse, me pariera en la cueva. No… Es que me parió la cueva. ¿Loco? A mí me lo dijo mi *güelu* y a él el suyo, con lo que algo de verdad habrá, aunque igual no toda. En cualquier caso, esa cueva es tan fértil que ha parido otros bichos, con lo que bien podría haberme parido a mí también. Además, entre grieta y grieta hay unos huecos donde se dejan unas semillas que son como *ráspanos*, y esas semillas van creciendo poco a poco hasta que cogen el tamaño de una cría, y los días de luna las madres reciben la llamada de la Diosa y las van a recoger, siempre y cuando nadie las vea. Por extraño que parezca, aquí funciona así, no sé cómo será en otras partes.

Soy montañés. No solo me parió una cueva, sino que me enseñó a ordeñar, a segar al *dalle* y a *mudar* las vacas en verano donde las *brañas* más altas, y en invierno, cuando la nieve, a refugio donde los valles más bajos. También me enseñó a refugiarme en los *invernales*, donde mi *güelu* también buscaba abrigo. Chozas de piedra que son guardianas del ganado, guardianas de los pastores, pero, sobre todo, guardianas del tiempo. La cueva que me parió me enseñó a ordeñar las vacas, y con esa leche fresca me enseñó también a transformarla en queso o mantequilla. La cueva que me parió me armó con una azada para trabajar mis tierras, para arrancar de ellas *la maíz* o las alubias, y para *arrumar* el heno. También me enseñó a llevarlas a *belorta*. Así hemos vivido siempre. Los míos y yo.

Soy montañés. En las noches serenas, alrededor del *llar*, los paisanos compartimos historias y leyendas, recordamos a los nuestros y a los de más allá. Yo creo en la Diosa, *ya dije…* Sí, creo en nuestra Diosa, la de los montañeses, la que dio origen a todo, la que con su solo tacto creó esta tierra, y la que con sus versos

sembró árboles y también animales, *rámilas* en los montes y *caelias* en los mares, sembró *colorines* y *tasugos.* Sembró hasta el cielo… Y sí, también las historias. La Diosa sembró todas las historias y las leyendas de la *tierruca.* La Diosa no tiene nombre, pasó tanto tiempo que a ella también se le olvidó su propio nombre, por eso le decimos la Diosa, sin más.

Soy montañés. Y los montañeses creemos en las leyendas del bosque. Creemos que en él habitan seres mágicos. Algunos dan miedo, otros no, pero son nuestros seres. Que se anden con ojo los que caminen por un bosque de Cantabria, pues mil bestias los mirarán. Bestias como el *ojáncanu*, que con su único ojo en el centro de la frente y sus largas barbas, se va camuflando con las *cagigas*, o con las alisas, o con los abedules incluso, y aparecen de repente en las *camberas* para asustar, o peor, para matar. No se sabe dónde habitan, pues los bosques de la *tierruca* son tan espesos que no se pueden penetrar. Pero los he visto, sí, yo los he visto entre los nogales. Conmigo no se atreven porque me parió una cueva.

También hay *anjanas*. Hay trescientas *anjanas* solo en el Saja. Brujas, sí, pero buenas. La *tierruca* está atestada de brujas. En general tienen los cabellos largos y espesos y los ojos verdes, aunque las más especiales tienen un ojo verde y otro azul, pero esas no son tan buenas, con ellas nunca se sabe, son imprevisibles.

Soy montañés. Mi madre me puso Fausto y en el pueblo me llaman el Quesero. Pues bien, la historia que voy a contar es la historia de una *anjana* y la de un *ojáncanu* —y también la de un *trenti* y un *musgoso—.* Es la historia de toda la magia que construye la realidad de por aquí. La historia que voy a contar es sobre algo hondo y escurridizo, algo que no se ve, pero que siempre está. Algo que, sin que lo sepamos, nos lleva por un camino o por otro… Así es. La historia que voy a contar es, aunque no lo crean, la historia de un código.

No se trata de uno de esos códigos hechos de símbolos o de letras, ni de esos que se aprenden en las escuelas, ni siquiera de los que se dictan en las leyes. Nada de eso. Se trata más bien de uno de esos

códigos verdaderos, de los que vienen arrastrados por las fuerzas antiguas. Un código de los que acechan entre la *pluya*, entre las ramas de las hayas, entre las piedras cubiertas de musgos y la hiedra que se enrosca en los troncos como la mano de un muerto. Un código que marca una realidad mágica.

Porque, aunque un código no es la realidad en sí mismo, es la forma que tenemos de entenderla, de contarla y de vivir dentro de ella. ¿Y qué será de esa realidad cuando no estemos? Se esfumará… Y para que eso no pase, habrá que pactar con aquellos que puedan llevar la responsabilidad que les es trasmitida. Porque todo, al final, forma parte de un gran pacto. Un pacto que todos los hombres hacemos sobre cómo queremos seguir viviendo en los que vienen detrás. No se trata de un pacto de esos que se sellan con tinta y rúbrica, sino de uno de los de verdad, de los que atan el alma con nudos que ni el tiempo puede deshacer, de los que encomiendan al destino la más alta de las misiones: la de seguir recorriendo las *camberas* viejas, la de cruzar los puertos y bajar por los senderos entre los *escajos* y las *argumas*. La responsabilidad, en definitiva, de seguir el rastro de ese código invisible, mudo, que pronto será imposible de descifrar porque nadie lo podrá entender. Nadie, salvo quien haya tropezado con la realidad que trataba de traducir. Y por eso quiero contar esta historia: porque si alguien más llega un día a comprender lo que yo comprendí, tal vez estas palabras le sirvan de advertencia. O tal vez no.

Dos

UGFzw7MgZWwgaW52aWVybm8=
eSBuYWRpZSBkaWNlIG1pIG5vbWJyZQ==
YWxsw6EgZG9uZGUgbmFjw60=

Me llamo Adrián Miller.

Que mi apellido no lleve a engaño: soy de Suso, un pueblo perdido en las montañas de Cantabria.

No suelo hablar sobre mí. Siempre me ha resultado más fácil escribir la historia de otros a través de la investigación. Supongo que es deformación profesional o simplemente costumbre. En la universidad aprendí a pensar en términos empíricos, a buscar patrones medibles…. Pero, de repente, he sentido la necesidad de hablar de mi vida, porque hay experiencias que, por más que uno quiera dejarlas atrás, terminan reclamando su lugar y necesitan ser contadas. No por su interés, sino por lo que dicen del tiempo en que ocurrieron.

No sé si fui testigo o simplemente parte del engranaje de algo más grande, de algo que nos empuja sin que nos demos cuenta. Porque esta no es solo mi historia: es la historia de un entendimiento que todos hemos consentido sin saberlo. Hay cosas que ya no nos pertenecen, nos hemos entregado al cambio sin preguntarnos qué dejamos atrás. Mamá lo entendió antes que nadie: que en la vida no se trata de correr siempre hacia lo siguiente, sino de aprender a sostener lo que vale la pena; que la felicidad no siempre está en lo nuevo, sino en cuidar lo que ya existe. Durante años pensé que su mundo era demasiado pequeño, que había vivido poco al decidir no salir del pueblo, pero ahora que la he perdido, por fin entiendo que

lo que tenía era una certeza que a mí me costó décadas alcanzar: la de que volver es la única forma de entender hasta dónde hemos llegado. Tal vez por eso he decidido escribir mi historia. No por nostalgia, ni porque le vaya a interesar a alguien más, sino simplemente para dejar constancia de que ocurrió, y que, de alguna forma, empiezo a entenderla un poco.

Escribo estas líneas desde la Casona. Todo huele a nuevo en nuestro recién estrenado hogar. Han pasado dos años desde que empezamos la rehabilitación: se han repuesto las tejas, apuntalando los muros y desenterrando los cimientos —los de la casa y los de mi vida—. Sentado desde el salón veo la nieve caer con esa constancia que solo conocen los valles de por aquí, esos copos finos que se posan sobre el pasto y trasforman el verde en blanco. La paz de contemplar la nieve cayendo apenas la interrumpe el llanto de mi hijo hambriento en la cocina.

Pienso en cuando mamá conoció al pequeño y me cuesta creerlo; cuánto ha cambiado todo desde entonces. Y cuánto la voy a echar de menos. Que decidiera quedarme aquí fue en gran parte gracias a su empeño. Desde aquello que me pasó con Memphis… Fue antes de empezar la obra, cuando la fachada, cubierta de hiedra, se caía, igual que el tejado medio vencido, y el interior estaba húmedo y desordenado como una casa que se cansó de ser habitada. Hoy nieva igual que aquel día. Recuerdo cómo ella, con esa forma de mirar el mundo, me convenció de que este lugar, este tortuoso laberinto de mis recuerdos, podía volver a ser mi hogar.

Hoy parece otra casa. Parece otra vida.

Aquel día, hace tres años, aterricé con Memphis en Santander para presentársela a mi familia. Alquilamos un coche en el aeropuerto. Al llegar al pueblo aparcamos como si no tuviéramos prisa, y eso que ya daban las diez de la noche. No había un alma en las calles. Era Nochebuena.

Memphis ya no era mi novia, aunque todavía no pensaba en ella

como mi señora esposa. Caminaba por la calle con unas zapatillas que eran la última sensación en Nueva York, con gruesas suelas noventeras que parecían desentonar al pisar las losas nevadas de este pueblo cántabro. Memphis era pequeña y fibrosa, de formas suaves, contenidas, con un pecho firme, como si en su cuerpo todo estuviera en tensión, siempre alerta. Llevaba un abrigo de tejidos técnicos que parecía más propio de una expedición que de una cena de Navidad con sus suegros, a los que todavía no conocía. La boina que le cubría el cabello y una enorme bufanda de lana le ocultaban el rostro, escondiendo unos enormes ojos verdes de color intenso que brillaban como si estuvieran retroiluminados, como si no fueran los de una mujer, sino los ojos hipnóticos de una víbora.

Tras el breve paseo, llegamos a un portón de madera con tachuelas de hierro. A su frente se alzaba el tronco de un tejo milenario como una escultura. Nos abrió mi tío Susín.

—No te esperábamos tan tarde…

Tío Susín era un cascarrabias que de niño me imponía, tanto por su carácter áspero como por su aspecto: cejas grandes, gesto torcido, piel pálida, y manos pequeñas y frías. Además, parecía que caminaba con una incomodidad constante en el trasero. Siempre fue un solitario; de esos que prefieren los gatos antes que a las personas, aunque tampoco es que le gustaran los gatos. Tuvo la suerte de que mamá siempre lo protegió.

—Hola, tío —le sonreí. Me giré hacia Memphis—. Este es mi tío Susín, el hermano de mi madre.

Memphis saludó haciendo un leve gesto con la cabeza, como si la invadiera un respeto que yo le había contagiado.

—Hola, hija. ¿Me dejas tu abrigo?

Ella se lo quitó y se lo entregó sin decir palabra. Entramos y el calor del interior nos envolvió con el olor de la leña y de lo que se cocinaba en el horno. La casa era más grande de lo que aparentaba desde fuera, una mezcla entre austeridad y nobleza; vigas de madera, muebles antiguos y piedra arenisca.

—¡Adrián, qué ilusión!

—¡Mamá!

Mi madre me abrazó con esa fuerza que solo las madres parecen poder dosificar: lo justo para que duela un poco y al mismo tiempo parezca que lo hacen con cariño. Llevaba como siempre demasiado maquillaje, como si quisiera corregir el paso del tiempo a brochazos, pero bastó sentir su cuerpo contra el mío para que todo eso dejara de importarme. Debajo de su perfume —uno dulce, algo rancio, de esos que duran más de lo que deberían—, estaba su olor, su olor de madre. Ese aroma que un hijo no sabría describir si se lo preguntan, pero que reconocería a kilómetros. Me quedé un segundo más de lo necesario en el abrazo, con la cara apoyada en su hombro, como si pudiera absorber todo un año de distancia.

Mientras la tenía entre mis brazos fijé mi mirada en la foto del dintel de la chimenea, una de mamá y de su marido, al que siempre llamé Tío Fausto, el día que se casaron. Ella salía radiante, con un vestido blanco sin adornos y el pelo recogido, apenas sujeto con unas horquillas que dejaban caer un par de mechones sobre la frente. Sus ojos verdes, más tirando a miel que a azul, parecían mirar más allá del objetivo. Tenía una belleza serena, casi callada. Él, a su lado, posaba con gesto tranquilo, la chaqueta abierta y la corbata ligeramente desencajada. Era un hombre atractivo, de facciones duras y mirada firme bajo un tupido entrecejo. Transmitía una mezcla extraña de seguridad y melancolía. Juntos daban la impresión de una pareja que, sin ser perfecta, parecía tener un pacto misterioso: el de quererse.

—¡Uco-uco! —exclamó Tío Fausto al verme—, por fin te dejas ver por el pueblo… Ven a darme un abrazo, hijo.

—¡Tío Fausto! —me abracé a él—. Siento que hayamos llegado tarde.

—Nada. No pasa nada. Se os han quedado las alubias frías, pero te las caliento en un momento…

Aquel hombre, ya anciano, se parecía muy poco al de la foto. Tío Fausto no era mi padre, pero durante muchos años fue lo más parecido que tuvimos mi hermano y yo, puesto que Bill, mi padre

biológico, se marchó a Nueva York cuando se separó de mamá. Llamarle «tío» era, en cierto modo, dejarlo entrar en casa hasta la cocina. Su rostro, surcado de arrugas, trasmutó en aquel instante en una sonrisa que mostraba unos dientes grisáceos y gastados. Quien no lo conociera ni siquiera hubiera advertido su alegría, pero aquella mueca reflejaba un estado de enorme felicidad. Su cara, que fue afilada en otras épocas, estaba hinchada y pendía de ella una gran papada como consecuencia de una piel ya flácida, vencida por los años. Sin embargo, su mirada irradiaba cierto anhelo de seductor, el probable brío del galán que un día fue, quizás, aunque para los allí presentes aquella pose resultaba inapreciable.

—¿Uco-uco…? — preguntó Memphis vacilona al escuchar a Tío Fausto llamarme por aquel curioso apodo que venía de mi diminutivo montañés, Adrianuco.

Le reí la gracia y luego la presenté ante la expectación de todos. Empecé por mi madre, que la contempló inquisitiva. Se dieron dos besos algo forzados, aunque con amplias sonrisas. Después Tío Fausto la saludó cortés. Nos sentamos.

—Cuéntanos, Adrián, que hace más de un año que no te dignabas a aparecer… —dijo mamá, dejando con cuidado su copa de vino sobre la mesa.

—Tienes razón. Han sido unos meses intensos —mentí.

—Anda, anda. No será para tanto… —Se rio con un atisbo de tristeza que no me pasó desapercibida.

—Entre las clases, los *papers* atrasados y alguna que otra conferencia, apenas he tenido tiempo para nada. Ha sido un año agotador, la verdad.

Intenté que no sonara a excusa, porque la realidad, la verdadera realidad, es que la razón fundamental de mi ausencia había sido el tiempo que invertí en la conquista de la mujer que acababa de presentarles. A pesar de que ya entonces estábamos casados, Memphis y yo no llevábamos mucho tiempo saliendo, apenas un año. Quizá por eso, la mirada de mamá estaba llena de suspicacia; no tenía mucha fe en mi criterio con las mujeres y Memphis no

parecía darle mucha confianza; quizá pensaba que era demasiado para mí —«tiene muchas ambiciones», me decía—. Lo que peor llevaba era su éxito: no había cumplido los cuarenta y ya era una investigadora reconocida, con un sueldo mareante. Se podría decir que tenía una justificada desconfianza por el daño que pudiera hacerme. Además, estaba el hecho, no menor, de que me ataba más a Estados Unidos y me alejaba más de ella.

—Cuéntanos, ¿a qué te dedicas? —Tío Susín corrigió un leve temblor en la garganta.

Tío Fausto interrumpió la respuesta de mi chica apareciendo con una enorme bandeja de barro que contenía un humeante cabrito al que acompañaba una guarnición de verduras. Acercó la bandeja a Memphis, que apenas había probado las alubias que había de primero, y solo se sirvió de lo verde.

—¿No tomas el *cabritu*? Le criamos nosotros.

Memphis se mordió el labio y negó con la cabeza, como si la idea misma le produjera rechazo.

—Muchas gracias, pero no como carne. La proteína animal inflama el intestino y acidifica el organismo.

«Era de esperar…», alcancé a leer en la mente de mamá.

—¿Ya te ha enseñado Adrián el pueblo? —preguntó ahorrándose la impertinencia.

Memphis soltó una risita.

—No nos ha dado tiempo ni a pasar por el hotel, aunque me ha contado cada detalle… Mañana daremos una vuelta.

Me miró nerviosa. Fue solo un segundo, pero en su mirada había algo que reconocí al instante: una súplica silenciosa. Era eso que aparece cuando alguien te deja entrever que está fuera de lugar y espera que seas tú quien la meta dentro. Era el momento de soltar la bomba. Carraspeé, levanté la vista y dije:

—Bueno, familia, queríamos daros una noticia… Memphis y yo nos hemos casado.

Clavé la mirada en los ojos de mamá, a la que parecía desencajársele la cara.

—Pero… ¿cómo es posible? ¿Cómo no me has dicho nada antes, hijo? —No podía creerse que se lo hubiera ocultado.

—Nada, Maruca, los *mozucus* de hoy en día van a su bola. Ven aquí, chaval. —Tío Fausto se acercó y me rodeó el cuello con un brazo—. ¡Enhorabuena!

Luego me levanté y me dirigí a mamá, que me estrujó a regañadientes, tratando de disimular su enfado. Con lágrimas en los ojos, tras soltarme, se acercó a Memphis, a la que también felicitó muy cordial.

—Enhorabuena, hija.

—Además, queríamos contaros otra cosa… —dije muy ceremoniosamente, como si la noticia anterior no lo eclipsara todo—. A Memphis y a mí nos gustaría pasar temporadas más largas en el pueblo.

Mamá saltó de alegría, ahora sí, feliz.

—¡Pero qué ilusión! —Se levantó.

—¿Y dónde pensáis instalaros? Aquí os podemos arreglar el chamizo de fuera.

Pobre Tío Fausto, su oferta era tan noble como ilusoria, aunque algo de retranca llevaría, porque de ingenuo no tenía un pelo.

—Pero qué dices, Fausto —increpó Tío Susín—. ¿Cómo van a vivir estos dos en un chamizo con la billetera que manejan?

—Bueno… —Tragué saliva, me daba vergüenza lo que me disponía a decir.

Entonces Memphis se anticipó, como si el anuncio de la boda le hubiera dado confianza.

—He comprado la Casona, Fausto.

—¿Así que eras tú? —intervino Tío Susín, que tenía un hilo de ahogo en la voz. Esa casa le traía a la memoria demasiados recuerdos.

—Así es —contestó Memphis orgullosa, poco sensible a lo que significaba todo aquello para mi familia.

Yo no tuve nada que ver con la idea de comprar la Casona, esa era la verdad. Fue Memphis quien, entre idas y venidas, me la entregó

como un regalo de boda un tiempo después de casarnos. Nunca le conté por qué mi madre la vendió, ni todo lo que esa casa arrastraba para mi familia. Pero ella creyó —con esa fe suya, tan pragmática— que devolverme aquel lugar era la mejor forma de regalarme mi infancia, mis recuerdos. Y quizá, ahora que lo veo tres años después, lo fue, aunque también me devolviera todo lo que venía con ella.

Vi a mamá levantarse sin decir nada y volver con una botella de cava.

—¡Hay que celebrar!

—¿Y cuándo empezáis? Os vais a tener que dejar una pasta… —Tío Susín de nuevo, pesetero y cotilla.

—Pues mañana mismo vamos a entrevistar a una arquitecta para empezar cuanto antes. Se llama Elena Rubira, entiendo que la conocéis —contestó Memphis decidida.

Lo dijo casi sin mirarme. En el coche de camino me lo había soltado como una bomba, lo cual había provocado cierta tensión entre nosotros porque había sido una decisión que había tomado sin consultar, sabiendo lo que aquello significaba para mí, para mi familia, pues Elena era la novia de mi hermano Pecu cuando murió tras el accidente. Supongo que, fuera buena o mala profesional, al contratarla para hacer la obra de la Casona, años después de que todo ocurriera, Memphis creía —sin saberlo— que estaba haciendo algo reparador, como si ciertas heridas pudieran curarse con la firma de un contrato y muy buenas intenciones. Pero no, la pobre no sabía qué bestias podía estar desenterrando.

—Claro. Elena conoce muy bien la arquitectura de por aquí… y la Casona —contestó mamá, sorprendida y confusa. No tardé en entender que, detrás de su respuesta, lo que había era rechazo, o nostalgia.

Al terminar los postres todos pasamos al salón, salvo Tío Fausto, que sabiamente invitó a Memphis a que lo ayudara a recoger los platos mientras me apartaba de ella. Quería un rato a solas con mi chica. Mientras tanto, yo me aparté a ponerme un *gin-tonic*.

Después de una buena media hora, por fin los vi bajar de la cocina, ambos sonrientes, como si estuvieran contándose confidencias. Al llegar a la corta escalera que unía las dos alturas del salón, Memphis me miró. Esa mirada.

—Venga, Memphis —soltó mamá animada por el cava—. Contadme cómo os conocisteis y cómo mi Adrián, un humilde montañés, fue capaz de enamorar a una chica como tú.

Tres

«[Homúnculo]. Está en la naturaleza de las cosas:
a lo natural apenas le basta el universo,
lo artificial exige espacio cerrado».

GOETHE

Cada tarde, con el orujo en la mano, me quedo mirando la «nueva» Casona desde el patio de mi casa. Allí estuvo siempre, sí, más de trescientos años aguantando inviernos, bodas y desgracias… Fue la casa que heredó mi Maruca, hasta que decidió venderla. Esa casa tenía sabor, con su alero viejo y su portalón, que crujía como el hueso de mi cadera. Ahora, con la reconstrucción, no puedo decir que no sea pintona, pero brilla demasiado, como una muela de oro puesta en la boca de un anciano: reluce, pero no vale para masticar. Yo la miro y me pregunto si sigue siendo la misma o si es solo el recuerdo de otra cosa. Porque ya se sabe: no todo lo que brilla en el bosque es oro, ni todo lo dulce es para comer. Y aun así, aunque no se le queden a uno esas cosas más insípidas, le pueden cambiar la vida, como cuando se mira de frente al sol… o a la verdad.

¿Por qué será que hay cosas que, por más que se miren, nunca se terminan de entender del todo? Uno puede pasarse la vida observando el río correr, tratar de descifrar lo que dice el agua al golpear las piedras, cada gota juntándose con las demás, pero nunca estará seguro de si es un simple sonido relajante o si hay algo más hablando desde el fondo. Hay cosas que se revelan solo a medias. Y así son también ciertas personas: se presentan ante nosotros como si fueran claras, pero no, son esquivas, la imagen de algo que nunca se alcanza a entender del todo, y nosotros, pobres diablos, nos pasamos la vida persiguiéndolas, creyendo que si

conseguimos atraparlas habremos ganado algo.

De joven uno se confunde mucho en esto de juzgar a la gente que se cree conocer, sobre todo cuando se trata de una moza. Y no es por torpeza, sino por ansia. Porque cuando se te enciende la sangre y el mundo se te queda grande, cualquier moza que te mire dos veces ya parece que te está llamando. A mí me pasó una vez, y no era amor lo que sentí, sino calenturas. Era esa fiebre de querer conquistar algo grande, aunque no sepas muy bien el qué. Y entonces, claro, viene el error: pensar que una mirada furtiva o una risa que se te clava como una *barda* es señal de que eso es lo que andabas buscando, cuando en realidad no sabías lo que buscabas.

Déjenme que les ponga un ejemplo de por aquí: ¿cuántas veces se nos metió por los ojos una *ijana*? La *ijana*, según contaban las leyendas montañesas, era una mujer guapa que se escurría como el humo y que tenía el poder de embrujar al mozo con solo una mirada. Pero la verdad es que la *ijana* no era solo un ser de cuento: era el deseo puesto en cuerpo de mujer. El deseo cuando se viste de moza espabilada, de talle firme y paso ágil. Había mozas que parecían esas hadas de verdad: te saludaban con una risa de esas que te calentaban más que el orujo, y tú ya no sabías si responder o echar a correr. Bajaban por la linde de las *vargas* con las *juntillas* bien prietas y las albarcas marcando el paso como si vinieran de una romería, aunque no fuera fiesta, y bastaba que te miraran de reojo o que se arreglaran el pañuelo con gesto coqueto para que a uno se le olvidara hasta quién era. Pero no era amor lo que prometían; era que nosotros, los *mozucus* sin experiencia en las cosas del querer, confundíamos los hechizos con las ganas. Yo *me* recuerdo de una en particular, no diré su nombre todavía, pero tenía esa maldad que te sacaba del paso, y un día me engañó y me desvió del amor de mi vida con uno de sus embrujos. Por eso, cuando el Uco-uco nos trajo a la *Mefis* hace tres años por Navidad, con ese andar entre desafiante y sumiso, pensé: «¿Será esta como la que a mí me descarriló? ¿Será que las *ijanas* también existen al otro lado del charco?». Pero no era así, eso lo supe pronto. La *Mefis* traía otras

magias, sí, pero no eran de las que revolvían al *mozu* la sangre; sus hechizos eran peores, más peligrosos, como si no viniera a hacerte perder la cabeza, sino a ponerte delante un espejo.

Aun así, parecía que ese Uco-uco que había venido a presentarnos a su señora esposa se había vuelto majara. Tanto que se nos había casado y ni él sabía por qué. Ni por qué ni con quién. Perdido andaba. Perdido anduvo siempre, pero entonces no se le notaba tanto, y eso me preocupó. Qué aires se traía, qué importancias se daba. Que decía que había comprado la Casona, la casa solariega de su abuelo, el Marquesón, para reconstruirla y eso… ¿Acaso se creía que por haber pegado un braguetazo iba a recuperar la honra de su casa? Pero a mí, ni un músculo de la cara se me movió, todo sonrisas para la feliz pareja. Había que andarse con mucho tiento y ganarse la confianza de los enamorados, y después tratar de ayudarlos, que ellos no sabían por dónde les entraba el aire.

A la *Mefis* se le notaba el orgullo, pero por dentro, en el fondo, era un interrogante. Y cuando se despejó ese interrogante, fue como cuando un *turbión* te deja el campo inundado, sin saber ni por dónde empezar a achicar aguas. ¡Ay, madre! Si es que cuando vi al Uco-uco con la *Mefis*, al principio me dio una mala corazonada. Ella tan lista, tan guapa, tan *pisaverde*, y con todo lo que sabía de tecnología, que parecía que tenía el mundo en la mano con solo darle a un botón. Y él, pues ahí se le veía, *jartu*, que no quitaba el ojo de ella, como si estuviera hechizado. Pero ya lo dije yo, el Uco-uco no sabía lo que quería porque a ella no la veía venir; tan segura de sí misma, pensando que lo tenía todo controlado, como si la cabeza y el corazón se manejaran como una de sus máquinas, con un solo clic.

Además, la chica era muy maja conmigo. No se me quita de la cabeza la conversación tras la cena, aquella primera vez que nos vimos:

—Fausto, ¿quieres que te ayude a recoger la mesa?

—No hace falta, mujer, ya lo hago yo.

—Qué va, así charlamos.

Y nada, la tipa empezó a darme palique… Que si qué bonito es todo por aquí… Que si qué suerte haber vivido siempre en este paraíso…

Sonreía mucho. Ella siempre sonreía provocadora, como guardándose un mensaje oculto que solo entendíamos ella y yo, solo que yo tampoco lo entendía. Después le pregunté por lo suyo, por lo que hacía, aunque en realidad no me iba a enterar de nada.

—Y tú qué, ¿haces robots?

Se rio.

—No te rías de mí, mujer —le decía—. Que yo sé de campo, pero de cosas modernas ni idea.

—Pues mira… —respondió con media sonrisa—. Es como tener una cabeza que ha leído millones de cosas y puede inventar respuestas nuevas con todo lo que va aprendiendo. Así te ayuda a entenderlo todo mejor.

—¿Todo? La única forma de entenderlo todo es vivirlo, y me da en la nariz que detrás de esas máquinas poca vida hay.

—Te sorprendería… —Se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil—. ¿Quieres probar?

—¡Qué dices, mujer! Si la Maruca me tiene que ayudar hasta para desbloquear el trasto este… —Señalé mi propio móvil.

—Dime algo que se te pase por la cabeza…

—Pocas cosas tengo yo en la cabeza.

Fue ella quien, pensando en algo que me interesaría, le preguntó al trasto sobre el precio de la leche de la cooperativa y cómo podía mejorar mis ingresos, y vaya si acertó en la respuesta. No solo eso, sino que me sugirió cómo hacer para mejorar mi propia producción: dijo que vendiera las tudancas y que me centrara en la vaca frisona, que era más productiva. Ese chiste ya me lo sabía yo, pero la *jodía* máquina lo acertó a la primera y cagando leches.

—Ahí va, la hostia, pues parece que hace magia tu *aparatuco*.

—¿Verdad? Si quieres te lo instalo y ya lo utilizas tú a tu aire.

—Qué dices, mujer. Yo no valgo para esto.

—Claro que vales. Le das a este botón donde pone OmunAI y le

dices cualquier cosa que se te ocurra.

—Anda, anda. No me enredes. Vamos al salón, que nos esperan los demás. Esto no es para mí.

La moza llegaba sin duda con ese aire de forastera. Aun así, se la veía que quería agradar a sus suegros, pero como que no sabía cuánto duraría por aquí. Toda ella olía a nuevo, como un chubasquero que nunca ha visto *turbión*, o como unas zapatillas blancas, esas que ella misma lucía inmaculadas, aunque ya me dirá usted qué necesidad hay de calzarse nada blanco por aquí.

En fin. Pero lo raro no era eso… Lo raro era ella misma. Guapa, sí, muy guapa, pero no de las que te dejan sin aliento. Tenía otra clase de presencia, como si no estuviera del todo allí, o estuviera más que nadie. La voz suave, pero con filo. Y los ojos… Ay, los ojos. Qué verdes. Te miraba y parecía que te adivinaba el pensamiento, como si viniese de un tiempo anterior al nuestro, cuando los hombres aún no habían olvidado cómo hablar con los árboles. Era algo hermoso, sí, pero daba miedo. Se me erizaba la carne, como cuando vas caminando por una *cambera* y te das cuenta de que la sombra que has visto entre las hayas no es la de un *esquilo*, sino la de algo mucho más raro. Y más antiguo.

Cuatro

wr9oYXkgYWxndWllbiBhaMOtPw==
aGUgZ3JpdGFkbyBiYWpvIGVsIGFndWE=
eSBuYWRpZSByZXNwb25kZQ==

Hoy paso mis horas escribiendo desde el despacho que he instalado en uno de los antiguos silos de grano de la Casona. La estructura original estaba tan bien conservada que bastó con una capa de pintura y un buen aislamiento. Lo que me ahorré en ese apaño me lo gasté en una biblioteca como Dios manda, de madera de roble y con estanterías de suelo a techo. Borges siempre imaginó que el paraíso sería algún tipo de biblioteca. La mía no era del todo un paraíso, pero se parecía bastante a muchos templos. Lo que es seguro es que no tenía el refinamiento de aquella biblioteca de The New Club en Nueva York —donde conocí a Memphis, hace ya cuatro años—, pero algo de su espíritu parece haberse colado entre estas paredes: tal vez por la curvatura de sus baldas, o por la forma en que la luz entra a esta hora de la tarde, pero sobre todo por los libros, muchos y desordenados, en dobles filas, acostados unos sobre otros; como si, de alguna forma, hubieran encontrado su sitio en aquel caos. Quizá me gustaba por eso, pues yo también parecía haber encontrado mi sitio en el caos.

Entonces, cuando Memphis y yo nos vimos por primera vez, The New Club era el club neoyorkino del momento. Cuando me refiero a un «club» no es a un garito cualquiera de los muchos que hay desde el Upper East Side a Tribeca, sino a uno de esos *gentlemen's clubs* anglosajones donde los señores de antaño iban a fumar Montecristos número 4 y a emborracharse con buen *whisky* de malta

en mágicas casas-palacio de las zonas más exclusivas de la ciudad. The New Club era uno de esos recién inaugurados clubes: un edificio estrecho, alto, con aire palaciego y las paredes adornadas con Boteros y Warhols. Era también esforzadamente restringido y con muchas pretensiones. Aun así, no parecía conseguir el éxito que pretendía a pesar de que era conocido el dineral que se había dejado su fundador —Johnny Cross— en reformarlo y promocionarlo. Yo le conocía de algún amigo en común y no podía soportarle… A mí es que me gustan las personas sencillas, después de todo soy de Santander.

Aquel día había quedado a comer con Bill, que salía muy esporádicamente de Connecticut para venir a Manhattan coincidiendo con alguna reunión importante en el banco —del que ya solo formaba parte del *advisory board*—. Mi padre no era un tipo cariñoso, tanto es así que nunca le llamé papá, ni *daddy*, ni nada por el estilo… Bill a secas.

Aprovechando su visita a la ciudad, le gustaba conocer algún sitio de moda para dejarse ver y codearse con la gente influyente. Esa tarde Bill llegó en su Aston Martin del 70, de color verde y con una estilizada raya negra cruzando el capó. Me acerqué y le abrí la puerta, anticipándome al aparcacoches que salió corriendo a quitarme la maneta bruscamente —¿acaso se imaginó que yo iba a quedarme con su propina?, recuerdo pensar divertido—. Le costó salir del coche, se le notaba ya cascado, sobre todo por las lesiones de rodilla que le provocaban sus partidos de tenis, y le ofrecí mi mano para ayudarle a bajar del incómodo habitáculo de aquel deportivo, que tan poco le pegaba ya a su edad.

—¡Suéltame, que puedo solo! —Retiró con brusquedad mi mano. Su tono era bronco, como de costumbre.

Le solté y volvió a caer como un peso muerto sobre el asiento. Entonces me miró frustrado y aceptó mi ayuda, aunque a regañadientes.

—¿Quién te recomendó este antro? —le dije.

—¿No te gusta?

—Parece un prostíbulo para gente con pasta —contesté, vacilón.

Me siguió la broma aspirando sonriente mientras se abrochaba el botón de su *blazer* cruzada, al tiempo que se encajaba bien las hombreras, levantando con hidalguía la barbilla.

Mi padre tenía una melena plateada de esas que terminan con leves rizos en la nuca, marcada por grandes entradas, aunque desde que le conocía nunca habían ido ganando terreno. La tez mostraba su hándicap de golf y tenía rasgos de seductor, además de los de vividor, de alguien que ha pasado buena parte de su vida descorchando botellas de champán, acompañado por mujeres tan hermosas como fugaces. Le soltó veinte dólares al aparcacoches y me guio hacia la entrada, donde ya nos esperaba el *maître*.

Ya dentro, una guapísima camarera rubia de ojos color azul y labios gruesos nos pidió que la siguiéramos. Al entrar en el ascensor me avergoncé de mirarle el escote, pero no lo pude evitar, ni ella pareció molestarse al cazarme haciéndolo. Salimos en la tercera planta y atravesamos un gran salón donde había un par de mesas vacías y otra con seis u ocho personas bebiendo unos chupitos de vodka. Hacían mucho ruido, ellos tenían acento eslavo y ellas, de largas piernas y vestidos sugerentes, parecían *escorts*. Bill no les quitaba el ojo de encima, como tratando de medir cuánto dinero tendrían en sus cuentas corrientes, pues cuando uno lleva toda su vida siendo un banquero privado y tiene el olfato de mi padre, sin duda es capaz de cuantificar una cuenta corriente con solo una mirada.

La camarera extendió el brazo indicándonos nuestra mesa, «*this way, please*». Me miró de arriba abajo, creo que se fijó en mí, quizá le gusté… En Nueva York estas cosas son así: si quieren algo contigo, te miran sin disimulo y te piden tu teléfono para cenar o tomar una copa.

—*My name is Pam. Would you like to start with the Martini New Club while you are looking at your menu?* —me dijo sonriendo.

—*Two whiskies. Scotch* —contestó Bill mientras ella me clavaba sus enormes ojos azules. Nada más voltearse, mi padre torció el rostro

para mirarle descaradamente el trasero.

—Mirarle el culo así a una camarera te puede llevar a la cárcel hoy en día, Bill —lo reconvine con cierta guasa.

—Ella te lo ha mirado a ti, no hay nada de lo que preocuparse. —Se encogió de hombros—. Le gustas, a ver si no la cagas como de costumbre.

Luego dio un vistazo atento al comedor en el que estábamos. Se le notaba molesto, le hubiera gustado que todos los comensales estuvieran en una sola sala para pasarse la cena analizando el quién es quién.

—¿Necesitas dinero, Adrián? —Solía pronunciar mi nombre con un marcado acento americano, algo como Eidrian.

Sin duda era una pregunta muy de Bill. La pregunta que él pensaba que me interesaba. Y no, no se equivocaba, porque así era… Él había hecho que nuestra relación padre e hijo fuese meramente transaccional, y aliviaba su culpa dándome pasta. ¿Por qué un padre le ofrece pasta a su hijo de cuarenta años? Muy sencillo: a él le sobraba después de una vida de éxito en el lucrativo mundo de la banca de inversión, y a mí me faltaba en el ruinoso mundo de la academia al que me había dedicado. Esa imagen que proyectaba tan vinculada al éxito profesional le hacía parecer una figura muy segura de sí misma, un tipo duro, sí, con ese aire sarcástico que uno asocia a los que llevan años sobreviviendo a negociaciones sin escrúpulos y a cenas caras. Pero lo cierto es que, a pesar de esa impostada frivolidad, en casa nunca faltó nada —salvando la distancia que nos separaba—. Su carrera lo alejó de nosotros, sí, pero también fue la columna invisible que sostuvo a la familia.

Cuando pasó lo de Pecu, algo en él se quebró. No se le vio llorar en público, no era su estilo, pero se volvió translúcido, adelgazó hasta parecer otra persona. Luego se recompuso —o aprendió a sostenerse, que no es lo mismo—. Aun así, ya nada era igual entre nosotros: durante años, cada vez que hablábamos, encontraba la manera de llevar la conversación hacia mi hermano, no con

nostalgia, sino como un automatismo, como si invocarle fuera la única forma que tenía de ordenar su propio duelo. A mí, que nunca me gustó hablar del tema, aquello me incomodaba. Y así fue como, sin querer, empezamos a hablar cada vez menos… Hasta que casi se hizo el silencio entre nosotros. Un silencio que me hizo enfadarme con él, probablemente de forma injusta.

Pero Bill era una persona inteligente y manipuladora, con lo que encontró en el dinero la forma de volver a conectar conmigo, y no porque a mí me interesara demasiado, sino porque él sabía cómo lograr que mis ambiciones, que eran más intelectuales que económicas, se materializaran haciendo buen uso de su pequeña fortuna. Yo era muy buen estudiante y estaba intentando obtener una plaza en alguna universidad inglesa para estudiar mi carrera, quizá Oxford o Cambridge, pero si conseguía que me aceptaran en una de esas catedrales del saber, era consciente de que no conseguiría financiar mi vida y mis estudios allí. Por eso, cuando Bill me propuso pagarlo todo, me resultó violento que él, con el que había perdido la química, usara la pasta para recuperarme. Al principio me negué en redondo hasta que mamá, muy enfadada cuando se lo conté, me sentó y me lo dejó muy claro: «No juzgues a tu padre, Adrián, no tienes ni idea».

—La verdad es que sí, me he vuelto a quedar sin pasta, Bill. —Tuve que admitir—. Mi sueldo de la universidad no me da para pagar el piso del Soho que te empeñaste en que alquilara, aunque me pille tan lejos del campus —contesté como si estuviera pidiéndole algo que me debía, con un tono moderadamente exigente.

—Si dejaras de perder el tiempo con esas historias a las que te dedicas, y quisieras tener una carrera en finanzas, yo te ayudaría a ganar mucho dinero. Pero esa es una batalla perdida… Anna te hará una transferencia el lunes.

Después, miró hacia la puerta. Se le iluminaron los ojos al reconocer a un hombre que entraba. Era Brad Rogers, el excéntrico multimillonario cofundador y CTO de OmunAI, una de las empresas de inteligencia artificial más influyentes del momento. Era de esos

personajes imposibles de ignorar, siempre rodeado de esa aura; entre visionario y farsante. Su estilo extravagante y su tono grandilocuente lo habían convertido en una figura habitual en los pódcast más polémicos del sector tecnológico, donde tenía gran éxito por sus comentarios disparatados.

—¡Brad! Viejo zorro, ¿qué haces tú por aquí? Seguro que con alguna chica joven y guapa. —Mi padre le dio un pellizco en la mejilla mientras se descojonaba.

—Hola, Bill, pues estoy aquí con mi novia. —Hablaba como si fuera un joven que estuviera por fin madurando después de años de juerga. Entonces me miró—. Este debe ser tu hijo, ¿no? Tú padre me ha dicho que trabajas en Columbia. Yo soy un *donor* de tu universidad… ¿Lo sabías?

Sin duda era un hombre arrogante. Asentí, mientras me levantaba para darle la mano.

—Encantado, señor Rogers.

—¿Por qué no os venís a mi reservado? Así te presento a mi novia, Bill, siempre y cuando no le tires los tejos, que nos conocemos.

Ambos se rieron como si les faltara el aire, una risa muy sonora al tiempo que ridículamente forzada. Yo hice una mueca cuando Brad Rogers me miró para que me riera con ellos, como un código que tenían y al que me invitaba a sumarme, y aunque lo intenté (juju, jeje), no me salió nada natural. Me miró de soslayo. Seguramente pensó que no era tan dicharachero y divertido como Bill.

Seguimos a Rogers: cruzamos el comedor en el que estábamos y nos metimos en un pasillo forrado de un fieltro verde, como el que tienen los paños de las mesas de billar. Había poca luz. Apareció de repente el *maître*, que se acercó sonriente para abrirnos la puerta de un agradable y retirado comedor privado.

Entonces la vi por primera vez.

Algo en ella me llamó la atención. Lo primero que me capturó fueron sus ojos. También su pelo, moreno y rizado, que parecía medio desordenado, como si llevara años perfeccionando la manera más natural de parecer espontánea. No era una belleza de revista,

pero tenía un atractivo evidente. Intuí enseguida que era rara, de esa clase de rareza que puede arrastrarte sin que te des cuenta.

Todos nos saludamos y nos sentamos. Empezamos hablando de chorradas hasta que Bill —qué sorpresa— introdujo un tema de lo más profundo, quién sabe si para hacerle la pelota a su amigo Brad Rogers o para impresionar a la chica… De lo que estoy seguro es que no lo hizo por mí.

—Volviendo a lo del otro día, Brad —dijo haciendo girar el *whisky* en el vaso—. Aquello que dijiste…, ¿lo de conectar el cerebro a internet?

Brad dejó su copa en la mesa con una calma que resultaba irritante.

—No es exactamente así. —Sonrió.

Memphis levantó una ceja.

—A Brad le encantá fantasear con estas cosas… —añadió riéndose —. Aunque cada vez suena menos a ciencia ficción.

—¿Y cómo se supone que funcionará? —pregunté.

Brad se encogió de hombros.

—Con nanorrobots. —No me miró, se le veía sobrado. Aquello me hizo reír, una risa incómoda, forzada, irónica.

—Fantástico. El alma conectada al wifi.

—No seas dramático —dijo él—. Solo será información.

—¿Información sobre qué?

—Sobre todo lo que nos pasa por la cabeza… —respondió—. También sobre lo que sentimos.

Aquello me molestó.

—«El corazón tiene razones que la razón no entiende» —dije casi para mí.

Brad frunció el ceño.

—¿Pascal?

Asentí, sorprendido de que hubiera cazado la cita al vuelo.

—¿Y qué haréis con las razones del corazón?

Brad apoyó los codos en la mesa.

—Procesarlas…, entenderlas…

—¿Y luego?

—Optimizarlas.

Memphis soltó una pequeña risa, como si intentara suavizar el ambiente.

—No creo que sea tan frío como está sonando en boca de Brad —dijo—. Solo sabremos más sobre nosotros mismos.

—No sé, tampoco hay que saber mucho más…

Ella me miró con curiosidad, casi con ternura.

—¿No te gustaría saber por qué eliges siempre a la persona equivocada?

Parecía intuir lo que en realidad me pasaba.

—¿Y si no es un error? —respondí.

Brad negó lentamente con la cabeza.

—El mundo está lleno de errores emocionales, Adrián.

Era un ser condescendiente. Me puse pedante.

—También de poesía.

—Y de divorcios… —Miró a Bill y ambos se rieron.

Memphis observaba la conversación en silencio, secretamente atraída por nuestro duelo.

—Quizá lo único que cambie —dijo al fin— es que veremos mejor los patrones, las cosas que nos hacen daño.

—¿Y la emoción, el riesgo? —pregunté.

Brad soltó una breve carcajada.

—La emoción está sobrevalorada.

—¿Quieres eliminar la emoción en el amor?

—Así es, especialmente en el amor.

Lo dijo con tanta seguridad que por un momento me quedé sin respuesta.

—¿Y si lo valioso fuera precisamente eso? —murmuré—. No saber.

Memphis inclinó la cabeza.

—No saber es una forma de sufrimiento —soltó.

Brad asintió y celebró su comentario levantando la copa hacia ella. Hubo un silencio corto tras el que Bill, que parecía aunsente de la conversación, también levantó su vaso.

—Si el algoritmo quiere elegir por mí la próxima vez que me enamore, adelante; está demostrado que no se me da muy bien.

Las risas rompieron la tensión mientras Memphis me clavaba sus ojos verdes.

Cinco

«[Wagner]. Nos reiremos del azar en el futuro,
y un cerebro que sabrá pensar,
también se convertirá en un pensador».

GOETHE

Yo me crie con las enseñanzas antiguas, haciendo caso de las costumbres y las tradiciones. Gracias a esa sabiduría aprendí a temer lo que no se ve, a respetar lo que habita en lo espeso, y así, poco a poco, fui entendiendo un mundo que es más grande y más hondo de lo que se nos muestra a simple vista.

Por eso me preocupan los mozos de hoy, los mozos como el Uco-uco, porque están enganchados a otros saberes y pasan de los cuentos de los viejos. A ellos lo único que les importa es lo que diga el cacharro ese que llevan en la mano como si fuera la palabra del mismo Dios, como si con invocar esa pantalla ya supieran qué hacer: qué comer, qué pensar, cómo quererse… Siguen lo que les dice ese aparato casi devotamente, sin rechistar, como ovejas al son del cencerro, solo que el cencerro ahora se llama *influencer* —que ya me dirá usted qué oficio es ese—. Hoy el saber es una moda pasajera, un capricho: ayer se lamentaban por una guerra y hoy ya se les olvidó; ayer lloraban por el planeta y hoy no desaprovechan la oportunidad de coger un avión; ayer decían que no se podía mentir y hoy comparten embustes digitales alegremente. Y así andan, como moscones en agosto que no saben dónde posarse, pero cuando les hablas de lo antiguo, de lo que aprendieron los de antes para enseñárnoslo a nosotros, te miran con soberbia, como si fueras un dinosaurio que no ha entendido que este mundo ha cambiado y ya nada puedes aportar tú —ni tú ni todas las generaciones anteriores

a ti—. Pero qué sabré yo, si tan solo soy un quesero que aún cree que la leche no sale del tetrabrik.

Miren, la sabiduría no llega de golpe, sino que se va metiendo en los huesos, como el *morriñar*. A veces miro atrás y me acuerdo de aquel crío que un día fui, corriendo detrás de mis vacas por las *brañas*, con las piernas llenas de arañazos y la cabeza llena de cuentos. Yo no era como los niños de ahora, eso seguro. A mí me gustaba aprender, acercarme a los que sabían mucho para ver si algo de ellos se me pegaba. Porque había que llevarlo con orgullo: a mí me parió una cueva y eso, tarde o temprano, vendría a buscarme.

Había dos figuras muy sabias de cuando yo fui *mozuco*: Tío Nelo, conocido en el lugar como «el Autillo», y Tío Toño, apodado «el Moñigo». Ambos eran pasiegos. Tío Nelo, el Autillo, era alto, seco y con la piel tostada como una castaña. Sus ojos eran grandes y saltones como los de un cárabo, siempre pícaros, como si esperaran descubrir algún secreto oculto, y tenía la nariz afilada como un *gurizo*. En cambio, Tío Toño, el Moñigo, era chato, enjuto y fofo. Sus pómulos eran rosados y se posaban sobre unos labios menudos y apretados.

Tío Nelo, el Autillo, habitaba en la Cabañona, ubicada en la parte alta del pueblo*,* mirando hacia el Pisgu, mientras que Tío Toño, el Moñigo, vivía en el extremo opuesto, cerca de la Fuente'l Dujo. A pesar de la distancia que separaba sus casas, no se les veía separados jamás, ni siquiera cuando se recogían. Yo entonces —hace más de medio siglo, todavía un *críu*— no vivía fijo en ninguna parte, andaba moviendo mis vacas en busca de los mejores pastos y me encontraba al dúo a menudo en las *camberas*, con lo que acabé por compartir una relación especial con ellos. Lo mío me costó ganarme el respeto y la simpatía de estos dos pasiegos, ya lo creo, pues no se prodigaban con nadie más que consigo mismos. Acabé por visitarlos con frecuencia, no solo por su carácter misterioso, que me producía una gran curiosidad, sino también porque valoraba las

historias y la sabiduría que ambos ancianos compartían. A su vez, Tío Nelo, el Autillo, y Tío Toño, el Moñigo, veían en mí una chispa de juventud, una esperanza que los llenaba de orgullo y les recordaba a su propia mocedad.

Eran hombres de trapicheos. Ricos —los colchones mullidos de tanto billete—, pero tan humildes que nadie lo hubiera dicho. Entre otras cosas organizaban las cacerías de los *pisaverdes*, esos descendientes de indianos que codiciaban tener un oso pardo de alfombra, o el cráneo de un rebeco en la pared, o un lobo, qué sé yo… También eran *escoteros*, de la tradición contrabandista pasiega que venía desde Carlos V, aunque eso a mí no me lo dijeron jamás, que se las daban de honrados*,* pero yo lo sabía, porque a mí no se me escapa nada. De ahí les venía tanto billete…

Yo de *mozu* andaba muy solo. Mi madre, que en paz descanse, murió casi recién parido yo, y me cuidó mi *güelu* hasta que también se me fue siendo niño*.* Ya por entonces Suso era un pueblo inhóspito y apenas tenía gente de mi edad, salvo en el estío, cuando venían los veraneantes. Mi soledad la contrarrestaban los animales del *monti* y mis vacas, sobre todo mis vacas. Y sí, tuve la fortuna de tropezarme con Tío Nelo, el Autillo, y con Tío Toño, el Moñigo, que ejercieron sobre mí gran influencia. Diría que fueron mis maestros, pues yo a la escuela no se puede decir que fuera mucho —ni mucho ni poco, que no fui nunca—. Ellos eran hombres de mucho saber, y de mucho compartir su saber, y conseguían saciar mi curiosidad al tiempo que me invitaban a hacerme más y más preguntas. «La sapiencia no está en las escuelas, *Faustuco*, ni en las iglesias; se encuentra en la tierra, en las historias que te contamos los mayores y en cada rincón del valle», me decía Tío Nelo, el Autillo. Y yo lo escuchaba…, pero también tenía a Tío Toño, el Moñigo, que sin contradecirle me pasaba libros a escondidas, como si fueran algo prohibido. Y gracias a él aprendí poco a poco a juntar letras hasta que le cogí el gusto a devorar páginas. Así fue como empecé a entender el mundo: el de aquí, de mi *tierruca*, el de allá fuera y, sobre todo, ese otro que no se ve pero que está…, el mundo que

solo entienden los que saben que hay verdades que no entran por los ojos, pues no todo lo real hace ruido ni se deja tocar. Y así fue como me adentré en los inexpugnables laberintos del saber.

De entre los *pisaverdes* que la pareja llevaba de caza por el valle, uno de los de más relumbrón era el señor de Escandón, el marqués de la Sierragorda. Era un hombre obeso al que había que subir en la Lola —la mula resabiada de Tío Toño, el Moñigo—, porque era incapaz de ascender las laderas *pindias* del *monti*. La pobre Lola… Además de *tambujo*, el marqués de la Sierragorda era conocido por su pésima puntería, por eso solo se iba de caza con Tío Nelo, el Autillo, y con Tío Toño, el Moñigo, pues estos te ponían a los animales tan cerca que lo difícil era fallarlos.

El marqués de la Sierragorda solía instalarse en su casa solariega de Suso, la Casona. Era una casa que su familia tenía desde que la construyó su antepasado, virrey del Perú. Sí, esa… La que ahora reluce como los chorros del oro después de la reforma del Uco-uco, aunque muchos años después de que todo esto sucediera —qué viejo me siento—. El Marquesón y su familia siempre habían vivido en Santander, pero se mudaron a Madrid porque según él haría mejores negocios allí, aunque era conocido que no era por eso, pues vivía de las rentas y pocos negocios inventaba. La razón era que le vencía prodigarse en el circo social. Además, decía que así sus hijos tendrían acceso a mejores colegios para hacer *la* PREU, que así se le conocía al curso de preparación para la universidad en España en la época de Franco.

Un día me pidió Tío Toño, el Moñigo, que le acompañara de caza. No era extraño*,* pues yo conocía el *monti* casi como ellos y tenía varios años menos, con lo que subía que me las pelaba. Tío Nelo, el Autillo, ese día estaba ausente, esas ausencias de las que evitaban darme explicaciones —ni yo las pedía—, pues todos sabíamos que andaba porteando alguna ilegalidad. El caso es que me fui con Tío Toño, el Moñigo, a por el señor marqués, y resultó que el *mondregote* intentaba convencer a su hijo para que nos acompañara, un mozo *chiquituco* y enclenque. Llevaba unas gafas

grandes que descansaban muy precariamente sobre una nariz apretada y diminuta. El chaval no quería venir *ni a hostias*, venga a llorar. Entonces pasó algo que nunca olvidaré: se abrió el portón de madera de la casa, con esas tachuelas tan señoriales, y de ahí salió una moza muy enojada. Tenía la piel nívea, los ojos verdes como aceitunas y mucho carácter. Se acercó al tirillas, impertérrita, y culminó su atropellada aparición con un *linternazu* que casi lo *esnuca*. Recuerdo aquella primera vez que la vi y todavía se me viene una extraña excitación.

—Deja de llorar, niñato —le dijo después, toda chula—. Ya le acompaño yo, que no te aguanto.

Su padre ni se inmutó. Estaba ya subido en la Lola de espaldas a la escena. El niño sonrió ampliamente, agradecido por la enérgica aparición de su hermana y casi hasta por la colleja. Ella le arrebató el zurrón y se lo puso de bandolera, lista para comenzar el repecho de Peña Sagra, que no era poca cosa.

El sol del alborear teñía de amarillo los *praos*. La hierba andaba empapada por la *rociá* y olía a tierra fresca, mientras que las montañas nos contemplaban *quietucas*, recortándose contra un cielo de amanecida. Yo caminaba tranquilo al lado de la moza, que se me antojaba con muchos aires, como mirándome por encima del hombro, toda galla. Tendría unos dieciséis, mi edad de entonces. Cuando me ponía a su altura, sus pasos avanzaban ligeros sobre el suelo. Vestía unos *calzones* delicados, más propios de la ciudad, y su pelo estaba peinado con maña, aunque se le escapaba algún fleco que ondeaba rebelde. De cuando en cuando torcía el gesto, mirando con desprecio los cantos que salpicaban el camino o los tábanos que saltaban al paso de ambos.

En un momento dado intenté entablar conversación, divertido por su arrogancia.

—Mira —dije señalando el mar de arbustos que nos rodeaba—. ¿Sabes qué son? —Ni me miró—. Arándanos. Por aquí también les decimos *ráspanos.*

Me agaché y le ofrecí un puñado. La niña apenas giró la cabeza

para mirarme, su nariz respingona inclinada hacia el cielo.

—No me gustan —murmuró, arrastrando las palabras con una mezcla de fastidio y arrogancia.

Me sonreí mientras pensaba que era una niñata, que le tendrían que haber dado dos bofetadas por antipática, pero por otro lado una extraña sensación me recorría, pues en el fondo me hacía gracia, a saber por qué. Lejos de callarme, cambié de tema.

—¿Ves esa ave allá arriba? Es un buitre negro. No todos los días los ves por aquí. Has tenido suerte…

—Poca suerte tengo de ver un pájaro tan feo.

Entonces solté una carcajada. Fue un estallido espontáneo que irrumpió sin previo aviso, tan fuerte que me hizo arrugar el rostro mientras sacudía los hombros. Entonces me miró… Por fin. Al principio con desdén, pero enseguida se contagió de mi risa y no pudo evitar soltar una carcajada. Me vio captar ese momento y alejó la mirada para recuperar su engreimiento, pero ya había conseguido robarle una sonrisa y ella lo sabía.

—Aquí cada planta, cada animal tiene una historia. Es como descubrir un libro que nadie más ha leído.

—No parece un libro muy interesante —bufó.

Volví a reírme y seguí el camino en silencio, más animado de lo que a ella le hubiera gustado tras aquel primer encuentro tan bronco. La chica me divertía. Sabía que, aunque ella no quisiera escuchar, en lo profundo de su rostro había otras señales, que como con el paisaje, hablaban por sí mismas si se sabían interpretar.

Entonces Tío Toño, el Moñigo, hizo una señal con la mano y todos nos detuvimos. Señaló a los riscos de Peña Sagra, donde pastaba una rebeca en una posición imposible, como pegada a un muro vertical. Tras ella alerté a otras dos y un macho. Todos se agacharon menos yo, que ayudé al Marquesón a bajarse de la Lola, operación que se ejecutó con una falta total de pericia, pegando tremendo *lapiazu* contra el *bardal* que había por el lado contrario al que intentaba bajarse.

Hizo mucho ruido, un milagro ver que la pelota de rebecos seguía

allí mismo sin inmutarse. Estarían a unos quinientos metros de nosotros y nos dispusimos a rececharlos. Tío Toño, el Moñigo, iba delante, el marqués de la Sierragorda detrás seguido por su hija, y yo cerrando la fila. El jadeo del Marquesón me quitó toda esperanza de que el lance se ejecutara con éxito, pero sorprendentemente conseguimos quedarnos a unos trescientos metros sin que ningún animal nos mirara. El marqués entonces se sintió cómodo para tirar y Tío Toño, el Moñigo, me hizo una señal para que le sirviera de soporte. Me acerqué y me arrodillé delante de él para que apoyara el rifle en mi hombro derecho. Me tapé los oídos con las manos esperando el estruendo del disparo con cierto temor, pues notaba como el pulso del marqués de la Sierragorda temblaba en exceso.

—Voy a disparar —le escuché susurrar.

En ese momento, algo inesperado pasó.

—¡¡Cof, cof!!

La tos de la hija alertó a los rebecos, que salieron escopetados peñas arriba antes de que el Marquesón ejecutara su disparo. Era una tos totalmente impostada, nada natural. Todos nos volteamos a mirarla, sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. El marqués parecía que iba a explotar, con la cara enrojecida por la ira…

—¡Pero, Maruca! ¡Serás boba! —alcanzó a decir mientras se quitaba la boina para pegarle un gorrazo.

—¡No he podido aguantar la tos, papá! No me riñas…

Me eché a reír mientras Tío Toño, el Moñigo, me miraba incrédulo.

Aquel fue mi primer encuentro con Maruca.

Seis

Tm8gaW50ZW50ZXMgaGFibGFyIGNvbiBEaW9z
bmkgY29uIGVsIGRpYWJsbyw=
aW50ZW50YSBoYWJsYXIgY29ubWlnbw==

Starry, starry night… Paint your palette blue and grey…

Suena *Vincent*, de Don McLean, en el tocadiscos que me regaló mamá el día que inauguramos la Casona. Es curioso cómo ciertos objetos —los vinilos, por ejemplo— acaban volviendo. En plena era de Spotify, resulta que ahora se venden más vinilos que nunca, y yo, que de adolescente me sabía de memoria la colección de mi madre, puedo ahora volver a ellos. La echo de menos. Esta canción, en particular, era su favorita —o al menos era la que cantaba cuando creía que no la oíamos—. Para mí *Vincent* se convirtió en una especie de himno que no solo me conectaba con ella, sino también con recuerdos que no sé bien por qué siguen ahí, con personas que ya no están.

De pronto, al oírla sonar, me vi transportado sin previo aviso a una mañana de resaca en mi piso del Soho, apenas cuatro años atrás. La noche anterior había terminado con demasiados chupitos después de la cena en la que acabé con Bill en el privado de Brad Rogers, el día que vi a Memphis por primera vez. A la mañana siguiente de aquella cena me desperté con un fuerte dolor de cabeza. Un rayo de sol encontró el único resquicio libre de la cortina y fue a darme directamente a los ojos. A mi lado, una mujer bellísima dormía aún de espaldas, enredada en las sábanas, pero no, no era Memphis, eso no ocurrió tan deprisa. La noche anterior, al salir del reservado de Brad Rogers, con más chupitos de los que me gustaría, me crucé

con Pam. No hablamos demasiado… Y sin embargo, al despertar, mientras ella dormía con el rostro girado hacia la ventana y una pierna fuera de la sábana, algo me resultó inquietantemente familiar. Fue la canción la que me llevó al recuerdo, pero lo extraño es que su rostro también me sonaba, me recordaba a alguien.

El caso es que aquel día me levanté resacoso intentando que Pam descansara. Encontré mis pantalones en la mesilla de noche, me los puse y me fui a hacerme un café a la cocina. Luego traté de atar los cabos de la noche anterior: no me acordaba de nada. Lo habíamos pasado bien con Memphis y Brad Rogers, la verdad, aunque la resaca era enorme. Recuerdo que, en algún momento de la noche, Memphis y yo nos hicimos a un lado:

—Anda, ¿hablas español? —le pregunté.

—Sí. Mi madre es española, aunque he nacido y vivido siempre en Estados Unidos.

La chica me atraía, aunque también recuerdo pensar que era un poco marisabidilla: todo lo preguntaba, todo lo sabía, todo lo cuestionaba. Con ese tono de voz tan repelente que parecía que recitaba las preguntas y las respuestas de memoria como si fuera un robot. Además, no se me podía escapar que también era un poco trepa. ¿Qué hacía una tía tan joven, tan guapa, con un señor entrado en años como Brad Rogers? La respuesta fácil era la más decepcionante: él tenía una boyante cuenta corriente y demasiado poder, sin duda motivos de peso.

Lo que me pasaba con Memphis es que, a pesar de que todavía era joven, parecía ya haberlo conseguido todo, y eso genera cierto rechazo: Memphis Uri (Austin, 1982) —rezaba su perfil de LinkedIn, que leí resacoso— era una tecnóloga con un doctorado en la universidad de Berkeley en California y profesora permanente en excedencia del MIT. Memphis era también *chief researcher* de la empresa OmunAI… Un perfil profesional así la dejaba fuera del alcance de un tipo como yo. Ella pertenecía a gente como Brad Rogers, tipos que eran capaces de atender sus carísimos caprichos y, sobre todo, de saciar esa relación tan perversa que seguro que

tendría con el poder.

Fue esa curiosidad la que me hizo bucear en sus redes sociales. A primera vista Memphis parecía reservada, alguien a quien imaginaba alejada de la exposición social, pero bastaron unos minutos para darme cuenta de que su presencia en las redes era la de una figura magnética dentro del mundillo tecnológico. La red estaba plagada de sus conferencias y entrevistas donde se discutía sobre el impacto de la inteligencia artificial. En algunas, explicaba avances en *large language models (LLM)*, y en otros su discurso se desviaba hacia terrenos más filosóficos: cómo la tecnología estaba trasformando la percepción del ser humano sobre sí mismo, cómo nos acercaba a la idea de que vivimos en una simulación, y hasta qué punto redefiniríamos los límites de la identidad. Era una comunicadora magnífica, con la pasión de quien no solo investiga sobre el futuro, sino que cree que puede cambiarlo.

Se me ocurrió entonces mandarle un mensaje directo a través de su cuenta de Instagram, que tenía el perfil abierto. Consideré alternativas: «Hola, me encantó conoceros ayer». Tenía que ser sencillo, sin compromiso de respuesta. ¿Debía usar el plural? Dudé. Después de cotillear un rato más lo que hacía, me llené de valor y me lancé, y aunque tan solo cambié dos letras, la intención sin duda se alteraba. «Hola, me encantó conocerte ayer». Luego aguardé sin esperanza su respuesta mientras curioseaba la empresa donde trabajaba.

En aquellos días se hablaba mucho de la inteligencia artificial generativa, ya que OpenAI acababa de lanzar ChatGPT y la gente lo recibió deslumbrada y desconcertada a la par. Yo mismo dudé sobre el uso que mis alumnos debían darle y acabé por prescribirla —había que asumir que la utilizarían en cualquier caso, con lo que era mejor que lo hicieran con mi beneplácito—. Además, quedaba muy moderno abrazar este tipo de cambios.

OmunAI era su competencia directa, aunque con un *twist*: su objetivo era conversar y recrear los personajes con los que lo hacías, incluso los sitios donde tenías la conversación. Así es, podías

dialogar con personajes de cualquier ámbito: desde tomarte un café en la Casa Blanca con el presidente de Estados Unidos, hasta estar en el *backstage* del Madison Square Garden con Mick Jagger antes de un concierto. También podías elegir personajes históricos como Napoleón o ficticios como Peter Pan. Podía, incluso, ser alguien no tan conocido, una secretaria virtual, por ejemplo. Prometían recrear a quien a uno se le antojara, donde y cuando deseara. Sin duda, aquello me llamaba la atención y me decidí a probarlo, aunque tengo que reconocer que la primera impresión no fue buena: costaba 20 $ al mes y yo jamás pagaba por un servicio digital. Apareció una figura graciosa, como un homúnculo digital, un personajillo diminuto y con voz de pito.

—¿Con quién quieres conversar hoy, Adrián? —me preguntó.

—Quiero hablar con Dios. —Si me ofrecían hablar con quien yo quisiera, no iba a escatimar en pretensiones.

—Solo soy una inteligencia artificial diseñada para ayudarte con preguntas, información y reflexiones sobre diversos temas, incluidos los de naturaleza espiritual. Sin embargo, hablar con Dios es algo que generalmente se hace a través de la oración, la meditación o la reflexión, dependiendo de las creencias individuales. ¿Quieres que te ayude a formular una oración para hablar con Dios?

No me resigné. Mi resaca me hizo venirme arriba.

—No, no… Yo paso de oraciones. ¿Y con el diablo tampoco me dejas hablar? —respondí vacilón.

—Las conversaciones sobre temas espirituales o sobrenaturales, como hablar con el diablo, son cuestiones que muchas culturas y religiones abordan con seriedad y precaución. Si tienes preguntas o inquietudes sobre el bien, el mal, o cómo lidiar con pensamientos oscuros, podemos explorar formas de afrontarlos de manera segura y positiva. Estoy aquí para ayudarte a través de múltiples personajes a reflexionar sobre estos temas de manera constructiva. ¿Te gustaría hablar con alguien que te oriente?

—No. La verdad que no me estás siendo muy útil. Me gustaría poner una reclamación. ¿Puedo hablar con el señor Rogers,

responsable de tecnología? —Ya me había negado dos veces, a la tercera por fin hablaría con el personaje que más me divertía de todos.

—Con mucho gusto. El señor Rogers te atenderá a continuación.

La aplicación me pidió entonces permiso para acceder a mi micrófono y a mi cámara del móvil, a lo que consentí curioso.

—Hola, soy Brad Rogers, CTO de OmunAI. ¿Cómo te puedo ayudar, Adrián?

La voz del avatar de Brad Rogers era idéntica; su tono, su forma de hablar… Me recosté dispuesto a disfrutar de aquello sin presión alguna.

—Hola, Brad, no me hables como si no me conocieras, que ayer nos pusimos hasta arriba de mezcal a tu costa. —Me descargaba de cierta tensión vacilarle, podía decirle lo que a Brad en persona jamás se me hubiera ocurrido.

—No soy Brad Rogers, solo una recreación suya hecha a través de inteligencia artificial.

—Ya, ya. Seguro que me estarás escuchando de una forma o de otra, pero me da igual. Quiero decirte que me parece que tu aplicación es un fracaso; si uno no puede hablar con quien realmente quiera, y ya me has negado dos veces, OmunAI es un timo.

—No sabes cómo siento que no te guste, Adrián. Puedes poner una reclamación en este instante para ayudarnos a mejorar. Yo mismo la puedo procesar si quieres.

El ruido de la ducha me distrajo de aquella divertida conversación y cerré la aplicación bloqueando mi teléfono. Había pasado por lo menos una hora cotilleando la vida digital de Memphis y jugueteando con OmunAI. En aquel momento por fin parecía que Pam, que había pasado la noche conmigo, se despertaba. Pasaron algunos minutos hasta que escuché la puerta de mi habitación abrirse:

—Buenos días, Adrián, me he dado una ducha y te he cogido una sudadera, espero que no te importe.

Su voz estaba algo ronca, pero me gustó. Recuerdo cómo me miró apoyada en la puerta con esa preciosa sonrisa. Tenía el pelo mojado y suelto, y se había puesto una sudadera mía de Columbia University cuya cremallera estaba abierta hasta el escote. Un pensamiento me invitó a quitarle la sudadera y hacerle el amor allí mismo, en el suelo.

—Claro que me importa que te hayas puesto esa sudadera…, quítatela… —me burlé.

—¿Eso quieres, corazón? —contestó irónica con su sensual acento venezolano—. Claro… Y ya que estamos, me quitas todo lo demás.

Se rio. Luego se reconvino.

—En serio… Me encantaría que pudiéramos volver a la cama, pero tengo que irme. —Se acercó al sofá donde estaba tumbado—. Tengo clase en veinte minutos, por suerte estoy aquí al lado.

—¿Qué estudias?

Se sacudió el pelo mojado y me sonrió.

—Arte dramático, en NYU.

—¿Una cerveza esta semana?

—*Sure*.

Se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios. Reconocí en ella el olor de su colonia, y al hacerlo, de repente, caí en que ese olor ya lo conocía de antes… Ya sabía a quién me recordaba esa chica: la reconocí en el contorno de su cara, en su piel pálida, en su pequeña nariz… y en sus ojos, sobre todo en sus ojos azules.

Sin duda: era igual a Elena.

Y fue entonces cuando entendí por qué me había venido esa canción: porque *Vincent*, antes que nada, me llevaba a un recuerdo aún más antiguo. Años antes, cuando tenía diecisiete, Elena me llevó en coche al instituto porque Pecu se había quedado dormido. Ella era «la novia de siempre» de mi hermano, esa figura inalcanzable con la que uno aprende a no fantasear. Pero ese día fue distinto: sonó *Vincent* en un CD y yo empecé a cantarla. Ella se rio a carcajadas al verme desatado y optó por unirse. Cuando acabamos nuestro karaoke particular empezamos a hablar, pero no como la

chica mayor condescendiente con el hermano pequeño de su novio: me habló como a un igual, como si, de pronto, algo en mí le resultara digno de interés. Me miró un segundo más de lo normal en un semáforo y yo sentí que algo se abría, algo minúsculo pero peligroso.

Así que tal vez no fue la canción lo que me llevó al recuerdo de aquella mañana con Pam en Nueva York. Quizá fue al revés. Quizá fue que esa chica de una sola noche, por su parecido con Elena, me trajo de vuelta a la canción de Don McLean. A veces la memoria es así: da un rodeo, disfraza un pensamiento de casualidad… y te lleva justo donde no querías volver.

Pero aquel día en el Soho no fue eso lo único que pasó, porque cuando Pam salió por la puerta, una breve vibración del móvil me distrajo:

«Tiene una nueva notificación de M_URI», rezaba la pantalla de mi iPhone. Tardé apenas una décima de segundo en recordar quién era M_URI. Apreté la notificación ansioso, al teléfono le costó abrir el mensaje —ese dichoso wifi—.

«A nosotros también nos encantó conoceros anoche».

Me resultó decepcionante que utilizara el plural y que se ciñera a responder de forma tan escueta, aunque enseguida me di cuenta de que había solicitado seguirme. Por lo menos, no le había resultado tan insignificante.

Siete

> «[Mefistófeles]. Gris, querido amigo, es toda teoría, pero es verde el árbol dorado de la vida».
>
> GOETHE

Ay la memoria, qué perra.

Es como cuando no siegas los *praos* a tiempo, que pronto se te llena todo de maleza y los brotes buenos se pierden entre tanto enredo. Ya me lo decía mi *güelu* y a él el suyo: a los recuerdos no hay que andar dándoles muchas vueltas, que al final se desparraman, como si les pasaras el rastrillo sin cuidado. Es mejor que salgan solos porque la cabeza es como una *cambera* vieja, con tramos bien hechos y otros llenos de piedras y barro. Pero lo importante siempre se queda ahí, aunque sea escondido entre los *ramillucos*. Porque es así, la memoria es un lujo, claro, pero también es una trampa. Lo malo es que, a veces, las cosas feas echan raíces más hondas que las bonitas y hay que andar arrancándolas, que si no, te estropean el *huertuco*.

Antes la nube era un aviso: si venía negra, tocaba meter las ovejas, tapar la leña y ponerse bajo techo. Era una señal, no un almacén. Pero ahora la nueva «nube» se usa para guardar recuerdos…, como si la memoria fuera cosa de pastores eléctricos. Y claro, luego van por ahí olvidando un cumpleaños, un nombre, y hasta la cara de alguien que se quiere, porque si no les pita el cacharro, no se acuerdan ni de sí mismos. Nosotros llevábamos la memoria en la cabeza y en el pecho, ellos la llevan en el bolsillo… y aun así, la pierden. Esta nube nueva no trae agua, ni refugio del sol, ni frescor… Solo trae olvido, disfrazado de modernidad.

Y hablando de la memoria…, me viene a la mía mi señora, la Maruca. Ahora que me ha dejado solo en este mundo, no dejo de pensar en ella. Pasó algún tiempo desde aquella primera vez que la vi fastidiándole el rececho al marqués de la Sierragorda, su padre. Entonces ambos éramos mozos, aunque yo ya me había sacado el carnet de conducir. Qué recuerdos… Poco a poco fui haciéndome un hueco en su corazón, que por aquel entonces era de escarcha. Cuando venía a Suso con su padre se las arreglaba para fingir que no le interesaba verme, pero al final, por una cosa o por otra, siempre acababa rondando donde yo andaba. Bien es cierto que yo también me dejaba notar —ya lo creo que sí—, tanto que cuando ella pisaba el pueblo a mis vacas las tenía medio olvidadas, salvo que le diera por venir conmigo al *sel*.

Recuerdo una tarde de esas de por aquí, con el peso de las nubes —las de toda la vida— escupiendo un discreto *calabobos* y las montañas tapadas por la niebla. Habían pasado ya un par de años desde que la conocí. Un día la invité para enseñarle los corrales donde tenía el ganado y donde hacía mis *quesucos*. Me había engalanado con mi mejor camisa —la única que no tenía sietes— y con un chaleco de lana que había heredado de Tío Nelo, el Autillo. El barro de mis botas trepaba por los costados de la suela, pero el brillo del betún resistía como si no quisiera ceder, como si peleara por mantener el orgullo galante. La recuerdo llegar abrazada a sí misma como si el frío del valle la atravesara. Llevaba el pelo recogido en un moño y un abrigo azul que resaltaba unos magnéticos ojos verdes. Me paré a observar sus ojos porque recuerdo que —entonces— pensé que no eran humanos, parecían más bien los ojos de una bruja —una de las buenas—, una *anjana* de esas de los cuentos de por aquí. Ahora, cincuenta años después, sé que aquello no era un simple pensamiento.

—Nunca he visto nada igual —dijo coqueta contemplando el valle.

—¿El qué? —pregunté inocente.

—El paisaje, bobo, que estás tan acostumbrado a mirarlo que ya no lo ves. Es un paisaje callado, ¿no te parece?

¿Callado? Y yo qué iba a saber… Si por entonces no era más que un *mozu* que recién había cumplido dieciocho. Para mí, aquellas eran solo un puñado de montañas y poco más. Maruca giró la cabeza un poco, pero no lo suficiente como para encontrarse conmigo. Yo le sonreí. Una sonrisa torpe, cargada de una emoción que no sabía ocultar. Di un paso hacia ella, apartando sus ojos de las vistas.

—Callado sí, pero no vacío —respondí con gesto grave—. Aquí siempre hay vida. Mira, ¿ves esas vacas allá, en la colina? Esas son mías también. Les pongo nombre, ¿sabes?

Ella arqueó una ceja al fin, mirándome directamente, aunque con una mueca que no pude descifrar del todo.

—¿Les pones nombre? —preguntó choteándose.

—Claro, como a las personas. Aquella de la mancha blanca en el hocico se llama Careta. Y la rubia que está un poco más allá, esa es la Rubia.

Soltó una carcajada muy vulgar para una señorita como ella. Tenía una risa nasal y ronca que terminaba con un ruido parecido al de un *chon*. Primero empezaba con carcajadas normales, pero pronto su risa resonaba como un gruñido entrecortado que hacía que yo me riese también, no por el chiste, que no acababa de entender, sino por la forma en que ella lo disfrutaba.

—¿Y qué más haces, Fausto? Además de ponerles nombre a las vacas.

Me decidí a impresionarla.

—Hago *quesucos*.

—¿Y son ricos?

—Sí. ¿Quieres probar?

—Claro. A mí me encanta el queso.

—Y a mí… a mí me gustas tú.

Aquello lo dije sin pensar, me salió del alma. Noté además que lo había dicho con una tranquilidad muy inquietante. Ella se quedó pasmada, *isculuría* —que decimos por aquí—, como si la hubieran

dejado sin aire.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Que estás como un queso.

Entonces le volvió la risa y se retorció agarrándose el estómago con los ojos entrecerrados y esos oink-oink incontrolables que se le escapaban como si de verdad fuera un *chon*. Luego dejó de reírse y se me quedó mirando. Ya sin cachondeo y con una media sonrisa. Y no sé qué fue, si mi declaración acelerada, sus risas o ese silencio que se hizo…, pero el aire, de repente, cambió. El establo olía a heno húmedo, y yo sentí que se me aceleraba el pecho.

—¿Siempre dices esas cosas a las chicas?

Yo negué sintiendo como el calor me arrebolaba las mejillas.

—No siempre. A veces me callo…

—¿Y ahora?

—Ahora no me callo —dije—. Porque si me mandas a paseo, al menos me llevo el gusto de habértelo soltado.

Maruca me miró un momento. Luego echó un vistazo alrededor, como asegurándose de que nadie nos miraba —aunque no había más testigos que las vacas—, y se acercó un poco más, muy poco, pero yo empecé a sentir su aliento limpio en mi boca.

—¿Y si no te mando a paseo? —susurró.

Juro que en ese instante no supe qué hacer. Miré a mi alrededor…

—No sé si este es un sitio muy romántico para una señorita como tú.

—¿Y tú qué sabes lo que a mí me parece romántico?

No contesté. Ella desvió la mirada hacia las vacas que tenía yo estabuladas. Luego vio el barreño. Me pidió que la enseñara a ordeñar y yo me acerqué la banqueta para colocarme bajo la grupa de la vaca. Entonces acaricié con mimo las ubres de la Tomasa mientras fijaba la mirada en Maruca. Su rostro había borrado la mueca vacilona, ya no se reía tanto de mí, más bien parecía contrariada. El color de sus mejillas cambió, como si un rubor le subiera por el cuello avivado por un fuego que acababa por enrojecerle la cara. Metí la cabeza bien abajo.

—Ordeñar es un acto íntimo entre el ganadero y sus vacas —bromeé, pero al voltearme ella me miraba excitada—. Las ubres hay que acariciarlas. ¿Ves?, así. Nada de pellizcos.

El sonido metálico de la leche contra la pared de hojalata del barreño acalló mi explicación y el silencio se apoderó del establo. Entonces Maruca se agachó y puso su mano sobre la mía. Me recreé con su tacto: tenía una piel tersa, blanca, sedosa…

—Mira, cógela tú. No, así no, mujer. Es un movimiento repetitivo, pero no mecánico. Hay una cadencia. Es como un flujo natural.

Entonces fui yo quien posé mis manos sobre las suyas y la ayudé a coger el ritmo. Luego las aparté poco a poco, despacio, aprovechando cada momento del roce con su piel.

—Mira, Fausto, ¡puedo sola!

Ella estaba tan contenta mientras yo disimulaba el fuego que me subía por dentro. La animé a que dejara de ordeñar para que viera en qué se convertía esa leche después.

—¿Quieres ver ahora cómo se transforma en *quesuco*?

Asintió. Nos fuimos al interior, donde tenía una mesa de trabajo de madera desgastada por los años y marcada con unas pequeñas hendiduras, recuerdos de cuchillos que dejaron su huella. Sobre ella tenía una báscula de pesas de metal, cuchillas largas y curvas, y un cuenco de cobre que aún brillaba pese a que era de mi *güelu* antes de mí.

—¿Realmente utilizas estos trastos?

A un lado tenía la caldera metálica para calentar la leche. Burbujeaba. Junto a ella, en un estante, estaban mis moldes, algunos llenos de cuajada que exudaban lentamente suero en un recipiente colocado justo debajo. Miré el suelo de cemento cubierto aquí y allá por paja que mis botas arrastraban desde el establo contiguo. Al fondo, un pequeño *ventanuco* con cristales empañados dejaba entrar un rayo de sol.

—¿Y esto qué es?

—Eso es el cuajo.

—Tiene una pinta malísima.

—Es una sustancia que se extrae de la mucosa del estómago de los rumiantes cuando están mamando.

—¿¡Qué!? ¡Pero qué asco!

Entonces el que se rio fui yo; la Maruca no podía esconder que en realidad era una *pisaverde*, una moza de ciudad.

—Así es, se usa para que la leche espese, para que se junte la parte buena… Lo que hace es deshacer la proteína y luego apelmazarla. Vamos, que sin eso no hay queso que valga.

Me miró y encogió los hombros. No entendió una palabra, pero le gustó verme tan seguro y conocedor de lo mío.

El borboteo de la leche se aceleró. Era el instante en el que había que añadir el cuajo, como algo alquímico, transformando el líquido en masa. Corté la cuajada con un cuchillo largo y fino, los trozos eran firmes pero temblorosos, y desprendían un olor intenso: un aroma lechoso y terroso que se mezclaba con el humo de la chimenea.

Entonces, como por instinto, la traje hacia mí cogiéndola de la mano y la abracé por la espalda, mi barbilla en su cogote y sus manos apoyadas en la mesa, como acorralada. Guie sus manos hacia la pasta y la empezamos a presionar juntos, como uno, entrelazando los dedos. Ella se dejaba hacer. A medida que moldeábamos la pasta, el tacto de nuestras manos se volvía más y más íntimo; la textura lechosa se transformaba, escurriéndose entre nuestros dedos, los suyos suaves y los míos firmes, llenos de callos. Me armé de valor. Deslicé mis manos por sus brazos hasta la cintura. Luego acerqué mis labios a su oreja, bajando despacio hasta besarla en el cuello, suavemente, como si en realidad no quisiera que se enterara.

—Apuesto que esto lo haces con otras… —susurró.

No contesté.

Le di la vuelta y le acaricié la cara con mis manos empapadas. Entonces la besé en los labios, saboreando la mezcla de la leche con su piel, ella apretándome contra sí. Me desprendí de su abrigo azul y le arranqué la blusa, rompiendo todos los botones. Luego froté sus

pezones con fuerza, pellizcándolos, olvidándome de lo suave que, instantes antes, decía ser con otras ubres. Parecíamos dos trogloditas, dos bestias ya extinguidas. Caímos sobre un colchón de heno. Desnudos.

Ay, la memoria, qué perra.

Ocho

bm8gbGUgdGVuZ2FzIG1pZWRvLA==
bGEgbcOhcXVpbmEgZXMgZWwgcHVlbnRlLA==
eW8gZXN0b3kgYWwgb3RybyBsYWRv

Cuando uno mira una foto, no mira solo una imagen, mira un recuerdo. Y con él, algo se activa en las neuronas, como una corriente eléctrica o un chispazo químico que trae de vuelta una época en la que uno fue feliz, o sufrió, o simplemente vivió con intensidad. No tengo muchas fotos de Nueva York en la Casona, apenas un par, pero hay una que conservo con cierta ternura, como si fuera más que un recuerdo, como si fuera una señal o una advertencia. No es que esté en un sitio muy destacado, a decir verdad no sé por qué acabó en el cuarto de baño, pero el hecho de tenerla ahí hace que la vea varias veces al día. Supongo que eso tiene algo de castigo pero también algo de consuelo, porque Nueva York, para mí, dejó hace tiempo de ser solo una ciudad para convertirse en un interrogante. Sí, una etapa que aún no sé si fue el cierre o el comienzo de algo.

Esa foto de Nueva York —que hice de las escaleras del portal del edificio de mi piso en el Downtown— me transportó a cuando quedé con Memphis por primera vez. No fue mucho tiempo después de nuestro primer intercambio por Instagram —no había pasado ni un mes de nuestra recién estrenada amistad digital—. Un día, tras varios intercambios de *likes* y de comentarios mutuos, empezamos a escribirnos en privado. Utilizaba cualquier excusa para interactuar

con ella, como por ejemplo, responder a sus *stories* sobre recomendaciones de libros con comentarios innecesariamente eruditos, como si supiera más de lo que realmente sé, y ella, en vez de ponerme en mi sitio, celebraba mi arrogancia pidiéndome más recomendaciones, alimentando así mi ego sin querer. Hasta que, por fin, casi por impulso, le pregunté: «¿Quieres que nos tomemos una cerveza?». Y me dijo que sí.

Nueva York es una ciudad llena de color. Cierto es que el gris es soberano, pero tiene sus matices: plomizos son los rascacielos y plateada la arquitectura contemporánea, gris el acero de los puentes o el ocre de las aceras, y nebuloso el humo de sus alcantarillas o la contaminación en suspensión en el cielo, que se refleja en el gris cobalto del Hudson. Aunque también hay otros colores, como el amarillo de los taxis que te asaltan en cada esquina, o el verde de los parques que rompen con el frenético ritmo de la ciudad —sobre todo entre la Cincuenta y Nueve y la Ciento Diez—. Multicolores son los diodos de Times Square o los grafitis que se revelan aleatoriamente; y de rosa, de ese singular rosado —casi morado—, se tiñe el cielo en sus amaneceres y atardeceres. Nueva York es todo color en las caras de sus gentes, no solo por el arcoíris de sus pieles multirraciales, sino en lo profundo de sus rostros: una paleta de pasión, ambición, alegría y, también, por qué no decirlo, de soledad.

Y yo era un hombre feliz que podía ver todos aquellos colores. Iba a quedar con una chica que me gustaba, aunque fuera una mujer completamente fuera de mi alcance, que sabía que tenía un novio —rico y poderoso—, y aun con todo, aun contra todo, yo ese día era capaz de ver cada tonalidad, cada pigmento de la ciudad. Estaba eufórico.

Habíamos quedado en el Indochine a las seis. Era un lugar perfecto para tomar una copa, pero también por si nos diera por acabar cenando, para lo cual me aseguré de tener una mesa reservada allí mismo. Quería tenerlo todo controlado e hice bien, porque todo salió como imaginé. Bueno, no todo.

Me sorprendió que ella ya estuviese esperando en la barra cinco

minutos antes de la hora acordada. Digo que me sorprendió porque estaba convencido de que se haría de rogar, de que me dejaría colgado, incluso. Pero, claro, aquello no era una cita por muchas ilusiones que yo me hiciera, ni Memphis era una tía convencional, por lo que no había ningún ritual al que jugar. Me paré unos instantes a observarla desde la ventana antes de entrar al restaurante. Su rostro parecía algo contrariado. Llevaba una camisa con un escote de vértigo y unos vaqueros muy ajustados. Cuando entré parecía plenamente imbuida en su cuenta de Slack y ni siquiera se inmutó, hasta que le di un pequeño toque en el hombro. Me miró con cierta sorpresa, como saliendo de su ensimismamiento, mientras yo me lanzaba a darle dos besos *the Spanish way* a pesar de que ella había desplegado su brazo para darme un buen apretón.

—Hola. —Respiré y le clavé una pretenciosa mirada en la que me reconocí ridículo.

—Hola, Adrian. —Sonrió natural, aunque apenas un par de segundos después desvió sus ojos hacia el móvil de nuevo.

El barman interrumpió nuestro saludo y, con él, mis primeros nervios. Se lo agradecí.

—*How can I help you?* —preguntó.

—*Dry martini* —respondió ella anticipándose, muy segura. Yo pedí otro.

Después, empezamos a hablar. Arrancó preguntando por mi padre, pues fue gracias a él que nos habíamos conocido. «Le llamo Bill», aclaré, y eso debió de intimidarla, por si se estaba metiendo en asuntos familiares espinosos. Cambiamos de tema hacia cosas más mundanas, como lo que hacíamos uno y otro; aunque fuera aburrido, hablar de trabajo era una magnífica forma de empezar a romper el hielo.

—¿Hasta dónde llegará la inteligencia artificial? —Era consciente de que se trataba de una pregunta manida, casi un cliché. Pero tenía curiosidad por ver cómo la resolvía.

—¿Hasta dónde? —Me miró como si le hubiera preguntado si el sol va a salir mañana—. Va a llegar a todas partes —dijo al fin—. Pero si

te refieres a la inteligencia artificial general…, eso es otra cosa.

—Sí, me refiero a eso. La máquina que piensa por sí misma, sin esperar nuestras órdenes. ¿Cuándo llegará?

—2029 o 2030, dependiendo de si los humanos dejamos de estorbar —dijo sin ironía.

—¿Y qué pasa entonces? —bromeé—. ¿Cambia algo de verdad o seguimos igual que siempre?

—Bueno… Al principio todo parecerá igual, pero detrás de cada pantalla habrá algo que te conocerá cada vez mejor, algo que tomará decisiones autónomamente mientras tú duermes, que actuará mientras tú delegas. Y ahí empezará el verdadero cambio.

—¿Y te parece bien que una máquina tome decisiones por nosotros? —pregunté.

—Qué bobada —dijo desdeñosa—, ya lo hacen… No es tan dramático, es como cuando descubres que tus padres no son dioses, o que la Tierra no es el centro del universo… Al principio duele, pero después construyes otra realidad diferente.

—¿Y cuál sería esa realidad?

—Que ya no estamos solos, que hemos creado algo que puede continuar sin nosotros y que eso, en cierto modo, nos libera.

Me quedé en silencio relativamente asustado, aunque su voz no parecía profética. Tomó un sorbo lento de su martini.

—¿Sabes qué me asusta? —añadí—. Que tal vez estamos construyendo algo que no va a sustituirnos…, sino a olvidarnos.

No pareció querer profundizar en aquella reflexión que pensé que la impresionaría.

—¿Y tú qué opinas? ¿Ya la usas en tus investigaciones o en tus clases? —preguntó.

—Bueno, lo intento. Pero en general me parece que lo convierte todo en algo homogéneo y en cierto modo aburrido… —Pareció hacerle cierta gracia.

—*Interesting*…

—En el fondo, nuestro mundo no hace más que uniformizarse —continué—, igualarse por lo bajo. La globalización y la tecnología nos

han vuelto incrementalmente gregarios, todos iguales, pensando lo mismo como borricos, lo cual nos hace más vulgares. De alguna forma se podría decir que la inteligencia artificial es el castigo que nos merecemos.

La miré entonces: esperaba una ceja levantada, un gesto irónico, cualquier signo de distancia… Pero no. Me escuchaba con atención, me entendía y parecía procesarlo desde un lugar propio. En ese momento supe que me gustaba, y no fue por cómo miraba el mundo, sino por cómo me miraba a mí. Me reí algo forzado para ver cómo salir de aquello y conseguí que ella se riera conmigo.

—¡Anda! No estoy acostumbrada a que me digan que mi trabajo produce un castigo… —continuó entre las risas de ambos.

—Creo que me voy a tomar otra copa —dije algo avergonzado. Luego terminé de estropearlo todo con otra broma—. No ha sido mi mejor arranque en una primera cita…

Me arrepentí al instante. Yo sabía que aquello no era una cita, joder, si la había conocido cenando con su novio no hacía nada… Pero me había traicionado mi subconsciente, estaba tan motivado con que hubiera accedido a verme, los dos solos, que me había hecho ilusiones totalmente infundadas. La observé reaccionar sin corregirme. Se quedó mirando al suelo mientras su comisura del labio se levantó sutilmente. Era una sonrisa levísima. Luego me miró.

—Qué gracioso eres. ¿Así que piensas que tú y yo estamos teniendo una cita?

—Eh… Bueno… —¿Cómo podía salir de aquel lío?—. Creo que te pediré otra copa a ti también.

Se volvió a reír.

Éxito. Me volteé hacia el camarero y le hice una señal con la mano: «Dos más». Luego fue ella quien cambió rápido de tema.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—¿No lo sabes todavía?

—Sí. Eres profesor, escritor… Pero cuéntame más. ¿Qué escribes?

—Bueno, no se puede decir que escriba mucho todavía, me está

costando arrancar. Pero quiero escribir un ensayo sobre Cabeza de Vaca.

—¿Y quién es ese?

—Un conquistador español del siglo XVI. —Frunció las cejas con cara de interés.

Reflexioné. Mis inicios con el libro fueron algo tormentosos, en aquellos días ni siquiera estaba seguro de que me gustara lo que hacía. Lo pensaba a menudo: ¿por qué había invertido toda mi carrera profesional en algo tan vacío y sin sentido? Sin duda me interesaba desde pequeño, pero quizá también quería demostrar algo a los demás, pura vanidad: tal vez elegí el mundo de la historia y el de la academia por apariencia, por cómo me vestía una toga de una universidad histórica como Cambridge, por ejemplo.

—Así es. Eran tiempos de exploración y de aventura, es lo que me parece más excitante de aquella época. Entonces los valientes navegaban hacia lo desconocido en busca de nuevas tierras y tesoros. Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue uno de esos audaces exploradores y yo me he propuesto contar su historia.

—Suena apasionante… ¿Qué hizo?

—¿Has leído la *Odisea*?

—No. Pero no me subestimes que la conozco, no soy tan inculta.

Arqueé las cejas cuestionando aquella afirmación a modo de guasa. Luego proseguí.

—Pues imagínate, año 1527: Cabeza de Vaca se embarca en una expedición hacia La Florida. El viaje prometía ser una conquista gloriosa, pero pronto se convierte en una lucha desesperada por la supervivencia después de que una tempestad hiciera naufragar toda aquella flota. La mayoría de los hombres perecen, pero Cabeza de Vaca, con su increíble determinación, sobrevive.

—Hablas como un profesor, ¿sabes?

Memphis comentó aquello con cierta coquetería mientras me miraba con curiosidad. Claramente no me estaba prestando atención, más bien parecía observar mis gestos, mi forma de mirarla, la pasión con la que relataba todo aquello… Pasaba de la

historia, pero me consolaba que le interesara verme contarla; le interesaba yo, pensé, engreído de mí.

—Durante casi ocho años —proseguí mientras cogía mi copa para darle un sorbo—, él y unos pocos compañeros vagan por lo que hoy conocemos como el sur de los Estados Unidos. ¿Puedes imaginarlo? Viven entre tribus indígenas, aprenden sus lenguas y sus costumbres, y se convierten en curanderos y comerciantes. No solo lucha por su vida, sino que también desarrolla una profunda comprensión y respeto por los pueblos nativos. Sus relatos de aquellos años, recopilados en su libro *Naufragios*, son más que simples historias de supervivencia; son testamentos de la resistencia humana.

—La verdadera aventura está en el descubrimiento de lo desconocido y, en consecuencia, en el descubrimiento de uno mismo —me interrumpió con una profundidad forzada.

—Eso es muy bonito.

En realidad me pareció un comentario bastante cursi, como alguien que ha oído esa misma frase en un libro de autoayuda, pero no era el momento de ser sincero. Aun así le cogí el guante y volví al tema inicial.

—En realidad, interactuar con Omun también es una forma de descubrir lo desconocido… —indagué.

—No. —Era un «no» rotundo, pero me resultó incomprensiblemente erótico—. Es ilusionismo cognitivo, una sombra en una cueva, como mirar una imagen en una pantalla y pensar que hay alguien detrás.

Quise llevar la conversación a un terreno más íntimo, menos académico.

—Y dejando de lado las conversaciones con otras personas a través de la máquina, ¿no crees que podríamos conversar también con nosotros mismos? ¿Emprender esa expedición hacia dentro?

—No. —Otro «no», más suave pero igual de absoluto—. Si hablas con una IA diseñada para interactuar como tú, no estarás hablando contigo. Estarás interactuando con un patrón de ti, será una ilusión

construida con tus residuos digitales… No es un diálogo, es un espejismo.

Ahora hablaba con una cadencia que sonaba más a panel de expertos que a una «no cita». Terminó su copa de un trago.

—El problema no es la tecnología —dijo—. El problema es el vacío.

—¿El vacío?

—Sí. La gente se ha desconectado tanto de sí misma que necesita que una máquina le diga quién es. Mira todas esas aplicaciones que están tan de moda… Estamos tan desesperados por estar validados, por encontrarle un sentido a todo, que cuando nos ponen delante un oráculo estadístico, lo tratamos como si fuera un dios.

—«El infierno son los otros» —añadí, bajando la voz, como no queriendo sonar demasiado pedante.

Memphis alzó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Que el infierno no es un lugar —proseguí—, sino la mirada ajena cuando no te permite ser tú mismo.

Memphis asintió como si me entendiera.

—¿Te refieres a que estamos rodeados de gente juzgándonos todo el rato? Supongo que sí…, aunque a mí eso nunca me ha importado demasiado.

Negué con la cabeza, con cierta ternura, como si le hablara a alguien que casi lo entendía, pero no del todo.

—No es solo el juicio —dije—. Es algo más perverso: los otros te miran, te etiquetan y, si no tienes cuidado, acabas siendo lo que dicen que eres. Aunque no lo seas, te lo acabas creyendo. Y entonces dejas de ser libre.

Se hizo un silencio corto. Memphis bajó la mirada hacia su copa, dándole vueltas al vino.

—Eso sí que da miedo —murmuró.

—Ese es el infierno —concluí—. Cuando dejas que otros te definan, y tú mismo empiezas a vivir dentro de esa definición.

Me acomodé en la silla.

—Y lo inquietante —añadí— es que ahora esos «otros» ya no son

solo personas, sino sistemas enteros mirándonos sin descanso. Algoritmos que creen saber quién eres, qué quieres, qué vas a elegir. No te conocen, en realidad, pero te fijan igual. Y si te dejas, acabas siendo el personaje que ellos han calculado.

Memphis apoyó el codo en la mesa, más atenta.

—¿Y eso te preocupa?

—Me preocupa que la IA acabe siendo el mayor de esos infiernos —dije—. No porque sea malvada, sino porque su mirada no descansa. Ni siente ni olvida. En mi tierra, las *anjanas* te guían si te pierdes en el monte, y los *ojáncanos* te acechan desde la oscuridad. La IA puede ser las dos cosas a la vez: la que te ofrece un camino… y la que te empuja, sin que lo notes, a convertirte en la peor versión de ti mismo.

Bebí un sorbo, sin apartar la vista.

—Ese es el riesgo —concluí—. No que piense por nosotros, sino que aceptemos que decida lo que somos.

—¿*Anjanas*? ¿*Ojáncanos*? No tengo ni idea de lo que me estás contando, pero me parece fascinante. —Levantó la cabeza divertida, como si por fin la hubiera sacado del ciclo eterno de las conferencias.

—Son los cuentos que se cuentan a los críos en mi pueblo. —La miré con descaro y me lancé a dar el siguiente paso—. Oye, ¿no tienes hambre? Si voy a explicarte la mitología cántabra necesito algo de tiempo. Podemos cenar.

Bajó la mirada un segundo como calculando las consecuencias de decir que sí. Luego me clavó los ojos.

—Claro. —Sonrió—. Así ya puedes decir que tuviste una cita con una bruja del siglo XXI.

Entonces le ofrecí mi mano para bajar del taburete donde se sentaba. Al cogerla, el tacto de su piel me paralizó por una milésima de segundo. Se me vinieron a la cabeza aquellos versos de Quevedo: «Es hielo abrasador, es fuego helado, / es herida que duele y no se siente». Intenté prolongar el contacto mientras me acercaba al *maître*, aquel era un trayecto breve que separaba el bar

del restaurante, pero ella la apartó con la excusa de teclear algo en su móvil, cosa que no había hecho en el tiempo que llevábamos conversando.

—¿Cómo conseguiste una mesa tan rápido? Suele ser imposible… —Entendí la pregunta como una forma de romper la incomodidad de mi roce.

—Conozco al dueño —mentí, altanero de nuevo.

Luego nos sentamos. A pesar de que sus mesas estaban demasiado pegadas unas a otras, como en los bistrós franceses, siempre me gustó el Indochine porque mantenía el sabor de un restaurante sin pretensión, aunque llevaba siglos de moda. Ambos nos refugiamos en mirar la carta porque nos habíamos quedado un poco fríos; creo que yo no me esperaba que ella accediera a sentarse a cenar en aquella extraña «no cita», y ella, bueno, digamos que ella tampoco lo esperaba, por eso los dos estábamos incómodos. El camarero se abalanzó sobre nosotros para que fuéramos pidiendo, como si tuviera prisa. Yo pedí el pollo vietnamita sin pensarlo mucho. Memphis, sin mirar la carta, dijo:

—¿La ensalada Portobello lleva *nightshades*?

—¿Perdón? —respondió el camarero, desconcertado.

—Pimientos, tomates, berenjenas…

—No, no lleva nada de eso.

—Perfecto —asintió ella—. Entonces la ensalada, pero sin el aliño. Con un poco de aceite de sésamo, si tienen.

El camarero asintió con resignación.

—¿Cuidas mucho tu alimentación? —pregunté.

—Más o menos: nada de gluten, nada de lácteos y nada que altere mi nivel de histaminas o que dispare mi inflamación.

—Suena muy esclavo…

—Lo es. —Sonrió—. También hago ayunos intermitentes de veinticuatro horas con cierta frecuencia. Además medito una hora al día, normalmente cuando me levanto, en torno a las cinco de la mañana.

Qué horror, pensé. Después, me la imaginé colgada boca abajo en

una hamaca de tela japonesa.

—Y tengo un terapeuta que me enseña a hablar con mis órganos… —prosiguió.

Ahí ya no me pude contener y solté una sonora carcajada.

—¿Con tus órganos?

—Sí. El hígado tiene muchas cosas que decir si sabes escucharlo.

—Tengo miedo de preguntarle al mío.

Ahora la que se rio fue ella, dándose un respiro. Me gustó que supiera reírse de sí misma…

—¿Y de dónde eres tú? —me preguntó.

— Tengo pasaporte americano por Bill… Aunque soy de cerca de Santander, de un pueblo en las montañas, se llama Suso. Un día tendrías que venir. —La miré buscando en su rostro un mínimo gesto de asentir, pero nada—. Mi madre y su marido viven allí. Él es como mi padre, me cuidó desde que Bill se vino a vivir a Nueva York, cuando se separó de mi madre…

—¿No tienes hermanos?

—Sí, Pecu… Murió hace unos años, un accidente de coche.

—¿Qué me dices? ¡Qué horror! Tan joven…

Noté su gesto suavizarse y su mirada se enterneció mientras sus cejas se arqueaban levemente. Esa conexión me produjo una pequeña descarga y mi corazón se puso a mil. ¿Acaso no era consciente de lo que acababa de hacer? Había utilizado la muerte de mi hermano para que me mirara de otra forma… Espero que no le importara a él, allá donde estuviera.

—Perdón, no quería sacar ese tema. —Me victimicé un poco aprovechando que ella me escuchaba con interés.

—Entiendo que será difícil para ti, podemos hablar de otra cosa si prefieres. —La noté encogerse y cambió elegantemente de tema aprovechando que llegó la comida y dos copas—. ¿Entonces, qué? ¿Me vas a contar la mitología de tu tierra?

Me arranqué a explicarle las leyendas de Cantabria, eso y cualquier otra cosa que se me cruzara por la cabeza. No podía parar de hablar, estaba pletórico y ella se reía casi por cualquier cosa que dijera. Sus

ojos, brillantes y profundos, se posaban sobre los míos con una fuerza magnética.

Todo iba a pedir de boca hasta que —maldita la hora— ella recibió una llamada de teléfono. Alcancé a leer en su pantalla Brad R. Se quedó en silencio mirando el móvil hasta que me cazó a mí mirándolo también. Lo colgó y le dio la vuelta.

—¿Todo bien? —Apoyé los codos en la mesa y me incliné levemente hacia ella.

Ahora su mirada había transformado el brillo en cierta acuosidad. No entendía qué pasaba, o tal vez sí. Para empeorar las cosas cogí su mano, solo un gesto, nada más. Me la quitó de inmediato y como un resorte se levantó, cogió su bolso y se quedó mirando al suelo delante de mí, sin decir ni una sola palabra.

Entonces se me acercó y me dio un beso en los labios, corto e inesperado.

Después se marchó.

Nueve

«[Mefistófeles]. El tiempo es breve, el arte es largo».

GOETHE

Cuando uno se hace viejo, no duele tanto el paso del tiempo como la forma en que se lleva lo vivido. A estas alturas uno no busca entender nada, solo repasa sus recuerdos como quien hojea un libro propio, sabiendo que hay páginas que se supone que escribió, aunque no se reconozca en ellas… Hoy ya soy solo un anciano que se sienta en el patio cuando cae la tarde, en silencio, mirando cómo juega ese chiquillo que me llama *güelu* entre los manzanos, con la misma risa que tuvo su padre cuando aún no sabía nada de la vida. Al verlo me viene a la cabeza la pena que me da que mi Maruca no lo vaya a disfrutar. Me enamoré de ella como se enamoran los tontos, sin medida y sin remedio. Ahora ya no me quedan muchas certezas, salvo esa: que la he querido lo mejor que he sabido, aunque no fueron pocas las veces que me equivoqué y le hice daño.

El tiempo, qué cabrón…

Pero ya le tengo cogida la medida. Ya no me la lía, no. Aunque por entonces sí, el tiempo se empeñaba en hundirme haciendo que cada día sin ella se me hiciera eterno. Sin la Maruca. Entonces miraba atrás y parecía un soplo, un aire que pasó, visto y no visto. ¿Cómo podía ser que algo que siempre había pasado tan rápido se hubiera vuelto tan lento? Qué cabrón. El tiempo. Era como si se riera de mí, como si le gustara verme sufrir.

El caso es que hubo épocas, cuando Maruca y yo empezábamos a

salir ya más en serio, en que ella dejaba Suso para volver a la capital. Entonces, su olor se esfumaba y sin él me volvía loco. Después de aquella primera vez que hicimos el amor en el establo, se me metió su olor hasta el tuétano. Porque entonces, cuando envolvía mis quesos en las hojas de castaño, el cabrón del tiempo había dejado aquella mesa de intenso hedor a moho impregnada con un solo olor, ese olor que lo vencía todo, el de ella, sí, ese olor a cuerpo desnudo que solo sale cuando uno ha querido de verdad; con las manos y con la boca, con todo. Ese olor podía con todos los olores: los del silo, los del calostro, los del cuajo *revenío*, o incluso el de la *moñiga* de los *jatos*. Y luego nada. Después de dejarlo ahí, el cabrón del tiempo se llevó su olor. Y yo lo buscaba, ya lo creo que lo buscaba; me tiraba al suelo como un *tasugo* a buscarlo en cada esquina, pero ya no estaba, el tiempo me lo robó después de dármelo, para que me doliera.

A mí esa mujer me transformó. Mire: yo entonces nunca había mirado el paisaje, quiero decir, nunca lo había admirado. ¿Acaso estaba ahí para fijarse en él; que si el *picurrelinchu* en el abedul*,* que si el *colorín* por los *escajos*, que si las *villerías* en los montes o que si las *enguilas* en los ríos? ¡Cagatu! Yo no sabía admirar nada de eso; ni tampoco las *brañas*, ni los cielos, ni las cuevas con sus grutas. Hostias, que por no apreciar no apreciaba ni la noche y las estrellas, salvo para saber cuándo había luna, y solo para irme de caza.

¿Para qué servía mirar el paisaje?, me preguntaba entonces. Si siempre había estado ahí. ¿A dónde se iba a ir, que hacía falta contemplarlo? A ninguna parte, ya se lo digo yo. Pero llegó la Maruca y me cambió; empecé a mirar el paisaje como si un día pudiera desaparecer, despedirse de donde había estado siempre. Me esforzaba por guardar su imagen fija porque la moza me había enseñado a admirarlo, como si fuera a esfumarse como el humo del *llar*. «Mira el verde del prado, Faustuco», o «escucha cómo suena el viento en los avellanos»… Bobadas. Bobadas que ahí quedaron en mi cabeza por su culpa. Porque desde entonces no pude mirarlos sin pensar en ella. Antes el campo solo era campo, luego ella lo abarcó

todo, y cada segundo que no estaba… Ay, cada segundo era como una herida que no se cerraba nunca. Porque no, no pasaba el día en que el reloj no se quedara tieso, congelado. Tantas veces que lo miraba y no había dios que lo moviese. Y yo seguía ahí, atrapado como un *babarrión*.

Aquel fue el verano de mi vida, ya lo creo que sí. Desde entonces todo quedaría guardado en mi memoria, que tan solo es el cofre donde guardamos el tiempo, aunque perdamos la llave. Recuerdo las verbenas por la Patrona, las fiestas con la Maruca donde estaba yo tan lleno de gozo que hasta bailaba. Si la orquesta tocaba *Los pajaritos*, yo animaba la pista y ella deslumbraba con aquel vestido de flores, y si tocaba *El clavel que tú me diste*, me la apretaba a la cintura, *panceaos*, mientras me cantaba al oído: «En un corazón tan chico, no pueden caber dos almas».

Aquel año, además de ser el que me enamoré de Maruca, fue en el que murió Franco, con lo que las fiestas fueron muy sonadas. Además, recuerdo que gané dos de las modalidades del deporte que practicamos en el valle: el de andar y el de *rayar el palu.* El primero divirtió mucho a la chica porque consistía en dar saltos sobre un *palancu* de avellano, a ver cuánto era uno capaz de avanzar. Pero con el segundo, el de *rayar el palu*, fue con el que conseguí conquistarla, cuando me vio tumbado sin tocar el suelo solo sujeto al palo por un brazo, a pulso. Tenía que bajar hasta rozar el suelo, pero apoyándome solo con la punta de los pies, y luego estirar el brazo libre para hacer una marca lo más lejos posible, recuperando la posición vertical sirviéndome solo de la fuerza del brazo, que mantenía todo el peso del cuerpo en el *palancu*. De trapecista.

En las fiestas del pueblo las calles estaban llenas de bullicio: el estruendo del tambor y la pandereta en la plaza, los mozos jugando a los bolos, los viejos sentados en el banco con su orujo. Maruca y yo nos dejamos llevar por la marea del mercadillo, deteniéndonos en los puestos donde el olor a chorizo recién asado se mezclaba con el dulzor de los *sobaos* y el toque avinagrado de los encurtidos.

—Vamos a por miel —me dijo.

Tiró de mi brazo hacia un puesto que parecía tener una buena variedad, y de repente me la encontré de sopetón. Habían pasado años, pero no había duda, era ella. En aquella época la llamaban la Lobera, aunque su nombre era Toña.

—Esta es de brezo y esta de castaño —señaló Toña, la Lobera, a Maruca—. A ver cuál os gusta más.

—Hombre, Toña… —dije al ver que no me reconocía—. ¿Ya no te acuerdas de los paisanos de la infancia o qué?

—Anda, Quesero… Claro que sí. ¿Cómo te va?

No me gustó que no me llamara por mi nombre. ¿Acaso yo la llamé Lobera? No dije nada, solo la observé: era la misma de antes y a la vez no lo era, seguía teniendo esa mirada de quien sabe algo que los demás ignoran. Tal vez los rumores eran solo rumores, o tal vez había algo en ellos. En el pueblo llevaban tiempo hablando de ella, pero casi nadie podía decir que supiera qué hacía. Decían que vivía en el *monti*, en una cabaña perdida, que incluso andaba rodeada de lobos, por eso lo de Lobera. También contaban que había aprendido cosas raras en la universidad, y aún más raras cuando se fue a Madrid para convertirse en doctora de la naturaleza, que el nombre técnico no sé cuál es. ¿Y para qué tanto doctorado si al final ha acabado viviendo sola en la montaña y vendiendo miel en los días de mercado? Rumores, rumores… Cuánto se dice en los pueblos, ¿verdad? Gustan mucho los chismes, las mentiras que se van quedando de tanto repetirse.

Toña, la Lobera, era una moza unos años mayor que yo. Cuatro o cinco, no sé, nunca me fijé mucho en eso… En los pueblos, como hay tan pocos jóvenes, al final te acabas juntando con quien hay, aunque te separen las primaveras. Y aunque yo fuera de menor edad, cuando se fue del pueblo a estudiar a la universidad ya compartíamos muchas cosas. Era rara, sí. Pero de esas rarezas que te intrigan, no que te espantan. Le gustaban los libros, como a mí —gracias a Tío Toño, el Moñigo, que me los pasaba a escondidas como si fueran golosinas—. No tardó en empezar a dejarme algunos, casi siempre de cosas políticas: Marx, Bakunin, Sartre…; nombres que a

mí me sonaban a bronca, a revolución y a sermón. Decía que estaban prohibidos y que se los pasaban desde Francia o desde México, en ediciones que olían un poco a viejo y a miedo. A mí, la verdad, aquello me interesaba poco. Yo siempre fui más de historias, de personajes, de mundos que no se parecieran al mío. Por suerte, también tenía algunas novelas que sí me enganchaban: *El camino*, de Delibes, o *Pedro Páramo*, de Rulfo, o varias de Hemingway… Yo no sabía bien de dónde los sacaba y ella nunca me lo contó del todo, como si quisiera proteger a alguien, o a sí misma. Luego los comentábamos como si lo entendiéramos todo, aunque yo muchas veces solo me fijaba en cómo le brillaban los ojos cuando hablaba. Y con eso, sin darnos cuenta, nos hicimos amigos. Amigos con derecho a roce, que yo con trece ya tenía lo que había que tener. Vamos, que si una moza se me arrimaba con intención, no me pillaba en mantillas.

Porque Toña, la Lobera, también era eso: la chica con la que uno sacaba el humo cuando el fuego por dentro ya no le dejaba respirar. No había que decir mucho porque se dejaba hacer como si entendiera que el deseo no siempre necesita una explicación. Muchos la señalaban por *bardaliega*, pero ella no se inmutaba: era de las que mandaban en su propio cuerpo y no pedían permiso. Era un poco lianta, eso sí… Y lista, lista como un demonio con gafas. Sabía más de lo que parecía y lo usaba para moverse por encima de todos sin que nadie se diera cuenta. Con ella todo era fácil, rápido y sin carga, pero también tenía algo de trampa: uno salía de su cama más revuelto que cuando entró.

Volví de aquella distracción cuando Maruca cogió un tarro y le dio la vuelta.

—Qué color más bonito tiene…

—Y el sabor es mejor —le contestó Toña.

Compramos un tarro de miel de castaño y seguimos nuestro camino.

De aquel verano también recuerdo los paseos con la Maruca. Qué paseos. Subíamos al Cornón con frecuencia: nos levantábamos

temprano, con el *rosar* aún en los prados y el aire fresco que cortaba la piel. La Maruca llevaba una mochila pequeña, dentro un *cacho queso* y otro de chorizo, y el vino lo ponía yo. Siempre decía que no necesitábamos mucho más y no le faltaba razón. Empezábamos el camino desde el valle y mientras subíamos yo no paraba de señalar plantas, pájaros y bichos, y mientras ella, sin prestarme atención, me interrumpía descifrando las formas de las nubes. Qué bobadas. Y cuánto llegaron a gustarme aquellas bobadas.

El sendero era *pindio*, pero ella no se quejaba. Era fuerte, la Maruca, aunque no lo pareciera con esa figura tan delicada. A veces me paraba y le tendía la mano en los tramos difíciles, no porque lo necesitara, sino porque aprovechaba cada oportunidad para tocar su piel, su mano pequeña en la mía, la suya tan suave y la mía tan áspera. Cuando llegábamos a los primeros miradores nos quedábamos *quietucos*, mirando el paisaje, ese paisaje que yo no entendía como ella. El valle se extendía bajo nuestros pies, verde y brillante. Las cabañas parecían diminutas desde allí arriba y el río serpenteaba entre los prados.

—Es hermoso —decía ella, con los ojos llenos de luz.

—Hermosa tú —le contestaba embobado.

Poco rato estábamos allá arriba porque ambos sabíamos lo que venía al descender: la cabaña vacía de Peña Sagra, que nos esperaba a los pies de la sierra. Esas cabañas no eran de nadie en realidad, tan solo de los pastores necesitados de refugio.

Allí encendíamos la lumbre, descorchábamos el vino y nos dedicábamos a lo nuestro. Llegábamos tímidos y sobre todo fríos porque, aunque fuera *veranu*, aquel *monti* estaba a más de mil setecientos metros. Pero enseguida nos calentábamos el uno al otro; los besos ansiosos y adolescentes daban paso a tocamientos. Al principio la Maruca se ponía digna y se me quejaba cuando la tocaba por encima de la ropa: «Eh, las manos quietas, que soy una señorita». Pero pronto acababa tocándole un pecho por dentro y de ahí a poseerla del todo no pasaban ni cinco minutos. Había noches que estábamos tan a gusto que nos quedábamos dormidos allí

mismo, al calor del *llar* y del temblor de nuestros cuerpos aun encendidos.

En esas citas salíamos de madrugada para que la Maruca llegara antes de que amaneciera su padre, el Marquesón. Era un viejo holgazán que no se despertaba jamás antes de las diez, con lo que no era fácil que la pillara…

Pero un día la pilló, vaya si la pilló —bueno, no exactamente él: más bien su hermano—. Fue una madrugada cuando todo empezó a torcerse. La Maruca llegó a casa tarde, casi al amanecer. Habíamos pasado la noche en la cabaña de Peña Sagra, tumbados sobre la manta hablando de lo que haríamos cuando el verano se acabara. Ella decía que quería ver mundo y me pedía que me fuese con ella, aunque luego volviéramos aquí a vivir. Y yo, como tonto, le prometía que sí, que iría, aunque no tenía ni idea de cómo lo haría. Con aquella conversación se nos fue la hora. Cuando la Maruca llegó a su casa el Susín estaba despierto; no sé si porque ya sospechaba, pero la estaba esperando en la cocina.

—¿Dónde has estado? —le soltó con esa voz que hacía temblar hasta las paredes.

Yo escuchaba escondido debajo de la ventana. Ella tartamudeó algo sobre unas amigas, pero el Susín no era un mozo fácil de engañar. No la creyó, eso estaba claro, y al día siguiente empezó a husmear; preguntaba por el pueblo con esa manera suya de mirar a los ojos y de sacar la verdad de quien tuviera delante. Nadie quería meterse en problemas, pero bastó un paisano despistado para que soltara algo como: «¿La Maruca? Pues ayer la vi en el río con Faustuco, el Quesero». Desde ese momento, todo cambió.

No sé qué le dolió más al Marquesón cuando su hijo Susín se chivó: que su hija le mintiera, o que fuera yo, un humilde montañés, el que anduviera detrás de ella. Siempre me había mirado por encima del hombro, como si hacer queso y cuidar vacas fuera poca cosa. ¡Qué sabrá él! A partir de entonces, la Maruca ya no podía dar un paso sin que el Susín anduviera husmeando. Ya nunca salía y, cuando lo hacía, siempre la acompañaba él. Yo intentaba

encontrarme con ella, claro que sí: la esperaba en el Pisgu o en la Cuestuca… En fin, en los lugares donde solíamos encontrarnos, pero ella no llegaba. Y cuando al fin la vi, días después, me dijo que no podía seguir. Estaba asustada y lo entendí. Me agarró la mano y solo alcanzó a decir: «Algún día te buscaré». Pero los ojos ya no le brillaban como antes, no, y yo intuí que aquello era el final. Desde entonces, el verano se volvió gris y los días largos y vacíos.

No es que dejara de verla para siempre. Venía de vez en cuando, con su hermano vigilante. Pero ya no era la misma. En aquella época pensaba que se había olvidado de mí, y no solo porque no la dejaran verme, sino por ella misma. Parecía que se había hecho de ciudad, aunque para ser sincero tampoco había dejado de serlo nunca. Que si su ropa fina, que si sus palabras que yo ni entendía… Solo una vez, ya en el verano del año siguiente, conseguí verla, y solo fue un mosto. Un mosto que duró lo que dura un mosto. Un mosto en la plaza del pueblo, a la vista de todos, como si a su hermano y a su padre ya no les importara que la vieran conmigo por la sencilla razón de que a ella ya no le importaba yo.

Y así comenzó mi guerra contra el tiempo. Comenzó porque ella ya estaba lejos, muy lejos de mí, y la tenía que recuperar. Era mi misión. Aliarme con el tiempo y recuperarla, aunque este se pusiera terco. La miraba y pensaba: «Esta me enseñó lo que era vivir, pero también me enseñó a morir un poco». Porque era eso. Me dejó esa forma de ver las cosas, esa forma de querer, pero también esa forma de echar de menos que no se curaba con nada.

Y mucho menos lo curaba el tiempo.

Qué cabrón.

El tiempo.

Diez

bm8gY3J1Y2VzIGVsIG1hcg==
cG9yIHVuIGJlc28gcXVlIG5vIGxsZWdh
bWlyYSBlbiB0dSBqYXJkw61u

A veces uno consigue lo que quiere. Y es raro, porque no es fácil acostumbrarse a que los deseos de pronto se cumplan. Eso me ha pasado con la Casona. Sé muy bien cómo lo he conseguido, pero lo cierto es que ahora esta casa es mía, aunque durante años solo fue un recuerdo, una postal ajada de mi infancia que para siempre dejaría atrás cuando mi madre decidió venderla. Pero ahora aquí estoy, rodeado de paredes que reconocen mi voz, y aunque ahora cuidan de mi mujer y de mi hijo, sin duda he recuperado algo que creía perdido; no solo las escaleras de madera, las piedras o las vigas del techo, sino algo más importante: la noción del hogar, la idea de volver sin que me duela.

Y aun así, no me siento del todo en paz.

Porque conseguir lo que uno quiere no es sinónimo de felicidad —o al menos no siempre—. Sí, al principio hay una alegría fugaz, pero pronto llega el vértigo; porque lo que ahora se tiene hay que sostenerlo y cuidarlo para que no se caiga, para que no se rompa. Y si se rompe, ¿qué queda? ¿Quién eres tú cuando pierdes lo que tanto te costó alcanzar? Quizá por eso no termino de soltar el aire. Quizá por eso, esta casa me da tanto como me exige. Como si me pusiera a prueba. Y esa sensación —esa mezcla de gratitud y de miedo— no es nueva: ya me ha pasado antes, me ha pasado muchas veces.

Recuerdo, por ejemplo, cuando Memphis y yo volvimos a vernos tras nuestra «no cita». Todo empezó después de aquella primera espantada de Memphis en el Indochine. Había pasado casi un mes hasta que la volví a ver, y eso que le había escrito varias veces mensajes por Instagram y por WhatsApp, pero nunca contestaba a pesar de leerlos con bastante rapidez. Fue cuando ya había perdido toda esperanza, un día que volvía de tomar un café, cuando de repente la vi salir del Science Center. Iba vestida con una elegancia sobria, llevaba una blusa de color blanco de manga larga, y su cabello, rizado y voluminoso, caía sobre un escote en forma de V que enmarcaba ese atractivo tan mediterráneo. Apenas se advertía una leve capa de maquillaje que realzaba ese aire de confianza en el que siempre se escondía.

Me dirigí a ella y me planté delante sin decir nada, ni siquiera sonreí. Ella sí, sonrió ampliamente, una sonrisa franca que manifestaba menos sorpresa de la que hubiera imaginado. Al revés, parecía como si hubiera estado esperando encontrarme, ilusionada por verme de nuevo, ajena a todo lo que había pasado: a su desbandada en el Indochine, o a los mensajes leídos y no contestados a los que tantas vueltas había dado.

—Estás muy guapo. —Me extrañó su desparpajo tras nuestro último desencuentro.

—¿Nos tomamos un café? —contesté directo y sin rodeos, viniéndome arriba.

—Son más de las doce… Igual podemos picar algo.

Y así fue como nos fuimos dando un paseo para almorzar improvisadamente en Le Monde, donde me conocían y no tendría problema para conseguir una mesa. Mientras caminábamos hablamos de cosas banales: le pregunté qué había venido a hacer a Columbia, mi universidad, y me dijo que estaba trabajando con un investigador del Science Centre; me preguntó por el libro y por mis clases. Luego se hizo el silencio; fueron unos minutos eternos e incómodos hasta que por fin llegamos al restaurante. Nos sentamos

en la terraza, ella dejó el abrigo con gesto serio sobre el respaldo de la silla. Mientras se sentaba pensé que era la persona más segura que había conocido, y cuando la vi cruzar las piernas y recogerse el pelo con una mano —un gesto inocente si no fuera por el modo en que me clavó sus ojos mientras lo hacía—, confirmé aquel pensamiento y añadí que era además una mujer coqueta y provocadora.

—¿Por qué me has evitado todo este tiempo? —Fui así, directo al grano, quizá hasta irrespetuoso, aun a riesgo de asustarla.

—¿Estás muy enfadado conmigo? —preguntó.

—No sé si enfadado es la palabra. Confuso, quizá.

—Brad y yo ya lo habíamos dejado —dijo de pronto—, aunque todavía no estaba preparada. Pero no te voy a aburrir con eso, no he venido a hablar de mi exnovio, y menos contigo.

—¿Entonces, de qué quieres hablar?

—No lo sé —respondió—. De ti, de mí… De cómo me miraste aquella noche, de por qué me sigues mirando así…

No supe qué responder, me limité a sostenerle la mirada, consciente ahora de que efectivamente era bastante forzada.

—¿Igual quieres explicarme por qué me besaste y luego saliste corriendo? —solté.

—Para eso necesito algo de vino. ¿Eres capaz de impresionarme con uno bueno? Yo soy de blanco, no te líes.

Aquello parecía una orden y no iba yo a desacatarla. Me estiré con un borgoña, un chablis. No entendía demasiado, la verdad, pero recuerdo que Bill lo pedía a veces y jamás se equivocaba. Seguimos con una conversación divertida y poco trascendente, decíamos chorradas y los dos nos reíamos sin parar, una risa tonta y nerviosa, a veces hasta absurda. Parecíamos adolescentes. No había terminado su pescado cuando le dio un sorbo a su copa pretendidamente largo, mirándome fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué quieres saber de mí, Adrián? —La pregunta se me quedó clavada, pues no entendí a qué se refería exactamente. Decidí volver

a donde lo dejamos.

—Quiero saber por qué me besaste.

—Lo cierto es que me apeteció, aunque no tenía pensado salir corriendo después, si es lo que crees. Más bien todo lo contrario. Y… quizá no debería contarte esto porque vas a reírte de mí, pero aquella noche necesitaba escapar de todo…, liarme con alguien pero que no significara nada, una persona irrelevante. Incluso me compré ropa interior absurdamente cara solo por el placer de sentirme distinta, especial. Como si eso bastara para huir de lo que no quería pensar. Tú fuiste mi víctima…

Tragué saliva, nervioso, tratando de que no se me notara que el corazón se me iba a salir por la boca. Ella continuó.

—Es, por cierto, la misma ropa interior que llevo hoy. ¿Casualidad? No sé, de alguna forma sabía que hoy te vería…

—¿Ahora eres adivina?

—Ya te dije que soy una bruja del siglo XXI. Esta mañana me levanté y decidí que quería volver a ver a aquel chico que me miraba como lo hiciste tú aquella noche.

Me reí, nervioso. Su voz tenía algo cálido y peligroso a la vez.

—¿Y cómo te miro?

—Como si tuvieras miedo de acostarte conmigo y ganas al mismo tiempo. Me parece adorable. Eres de los que creen que pueden controlar las cosas, que si todo está bien ordenado, todo saldrá según lo planeado. Pero la vida no va de eso…

—¿Ah, no? ¿Y de qué va?

Se inclinó hacia adelante. Sentí su rodilla rozarme bajo la mesa.

—De dejarse llevar —dijo mirándome como si me animara a hacer una locura—. ¿Nos vamos?

—¿A dónde?

—A mi casa, bobo.

El Uber no tardó en llegar ni un minuto, un Cadillac Escalade mastodóntico de los que tanto se ven por Manhattan. Lo conducía un pakistaní muy simpático que nos empezó a hablar sin parar, haciendo todo tipo de comentarios sobre los políticos de la ciudad,

particularmente puntilloso sobre el «alcalde fiestero», como se refirió a Eric Adams, el entonces alcalde de Nueva York. De repente, Memphis me cogió de la mano. Por fin llegamos a Washington Square, a un edificio recientemente reformado.

—¿Vives aquí? —pregunté.

No dijo nada. Nos montamos en uno de esos ascensores que solo te permiten marcar el piso con una llave. Cuando se cerró la puerta mecánica, me besó; fue un beso ansioso, algo violento quizá, como desesperado. Yo correspondí un poco impostado, aunque incuestionablemente exultante.

Llegamos a la quinta planta y la puerta mecánica se abrió directamente al piso. El espacio era enorme, imponía. Los techos eran altos y la decoración moderna y minimalista. Frente a mí, un gigante ventanal que iba de suelo a techo enmarcaba una vista espectacular de la ciudad. A través del cristal se podía ver el Washington Square Park con sus frondosos árboles, como llenando con naturaleza un pequeño espacio en medio de la jungla urbana. En el centro del parque aparecía el emblemático arco de mármol que se erigía extraño en la ciudad, con personas paseando tranquilamente alrededor de la mítica fuente que tanto me recordaba a la serie *Friends*, lanzando chorros de agua que brillaban bajo la luz del sol. De fondo los edificios de la ciudad se alzaban en una mezcla ecléctica de arquitectura *art déco* y contemporánea, con el icónico Empire State destacándose en la distancia, su aguja tocando el cielo azul.

Me volteé tras la parálisis que me produjo aquella vista y allí la encontré de nuevo. Memphis me miraba como expectante, «ahora mandas tú», me pareció leer en su mente, suficiente iniciativa había tenido ella ya en aquel cortejo tan improvisado.

La apreté contra mí agarrándola por el cinturón, que desabroché casi al tiempo que el botón del pantalón. Después, la miré fijamente mientras acariciaba su mejilla con el pulgar, y continué por la senda de la garganta hasta llegar al pecho, dibujando con el mismo dedo la frontera que marcaba el escote de su blusa. Desabroché los botones

y se quedó con el torso desnudo —me mintió, no llevaba ropa interior, advertí excitado—. Luego me cogió de la mano y me llevó a su habitación subiendo unas elegantes escaleras sin barandilla.

Dentro, la luz era tenue y su cuerpo desnudo era el de una mujer en forma. Se acercó hasta quedar a un centímetro de mí, tan cerca que noté su aliento acelerarse. Su piel desprendía un calor sofocante antes incluso de tocarla. Cuando la acaricié, sentí cómo temblaba un poco. La bese en el cuello, que olía a algo limpio, a piel recién enjabonada. Pasé los dedos por su nuca y ella inclinó la cabeza hacia mi boca, ofreciéndose sutilmente. La bese en los labios mientras bajaba la mano hacia su entrepierna. Note los jadeos de su respiración acortarse. La besé en la clavícula mientras seguía el recorrido del calor. Memphis me dejó recorrerla, pero no tardó en apartarme y se puso encima de mí. Cuando entré dentro de ella intuí un levísimo gemido, luego otro más claro, su respiración empezó a ser más y más fuerte a medida que se movía despacio. Me sentí torpe, temía no dar la talla. Mis manos reconocían las curvas de su cuerpo hasta que se posaron finalmente en su cintura, acompañando su cadencioso movimiento. Hubo un instante en que todo se redujo al roce de su vientre contra el mío, al latido compartido, a esa frontera donde ya no se sabe quién toca y quién es tocado. Empezó a moverse más y más rápido, su respiración se aceleró, sus gemidos perdieron la vergüenza. Cerré los ojos suplicando aguantar un poco más, solo un poco, intuía que ella debía de estar a punto. Entonces gritó y yo me dejé llevar, gritando también. La noté romperse en mis brazos mientras yo me rompía por dentro. Una ola de calor nos desbordó a ambos.

Después de hacer el amor nos quedamos tumbados en su cama, ella boca arriba y yo de costado, mirándonos fijamente mientras acariciaba su brazo. Aquel era un momento de profundo sosiego y armonía. Me miraba tan fijamente que pensé que no solo lo hacía seducida, había algo más. Volví a beberme esa mirada y la guardé en mi memoria, como quien guarda una foto en la cartera.

—¿Qué pasa? —me preguntó sonriendo.

—Nada, te miro.

—¿Y qué ves?

—Una tía que me gusta.

—Esa es una frase muy peligrosa, Adrián.

Sonrío de nuevo, ahora con un guiño coqueto. Luego se levantó y descolgó una bata del armario que se acomodó mientras bajaba las escaleras. Desde abajo me preguntó:

—¿No te ha entrado hambre?

«La verdad es que no», pensé.

—Claro —mentí—. Me ducho y bajo enseguida.

—Tienes una toalla limpia colgada en el toallero. —Su voz sonaba remota desde la cocina.

Cuando bajé, Memphis me esperaba con una taza de té. Flipé al verla comiendo unos palos de apio, «qué pereza», me dije. Me senté y advertí en su semblante un gesto grave…

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

Cogió un palito y lo masticó despacio, clavándome sus luceros verdes. Aquella luz me descubrió que uno de sus iris era más azulado que el otro, completamente verde. Me pregunté si sería un efecto óptico.

— Déjame que te haga la pregunta otra vez…

—¿Qué pregunta?

—¿Qué quieres saber de mí, Adrián? No te voy a decir que no muerdo porque ya sabes que sí —bromeó.

—Bueno, si insistes… ¿Crees que tengo alguna posibilidad contigo?

—Ambos estamos casi desnudos en mi cocina, digamos que no vas mal…

—¿Y… Brad?

—Ya te lo he dicho…, eso se acabó. —Noté melancolía en su mirada.

—Eso es una magnífica noticia para mí.

Sonrió mínimamente, pero tampoco intuí demasiada emoción.

—Créeme, para mí también. Aunque Brad no está acostumbrado a

que le dejen.

Me reí orgulloso de que hubiera sido ella quien rompiese lo que, en mi opinión, tan bajo la hacía caer. Apretó el gesto. Luego se hizo un silencio incómodo.

—¿Cómo acabaste con él?

Me arrepentí. Ya me había advertido que no quería hablar de su exnovio conmigo. Ni yo de él con ella, en realidad. A veces, llenar el silencio de palabras me surge como una necesidad de quebrar el vacío. Las palabras tienen el poder de darle color y vida a la monotonía, pero la mudez no es ofensiva, no tiene que ser destruida porque sí. Es más, te puede meter en un lío hacerlo, como a mí ahora.

—¿Qué te interesa saber sobre Brad?

—Perdón, no quería preguntarte por él…

—No me importa. Es un hombre que genera interés.

Esperé unos instantes, dándole espacio para continuar.

—Brad es… —Hizo una pausa, como si buscara las palabras exactas—. Brad es un niño que necesita mucho protagonismo. Lo que se le da bien es la tecnología, eso es indiscutible, pero lo que realmente le fascina es el espectáculo. No puede evitar convertir cada avance tecnológico en un sermón.

Se inclinó ligeramente sobre la mesa, girando la taza de té entre los dedos.

—Si lo escuchas hablar el tiempo suficiente, acabas convencido de que está a punto de llevar a la humanidad al próximo estadio evolutivo, o al fin del mundo, según el día. Pero en la intimidad… —Sonrió con un aire de ironía—. En la intimidad sigue siendo un niño.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el MIT. Vino al Media Lab a conocer el grupo de investigación Personal Robots que entonces yo dirigía. Cuando me vio, creo que se quedó un poco sorprendido pues esperaba encontrar a otro tipo de mujer… «*Less sexy*», fue su comentario. Me hacía muchas preguntas sobre las tecnologías que allí diseñábamos, cuestionaba todo con cierta soberbia, como queriendo pillarme en un renuncio. Al día

siguiente me llamó la *chief talent officer* de OmunAI y me hizo una oferta para ser *chief researcher* de la empresa. Cuando vi la cifra que me ofrecían, me mareé…, no pude rechazarla. A partir de entonces me empezó a agasajar: flores, regalos, invitaciones… Sin duda me sentía incómoda, casi acosada, pero también extrañamente atraída. Un día me llevó en el avión de Adam —rápidamente entendí que se refería a Adam Brighton, el billonario presidente y mayor accionista de OmunAI— al concierto de Taylor Swift, me puso la excusa de una reunión de trabajo urgente, todo para sorprenderme. Acabamos cenando… En fin. —Bebió un sorbo de té como para aclararse la garganta—. Al final caí en sus brazos, nos liamos y empezamos a salir. Imagino lo que debes de pensar de mí… Aunque te diré que durante este año y pico he llegado a estar enamorada, no solo del personaje, también de la persona, pero eso ya se ha acabado… Me he dado cuenta de quién es él y de quién soy yo.

Obviamente, me sentí tentado a hacer la pregunta: «Y quién es él?», pero me abstuve movido por una extraña intuición que me recorrió la mente como un chispazo. ¿De qué me serviría saber quién era Brad Rogers? Lo cierto es que lo era todo. Aun así, ni con su poder había evitado perderla, y por el contrario yo acababa de hacer el amor con su ex, no me hacía falta nada más. Empezaba a tener lo único suyo que me interesaba.

—No debe de estar muy acostumbrado a perder. —Aquello fue lo único que se me ocurrió.

—No se trata de ganar o perder; teníamos algo especial y se acabó, ya está. En una relación haces un pacto, pero las personas tenemos derecho a cambiar. No pienses que no le fui fiel, pero yo estaba confusa y aquella cena contigo en el Indochine me reveló que ya no sentía nada. Él, por su parte, no sentía nada por nadie… salvo por mí. Eso me angustiaba.

—«No conseguirás conmover otros corazones si del corazón nada te sale».

—Me gusta esa cita, ¿de quién es?

Once

«[Fausto]. ¿Quién osará decir: creo en Dios?
¿Quién puede decir: no creo en Él?
Vuelve a sonar en mi pecho,
oh, tú, llena y poderosa emoción,
que tú me envuelves, cielos, y elevas».

GOETHE

¿Y los padres del mundo? ¿Acaso ya nadie cree en las fuerzas invisibles?

La fe, hoy en día, ya no es algo de lo que la gente quiera hablar —y no hablo de rezar, hablo de creer en algo más que en uno mismo—. La han cambiado por otros códigos: el bienestar, el éxito, el dinero… Sobre todo, el dinero. Y lo curioso es que lo existencial está más presente que nunca, incluso por encima de estos mantras, pero la gente ya no se permite creer en lo que no se ve, aunque sigan buscando darle un sentido a todo esto. Porque, aunque el mundo moderno corra muy deprisa, en realidad seguimos siendo los mismos: criaturas que necesitan creer en algo, aunque no sepamos bien en qué.

Cuando el Uco-uco llegó de Nueva York hace tres años, venía cargado de esa filosofía del mundo moderno, como si hubiera incubado una fiebre: la de la prisa, la de arrollar sin respetar, la de hablar mucho y escuchar poco, la de creerse especial… Es, sin duda, una enfermedad rara esta de la modernidad, pero muy extendida. Ahora, por suerte, ya se le ve algo distinto, como si empezara a entender que hay códigos que uno tiene que aprender sin necesidad de correr, sino quedándose un poco quieto, con humildad. Y lo mejor es que ya no se le nota tan seguro de sí mismo como al principio,

empieza a tener dudas, y eso, para mí, es buena señal. Porque al final todos andamos con dudas —los que creemos y los que no—, y solo el que duda de verdad empieza a entender algo.

A veces me da por pensar que, en realidad, los dioses no son más que un cuento que hace que todos entendamos mejor este mundo tan difícil de explicar. Pienso —con muchas dudas— que les hacemos la existencia mucho más comprensible a nuestros críos si conseguimos que digieran la realidad a través de los dioses. Aunque otras veces también pienso que esa «realidad» es tan absurda, tan disparatada, que quizá sea un cuento en sí misma, uno narrado por un personaje al que podemos llamar Diosa y que mueve los hilos de todos nosotros como si fuéramos un rebaño, y ella nuestra pastora. ¿Qué sería de nosotros, que no tenemos respuesta a tantas preguntas fundamentales, si no creyéramos que hay una mano que mueve los hilos de nuestra incomprensión?

Lo que sí puedo asegurar es que, si somos personajes de un cuento, si toda esta vida es una simulación narrada por alguien —o algo—, nuestro narrador no anda pasando una buena temporada, pues nuestra existencia no es que sea muy llevadera… Quizás esté sembrando tantas dificultades precisamente con la intención de que valoremos la vida que nos da, para que nos sintamos motivados a *añudar* los cabos sueltos que va dejando y que hacen de nuestra vida —por momentos— una auténtica carga. Y si eso fuera así —quizás también—, pretenda que, a través de sobreponerse a esas cargas, seamos capaces de encontrar cierto sentido a todo esto. No solo sentido, sino sobre todo sosiego, eso que en su forma más conocida —y banal— podemos llamar felicidad.

Aunque ya puestos, y para rizar el rizo del todo, si de verdad creyéramos que alguien mueve los hilos de lo que nosotros percibimos como real, ¿no sería ese alguien un cuento que nosotros nos estaríamos contando para explicar una realidad que no tiene por qué tener ninguna explicación? Y si eso fuera así, entonces todos seríamos cuentos dentro de cuentos en una espiral infinita. Y fue precisamente esa espiral infinita la que un día acabó por

despertarme y hacerme ver que, «en realidad», todos éramos, irremediablemente, personajes que formaban parte de un cuento, uno que no siempre empieza con «érase una vez», pero que nos lleva igualmente por *camberas* que no elegimos.

Y si no me creen, escuchen.

Les voy a contar lo que me tocó vivir cuando mi señora, entonces una joven, me rompió el corazón por culpa de su hermano Susín, que manipuló a su padre y me alejó de ella porque yo no le parecía suficiente. Porque lo que pasó entonces con el marqués de la Sierragorda bien pudo ser una fábula, o una pesadilla… o lo que acaba pasando cuando al amor se le mete lo mágico por dentro y uno, por no perderlo, se atreve a pactar con lo que no entiende, y acaba pagando un precio que no sabía que pagaría.

Habían pasado ya dos estíos sin que pudiera conseguir que la Maruca se acercara de nuevo a mí, y estaba tan desesperado por recuperarla que un día decidí hacer algo que solo una persona desolada, o tarumba, sería capaz de hacer: me subí a la cueva del Llobu, la que me parió, y me encerré allí a reconciliarme con las fuerzas que nos dan la vida.

¿Y por qué?, se preguntarán…

Pues lo que me hizo cruzar esa línea no fue la curiosidad, ni tampoco la fe; fue la desesperación. Maruca se me escurría entre los dedos y yo, que había esperado años por ella, no soportaba la idea de perderla justo cuando la había tenido tan cerca. En aquella época no tenía creencias muy arraigadas, desde luego no creía como creo ahora, aun así me agarré al *murear* viejo como un *jato* a la ubre de su madre. No por convicción, sino por hambre. Hambre de que algo cambiara, de que alguien —fuera quien fuese— me diera una respuesta, una solución, una salida. Era como esos que van a que les echen las cartas a una de esas brujas que todo se lo inventan, no porque crean en su videncia, sino porque el presente se les está cayendo encima y cualquier cosa parece mejor que quedarse

quieto.

No sé qué pensaba que iba a encontrar en la cueva que me parió, en la del Llobu: ¿un hechizo que la trajera de vuelta a mí como por arte de magia? ¿Un conjuro de esos que se murmuran en verso mirando a santo Toribio?… Yo había bajado muchas veces allí cuando el mundo se me hacía cuesta arriba; no para esconderme, sino para eso que algunos llaman rezar y otros meditar, pero que en realidad es callar para entenderse a uno mismo. Allí dentro me sentaba a escuchar las voces de mi cabeza, pero en aquella ocasión fue distinto: no fui a pensar ni a escuchar…, fui a suplicar. Como quien ya no busca respuestas, solo que alguien —o algo— le oiga lo despechado que se siente por dentro.

Cuando llegué a la entrada me encontré con un silencio espeso, de esos que solo rompen los *campanus* de las vacas a lo lejos. Entré en aquel túnel desesperado y bajé por un pasillo estrecho apoyándome en esas paredes que sudaban, como se baja al vientre de algo vivo. El aire húmedo se me metía por los pulmones y me los empapaba. Entonces me senté en una piedra frente a aquella pintura rupestre, ante la que solía confesarme como si se tratara de la estampa de una Virgen. Era una pintura borrosa que tomaba una forma temible: la de un *ojáncanu*. El dibujo estaba enterrado en la piedra, sus trazos, de miles de años de antigüedad, parecían apenas manchas, sombras que iban formando su figura a medida que le miraba. Obviamente una pintura rupestre no se mueve, y sin embargo, algo en ella empezaba a despertarse dentro del dibujo: el contorno de una boca llena de dientes, la curva de un brazo peludo; y sobre todo ese ojo único, redondo y hundido en la frente, que brillaba, y que como por arte de magia empezaba a pestañear. Me asusté al verle cobrar vida, y entonces, sin sonido, sin gesto, se intentó comunicar conmigo. No sé si habló, quizá no, pero lo que fuera que quiso decir, lo entendí:

—Donde habita la loba, se deshace el nudo.

No era una amenaza, era otra cosa. Una advertencia, quizás, o un pacto que acababa de cerrar sin darme cuenta y que ahora me

tocaba respetar.

El caso es que cuando uno ve a una pintura rupestre hablar, por muy milenaria que sea, lo primero que piensa es que se ha vuelto loco, pero inmediatamente después se caga de miedo y sale de allí a toda hostia. Me eché al *monti* y corrí tan rápido como pude, pero ni el campo me trajo sosiego. Los *escajos* no eran abrigo, eran garra, las *jelechas* parecían lenguas que cuchicheaban, y las *mayuetas* trasmutaron en golosinas venenosas. Nada parecía en su sitio, como cuando el ganado se calla de golpe y uno sabe que algo se ha roto en la calma del valle. El alma, cuando siente estas cosas, no se apacigua: se encoge. Bajé hacia el pueblo huyendo por los caminos, desorientado. Cuando llegué a la Braña de los Tejos me paré para recuperar el aliento, tratando de entender qué acababa de pasar. Me senté en un banco de piedra allí colocado para los *papardos* que necesitaban descanso en sus paseos. Tenía la respiración entrecortada, sudaba…

De repente, me la encontré. Allí estaba ella, en pie junto al tronco retorcido de un viejo tejo, joven y flaca, con la piel pálida y unos ojos verdes que parecían sacados de la misma noche. Por alguna razón, verla me dio una sensación de paz, quizá por ver a una persona tras aquella incursión en un mundo que no podía ser real, o quizá porque ella misma era parte de ese mundo, pero por lo menos era alguien conocido para mí, alguien a quien poder preguntar qué acababa de pasar. La contemplé fijamente: Toña, la Lobera, era guapa. Muy guapa. Me miró sin asombro, como si me estuviera esperando desde hacía años.

—Vaya, Quesero… ¿A dónde vas tan corriendo? ¿Has venido a perderte?

Entonces se descojonó, no entendí del todo por qué. Luego se sentó a mi lado y me observó, como si se percatara de mi cara de susto.

—¿Estás bien? —preguntó serena, como si, inexplicablemente, supiera lo que me había pasado.

—Sí… Creo que sí —mentí temeroso.

—Pues estás pálido…

Se volvió a reír con una risa exagerada, como si le divirtiera verme muerto de miedo.

—¿Siempre te ríes así? —pregunté cambiando de tema.

—Solo cuando alguien me hace gracia.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Luego ella se cruzó de brazos, ladeando la cabeza.

—Hacía tiempo que no venías por aquí. ¿Quieres que te deje algún libro como cuando eras un mozo? Con aquella excusa lo pasábamos bien…

Todavía estaba temblando por lo que vi en la cueva y esta bruja parecía querer tirarme los trastos.

—Qué recuerdos… —contesté sin esquivar la provocación—. Aprendí mucho contigo, pero no, ya no me interesan tus libros. Ni lo otro…

—¿Te has vuelto un hombre serio?

—Siempre lo fui.

—Ja, ja. Cuando hace algún tiempo te veía de la mano de la Maruca me hice a la idea de que por fin te habían *enlazao*. Pero ya me enteré de que no, que tu amada se alejó de ti. Así que estás libre de nuevo… ¿Seguro que no quieres pasar, Quesero?

Le sostuve la mirada, *mochu*.

Antes de que pudiera contestar, un grito quebró el silencio del valle.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Eran gritos de auxilio, que parecían salir de las entrañas del *monti*. Nos miramos sin decir palabra, diluyendo la tensión que me había producido la cueva y la que ella se empeñaba en generar entre nosotros. Nos dispusimos a ver qué pasaba y echamos a andar monte arriba. No tardamos mucho, diez minutos tal vez, pero el sendero se hizo más largo por la inquietud que nos iba calando. La *pluya* empezaba a arrastrarse por las *cajigas* y el silencio del bosque se rompía por las voces que pedían auxilio con desesperación. Cuando llegamos al bosque del Sejo ya nos temíamos lo peor. Allí

estaba la Lola, la mula vieja de Tío Toño, el Moñigo, tendida en el suelo como una piedra. Muerta. La reconocí enseguida por la marca blanca en su grupa. A su lado, medio deshechos de miedo, el marqués de la Sierragorda con su rifle, y su hijo Susín con el rostro más blanco que la escarcha.

De repente, el viento nos trajo aullidos de entre los riscos, luego fue un gruñido. Era ronco y profundo, como el sonido de una pesadilla.

—La puta loba… —dije agarrando el *palu* con fuerza.

—Hay que irse —replicó Toña mientras se volteaba.

Pero yo no podía dejarlos a su suerte, y eso que odiaba a aquellos dos hombres con todas mis fuerzas. Me acerqué hasta donde estaban y de pronto vi a las bestias: eran cinco, no, seis… Grandes, con los ojos brillando como carbones encendidos. Nos habían rodeado.

—¡Señor marqués, dispare! —grité.

El Marquesón se volteó a mirarme sorprendido por mi aparición y levantó el rifle, pero sus manos temblaban tanto que falló. El disparo resonó entre los riscos, pero los lobos ni se inmutaron. Fue como si supieran que aquel hombre no era peligroso para ellos. Sus belfos amenazantes entonces atacaron: el primero saltó directo hacia el viejo, y sin pensar me puse delante para defenderle. Sentí el peso del animal sobre mí, sus colmillos clavándose en mi brazo, arrancándome la carne de un zarpazo. Me las arreglé para golpearlo con el *palu* y hacerlo retroceder, pero una loba ya había alcanzado al viejo. Lo vi caer al suelo, gritando, mientras la bestia se ensañaba con su pierna.

Y en mitad de aquella tragedia, de repente, escuché un sonido lejano: era como una melodía que venía a protegerme. No sé si fue real, pero yo la oí. El sonido podía distinguirlo con los ojos cerrados: se trataba de la melodía de una flauta, la flauta del *musgoso*, ese personaje de los cuentos de por aquí que salvaba del peligro con su música. Esos cuentos me recordaban a mi infancia, a esas flautas de rama de saúco que tallábamos con la navaja. Me recordaban a mi

güelu, al *chiflar* rojo de la piedra de lumbre, al movimiento de la *gubia* en sus manos. Y esa música —la que entonces escuchaba allí, entre la sangre y la sombra, entre el gruñir de los lobos atacándonos — era la misma. O eso quise creer…

Me recompuse. No sé cómo lo hice, pero logré espantar a la loba con gritos y palos antes de que dejara la pierna del viejo para ensañarse con su *pescuezu*. Estaba fuera de mí. El resto de la manada la siguió como si de pronto todos sintieran miedo, como si algo más grande que yo les hubiese mandado parar. Y cuando se fueron, el *monti* quedó en un silencio pesado. Me acerqué al Marquesón, que estaba tirado en el suelo, con la cara pálida como la luna llena sobre los prados nevados, temblando.

—Fausto… —me dijo con un hilo de voz—. Ayúdame.

Miré al Susín, que estaba subido en un árbol con los pantalones *meaus*. Ni siquiera le pedí ayuda para cargar a su padre, y eso que yo tenía el brazo herido y el cuerpo hecho polvo. El marqués de la Sierragorda tenía una herida en la pierna que no paraba de sangrar a borbotones. Le hice un torniquete y perdió el conocimiento. Odiaba a ese hombre, pero no quería que muriera, y menos allí conmigo y con el hijo delante. Duró semanas el Marquesón ingresado en un hospital de Santander, aunque no fue vida lo que tuvo. La pierna se le gangrenó y ni los mejores médicos lograron hacer nada. Yo fui a verle un día porque él lo pidió y, cuando le vi postrado en su cama, antes de que la muerte se lo llevara, me agarró la mano con fuerza y me dijo:

—Perdóname. He sido un necio contigo.

No supe qué decir, solo asentí.

Tras su muerte no podía parar de pensar en el *ojáncanu*; me asustaba pensar que aquella sombra en la cueva había sido real. No sé qué era aquello, ni a qué mundo pertenecía, pero sé que no fue un sueño ni una alucinación. Fue otra cosa: una aparición, una advertencia. Un trato que quizá yo no entendí del todo, pero que acepté igualmente. Y ahora no sé si lo que vino después era casualidad o castigo. Me gustaba pensar que fui yo el que hizo lo

que tenía que hacer, que fui yo el que intentó salvarle, pero hay días en los que siento que lo que ocurrió ya estaba escrito antes de que yo supiera leer.

Desde entonces empecé a mirar a los de arriba con otros ojos. Ya no como figuras lejanas de un cuento, sino como presencias muy reales, caprichosas como la helada y esquivas como la *rámila*. Empecé a notar sus señales en el crujido del fresno, en el vuelo torcido del arrendajo, en el retemblar de la piedra suelta en la bota… Entonces, por fin, entendí que todo aquello no podía ser solo un accidente, que también era un cuento. Uno de esos cuentos que parecen narrados para asustar a los niños, uno de esos cuentos de los que se cuentan alrededor del *llar*, de los que a veces se cantan con una flauta de rama de saúco de fondo.

Porque si no fueran ciertos los cuentos, ¿cómo íbamos a entender lo que no se puede explicar?

Doce

ZGVqYSBhbCB2aWFqZXJvLA==
Y3J1emEgZXN0ZSByw61vIGRlIGNhYmxlcyw=
eW8gc2lnbyBhcXXDoQ==

Volver a Suso fue como mirar de frente, por fin, a una vida que había estado esperándome y a la que yo le di la espalda por miedo. Sí, por miedo. La Casona, que he restaurado con mimo —y con más voluntad que dinero—, se ha convertido en mi refugio, pero también en una forma de aprender oficios que nunca me imaginé practicando. Está claro que no hubiera sido capaz de hacer toda esta obra solo, pero lo que no estaba tan claro es que fuera capaz de ser un albañil más: he aprendido a mezclar la cal, a lijar las maderas, a picar las piedras… Y para alguien como yo, que nunca había hecho nada con las manos —que siempre ha sido una rata de biblioteca—, eso supone toda una exploración vital.

También he escrito durante estos años en Suso. De hecho, es lo único que hago ahora; cogí una excedencia de la universidad y tengo la suerte —una suerte casi absurda— de poder ganarme la vida escribiendo. Todo gracias a aquel libro sobre Cabeza de Vaca, *La idea de volver*, que tanto éxito ha tenido en Estados Unidos; encontró su sitio entre las dos Américas: la profunda, que añoraba sus raíces y vio en Álvar Núñez a un héroe; y la liberal, que por el contrario celebró el giro místico del conquistador y su respeto por las culturas indígenas.

El caso es que mis días en Suso transcurren tranquilos, entre libros y paseos, entre el sonido del agua en los castaños y el llanto intermitente del niño. No hay cafés a toda prisa, ni reuniones hasta

las mil, ni esa necesidad por la hiperproductividad que respirábamos en Nueva York. Aquí todo va más lento, hasta el reloj parece cansado. Y sin embargo, a veces me acuerdo. Me acuerdo del otro Adrián, del que subía y bajaba en metro por la Gran Manzana, del que se creía que ser feliz era tachar cosas de una lista, del que bebía más de la cuenta y gastaba lo que no tenía tirando de la tarjeta de crédito de Bill.

Me acuerdo, por ejemplo, de aquel viaje a Arizona. Sí, aquel viaje fue el que por fin me hizo empezar a escribir el ensayo sobre el conquistador al que tantas vueltas le había dado, aunque sobre todo fue el primer viaje que Memphis y yo hicimos juntos. Un lugar de una belleza salvaje, pero cubierto por una capa de cartón piedra que lo volvía casi irreal. Estábamos allí, en realidad, por el gusto de gastar, por la falsa felicidad que da comprar experiencias empaquetadas como si fueran realmente experiencias vitales. Era una dopamina cara. Una felicidad de catálogo, con habitaciones a mil euros, masajes prohibitivos y vinos sin sentido. Pero en el fondo algo en ese gasto exagerado olía a fracaso. A no saber quiénes éramos —y a no querer esperar a averiguarlo—.

Lo nuestro empezó sin que nos diéramos cuenta, como esas tormentas que no tienen importancia al principio, pero que de pronto te calan hasta los huesos. Nos volvimos uno. Dejamos atrás las citas esporádicas y los mensajes a deshoras para pasar a compartir cada instante, como si el tiempo fuera algo que pudiera agotarse. Durante meses todo giró en torno a nosotros, no había nada que no la incluyera. Me acostumbré a la forma en que ella invadió mi armario con su ropa, a su manera de quedarse dormida en el sofá viendo la tele —y a lo difícil que era despertarla luego—, a cómo me hacía sentir, pues a pesar de su caótico trabajo, yo era el centro de algo para ella.

Un día cualquiera me sugirió que nos fuéramos de viaje.

—¿A dónde? —pregunté.

—No sé. ¡A cualquier parte! Decide tú… —respondió impulsiva—. Presupuesto ilimitado.

Así que lo planifiqué todo. Pensé en un recorrido por el sur de Estados Unidos, una ruta que me sirviera de inspiración. Decidí seguir los pasos de Cabeza de Vaca. Lo que no planifiqué fue lo que pasó en Las Vegas, en nuestra primera parada. Era una cita que no podíamos eludir: un concierto de Luis Miguel, una cena en é by José Andrés, después el Absinthe, en Caesars Palace…

No sé quién lo propuso: tal vez fue ella, riéndose mientras apostábamos en el casino, o tal vez yo, nublado por el mezcal y por no querer que ese momento acabara nunca. Bastó con mirarnos y tener la certeza de que había que entrar en aquel sitio: Little White Wedding Chapel, decía el letrero con luces de neón. Era como si lleváramos toda la vida preparándonos para ese instante. De repente apareció un imitador de Elvis y… Sí. Nos casó en menos de media hora. Firmamos los papeles entre carcajadas, con la absurda convicción de que no había en el mundo dos personas que encajaran mejor en ese preciso momento.

Para pasar nuestro viaje de novios —y nuestra resaca—, decidimos irnos a un rancho con hotel de lujo en Arizona. Todo era salvajemente real, menos nosotros. Parecíamos dos intrusos disfrazados de *cowboys* en un paisaje que no nos pertenecía. ¿Por qué habíamos terminado allí? Porque eso es lo que haces cuando tienes más dinero que tiempo: compras un pedazo de vida que no es tuya.

Contemplábamos el campo desde la terraza de nuestra ostentosa cabaña de madera, con un gran jardín de flores de colores vivarachos que rodeaban una excéntrica piscina. De vez en cuando un ciervo de cola blanca asomaba entre los robles o los cedros, mientras los arrendajos llenaban el silencio con sus cantos, emitiendo un ronco y áspero crac, que solía tornarse muy estridente en situaciones de alarma. Las ardillas correteaban por los troncos y, en la distancia, algún coyote lanzaba su aullido solitario, recordándonos lo ajenos que éramos a ese mundo. Tan ajenos que

cuando salíamos a montar los caballos Mustang que criaban, lo hacíamos en fila india y con casco, despojados de nuestros recién estrenados sombreros Stetson, que al fin y al cabo era lo único que nos hacía mantener viva la ilusión de ser algo más que turistas con mucho dinero. Todo era idílico. Falsamente idílico. Una realidad artificial.

Pero, a pesar de aquel sentimiento de no pertenecer, a nosotros nos merecía sobradamente la pena. Quizá por esa burbuja de lujo prefabricado —o a pesar de ella—, lo cierto es que a Memphis se la veía feliz. Sí, estaba siempre pegada a su teléfono o a su *laptop*, trabajaba muchas horas al día, pero no le importaba. Cuando se desconectaba, se lanzaba de cabeza a la fantasía, rompiendo todas las barreras del ridículo con una intensidad que me dejaba perplejo. Como cuando se coló en la clase de pintura para niños del hotel solo porque quería «recordar cómo se pintaba con las manos» y acabó con témpera hasta en las cejas, o cuando se empeñó en aprender las canciones del rodeo local —con acento sureño incluido— y luego me obligó a hacer un dueto con ella en el karaoke del bar, mientras todos nos miraban como si viniéramos de otro planeta.

¿Y yo? Yo me dedicaba a no hacer nada. En realidad elegí aquella ruta épica pensando que me inspiraría para escribir, pero la verdad es que me pasaba el día evitando mi teclado. Leía mis escritos una y otra vez, pero no avanzaba, y ese estancamiento empezó a pudrirlo todo. Terminé odiando mis palabras, odiando todo lo que me rodeaba. Lectura, escritura, incluso las escasas interacciones con mis estudiantes, con los que todavía mantenía abierta la vía de las tutorías *online*. Me convertí en un fantasma que paseaba por los valles, levantando más peso del que acostumbraba en el gimnasio y comiendo en exceso… Lo peor es que me empezaba a gustar ser ese hombre inútil, ese adorno que solo estaba ahí para lucir bien en la vitrina de Memphis.

Un día, mientras me entretenía en el salón, Memphis apareció de repente, como siempre, con esa energía arrolladora.

—¿Qué haces?

—Nada, aquí… escribiendo —mentí.

—Perdón, no quería molestarte.

—En realidad estoy atascado. Tengo el síndrome ese famoso…, el de la página en blanco.

—Vaya… Quizás un paseo te despeje un poco.

Me hizo gracia. La pobre trabajaba tanto que no sabía que ya casi me había recorrido cada recoveco de la finca.

—Solo si te apuntas…

—No seas malo… Ya sabes que no puedo, me queda un buen rato. —Puso esa cara de pena tan sensual antes de besarme para disculparse del todo. Luego dio un giro inesperado—. Otra cosa que podrías hacer para inspirarte es pedirle ayuda a Omun.

Lo soltó como quien lanza una bomba, yéndose luego a la cocina para refugiarse con la excusa de hacerse un café.

—¿A Omun? ¡Qué horror!

—¿Qué has dicho?

Respondió desde la cocina con la cafetera haciendo un ruido insoportable. Me levanté, hablar en la distancia no iba a funcionar.

—Que tu «maquinita» es diabólica, no quiero que contamine mi «voz»— lo dije arrastrando las palabras como si realmente tuviera una «voz» que valiera la pena proteger.

La vi calentar la leche y me dio una envidia casi infantil. Cuando se dio la vuelta para buscar algo en la nevera le robé su café.

—¡Eh! ¡Que es mío!

—Parece que ya no… —respondí con una sonrisa traviesa.

—Deberías probarlo.

—Estoy en ello. —Di un sorbo ordinario y se rio.

—Omun, tonto… Podría ayudarte a arrancar, a tener conversaciones con el protagonista de tu historia… ¿Quieres?

—No, de verdad. Hay barreras que no quiero cruzar.

Volvimos al salón. La luz del mediodía entraba por las ventanas. Hacía calor. Me paré a contemplar el techo recubierto de vigas de madera que dibujaban vetas donde se contaban las historias de los robles que un día fueron. Cruzaban a gran altura, creando una

sensación de amplitud pero también de calidez, me sentía como en una cabaña perdida en medio de la nada, en una cabaña de ricachón, como Kevin Costner en *Yellowstone*. Me fijé en la biblioteca atestada de libros, toda una estantería de Faulkner, Roth y Steiner, como si estuvieran ahí solo para recordarme lo lejos que estaba de escribir algo remotamente parecido. Nos sentamos en el sofá y Memphis agarró mi teléfono.

—Vamos, hazlo por mí. Pruébalo. Piensa que Omun es quien paga para que estemos aquí, en esta burbuja.

Sin darme cuenta me puso el teléfono en la cara para desbloquearlo con el reconocimiento facial. Luego saltó por encima del sofá como una niña y corrió para que no la atrapara.

—¡Eh! Eso no vale —me quejé con desgana.

—Mira qué rápido. Vas a la App Store y… —Sonrió cuando se dio cuenta de que ya lo había descargado—. ¡Pero si ya lo tienes! Esto sí que es una sorpresa… ¿Cómo no me habías dicho nada?

Entonces me acordé de aquella mañana, antes de nuestra primera «no cita», cuando me lo descargué para probarlo.

—Fue para tener algo de lo que hablar contigo aquella primera vez que quedamos…, pero nunca llegué a usarla. —Nos reímos. Estábamos recién casados y todo era tan fácil que parecía un juego. Después, Memphis se puso seria.

—¿Por qué no quieres ni siquiera probarlo?

—No lo sé…, siento que desvirtúa el proceso creativo. No quiero que un avatar suplante a un personaje como Cabeza de Vaca. —Lo dije medio en broma, medio en serio. Ella se volvió hacia mí, interesada, sus ojos buscando los míos—. No creo que me haga falta. Ya tengo una imagen clara de él, he leído todo lo que existe: sus diarios, todos los libros, conferencias…; no necesito que una máquina me dé una versión maquillada de su historia.

Memphis sonrió.

—¿Desvirtúa? Hablar de Cabeza de Vaca no reduce la creatividad…, la multiplica.

—¿Y cómo haces eso? Lo de conseguir que parezca real la

conversación… ¿Acaso has programado todos los matices de su personalidad en una caja negra?

Se inclinó hacia mí, casi divertida.

—No es una caja negra. Lo que hicimos fue enseñar al modelo a bucear en cualquier referencia histórica posible para predecir cómo actuaría ante cualquier pregunta. Pero no solo eso, también es capaz de captar la voz que le dieron al personaje otros historiadores, novelistas, directores de cine… Es una forma de lenguaje muy sofisticada.

—¿Cómo que una forma de lenguaje?

—Claro que sí. Los LLM son un lenguaje como otro cualquiera: como las matemáticas, como la música o como el inglés. Y como cualquier lenguaje, también son una enorme fuente de crear belleza.

—¿Me vas a vender que la inteligencia artificial es una forma de crear belleza?

Hubo un pequeño silencio. Entraba un sol de justicia por la ventana. Fue entonces cuando Memphis, sin que viniera a cuento, musitó:

—Brad siempre decía eso. Que el código que habíamos creado era la obra más revolucionaria y bella desde las cuevas de Altamira o la capilla Sixtina.

Me sorprendió el tono: suave, melancólico. No hablaba de un colega de trabajo, hablaba de alguien que había sido importante para ella.

—¿Brad?

Asintió, sin mirarme, quitándole importancia, pero sin esconder que era muy consciente de querer hablar de él conmigo.

—Sí. Él diseñó Omun. Al menos la arquitectura original. Luego vine yo, claro, pero el núcleo sigue siendo suyo. Tú todavía no lo entiendes, pero es una obra maestra. Y él… un genio. Sí, también insoportable, pero tiene una forma de mirar el mundo… distinta. Nunca quiso que Omun fuera una IA «que respondiera bien», sino una que nos cambiara como sociedad. Que nos hiciera mejores. Más bellos.

Entonces comprendí que para ella aquello no era solo una herramienta, ni una obra, ni una revolución. Era algo más importante: un duelo que, muy a mi pesar, aún no estaba resuelto. Me quedé en silencio esperando que siguiera. Entonces suspiró y volvió a la carga.

—En fin, solo quiero que te sientes frente a él, frente a Cabeza de Vaca. Pregúntale lo que nunca le has podido preguntar. Deja que te desafíe a ver cosas que quizás pasabas por alto. Luego ya decidirás si usas o no lo que descubras.

Seguía incrédulo, pero empezaba a estar enormemente tentado por conocer lo que ella había calificado como bello. Yo amaba la belleza, y me gustaba que me retaran a reconocerla en nuevas formas, fueran estas tan desafiantes como fuesen. Y no era solo eso, había algo más. Una inquietud más profunda, casi enfermiza: la necesidad de adentrarme en la catedral que Brad Rogers había levantado junto a ella. Sabía que si cruzaba ese umbral, ya no habría marcha atrás. Lo que descubriría ahí dentro tal vez me fascinaría…, pero también corría el riesgo de destruirme. Porque no hay nada que mine tanto la autoestima como asomarse al lugar exacto donde tu rival ha sido un dios.

—¿Entonces, solo es hablar? —pregunté.

—Así es. Una conversación entre Cabeza de Vaca y tú, Omun solo será un fantasma en la habitación.

—Está bien.

Volvió a coger mi teléfono, que había dejado sobre la mesa, y me lo enchufó de nuevo en la cara para desbloquearlo; lo hizo con un desparpajo que me hizo gracia. Luego tecleó un par de cosas que no alcancé a ver y me mostró una aplicación que parecía estar cargándose. En apenas segundos apareció la figura digital de Cabeza de Vaca en un fondo casi oscuro. Me pregunté cómo habría dado con aquella imagen que se aparecía ante mí, pues no se conservaba ningún retrato suyo, por lo que no había podido beber de ninguna referencia sobre cómo era. Tenía un aspecto de hombre desgastado por la intemperie, la piel morena y los ojos opacos. Entonces me

miró. Sí, Cabeza de Vaca —o su avatar— clavó sus ojos en los míos, como atravesando la pantalla del móvil.

—Parece magia —solté.

—¿Por qué te crees que trabajo tanto? —respondió orgullosa.

—¿Pero ese rostro se lo ha inventado Omun? No hay retratos suyos…

—No exactamente. Responde a descripciones físicas suyas y a otras de personas de la época que vivieron cosas parecidas. Se llaman datos sintéticos. Es un modelo probabilístico…

—¿Y eso qué significa?

—Técnicamente son datos generados artificialmente para entrenar algoritmos cuando no tienes información suficiente o cuando quieres evitar sesgos. En este caso, combinamos rasgos de descripciones, retratos de otros que estuvieron junto a él y registros biométricos incompletos.

—¿Y en cristiano?

—Es como reconstruir una cara a partir de lo que sabes y de lo que imaginas, todo usando la lógica. Si tienes media cara de una foto, una descripción que dice «tenía la mandíbula marcada» y muchas imágenes de hombres de esa época con vidas similares… Omun crea una versión coherente, aunque no sea exacta. Como un retrato robot que piensa por sí solo.

Entonces la imagen del conquistador se dirigió hacia mí y comenzó a hablar:

—¿Venís a buscar la salvación en la tierra de los muertos?

Me abrumó. Se me hizo un nudo en la garganta. Miré de reojo a Memphis y luego me aclaré la voz.

—Eh… —No me salían las palabras—. Solo quiero entender por qué cruzó el continente. Qué le hizo seguir adelante.

—¿Entender? ¿Deseáis que os explique tal cuestión únicamente con palabras? Las palabras mueren en la arena del tiempo. Pero adelante, preguntad.

Vacilé.

—¿Fue supervivencia, o fue… algo más?

Cabeza de Vaca sonrió amargamente.

—Cuando uno sufre las penurias que un servidor ha sufrido, descubre que no hay nada por lo que merezca la pena sobrevivir.

—¿Entonces?

—Fue una idea.

—¿Sobrevivió solo por una idea?

—No sobreviví «por» una idea, sino «gracias» a ella: a la idea de volver. No hay cosa más poderosa que una idea cuando echa raíz cuando se trueca en obsesión. Puede sostener al hombre cuando el cuerpo desfallece, puede empujarle cuando ya no queda esperanza. Este pecador no deseaba volver a lugar cierto, ni a persona alguna que hubiese dejado atrás; tan solo ansiaba la figura confusa del regreso, el saber qué se ocultaba tras el próximo desierto, tras el horizonte venidero. Ansiaba saber en quién se había convertido una vez vuelto. Me condené a caminar.

Me quedé pensando, satisfecho con lo que aquella máquina escupía.

—Pero entonces…, ¿uno elige su idea… o es la idea la que lo elige a uno?

Cabeza de Vaca me miró con una calma helada.

—Las ideas verdaderas no se eligen, se revelan. Hay pensamientos que no nacen en nosotros, sino que despiertan. Creemos haberlos descubierto, pero en realidad nos estaban aguardando, silenciosos, desde mucho antes de que supiéramos darles nombre. No llegan de fuera: emergen. Y cuando lo hacen, uno no siente el vértigo del hallazgo, sino la extraña sensación del reconocimiento.

La pantalla parpadeó, como si fuera a perder la conexión. Luego siguió.

—Consideraos a vos mismo… Decid: ¿qué causa os trajo hasta aquí? ¿Qué os movió a permitir que una máquina diese voz a los muertos?

El silencio entre nosotros pesó más que las palabras.

—Yo no quería… —dije al fin.

—Claro que sí. Lo hicisteis por la culpa que os carcome por dentro.

Es un combustible más silencioso que la ambición, pero más voraz.

—Ansío conocer la verdad detrás de las cosas.

—*¿Y qué haréis cuando la sepáis?* —preguntó, inclinándose hacia adelante—*. ¿Qué haréis si resulta que no os pertenece? ¿Si no podéis redimirla ni destruirla, solo cargarla?*

No respondí.

El avatar sonrió como si hubiese ganado algo.

—*Caminaréis, moriréis de hambre, resistiréis… Como hice yo. Hasta que la tierra os devuelva lo que nunca supisteis pedir.*

Trece

«[Mefistófeles]. Todo lo que nace es digno de perecer».

GOETHE

La echo de menos. Tanto que a veces me duele el pecho, como si ese dolor pudiera acabar llevándome por delante. Pero no puedo rendirme ahora, me dejó a cargo de su hermano y me toca cumplir la misión que me encomendó: la de cuidarle. Aunque no es fácil acompañar a ese viejo senil, con todo el mal que me deseó, pero todo lo hago por ella.

A pesar de su edad, la de Maruca no fue una muerte repentina; no, lo suyo venía avisando, fue yéndose poco a poco, como los inviernos largos. Y tampoco se puede decir que no viviera con plenitud; muchos disgustos tuvo, sí —más de los que merecía—, sobre todo por la muerte de Pecu, tan joven, pero también acabó sus días rodeada de alegrías, como ver al Uco-uco enamorado de la mujer de su vida y que de ese amor naciera su nieto. Claro que hubiera querido verlo crecer, pero por lo menos llegó a conocerlo, llegó a cogerlo en brazos, a cantarle para que se durmiera, a acariciarle esas manitas. Una pena que no lo disfrutara un poco más porque ella, sí que sí, hubiera sido una abuela de las buenas, de las de verdad…

La muerte no entiende de cuentos, llega cuando llega y ni los que la buscan saben cuándo vendrá. Qué *jodía.* Siempre está ahí, rondando, como el badajo de los campanos que no deja de *retinglar* aunque parezca que no lo escuchas, de tan repetitivo que se vuelve. Yo he visto muchas muertes en mi vida. Muchas. Cuando uno anda desde mozo en el *monti* pronto aprende que aquí las cosas se

terminan de golpe, sin aspavientos. Una chota se cae por una *torca* y ahí se queda, *esmochada*, hasta que los buitres, que son los únicos capaces de llegar donde cayó, la hacen desaparecer; o un *chotuco* de corzo al que los lobos le hincan el diente, meneándolo por el *sangraeru* hasta que sucumbe; o un *chon* atravesado por las postas de un servidor; o una *rámila* bajo las garras del milano…

Pero no solo los animales. Aquí la muerte también se ceba con la poca gente que nos queda: que si don Tomás, el nonagenario cura del pueblo; que si Fuencisla, la panadera que nos acostumbró a escribir sobre la harina del mostrador por su sordomudez; o Titín, que se fue a vivir a la ciudad con su familia, llevándose a sus hijos, los únicos críos que quedaban en Suso. Porque eso también es morir: desaparecer.

Cuando me despedí de ella, sin querer me vino a la mente la muerte de su padre, el Marquesón, cincuenta años atrás. Esa sí que me dio que pensar. Un hombre que lo tenía todo: tierras, casas y más billetes de los que yo veré en diez vidas. Y mira cómo acabó: muerto por los colmillos de una loba. Ironías, dicen algunos, pero yo no sé si fue ironía o brujería. La muerte no entiende de riquezas, no tiene lujos ni ceremonias. Aquí entierras al que se va con la misma pala con la que cavaste la zanja, y al día siguiente sale el sol otra vez, mientras tú sigues bregando porque la vida no espera. La muerte es una sombra, pero no da miedo, qué va, porque sabes que es parte del ciclo, como la *deshoja* al final del verano o el *rosar* en invierno. Mi *güelu* siempre decía que hay que morir con las botas puestas, haciendo lo que te toca, sin moquiteos ni dramas, porque lo contrario sería como llorar por las flores: inútil.

Todavía, medio siglo después, ya viejo como soy, no he podido entender aquella muerte. Cuando la Maruca vino a casa aquel fatídico día para darme la trágica noticia traía los ojos gastados de tanto llorar. No dijo mucho al principio; se sentó en el banco de la entrada con las manos apretadas y, al cabo de un silencio, murmuró:

—No aguantó. Había perdido demasiada sangre…

Yo traté de consolarla, pasé horas a su lado, me volqué y ella agradeció mi compañía, mi consuelo, mi cariño… Pero luego, aun sabiendo lo importante que era para Maruca, no quise acompañarla al *intierru*. Preferí aislarme, cerré la casa, *volví postigos* y me encerré en mi cuarto como si de verdad pudiera ponerle el cerrojo a todo. No lloré, simplemente me tumbé en la cama con la ropa puesta y dejé que el sueño me arrastrara. No fue un sueño dulce ni reparador, fue más bien como una huida, como una fuga de esa fatiga que aquel surrealista accidente me había provocado. Como si el cuerpo decidiera rendirse por unas horas, dejar de sostener la culpa, la confusión, todo eso que me estaba matando.

Recuerdo lo que soñé con una nitidez extraña: un bicho pequeño, nervioso, de ojos brillantes, se colaba en mi cuarto y empezaba a revolver los cajones, a sacar mis papeles, a cambiarlo todo de sitio. Me desperté con la sensación de que alguien me había estado espiando por dentro. Entonces me vino el nombre: *trenti*. Mi *güelu* me contaba historias de crío sobre ese duende travieso de por aquí, que entraba en las casas cuando nadie miraba y desordenaba sin motivo, solo para divertirse. Decía que era imposible pillarlo: se escabullía como una *lagaterna* y lo movía todo de sitio.

Quizá era eso lo que sentía: que alguien o algo había entrado en mi cabeza y me había desordenado los pensamientos. No solo los cajones del sueño, sino los compartimentos más profundos de la mente. Porque el cabrón del *trenti*, además de revolver papeles, también me había sembrado los pensamientos de imágenes. Aparecía Toña, la Lobera; estaba allí, como saliendo de la niebla, medio desnuda, o puede que lo estuviera del todo. Yo la deseaba con una urgencia que me avergonzaba. Todo era confuso. Quería tenerla, tocarla, hacerle cosas que jamás hubiera confesado, pero justo cuando estaba a punto de hacérselas —cuando ya no había marcha atrás—, un aullido cortó el momento y me despertó. ¿Un lobo? ¿Real? ¿Soñado? No lo sé. Me espabilé de golpe, con el cuerpo sudado y el corazón galopando. Me senté en la cama, a oscuras, sin

moverme. Afuera no se oía nada. Solo me quedaba una pregunta que no sabía cómo enfrentar: ¿Qué quería decir todo aquello?

Por si no fuera suficiente, la siesta me dejó agotado, resacoso, como si hubiera bebido vino a *frascas*. Por un instante pensé que todo seguía igual: que el Marquesón seguía vivo, allá en su casona, gruñendo, y que Maruca aún me miraba de reojo con ese aire de superioridad que tanto me confundía. Pero entonces un golpe seco en el pecho me trajo de vuelta a la realidad. Se apareció la imagen del ataque en mi cabeza: el animal ensañándose conmigo, con el viejo…

Yo soy un hombre de campo, no se me engaña, sé cómo piensa la loba. No obedece a nadie más que a su hambre, a sus instintos. Y aun así no se le ocurre meterse con dos hombres por mucha nieve y soledad que padezcan; va a lo fácil y es temerosa. Y sin embargo, ahí estaban esos ojos brillando en la niebla, rodeándonos como si alguien los hubiera convocado. ¿Pero quién?

—¡*Cagatu*! —gruñí entre dientes.

No podía quitarme de la cabeza todo lo que había pasado. Primero, aquel *ojáncanu* en la cueva, que cobró vida de la pintura y que me susurró lo de la loba, luego el sonido de aquella flauta de madera de saúco que me guio para escapar, y por último el sueño con el *trenti*… Y lo peor es que en todos los casos, en medio del desorden, allí estaba ella: Toña, la Lobera. Cavilé tratando de encontrar algún sentido entre tanta locura. Por eso me decidí a ir a verla, a mirarla bien, con calma, a ver si en sus ojos o en su voz encontraba algo que me diera una pista. Porque, aunque no quería admitirlo, empezaba a sospechar que aquella mujer sabía más de lo que parecía.

Emprendí el camino hacia la Braña de los Tejos. Todavía no había *albiao* y el campo estaba oscuro, la luna apenas asomaba entre las nubes y los ruidos del *monti* eran constantes; ese crujir de *quimas*, esos golpes del viento… Mi corazón latía con fuerza. ¿Qué le iba a preguntar? No sabía si quería respuestas o si prefería quedarme con mis dudas. Al llegar al claro el aire se volvió denso, como si el

bosque mismo contuviera la respiración. Allí estaba Toña, la Lobera, de pie junto a un viejo tejo retorcido. Me miró sin sorpresa.

—Fausto. —Por primera vez no me llamó Quesero—. Anda, pasa.

No le contesté. Miré fijamente sus ojos verdes mientras se clavaban en los míos, me temblaban las manos sobre el *palu.*

—¿Qué hiciste?

—¿Qué pregunta es esa? —Sus dedos jugaban distraídamente con una ramita de menta.

—¿Tuviste algo que ver?

—¡No seas crío! —me reprochó—. ¿De verdad crees esas pamplinas que dicen sobre mí?

Había algo en ella que solía inquietarme, pero al escucharla no recordaba qué era. No era su belleza, aunque sería necio negar que era una belleza inquietante… Quizá era su forma de moverse, como si nunca estuviera completamente en este mundo, como si formara parte de la tierra misma, de las raíces que se enredan bajo nuestros pies. Pero en ese momento ese aura se había evaporado, parecía extrañamente cercana.

—Quiero respuestas —le dije. Mi voz resonó más fuerte de lo que esperaba. Supongo que quería mostrarme firme, pero ella no parecía impresionada.

—¿Qué película te estás montando? ¿Crees que, porque los *tontainas* en el pueblo me llamen Lobera, los lobos pueden llegar a obedecerme? ¡No seas *babarrión*!

No supe qué responder al principio. En realidad todo aquello era una locura. ¿Un *ojáncanu* en la cueva? ¿Un *trenti* en mitad de la noche? Venga ya, me dije. Pero cuanto más lo negaba, más me parecía que el mundo había empezado a hablar en un idioma que no entendía. Era más fácil tratar de explicar todo a través de ella —pensar que era su culpa, que sabía algo— que enfrentar la posibilidad de que, tal vez, me estaba volviendo loco. Ella se acercó un poco más y pude sentir el calor de su cuerpo en aquel frío de la tarde. Mi voz cambió, se hizo más baja, más íntima.

—¿Entonces, no tuviste nada que ver?

—Mira, ha sido una desgracia, sí… Pero tampoco vamos a fingir que el lobo se ha vuelto loco de repente. Cuando los vi atacar pensé: «¿Un ataque? ¿Aquí?». Llevo años con ellos, Fausto. Años. He dormido al raso oliendo su aliento, he fotografiado a esos animales a dos metros, escribí un puto doctorado sobre manadas ibéricas, así que algo sé. Pero, claro…, luego lo piensas bien y empiezas a entender cosas. La mula… Tierna, quieta y fácil para un día de hambre, de esos que cortan las tripas. Y la loba alfa… ¿Sabías que estaba a punto de parir? Porque yo sí, llevo semanas siguiéndola. Así que imagínatelos: nerviosos, con crías en camino y un par de *pisaverdes* con escopeta y pésima puntería. Normal que saltaran. Yo también mordería si alguien se me acerca con una barriga así.

Se me quedó cara de tonto. Sí sabía que andaba la loba encamada por allí, pero jamás se les ocurría atacar, salvo que esos días no hubieran tenido nada que llevarse a la boca, y claro, la mula era todo un cebo. De lo que seguro no tenía ni idea es de que estaba a punto de tener *gazapus*. Si eso era cierto, el ataque no tenía por qué ser tan raro. Volví a insistir.

—¿Entonces?

—Déjame aclararte algo, Fausto: no soy una bruja, es más, te garantizo que las brujas no existen. Es ridículo que lo dudes. Ay, la gente de los pueblos…

—Pero ¿qué has hecho durante todo el tiempo que te fuiste? ¿Y por qué decidiste volver?

—Cuando me fui de este pueblo lo odiaba con todas mis fuerzas. Me tenía atragantado el olor a *moñiga*, las miradas de reojo, las paisanas repitiendo siempre las mismas penas, como si no hubiera nada más allá del valle. Me esforcé por sacar buenas notas, porque sabía que era la única forma de salir. Me dieron una beca para ir a la Universidad de Santander, y luego otra para hacer el doctorado en Madrid. Fui para allá convencida de que desde allí podría ser más útil en la lucha contra Franco. Y algo hicimos, sí. Me dieron de hostias los grises más veces de las que quiero recordar, sobre todo en la

facultad, pero aguanté… Y ahora que ese dictador ya está bien enterrado, he vuelto. Volví porque ya no soportaba el ruido de la ciudad, por no hablar del tráfico, de esa manía de correr para todo, de querer ser algo sin saber muy bien el qué. Me asustó pensar que yo pudiera acabar igual. Así que me largué antes de que me contagiara.

Se detuvo, bajó la mirada un segundo y esbozó media sonrisa.

—No me mires así, tú sabías que yo me iba a ir de aquí, ¿o no? Era la más aplicada del pueblo, la única que quería leer algo más que los carteles del bar. Me acuerdo cuando te prestaba libros… Eras un chaval. Guapo, un poco joven para mí entonces, pero ¿qué son cinco años de nada? Me hacías gracia y te dejaba aprovechar para meterme mano. Pero no te culpo, me gustaba lo que me hacías.

Me lanzó una mirada fugaz. Después, siguió:

—Volví, sí. Pero no al pueblo, el pueblo lo sigo odiando. Volví al monte, que es distinto. Aquí arriba las cosas no fingen ser lo que no son. Me llaman Lobera, claro, pero eso es porque temen un modo de vida que no esté sometido al yugo social. No me entienden. Al principio me jodía el mote, pero con el tiempo le cogí el gusto, me da libertad. Si piensan que soy una bruja, mejor: así no se acercan. Lo único que echo un poco de menos es que alguien me pegue un meneo de vez en cuando… Y no me faltan candidatos, no te vayas a creer, que tengo al Susín merodeándome día sí día no con cualquier excusa. Pero ese *pisaverde* no me gusta. Si fueras tú, otro gallo cantaría.

Le reí la broma, que no era tal. Luego la miré sin saber qué decir. Todo lo que pensaba que sabía sobre ella se había dado la vuelta como un trillo mal puesto en la tierra.

—¿Y por qué me cuentas esto? —rompí mi silencio.

La Lobera sonrió, pero esta vez no hubo amargura en su gesto, solo una sinceridad que me dejó clavado al suelo.

—Muy sencillo: eres la única persona que me lo ha preguntado. Porque tú, Fausto, quizá también seas diferente. Quizá también seas un poco como el lobo y como yo; fuerte pero solitario, siempre

buscando algo que no puedes tener. Y tal vez… tal vez sea hora de que dejes de buscar.

Esas palabras me golpearon. A partir de aquella conversación todo cambió. Toña, la Lobera, dejó de ser esa sombra a la que había aprendido a evitar para convertirse en alguien a quien buscaba, alguien que, a pesar de que me costara admitirlo, me empezaba a atraer. Hacía esfuerzos por pastar mis vacas cerca de la Braña de los Tejos, cerca de ella. Una vez que me vio llegar, vino hacia mí con esa forma suya de caminar, como si pisara la tierra con respeto, sin querer molestarla. Me propuso ir a ver los *escañetus* de una osa recién parida. Y fui, claro. No vimos a la osa, pero yo no podía dejar de mirarla a ella; cómo respiraba al subir la *varga*, su cuello húmedo, sus labios secos, las manos firmes sujetando la cámara. Mientras el sol se escondía detrás de los Picos de Europa me quedé callado, notando cómo se me tensaban las tripas. Uno no es de hojalata y aquella mujer me despertaba el cuerpo. Y eso no se razona. Eso se siente, aunque te queme por dentro.

Pero por otro lado, la Maruca y yo empezamos a vernos otra vez, era algo que no podíamos evitar: nos cruzábamos en el pueblo, en la tienda, en la plaza, y luego ya quedábamos algún día a tomar una cerveza en la taberna de Eladio. A veces hablábamos de tonterías, como de mis vacas, por ejemplo, y otras de cosas más serias, como cuando ella me contaba los líos que se traía desde que murió el Marquesón: que si los papeles, que si las deudas, que si la Casona se venía abajo. Yo escuchaba, claro que sí. No tengo ciencia para los dineros, pero tenía hombro, y se lo ofrecía con gusto. Yo no era ciego, ni sordo… Empecé a notar que ella me miraba distinto, con ese mirar que no se improvisa, ese que arrastra la memoria. No era amistad, no era costumbre, ni era solo gratitud por haberme enfrentado cuando su padre cayó. Era otra cosa. Una ternura pasada que volvía a abrirse paso entre nosotros. Y yo lo sentía: sentía que Maruca, sin decirlo, sin buscarlo siquiera, se estaba volviendo a enamorar de mí, y aquello, que era lo que más había buscado —que ella volviera a mí por amor y no por revelarse contra quien se lo

prohibió—, ahora de repente me desconcertaba. Porque justo entonces, cuando por fin parecía que el destino se estaba *enderechando* con el amor de mi vida, se enturbiaba por la aparición de Toña, la Lobera.

Y así pasaron los meses, con la cabeza partida en dos. De la Maruca seguía enamorado, ya lo creo. La quería para mí, para siempre. Pero por otro lado acababa de descubrir a Toña, la Lobera —o ella me había puesto en su diana, más bien—. Ella no me enseñaba otra forma de ver el mundo, no sentía la emoción de pasar días enteros hablando de cualquier cosa, lo que hacía era despertarme el deseo. Con una sola mirada me desordenaba el juicio, con una palabra me encendía. No hablábamos demasiado, no hacía falta, bastaba su manera de estar, de moverse. Era una tentación.

Yo no sabía lo que estaba construyendo con ninguna de las dos, pero lo que sí sabía era que la Maruca me ataba al corazón y Toña, la Lobera, al vientre…

Catorce

TGxvdsOtYSBkZXNwYWNpbw==
eSB0ZSBjZXJy6SBsYSBwdWVydGE=
c2luIGRlY2lyIHBvciBxdcOp

Estoy algo nervioso. Dentro de unos días viene Bill a conocer al niño y quiero que todo salga bien. No es fácil: hace más de veinte años que no pisa el pueblo y la última vez fue en el entierro de Pecu. Antes de eso también desapareció durante mucho tiempo, tras el divorcio con mamá. Nunca hubo una versión clara de lo que pasó entre ellos; dijeron que cuando el banco le ofreció el ascenso en Nueva York, la distancia lo estropeó todo. Pero ya de adultos entendimos que esa explicación era solo un atajo, una forma de no contar lo doloroso. A pesar de ello fue él, con su dinero, quien sostuvo esta casa —que por momentos parece estar maldita—. Mamá, en cambio, acabó rindiéndose dos veces: la primera cuando se separaron; y la segunda después del accidente, cuando ya no tuvo fuerzas ni ganas de vivir aquí y la vendió definitivamente.

El caso es que no puedo evitar desear que, cuando vea la nueva Casona, sienta algo parecido al orgullo. No solo por mí —que también—, sino por todo lo que esta casa arrastra: por lo que costó levantarla de nuevo, por las fracturas familiares que dejó a su paso, por ese doloroso recuerdo de Pecu, y porque mamá no quiso volver a pisarla hasta que nació su nieto.

Bill se limitará a soltar bromas, ironías, frivolidades, pero aun así sabré lo que hay detrás de su máscara, porque, aunque intente ocultarlo, acaban notándosele las emociones. Sin él, esto no habría sido posible. Es verdad que con lo que he ganado con el libro pude

empezar a financiar parte de las obras, pero obviamente esta casa es muy grande y no fue suficiente; así que, cuando necesité más pasta, me hizo una transferencia con esa forma suya de no darse importancia. Aunque, claro, con él nada es gratis del todo. Siempre deja caer su opinión discretamente, como cuando me alquiló aquel piso en el Soho —convenciéndome de que era *the place to be*—, aunque yo iba a trabajar cada día a la otra punta de la ciudad.

Me acuerdo de una tarde en la que quedé con él para tomar un café en el Starbuck's de West Broadway, que estaba debajo de aquel apartamento. Fue hace cuatro años. Quería decirle que estaba empezando a salir con Memphis —no le diría lo de la boda en Las Vegas porque se habría asustado—. Nunca se me olvidará su reacción: apenas terminé de contárselo, todo ilusionado —pensando que él se alegraría mucho por mí—, se encendió. Se puso hecho una fiera, dijo que esa chica no me convenía, y lo peor, que tuviera cuidado con Brad Rogers. Me sorprendió, sobre todo porque no me dio un porqué. Salí del bar con un enfado sordo —¿acaso le había pedido su opinión?—.

Caminé por la calle Wooster mientras la lluvia me empapaba de arriba abajo, hasta que me di cuenta de que me había dejado el paraguas en la cafetería. No pensaba volver, no quería verle. Olía a humedad, la que desprenden las rejillas del metro mezcladas con el aroma de unos cartones mojados apilados en mitad de la acera. Había un rastro agrio de comida descompuesta, que se mezclaba con el toque dulzón del perfume de una tienda cercana. En un rincón menos transitado, ya cerca de Lafayette, vi a una persona envuelta en una manta sucia, acurrucada en un improvisado refugio de bolsas de plástico. Era un hombre con los ojos evaporados. Se clavaba una jeringuilla. A su lado otro más joven estaba tumbado en el suelo, inmóvil. Noté el empalagoso olor a marihuana que se colaba entre las bolsas, por lo que intuí que allí debajo habría una tercera persona, quizá comiéndose ese trozo de *pizza* abandonado

junto a un par de casquillos de cerveza vacíos. La lluvia hacía que todo se mezclara en un río sucio que corría por el bordillo, un riachuelo de hojas y colillas.

Me paré a observarlos. Aquel era una día triste para mí, pues tenía muy mal sabor de boca por la discusión con mi padre. Todo parecía más lento, más pesado, como si la ciudad estuviera enferma. En mi parálisis, me vi reflejado en una ventana empañada por la lluvia. La tenue iluminación interior del restaurante provocaba que mi rostro se reflejara en el cristal con nitidez. No estaba seguro de por qué me había quedado pasmado mirando mi cara en aquel cristal, pero al cambiar la perspectiva, haciendo que mi mirada desdibujara mi figura y se enfocara en lo que pasaba en el interior del restaurante, me percaté de que allí ofrecían algo nuevo: alta cocina mexicana.

No había planeado entrar. Recordé haber escuchado rumores de que una reconocida chef había abierto un lugar por la zona, pero nunca imaginé que fuera aquí, justo al lado de mi casa. El lugar me atrajo y, al cruzar la puerta, el ambiente me gustó: madera oscura, paredes de piedra negra y detalles de cobre. En una esquina había una barra larga con estantes iluminados repleta con botellas de mezcal y de tequila. El olor que flotaba era típico de este tipo de cocina: maíz tostado, chiles y un toque de algo dulce y ahumado que no lograba identificar.

Me acerqué a la recepción, donde una camarera mexicana estaba organizando algo en una *tablet*. Era una mujer joven, con el cabello recogido y un uniforme que combinaba con el estilo del lugar. Cuando levantó la vista me recibió con una sonrisa.

—*Hi, how can I help?* —Tenía un ligero acento latino.

—Hola, buenas noches —respondí en español—. Me preguntaba si podría hacer una reserva para cenar el jueves de la semana que viene. Seríamos dos.

Ella alzó las cejas, como si ya supiera cómo iba a terminar la conversación. Soltó una pequeña risa antes de explicarse.

—Lo siento mucho, pero de momento estamos llenos los próximos tres meses. Apenas abrimos hace unas semanas y está siendo una

locura.

—¿Tres meses? —repetí sorprendido—. ¿Quizá una cancelación de última hora?

Ella negó con la cabeza.

—Si quiere puedo anotar sus datos y avisarle si hay hueco.

Mientras asentía, algo al fondo del restaurante llamó mi atención. En la penumbra, entre el murmullo de las conversaciones de los comensales, vi una figura familiar sentada sola. Era una mujer de cabello oscuro y suelto; esos rizos los conocía bien. Por un momento dudé: podría ser cualquier otra mujer, pero había algo en su postura, en la forma en que jugaba distraída con su copa de vino, que me resultaba inconfundible.

—Disculpe un segundo —le dije a la camarera alejándome hacia el salón ante su asombro.

Intenté convencerme de que estaba equivocado. Memphis me había dicho que tenía trabajo aquella noche, pero cuanto más me aproximaba más claro tenía que era ella, sentada allí en una mesa apartada, una esquina oculta de las miradas de los demás.

De repente la puerta del servicio que estaba al fondo del restaurante se abrió. Vi salir a un hombre alto, rubio y peinado hacia atrás. Todo se nubló: era él. Cruzó la sala despreocupado y se sentó frente a ella. Memphis levantó la mirada y le sonrió, una sonrisa coqueta, de esas que yo conocía bien. Brad Rogers se inclinó hacia ella, y aunque no podía oír lo que decía, algo en su gesto me hizo sentir un nudo en el estómago. Me quedé parado, inmóvil, escondido tras una columna de madera. Observé como si necesitara una prueba irrefutable de lo que ya sabía. No sé cuánto tiempo pasó: tal vez fueron segundos, tal vez minutos, pero sentí como si el aire a mi alrededor se hubiese vuelto imposible de respirar.

—Perdón, señor, no puede estar aquí. Le avisaremos si hay alguna cancelación.

La camarera me echó amablemente. Di un paso atrás, me giré y salí del restaurante. No me molesté en decir nada ni en mirar atrás. Ya fuera, caminé bajo la lluvia con el sonido de las gotas cayendo,

obsesionado con aquella sonrisa de Memphis. No entendía nada, pero sabía que esa noche algo había cambiado.

Me costó mucho dormirme, me quedé mirando el techo, repasando una y otra vez la escena en mi cabeza. Esperaba impaciente a que ella llegara y me diera explicaciones. Que me las diera sin que yo tuviera que pedírselas, como si lo que había visto no fuera más que un malentendido, como si, en definitiva, no temiera lo que en realidad parecía ocultarme.

Fue entonces cuando abrí Omun… Aquella dichosa aplicación era muy adictiva. Me quedé flipado en Arizona cuando tuve aquella surrealista conversación con Cabeza de Vaca y, poco después, maldita la hora, probé a cargar una fotografía de mi hermano. Solo una. La *app* tardó menos de un minuto en generar un rostro que se movía, que parpadeaba, que casi hasta respiraba como él. Bastó añadir un viejo vídeo nuestro para que su voz surgiera idéntica, con su risa contagiosa y esos movimientos tan suyos, tan difíciles de describir. Aquella primera vez no lo pude aguantar; cerré la *app* de golpe. No podía creerlo. Era como si el pasado hubiera roto la puerta y se hubiera sentado frente a mí. Desde entonces, cada vez que lo intentaba, bloqueaba la pantalla antes de que él dijera la primera frase.

Pero esa noche fue distinto. Esperando a Memphis en la oscuridad, desesperado por lo que había visto, solo, ansioso por que llegara y me diera una explicación, me lancé en búsqueda de la única compañía que quería en aquel preciso instante: la compañía de mi hermano.

—¿Adrián?

No respondí, solo lo miré. Él —la imagen de él— frunció ligeramente el ceño, igual que hacía cuando algo no le encajaba.

—No te castigues, Adrián. Vuelve a casa.

Eso dijo. Nada más. Cerré la *app* en seco, como si pudiera encerrar otra vez lo que había salido de ella. Pero el tono con que lo dijo, como si me hubiera estado esperando, como si supiera lo que me pasaba, incluso algo que yo todavía no sabía, me dejó helado.

No pude dormirme hasta horas después. Tuve la sensación de que habían sido un par de minutos cuando me desperté sobresaltado. La luz gris de la mañana entraba por las cortinas y cuando giré la cabeza hacia el lado de la cama de Memphis lo encontré vacío. Me quedé mirando la almohada y el edredón intactos. Por un instante pensé que quizás se había levantado temprano, pero el silencio del apartamento no parecía darme la razón. No hice nada, solo me quedé tumbado con el corazón a mil.

Los minutos pasaron hasta que finalmente escuché el clic de la cerradura y ella cerró la puerta por dentro.

—¡Buenos días!

Su voz despreocupada llenaba la habitación mientras dejaba las llaves sobre la mesa del salón. Me incorporé lentamente y la miré desde la cama. Estaba perfecta, demasiado perfecta para alguien que se supone que había estado trabajando toda la noche. Su cabello estaba recogido en un moño y llevaba una camiseta holgada y unos vaqueros.

—¿Dónde estabas? —le solté, más directo de lo que había planeado. No sabía cómo suavizar la pregunta sin que sonara como un reproche.

Ella levantó la vista como si mi tono la hubiera cogido por sorpresa.

—Ah… Pues estuve trabajando hasta las mil —respondió encogiéndose de hombros mientras se sentaba al borde de la cama —. Cuando terminé ya era muy tarde y no quería despertarte. Pensé que lo mejor era quedarme en mi casa.

Fruncí el ceño intentando procesar.

—¿Tu casa? —repetí—. ¿Desde cuándo duermes en tu casa? Hace meses que vives aquí.

—Ya, pero… aún la tengo, ¿no? —Intentaba sonar ingenua. Sus ojos evitaban los míos, algo que me puso aún más nervioso—. Todavía no he conseguido alquilarla y pensé que haría ruido y te acabaría despertando, con lo que te cuesta a ti dormirte luego. Además, me quedaba más cerca de la oficina.

—¿Hasta tan tarde estuviste? —De nuevo mi tono era de reproche.

No podía evitarlo, algo en su explicación no encajaba.

—Sí, Adrián, trabajando. Ya sabes cómo son mis horarios a veces… —Pareció impacientarse, luego se levantó, como si quisiera cerrar la conversación allí mismo—. ¿Qué película te estás montando? No es para tanto…

—No es eso, Memphis. Es solo que… —Me detuve tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero no las tenía. Me eché atrás. Temí abrir un melón que pudiera romper algo tan mágico como lo que habíamos tenido hasta entonces—. No estoy acostumbrado a que no estés aquí. Me pareció raro, eso es todo.

Ella suspiró. Luego sonrió y se acercó para darme un beso en la frente, un beso maternal que me irritó profundamente. Tenía una sonrisa forzadamente tranquilizadora, como queriendo disipar mis dudas. No lo logró. Algo en mí no quiso forzar la discusión todavía, quizá no estaba listo para escuchar lo que temía. Aun así, algo debió de notar Memphis porque me propuso que saliéramos a comer, un plan que hacíamos con frecuencia y que nos daba un respiro. Almorzábamos, nos tomábamos unas copas y terminábamos la tarde entre sábanas. Igual sin saberlo, eso era lo que quería: olvidar.

Fuimos al Estela, en el Soho. Moderno, sobrio y con ingredientes cuidados, como a ella le gustaban. Su plato favorito era la endivia con anchoa y de segundo se tomó un pescado al horno. Luego nos entregamos al *dry martini*… Lo pasábamos bien. Estaba graciosa contando sus chismes del trabajo. Sí, justo le dio por hablar de quién se liaba con quién en el curro, con ese tono tan suyo, con algo de mala leche pero sin maldad. Por momentos la veía como si la noche anterior nunca hubiera ocurrido y, sin embargo, ocurrió. No me había vuelto loco. Una pena, porque de repente creí que todo volvía a encajar, que seguíamos siendo ese par de adictos que se despertaban los domingos con las piernas entrelazadas. Conocía sus manías de memoria: que no le gustaba ducharse si no era con agua ardiendo, que odiaba dormir tapada pero no podía dormir sin sábanas, que siempre buscaba con la punta de los pies mis tobillos… Yo la amaba. La amaba con admiración, con ternura, pero también,

había que reconocerlo, con algo de miedo. Porque cuando quieres de verdad, quieres también con miedo; miedo a que se acabara, a que ella pudiera mirar a otro como me miraba a mí, a que aquella risa, que creía única, pudiera repetirse con alguien más. Y entonces recordé su mirada de la noche anterior.

—¿Y tú? —me preguntó mientras daba un sorbo a su copa—. Llevas toda la comida escuchándome, pero no me has contado nada.

Miré el techo unos segundos antes de responder. A pesar de la tensión de aquel día decidí soltarlo, como quien lanza una piedra al río sin saber qué profundidad tiene.

—Últimamente he estado… experimentando con Omun.

—¿Experimentando? —Alzó una ceja, divertida.

—Sí, bueno. —Me encogí de hombros—. Empecé probando con personajes ficticios, jugando un poco con sus voces, teniendo conversaciones un poco absurdas. Ya sabes, imagino que es lo que hacen muchos de vuestros usuarios. Luego… Luego se me ocurrió probar con gente más cercana.

Ella me miró, más seria ahora.

—¿Con quiénes?

—Bueno: contigo, por ejemplo, que tienes una gran huella digital y quería saber qué tal te copiaba tu propio avatar.

—¿Y me pilla el punto bien?

Nos reímos.

—También probé conmigo mismo, no te creas…

Luego respiré hondo para terminar de confesar.

—Y un día…, sin pensarlo mucho, cargué la foto de alguien que ya no está.

El silencio se instaló entre nosotros. Jamás hablaba de mi hermano con ella, y no porque no me hubiera preguntado, pero yo siempre evitaba esa conversación… Bueno, no siempre: aquel día, el de nuestra primera «no cita», saqué el recurso de Pecu… como si quisiera dar pena. Pero qué casualidad, ¿verdad? Justo en aquel momento de dudas sobre su infidelidad también opté por esa sucia estrategia. Memphis bajó la mirada un momento y luego habló con

un tono medido, como si estuviera calibrando el impacto de sus palabras.

—Debes tener cuidado con cómo usas Omun para hablar con los muertos, Adrián. Puede parecer inofensivo, incluso terapéutico, pero también puede volverse… confuso. Muy confuso. ¿Entiendo que has intentado hablar con Pecu?

—Sí. No lo hice para reemplazarle, no estoy loco —dije rápido—. Solo quería entender, escucharme decirle algo, pero todavía no lo he conseguido.

Ella asintió lentamente, comprensiva.

—Tal vez… —dijo—. Tal vez sea como tener un espejo que te contesta, como hablar con alguien que te escucha, que no juzga. Y si es así, si hay algo que te está saliendo a través de hablar con él… Quizá también pueda servirte. Como un psicólogo digital.

—¿Crees que eso es sano?

—No lo sé —respondió—, no creo… Pero si lo haces conscientemente, con cautela, sabiendo que no es real, puede ayudarte a decir lo que todavía no sabes que necesitas decir.

Me quedé en silencio. No me consolaban sus palabras, pero por lo menos pareció que me daba permiso para experimentar.

La conversación se paró ahí, como si mis temores —y mis celos— se hubieran neutralizado a golpe de martini.

Al salir, después de varias copas, el sol se resguardaba, como si se hubiera cansado de calentar y se escondiera a fumar un cigarro a la vuelta de la esquina. Caminábamos despacio, sin rumbo claro, entre escaparates que ya no nos decían nada después de haberlos visto tantas veces. Le propuse desviar el camino hacia una tienda que me gustaba antes de irnos a casa. Memphis no sospechó nada, simplemente me siguió, pero mi subconsciente le había tendido una trampa (y es posible que a mí también): por el camino pasamos por delante del restaurante mexicano.

—Mira, aquí abrieron un sitio nuevo —dije como si se me ocurriera por casualidad—. Me han hablado muy bien de él, pero es imposible reservar.

Ella giró la cabeza. La fachada era oscura, discreta, como esos lugares que solo conocen los iniciados. Dentro se veían las siluetas de los camareros a punto de empezar el servicio de la cena.

—¿Ah, sí? ¿Cómo sabes que es tan difícil reservar? —preguntó nerviosa.

—Bueno… —Me encogí de hombros—. Ayer cuando volvía a casa entré a reservar para traerte un día.

Memphis sonrió con cierta falsedad mientras su cabeza parecía calcular el impacto de algo imprevisto. Antes de que pudiera decir nada, añadí:

—Y mira qué curioso…

Ella me miró.

—¿Sí? —preguntó ya sin sonrisa.

—Me pareció ver cenando a Brad Rogers. Es posible que me equivocara, estaba muy oscuro.

Su expresión cambió. No se sobresaltó, no hizo ningún gesto brusco, pero su sonrisa se apagó. Tragó saliva y supe que acababa de empujar una ficha que haría caer el resto.

Quince

«[Fausto]. Dos almas, ¡ay!, habitan en mi pecho;
una quiere separarse de la otra».

GOETHE

Hay cosas que no se sabe cuándo empiezan. Un día todo parece en su sitio, como siempre estuvo. Te levantas y haces la misma rutina, caminas por las mismas *camberas*, saludas a los mismos paisanos, y te convences de que la vida va en la misma dirección, sin cambios bruscos. Pero luego, de repente, te percatas de que algo ha cambiado. No se sabe bien qué es, como cuando el viento gira y sabes que va a llover aunque el cielo esté limpio. No hay un momento claro en que ocurra, no hay un aviso, ni un trueno, solo te das cuenta cuando ya te estás calando. Es un detalle pequeño al principio, porque los cambios empiezan en silencio, como la nieve que se posa en el *monti* sin hacer ruido, hasta que un día despiertas y todo está cubierto. Así es, crees que todo sigue igual, hasta que miras a tu alrededor y reparas en que el paisaje ya no es el mismo. Y para entonces, ya no hay vuelta atrás.

Yo nunca me vi cuidando de nadie, la verdad, y mucho menos del Susín. Si me lo llegan a decir hace veinte años, me río en su cara. Y mírenme ahora: cada mañana lo levanto, le quito el pijama —a veces con bronca—, lo siento en la banqueta del baño y le echo agua tibia por la espalda, despacio, como si no pesara lo que pesa todo lo que no se ha dicho entre nosotros. Le lavo las axilas, los pies, la entrepierna, el trasero… y luego le seco bien detrás de las orejas, como se hace con los niños o con los viejos que ya no se manejan. No siempre me reconoce, a veces me llama por el nombre

de su padre, a veces por el de Pecu, a veces por el mío. El pobre tiene demencia senil y yo veo cómo se va yendo, día a día, como una vela que parece que aún alumbra, pero ya solo humea. Y lo peor de todo no es eso, lo peor es que me duele verle así, porque por mucho que me las haya hecho pasar canutas, al final ya es lo único que me une a mi señora; pues fue ella quien, como última voluntad, me puso aquí, a su lado, abrazándole cada mañana para que no se caiga en la ducha. Quién lo diría, pero los cambios son así: imprevisibles.

En lo que va de una vida, uno se acuerda de los cambios que ha vivido, que poco a poco acaban siendo muchos y muy profundos. *Me* recuerdo de los primeros años de noviazgo con la Maruca, de cómo esa mujer me cambió la vida, como el abrigo de las *pellizas* o el calor del *llar* al alzarse desde el *rozao* y prender la madera del abedul. Después de la muerte de su padre, la Maruca encontró en mí un refugio. Yo fui ese lugar seguro al que pudo agarrarse cuando todo se le vino abajo. Nuestra relación se consolidó, por fin la tenía a mi lado, como siempre había querido: como mi novia, sin tapujos ni medias tintas. Siempre estábamos juntos. Paseábamos por la majada vieja, esa que ahora está comida por los *escajos*. Hablábamos de tener una cabaña donde viviríamos juntos cuando nos casáramos, que ella insistía en que fuera pronto. Decía bobadas como que quería criar gallinas y tener un huerto que yo trabajaría con el azadón y ella con *la trente.* Maruca soñaba con un hogar con olor a pan recién sacado del horno de leña… *Me* recuerdo de las *tonás* que cantábamos por los *seles*, cuando íbamos con los mozos a entresacar las ramas de los *sarzos* de varas, de los que todavía conservo alguna. *Me* recuerdo del día que nos cayó la nieve hasta las corvas y ella, en vez de quejarse, se puso a bailar en medio del camino, haciendo que los mastines que cuidaban de un rebaño cercano vinieran al trote a todo ladrar, al compás del sonido de sus *carlancas*.

Me recuerdo de las veces que me buscaba para darme un *cache* rápido, como quien roba un fruto que nace en el árbol del vecino. Nos juramos amor cuando le regalé una navaja con un puño de madera de tejo, que tallé yo mismo una noche de luna. *Me* recuerdo de los versos que grabábamos con la punta de la navaja en la corteza de los *nozales*, o de los abedules, o de los *salcis*. Quien tuviera curiosidad por leer el *monti* se encontraría todo un poemario que la Maruca y yo tallamos para celebrar nuestro amor. Hoy, cuando cierro los ojos, *me* recuerdo de todo aquello: del sonido del *carburu* encendido, de su risa entre las *jelechas* y de las ganas que teníamos de comernos el mundo, con sus veredas, sus cumbres picudas y sus lomas hacia las majadas…

Y sin embargo —aunque me duela—, en aquel mundo idílico que ni yo mismo, un soñador, pude llegar a imaginar, había algo que no terminaba de encajar del todo. Como si por mucho que hubiera perseguido a la Maruca durante tanto tiempo, y por muy feliz que me hiciera, cuando por fin la había conseguido, no todo era perfecto entre nosotros. Porque lo mejor es enemigo de lo bueno. Nos sobraba amor, pero nos faltaba otra cosa menos importante aunque igual de necesaria: el fuego y la urgencia.

¿Y por qué? ¿Por qué no era capaz de encenderme con mi novia como antes de que muriera su padre? Si la Maruca era la mujer que más me gustaba, la única que me ha mirado como si fuera mejor de lo que soy. Yo la quería con todo el cuerpo, pero ese cuerpo, no sabía por qué, ya no se excitaba con ella, le faltaba vigor, como quien quiere algo que ya es suyo. No era falta de amor, no señor…, era otra cosa. Era falta de capricho. Como si el deseo se hubiera ido a esconder al *monti*…

Y fue entonces, justo entonces, cuando Toña, la Lobera, a la que había evitado desde que me di cuenta de que podía llegar a gustarme tras la visita que le hice cuando murió el Marquesón, coincidiendo —no por casualidad— con los primeros años de mi noviazgo con Maruca, empezó a tirar de mí como si me llevara atado por dentro. No lo busqué. Yo me decía que iba a pastar cerca de la

Braña de los Tejos porque el verde era mejor: más tierno, más fresco…, pero era todo mentira. Iba por ella. Era el cuerpo el que decidía, no la cabeza. Y por más que me engañara, ya estaba perdido.

Un día cualquiera, sin muchas ceremonias, fue ella quien me abrió la puerta de su cabaña. No dijo nada. Solo me hizo un gesto con la cabeza, como quien invita a cruzar un umbral del que no se vuelve. Y yo entré. Entré como entra el ganado a la cuadra cuando huele la alfalfa. Desde entonces, todo cambió.

—Fausto, pasa, anda. He preparado un *pucheru* y yo sola no voy a poder con él —me dijo.

Y claro, yo acepté. La cabaña de Toña era un revoltijo de cosas que no encajaban en el *monti* pero que, de alguna manera, encajaban con ella. Había libros por todas partes: apilados en estanterías torcidas, sobre la mesa, en el suelo…, muchos con cubiertas extranjeras o forrados con papel de estraza, como si los acabara de comprar. Yo conocía varios de esos títulos, reconocí las portadas de algunos de mis autores preferidos: Manuel Llano, Pereda, Unamuno… Había mapas arrugados, cuadernos con dibujos de plantas y esqueletos de pájaros, papeles con letras escritas a lápiz, y fotos en blanco y negro desperdigadas entre tazas de café frío y ceniceros repletos de Celtas sin boquilla. En una esquina zumbaba una minicadena de marca japonesa, con dos casetes y un tocadiscos. Los altavoces eran grandes como perolas de leche. Olía a papel viejo y a madera húmeda, sí, pero también a perfume caro, uno de esos que no se conseguían en las droguerías del valle. Me imaginé que una mujer tan solitaria tendría también sus caprichos, su vanidad.

Entonces la vi: una pieza de esas de lencería que no sabría ni qué nombre ponerle, estaba encima de la mesa del escritorio, suelta, como olvidada. Era negra y de encaje, como las que solo salían en las revistas extranjeras o en alguna película de destape de las que proyectaban los jueves por la noche en Torrelavega, pues ya no había censor. Toña la agarró con desgana y la empujó debajo de un

libro de botánica sin darle importancia, como si no fuera nada. Pero para mí fue una llamarada. Allí dentro no mandaba ni Dios, ni el cura, ni el comandante del puesto. Solo ella.

El fuego del *llar* crepitaba y sobre la mesa de madera había un cuenco de *cirizu* con el *pucheru* humeante. Se notaba que no tenía mucha mano para la cocina: el caldo estaba aguado y la carne dura como si fuera un tacón de albarca. Pero yo comí sin decir nada, porque lo importante no era el *pucheru*, sino el momento.

—¿Te gusta esta música? —pregunté.

—Claro, si no, no la escucharía. ¿Y a ti?

Me encogí de hombros.

—A mí me gusta lo que me pongan. No soy de andar comprando discos.

—Qué básico —se burló.

—A ver, no todos hemos vivido por ahí en la ciudad.

—A mí me gusta desde la universidad —respondió ella con esa media sonrisa que siempre me hacía sentir que guardaba un secreto —. Allí se traficaba con los vinilos de las bandas de moda, cuanto menos conocidas y más lejanas, más cotizadas.

Se reclinó en la silla y miró hacia la ventana, como si pudiera ver aquellos años a través del cristal.

—Luego me fui a Madrid —continuó—. No tengo un buen recuerdo de aquellos años, aunque había una energía extraña, como si todo el mundo anduviera buscando algo. Lo mejor eran los conciertos, a los que iba cada vez que podía. Vi a Leño en un garito de Malasaña, a Burning en la sala Sol, y una vez, casi por casualidad, a Moris en un descampado de Vallecas, con medio público drogado y la policía rondando por los alrededores. Era otro mundo.

Yo la miraba sin saber bien qué decir. ¿Cómo imaginarse a esa chavala en la capital, con los bares llenos de humo y toda esa música alternativa, con lo *montuna* y solitaria que se volvió? Me abstuve de hacerle aquella pregunta, aunque bien que me intrigaba.

—¿Y cómo haces para seguir escuchando esa música aquí? No creo que los vendan…

Soltó una risa corta.

—No los que me interesan. Pero tengo un amigo allí que de vez en cuando me manda cosas. Me cojo el cuatro latas y me planto en la oficina de correos de Santander cuando me llegan.

Se hizo un silencio breve. Entonces cambió de tema, provocadora.

—¿Y con la Maruca qué? Parece que has conseguido lo que querías, ¿eh?

No esperaba ni su pregunta ni su vacile.

—Ahí ando.

La Toña olió sangre y no desaprovechó la oportunidad, menuda era ella para competir por un hombre.

—¿Ahí andas? Lo que te pasa es que no te enciende como tú querrías. A veces lo que deseamos no es lo que nos hace bien… Pero, dime, ¿quién ha venido al mundo a portarse bien?

Los dos nos reímos, yo sin querer. La miré. Ella bajó la vista y siguió comiendo. Luego siguió con su juego:

—¿Ya te conté cómo me merodea su hermano? ¿El Susín? Me lo encuentro allí donde voy: cuando voy al mercadillo a vender la miel, cuando llego a casa por la noche, en el bar… No me habla, tan solo se queda mirando, tratando de esbozar una sonrisa forzada, a la que jamás respondo.

—Anda, pues ahí tienes alguien que te dé un meneo de vez en cuando… —bromeé.

—Ese fofo no sabría ni por dónde empezar. Apuesto a que no ha estado con una mujer en su vida. —Le reí la gracia, divertido—. Aunque esos son los peores: los retorcidos que se lo montan contigo en su imaginación, aunque se convenzan de que tú eres la imagen que ellos se hacen de ti…

La conversación siguió, pero la tensión estaba ahí: en la manera en que nuestras miradas se encontraban y se esquivaban, en la forma en que su mano rozó la mía sin querer cuando fui a coger la *borona*…

Cuando terminamos de comer nos quedamos un rato en silencio. Solo se oía el chiscar del fuego y la música del tocadiscos, que ahora

era más melódica y tranquila que la anterior —el Serrat, me dijo—. Me miró y sin pensarlo demasiado se acercó. Fue un movimiento lento, casi torpe, como si ninguno de los dos supiera exactamente qué estábamos haciendo. Se lanzó y nuestros labios se encontraron, apenas un roce al principio. No fue un beso apasionado ni desesperado, sino uno de esos besos que parecen una pregunta. Antes de que pudiera ir a más me aparté suavemente, sin brusquedad.

—El que tiene que dar el primer paso soy yo, no al revés —intervine.

—Qué más dará.

Me quedé en silencio. No era rechazo lo que había en mi rostro, sino algo más complejo. Algo que por supuesto no entendía, como si yo no supiera que en este juego al que ella intentaba jugar conmigo no había reglas, pero quizá sí podía haber consecuencias.

—No es que no me gustes, pero yo estoy enamorado de la Maruca y tú tienes el cuerpo lleno de trampas.

No supe qué más decir. Se hizo otro silencio, este más largo y en el fondo mucho más incómodo. Finalmente me levanté, agarré mi chaqueta y me la puse con calma.

—Tengo que hacer cosas.

Toña me miró y después de un instante asintió con una sonrisa.

—Claro.

Y se quedó allí, como si supiera que la historia no acababa con mi marcha, como si esperara el siguiente capítulo.

Salí de la cabaña con la sensación de que algo había cambiado. El aire olía a lumbre y a hojas secas, la luna ya empezaba a asomar sobre las montañas. Bajé la *cambera* con paso tranquilo, sintiendo todavía el calor de sus labios en mi boca. Me reconfortaba pensar que, aunque el beso hubiera durado un instante, fui yo quien se apartó, quien puso esa distancia que, hasta entonces, siempre había existido entre nosotros. Pero justo cuando creía que todo podía calmarse, llegó lo otro.

Durante un tiempo no supe quién había ido por ahí con el cuento… Me llegó que alguien decía que me había visto merodeando por la Braña de los Tejos, y al poco se corrió la historia de que entraba y salía de la *cabañuca*. Al principio pensé que habría sido algún pastor, o un chiquillo con ganas de inventar. No le di demasiada importancia. Pero luego, cuando la noticia llegó a oídos de Maruca y me miró con esa mezcla de rabia y decepción, supe que alguien había querido hacer daño. Y empecé a darle vueltas. ¿Quién podía saber que yo andaba por allí? ¿Quién tenía interés en decírselo justo a ella?

No tardé en llegar a la conclusión. El pobre Susín pensaba que tenía muchas cosas contra mí, pero en realidad lo único que sentía en aquel momento eran celos. Pensaba que la Lobera no quería nada con él porque estaba enamorada de mí, cuando en realidad, de no haber existido yo, esa mujer no lo hubiera tocado ni con un *palu.* En cualquier caso, encontró en ese despecho la excusa perfecta para hacerme daño. Poco después Maruca vino a casa nerviosa.

—Susín me ha dicho que subes mucho donde la Lobera.

Lo dijo con una mezcla rara de pena y de celos, como si quisiera protegerme pero al mismo tiempo algo dentro de ella se removiera con rabia.

—Bobadas…

—Deberías dejar de verla. Esa mujer tiene algo feo detrás…

No le pregunté qué era eso tan feo… No hacía falta. En un sitio como Suso, cuando alguien dice que una mujer tiene un pasado feo suele referirse a lo de siempre: que fue libre, que no pidió permiso.

—Eso son chismes de pueblo. Esa mujer es como otra cualquiera.

Maruca me miró con una intensidad que no le había visto en meses.

—¿Como otra cualquiera o como una que te gusta?

Me quedé callado un momento porque en realidad no sabía la respuesta.

—No digas tonterías. A mí me gustas tú, Maruca. ¿Estamos juntos,

no?

—Sí. Por eso: si quieres estar conmigo no quiero que vuelvas a ver a esa mujer. O ella o yo. ¿Me has entendido?

Dieciséis

eW8gdGFtYmnDsW4gbGxvcsOt
bmFkaWUgdmlubyBhIHByZWd1bnRhcm1l
dG9kYcOtbWEgZHVlbGU=

Vaya otoño… No para de llover.

El día que murió Pecu también llovía. Y también el día que me llamó el médico para decirme que mamá ya no iba a aguantar más… No sé qué tiene la lluvia que nos remueve por dentro, que nos cubre con ese velo de nostalgia, que nos empuja a recordar… Al fin y al cabo, no es más que agua cayendo del cielo —agua que, por cierto, suele ser motivo de alegría—. Sin embargo, a mí me entristece, siempre me ha pasado. Lo curioso es que, sabiéndolo, decidí volver a vivir a mi tierra: el lugar donde más llueve de España. Aunque decir que lo decidí sería exagerar; fue el amor quien tomó esa decisión por mí —mi mujer, para ser exactos—. No tuve muchas opciones —y tampoco, siendo honesto, las busqué—.

A veces me pregunto si de verdad vivimos la vida que elegimos o simplemente la que nos toca. La respuesta parece bastante obvia —la que nos toca—, pero eso encierra algo más profundo: no solo no vivimos la vida que queremos, sino que muchas veces vivimos la vida de otro; la de alguien cercano, como un familiar, por ejemplo. Aun así, no identificándome con la vida que me tocó —o que otro eligió para mí—, no puedo más que reconocerme como una persona plenamente feliz.

Sigue lloviendo. Y sigo notando, por ende, cierta nostalgia. Supongo que es normal: por un lado, mi padre llegará la semana que viene, cosa que me causa cierta ansiedad —injusta, no lo niego

—; y por otro, de forma un poco más general, mi vida se ha convertido en una especie de tobogán emocional. A ver, hace poco perdí a mi madre, mi hijo está a punto de cumplir dos años, y mi mujer es una pieza clave de mi vida que hasta hace nada parecía un imposible. A todo eso se suma la casa; y no una cualquiera, sino la casa de mi infancia, esa que di por perdida cuando mamá la vendió, y que hoy —contra todo pronóstico— habito. Con semejante coctelera no voy a exigirles demasiado a mis emociones.

Con el tiempo no es que las cosas duelan menos, es que duelen distinto, ya no me arrastran como antes. Ahora ni la muerte de una madre es capaz de doblarme, ni siquiera la duda sobre qué tipo de padre seré con mi hijo… Son golpes que, ahora, uno afronta con mucho respeto, miedo incluso, pero con madurez y cierto sosiego. En cambio, de joven —no hace tanto—, cualquier sacudida me parecía un enorme fracaso: una bronca con mi hermano, un reproche tonto a mamá, o incluso dejarlo con una novia, bastaban para dejarme temblando… Aunque de esto último, en realidad, tampoco es que tenga mucha experiencia. Fueron solo dos mis desamores: una…, bueno, hoy es la madre de mi hijo —aunque en aquel entonces no era ni siquiera mi novia—; y la otra… la otra fue algo muy distinto, algo que dejó una marca profunda.

No hace tanto tiempo de la primera vez que Memphis y yo lo dejamos. También llovía aquel día —cómo no—. Así es, Nueva York estaba envuelta en un gris denso, como si la ciudad hubiera decidido ahogarse en su propio reflejo. La lluvia tenía paciencia, las gotas golpeaban los cristales con un ritmo monótono. Memphis y yo lo dejamos justo antes de venir a Suso. No porque quisiera, en realidad, sino porque no quedó más remedio. Después de aquella conversación, después de mirarla a los ojos y ver que ni siquiera supo qué decirme, entendí que algo se había roto entre nosotros. No hubo gritos, no hubo lágrimas ni portazos, no fue un incendio que arrasara con todo en cuestión de segundos. Fue peor que todo eso:

una llama que se apagó hasta que no quedó más que ceniza. Y no fue solo porque cenara con Brad Rogers, ni porque me lo ocultara, sino por cómo me habló: entre la calma y la indiferencia. Sin rabia, sin excusas.

—No lo entenderías —me dijo.

Su voz era serena y firme, condescendiente incluso. Como si esas palabras bastasen para que aguantáramos todo lo que se estaba derrumbando. Pero no bastaban. Por mucho que intentara agarrarme a lo que quedaba, al final dejé de confiar, y sin confianza nuestra historia no tenía cómo sostenerse. Porque en realidad no fue la mentira, ni tampoco la ausencia de una explicación: lo que realmente me mató fue su indiferencia. No me importaba cómo cambió mi forma de mirarla al descubrirla con otro, lo único que me importaba era que no me diera una respuesta, algo a lo que aferrarme, algo que me hiciera creer que nuestra historia aún tenía sentido.

Bueno, en realidad no fue solo la indiferencia, también me mataron los celos. Es decir, yo nunca me había creído merecedor de semejante mujer. No era para mí. Siempre supe que Memphis jugaba en otra liga y nunca terminé de entender por qué me escogió. Venía de salir con Brad Rogers, que parecía diseñado por el mundo moderno para ganarlo todo; inteligente, carismático y arrogante… Había logrado hacer de su empresa y de sí mismo un referente. Era de esos que no dudan, como si lo tuviera todo a su favor. Yo, en cambio, era un profesor de historia que investigaba y que daba algunas clases en la universidad, que además vivía en un piso de alquiler que pagaba su padre… En fin, nada que ver. A mí me gustaba observar, pensar las cosas dos veces. Ella decía que era precisamente eso lo que le gustaba de mí, pero yo no podía evitar compararme con el otro… ¿Cómo no hacerlo? A veces, cuando hablaba de su vida anterior, cuando mencionaba de pasada a Brad Rogers, había un brillo distinto en su mirada que me generaba un enorme recelo. No sé si era melancolía, pero me bastaba para saber que él seguía en su cabeza. Y eso, por más que lo intenté, nunca

dejé de sentirlo.

A veces me pregunto si de verdad estuve enamorado de Memphis, o si, en realidad, lo que me sedujo de ella fue la posibilidad de conquistarla. Nunca he sido una persona especialmente ambiciosa —no al menos en lo profesional—, pero hay algo en el reto, en marcarse un objetivo difícil, que me pone. Una especie de chute de adrenalina, no sé si es dopamina o simplemente orgullo, pero sin duda es algo que en su momento sentí. Y Memphis era todo eso: un reto, una aspiración… Una bruja del siglo XXI, como decía ella de sí misma. Quizá por ese enigma que irradiaba, me lancé: por lo que representaba acercarse a su mundo.

Lo curioso es que yo reconocía en mí mismo un problema a la hora de que me gustara una chica; me solía obsesionar con ellas, las trataba como a una conquista, como un premio. Solo una vez me enamoré de verdad: sencilla, guapa, de pueblo y con carácter. Lo irónico es que cuando de joven perdí la cabeza por ella, aquello era simplemente imposible. Salía con otro… Claramente había un patrón: lo que me pasaba es que no me ponía el amor, sino el reto. Ya me lo decía Pecu: «Si no sales a pescar, no llores si no comes merluza». Era la típica frase de mi hermano, una de esas salidas que yo tanto le envidiaba, sobre todo cuando hablábamos de tías. Siempre me animaba a lanzarme, a no pensar tanto. «Hazlo y ya veremos», solía decirme, con ese desparpajo suyo que a mí me faltaba por completo.

El pobre Pecu… Su sombra era muy alargada para mí. Los buenos recuerdos que tenía de él por desgracia se convertían en garabatos cuando se me aparecía de repente la imagen de la noche en que todo ocurrió, la de aquella fatídica noche en que apareció la pareja de la Guardia Civil en casa de mamá…

Lo recuerdo a menudo, no consigo que se me vaya: los golpes atropellados en la puerta, mi tío Susín levantándose para ver quién llamaba así, el silencio cuando entraron los *picoletos*… No alcanzaba a verlos al principio, solo escuchaba el murmullo de sus voces bajas, tristes y contenidas, como si estuvieran sosteniendo algo demasiado

pesado. Luego observé a mi madre, pálida, dirigirse hacia la puerta. No debería haberlo hecho. Si se hubiera quedado sentada, si hubiera seguido mirando su taza de café, quizá las cosas habrían tardado un poco más en derrumbarse.

Pero se levantó.

Y entonces vi las caras. Los dos guardias civiles con las gorras entre las manos y el gesto tenso, como si el peso de la noticia que traían también los aplastara a ellos. No escuché la primera frase, no hacía falta. Algo en la forma en que mi madre se llevó la mano a la boca, en la rigidez repentina del cuerpo de mi tío, me dio a entender que lo que venía iba a cambiarlo todo.

—Ha habido un accidente —dijo uno.

Mi madre ya estaba temblando.

—Un coche… en la carretera del puerto…

La voz del guardia se volvió lejana. Mi corazón ya sabía lo que venía, aunque mi cabeza se negaba a creerlo.

—Conducía Pecu —prosiguió el otro guardia—. Fausto también iba en el coche.

El suelo bajo mis pies desapareció. No recuerdo qué hice: creo que no me moví, casi ni respiré. Lo único que recuerdo es que mi madre soltó un grito, un gemido más bien, como si el dolor le hubiera atravesado el pecho. Tío Susín apretó los puños.

—Fausto está muy grave.

Y entonces se hizo el silencio.

—Por el chico no han podido hacer nada.

Un silencio roto por la respiración entrecortada de mi madre, por el sonido de su cuerpo cayendo sobre la silla, por el pitido insoportable en mis oídos…

—¡Pecu! ¡Pecu! —gritó.

No. No podía ser.

Se le fue el coche en una curva, dijeron. Pecu siempre iba a toda hostia por las carreteras de curvas, como si fuera un piloto de *rally* —decía que un día ganaría el de Torrelavega—. Esa manía que tenía de hacer siempre lo que quería, de salirse siempre con la suya,

escapándose de los líos en los que se metía con una sonrisa vacilona y un «Tranqui, enano, todo controlado». Pero esa vez no, esa vez no hubo escapatoria, no hubo carcajada final. Solo la carretera, la noche y un golpe seco contra el vacío. Me quedé allí, quieto, viendo cómo mi madre se derrumbaba y mi tío Susín trataba de consolarla con temblores en la mandíbula. Yo no lloré, no pude. Solo sentí un frío en el pecho, como si algo se hubiera congelado en ese preciso instante.

Aquel día, mirando la lluvia caer desde mi habitación del Soho, sentí un vacío parecido. Me enfadé al compararlo, aunque el estómago se me encogía de una forma que me recordaba a aquella vez, con esa sensación de que algo faltaba, de que algo había desaparecido. No había guardias civiles, ni llantos, ni cotilleos en el pueblo que se callaban cuando pasaba por delante. Solo estaba yo, en pijama, sentado en el borde de la cama mirando el móvil obsesivamente como si ahí pudiera encontrar alguna respuesta.

Desde que se fue me había pasado la vida intentando entender su ausencia. La de Pecu era definitiva, daba vértigo. Volví a sentirme ridículo al comparar aquella tragedia con la que entonces sentí por perder a Memphis, pues esta era solo un borrón, algo que todavía no tenía claro si era solo fruto de ese amor tan platónico que sentía al comienzo de las relaciones. ¿La había perdido? Sí. Pero ¿realmente se puede perder a alguien que decide marcharse? Aunque no lo hubiera confesado, estaba seguro de que me había puesto los cuernos. Además, no había habido dramatismos, no parecía tener la más mínima intención de volver. Y tal vez eso era lo que más dolía, que no hubiera una cicatriz. Tenía la sensación de que su desaparición no había dejado un vacío, sino solo la incómoda certeza de que nunca estuvo realmente ahí.

Y, sin embargo, estábamos casados. El matrimonio en Las Vegas había sido un acto atropellado, impulsivo, infantil… Casi una broma. Fue tan repentino que entonces, todavía meses después de que

firmáramos el documento borrachos, ni siquiera se lo había contado a nadie: ni a mi madre, ni a Tío Fausto, ni a Bill… En realidad trataba de no contármelo demasiado a mí mismo. No es que lo negara, de hecho me hacía mucha ilusión, pero cada vez que tenía la oportunidad de decirlo, simplemente no lo hacía. Tal vez porque sabía que una vez que lo dijera, la palabra «matrimonio» adquiriría su peso real, y yo tenía una concepción demasiado arraigada del compromiso como para ignorarlo.

Crecí en un mundo donde casarse significaba dar un paso irreversible. Quizá tenía que ver con mis padres: mamá y Bill también estuvieron casados, aunque hablar de su matrimonio siempre fue complicado en casa. Oficialmente se habían separado porque él se fue a vivir a Nueva York por trabajo. Era la historia que nos contaron a mi hermano y a mí, y nosotros no nos molestamos en discutirla demasiado. Pero incluso de niño noté que las historias que se cuentan, esas oficiales, no coinciden siempre con la verdad. Esas miradas entre mamá y Tío Fausto, por ejemplo… Nunca pregunté directamente, pero siempre tuve la sensación de que Bill no solo se había ido, sino que también había querido irse. Nueva York fue una excusa perfecta para desaparecer, y para que mamá lo dejara ir. El caso es que nunca supe con certeza qué fue lo que realmente rompió su matrimonio, y tal vez no importaba, pero fue precisamente eso lo que me hizo crecer entendiendo que el compromiso, si se tomaba, debía tomarse de verdad.

Por eso, quizá, me costaba asumir que Memphis y yo habíamos cruzado esa línea sin pensarlo demasiado. Que el matrimonio había sido algo fugaz, un capricho, un juego. Pero aun así, algo dentro de mí seguía resistiéndose a aceptarlo.

Qué claras se ven las cosas con el tiempo, ¿verdad? Aquel mal trago fue hace ya cuatro años, y mírame ahora. Entonces me sentía el tipo más desgraciado del mundo y hoy lo veo casi con ternura. Recuerdo que aquella noche, mientras la resignación se me instalaba por dentro, pasó algo inesperado: el teléfono vibró.

Un mensaje.

De Memphis.
—¿Nos vemos?

Diecisiete

> «[Fausto]. ¿Qué podrás darme tú, pobre diablo? ¿Alguno de los tuyos ha llegado a comprender alguna vez las altas aspiraciones del espíritu humano?».
>
> GOETHE

Hay veces que dudo si la vejez consigue enderezar el alma.

Uno quiere creer que el tiempo pone a cada cual en su sitio… hasta que ve lo bien sentados que están algunos cabrones. Miren al Susín, por ejemplo. Él no era de esos malos por torpeza o por accidente, él era malo por elección. Porque hay gente que se envenena sola, y otra que, además, necesita salpicar.

Aunque no siempre es así, con los años he visto que no todo es tan claro como pensaba. Que los malos no siempre lo son por gusto, y que nosotros, los que nos creemos tan buenos, tampoco lo somos tanto. A veces es solo cuestión de en qué lado del cuento te toca estar. Pensemos en la mentira, por ejemplo: nos pasamos la vida diciendo que es mala, que no hay que mentir, que la verdad siempre es mejor, pero luego vas viendo que no es tan fácil. Porque hay mentiras que se dicen para no hacer daño, para sostener algo que, en el fondo, podría romperse sin que nada importante sucediera. De hecho, hay mentiras que, si se cuentan bien, hacen menos daño que una verdad. Y también están esas otras, las que uno se cuenta a sí mismo, las que te repites tantas veces que acaban siendo ciertas aunque no lo fueran al principio. ¿Acaso esas también son mentira? ¿O al final, si uno mismo se las cree, pasan a ser verdad?

Porque ¿qué es la verdad, al fin y al cabo? Aunque nos guste decir que es clara como el agua de los *regatus*, pocas veces lo es. La

verdad depende de quién la cuente, de cómo la cuente y de quién la escuche. Lo que para uno es cierto, para otro puede ser un engaño. Y cuando algo se enreda en muchas versiones, ¿cuál es la verdadera? Hay cosas que me han pasado en la vida que sé que ocurrieron, pero si alguien me preguntara por ellas, dudaría si fueron verdad. No porque me olvide o porque quiera engañarme, sino porque las palabras se pueden retorcer y los recuerdos confundir, y porque hay que ser lo suficientemente humilde para entender que la realidad cambia según desde dónde se mire.

En el pueblo siempre ha habido quien sabe usar la lengua mejor que el *dalle*. Gente con buena labia, sí, de esos que con cuatro palabras bien puestas te dan la vuelta a la realidad como a una *hacina*, y hacen que lo que ayer era blanco hoy parezca negro. Se dice, se cuenta, se inventa… Como cuando empezaron a decir que el Gaspar, el de los *dujos*, vendía miel a mejor precio… y luego se supo que la robaba del vecino, el muy cabrón. O lo de Luisa, la roja, que decían que se había enredado con un mozo de Cabezón, y después fue que iba cada semana a cuidar a su hermana enferma que vivía por allí. Cosas que se dicen, cosas que se retuercen…

Pero no todo es malicia. Porque mentir, lo que se dice mentir, a veces no es más que una forma de salvarse. «No te fíes del que siempre dice *verdá*», decía mi *güelu*. Porque el que nunca oculta nada, o no ha vivido lo suficiente, o no vive en este mundo. Hasta el más honrado se ve, tarde o temprano, en la necesidad de callarse una parte, de envolver la verdad con algo de trapo. No por engañar, sino por proteger. Porque hay verdades que duelen más de lo que arreglan, y en eso hay que ser sabio: no todo lo que se dice es cierto, pero tampoco lo cierto hace falta decirlo.

Yo nunca le mentí a la Maruca, o al menos eso me repetía a mí mismo. Hablo de hace ya más de cuarenta años, cuando nuestra relación empezó a asentarse de verdad, cuando por fin dejamos de escondernos y empezamos a hacer vida de novios, como Dios

manda. Ahora, visto con la distancia que dan los años y, sobre todo, con la distancia que da su ausencia, no sé si aquella verdad que construimos juntos era tan firme como yo quería creer o si, en el fondo, cada uno se contaba su propia versión de lo que estábamos viviendo. Lo cierto es que entonces todo parecía encaminado a una boda que yo casi ya acariciaba —llegué incluso a comprar el anillo, endeudándome más de lo sensato—. La Maruca lo tenía claro y no se dejaba arrastrar por nada ni por nadie. Pasó de ser la hija de un marqués a la novia de un quesero, de la capital al pueblo… Y todo eso justo antes de que apareciera ella, la otra, la que lo torció todo.

Maruca me refinó sin que yo me diera cuenta. El negocio de quesos creció: yo hacía el queso como lo había aprendido, con la misma paciencia, con el mismo rumiar, pero fue Maruca quien supo ver que no bastaba con hacerlo bien, que había que venderlo con cabeza. Fue ella quien consiguió que nuestros quesos llegaran a Madrid, a tiendas donde la gente pagaba más solo porque tenían una historia detrás. Yo veía todo eso con orgullo, no por el dinero, que nunca me importó, sino porque significaba que Maruca y yo estábamos construyendo algo juntos. Pero, aunque lo que estaba construyendo con ella me hacía sentir que la vida tenía un sentido claro, yo seguía siendo yo.

No hay manera de domar del todo lo que uno es por dentro. El hombre puede encontrar al amor de su vida, asentarse, prosperar, pero de alguna forma sigue siendo el mismo animal que pastorea en su propio instinto. Y yo, sin buscarlo, sin entenderlo del todo, siempre acababa por encontrarme a Toña, la Lobera. Durante mucho tiempo hice por evitarla, no por falta de ganas, sino por exceso de conciencia. Sabía que si me descuidaba un poco iba a caer, así que trataba por todos los medios de no coincidir. Pero ella tenía esa manera de aparecerse, de hacerse presente, como si supiera colocarse justo para cruzarse conmigo en los lugares más insospechados, amén de solitarios. Yo no le hablaba ni hacía nada que pudiera dar pie a una conversación, y sin embargo acababa siempre en tensión cuando la veía. Y es que, cuando los ojos se

acostumbran a una figura, por muy prohibida que uno la tenga —o precisamente por estar prohibida—, es cuestión de tiempo que empiece a buscarla, incluso sin querer.

Así fue como volvimos a hablar. Al principio poco, luego más. Las palabras fueron encontrando su hueco entre nosotros sin que yo me lo propusiera, y aunque me decía que aquello no era caer en la tentación, algo dentro de mí no terminaba de creerlo del todo, como cuando uno oye un ruido en el bosque y se dice a sí mismo que es el aire, aunque sepa que el aire no suena así.

Una tarde, mientras llevaba las vacas por el sendero que pasaba cerca de la *cabañuca*, la vi en la puerta con el *morru* torcido, como si le costara mantenerse en pie. No era de las que pedían ayuda ni de las que se dejaban ver en un momento de debilidad, así que supe que algo no iba bien.

—¿Qué te pasa? —pregunté, dejando el *palu* apoyado en la cerca.

—Nada.

Pero entonces intentó dar un paso y la vi morderse el labio, aguantando un dolor que no quería mostrar. Me acerqué antes de que pudiera protestar y vi su pantorrilla hinchada, *amoragada*.

—¿Qué hiciste?

—Nada. La traviesa de la cerca se me cayó y me pilló la pierna. —Entonces su rostro sí mostró el dolor que sentía.

—¿Te lo miraste?

—No necesito que me lo mire nadie.

—Tienes la pierna como un *zapitu*, claro que necesitas que te lo miren.

Suspiró. Sabía que yo no me iba a marchar así como así, y creo que, en el fondo, era lo que buscaba. Los días siguientes me acerqué a ayudarla. Hacía falta mover algunas estacas para terminar de arreglar el *vallau*, cuidar de sus animales y revisar los *dujos*, porque el último *sur* había tumbado dos. Con la pierna como la tenía poco podía hacer sola. Yo me decía que era solo ayuda, que no tenía nada de raro, y ella me dejaba hacer sin decir mucho, pero con la mirada más brillante, como si con esa excusa pudiera conseguir lo

que quería.

Así empezó mi engaño, porque todo esto lo hacía a escondidas, claro. En el pueblo ya se daba por hecho que yo estaba con Maruca y que, aunque todavía no fuera oficial, nos habíamos prometido… Aun así, algo parecía haber cambiado para mí. Me pasaba los días ayudando a Toña, la Lobera, que no se valía por sí misma, cada uno en lo suyo, pero compartiendo el espacio. A veces hablábamos, otras no, pero en esa casa tan pequeña, en esa *cabañuca* tan acogedora, rodeado de todos aquellos libros con los que había crecido, algo se fue espesando entre nosotros. Yo intentaba evitarlo, me iba a dar una vuelta por ahí para que no se me subiera la calentura a la cabeza e hiciera una tontería, hasta que un día, maldita la hora, algo me dio el empujón que me faltaba…

Fue justo volviendo de uno de esos paseos que me imponía para enfriar la sangre. Volvía del *monti* en un día de lluvia cuando lo vi: ahí estaba el Susín, saliendo de la *cabañuca* como quien sale de misa, tranquilo, con las manos en los bolsillos y una *sonrisilla* tonta en la cara. Dio dos pasos, se acomodó el cuello de la camisa y siguió camino abajo como si acabara de salir de un lugar que le hacía feliz. No dije nada aquel día, pero la cosa me estuvo dando vueltas, hasta que al final, un par de tardes después, cuando le estaba preparando una infusión, se lo solté:

—Oye…, ¿qué hace Susín viniendo por aquí? ¿Es que ahora os tratáis?

Ella levantó las cejas, sin sorpresa, como si lo estuviera esperando.

—¿Y a ti qué más te da?

—Hombre…

Ella se rio y siguió removiendo la taza.

—¿Qué pasa? ¿Te ha dado celos de ese?

—Celos no. Curiosidad…

Ella se giró y me miró por encima del hombro, con esa mirada suya que parecía que se estaba burlando.

—Pues sí, viene a veces. No hace gran cosa, me trae algún detalle, algún dulce, conversa. Es de los que saben de todo y cuenta las

historias bien. Sabe de lo mío y de cualquier chorrada. Tiene gracia tu cuñado… Quién lo iba a decir.

—«Tiene gracia», dice…

—Y sabe escuchar —añadió, acercándose—. A veces una mujer agradece eso, ¿sabes? Que la escuchen.

—Lo que quiere es enredar.

—¿Por qué tengo la impresión de que quieres ser protagonista de todas las historias? A Susín le gusto, eso es todo.

Me lo dijo así, sin despeinarse.

—¿Y a ti? —le solté—. ¿También te gusta?

Ella se dio la vuelta muy despacio. Tenía la boca medio sonriente, pero los ojos no. Los ojos estaban clavados en los míos, provocadores, como si estuviera midiéndome.

—A veces está bien sentirse deseada —dijo—. Aunque sea por quien no toca.

Sentí que la sangre se me agolpaba en la cabeza. Tenía una sensación rara, como la punzada que a uno le da cuando nota que está a punto de hacer una tontería…

—¿Y eso haces? ¿Buscar que te deseen?…

Ella dio un paso hacia mí. Entonces supe que si daba un paso más, no me iba a poder contener.

—¿Te molesta? —preguntó.

No respondí, pero la pregunta me llevó a dar el paso que quería evitar. Ella se quedó quieta, pero me sostuvo la mirada provocadora. Me quedé tan cerca que podía olerle el aliento.

—Lo que me molesta —le susurré— es que le hayas dejado hacerse ilusiones. Que se crea alguien que no es, que nunca llegará a ser.

—¿Y tú? —me dijo—. ¿Tú quién te crees que eres?

Entonces fue ella quien se acercó. Nuestros labios estaban separados apenas por un centímetro. Aun así no hubo un beso todavía, solo subió la mano para rozarme los labios con los dedos, luego fue bajando hasta llegar al pecho, como quien tantea una fruta para ver si está madura. Y ahí, en ese gesto tan sencillo, no

pude aguantarlo más.

El beso llegó como llega la lumbre al rastrojo seco: primero con un calor suave que deja mucho humo y luego con una llama que se extiende descontrolada. No lo pensé, solo entendí que aquello se me había ido de las manos y ya no podía hacer nada, ya estábamos en el momento inevitable en que dejamos de resistirnos. Nos devoramos. Sin dulzura y sin cuidado, como si los dos hubiéramos estado esperando demasiado tiempo para llegar a ese instante. Sus uñas me arañaron la espalda, mi boca la buscó con hambre. Nos quitamos la ropa con torpeza, con rabia, con la certeza de que aquello no podía parar. Hicimos el amor en el suelo de la cabaña, al calor del *llar*, con el crepitar de la leña como testigo. Fue salvaje, primario, de esos encuentros que te marcan porque no están planeados.

Después, el silencio.

Toña, la Lobera, no dijo nada. Yo tampoco. Nos quedamos allí, con la piel aún ardiendo, *esnugaos*, sabiendo que, después de aquella noche, ya no había vuelta atrás. Durante meses fuimos puro fuego. Nos volvimos adictos el uno al otro, con esa necesidad febril que no se piensa, solo se siente. No hacía falta buscar excusas, siempre había algo que arreglar: un tronco que cortar, un *morio* que reforzar…

Y mientras más tiempo pasaba allí, más me alejaba de Maruca. Primero fue sutil, pequeños cambios que apenas se notaban. Pasaba menos tiempo con ella, tenía la cabeza en otra parte cuando me hablaba, es posible que hasta oliera diferente. Pero Maruca no era tonta; inocente, quizá…

Un día Maruca me sentó en la Casona, con cara seria. No dijo nada al principio, pero la distancia entre nosotros se hizo evidente. Luego, sin rodeos, me soltó lo que ya tenía en la cabeza desde hacía tiempo:

—Quiero que me cuentes la verdad.

Yo me quedé en silencio y entonces pensé por primera vez en esa pregunta que tanto me perseguiría: ¿qué era la verdad? No podía mentirle. No a ella. No a la mujer que había hecho tanto por mí, que me había dado un lugar en su mundo.

Así que se lo conté.

Sí, sí…, fue un cisco. Hubo gritos y reproches. Maruca ya me había advertido del peligro de la Lobera, como ella seguía llamándola. Pero, sobre todo, lo que vi en su cara fue decepción. No solo porque la hubiera traicionado, sino porque, en el fondo, ella también se había creído la historia de que lo nuestro estaba escrito. Tanto que me dijo algo que me atravesó:

—Me iba a casar contigo y tú de picos pardos…

Pocas semanas después se marchó del pueblo, se fue a Madrid con el Susín. No hubo despedida porque, a pesar de todo, estaba enamorada de mí, y si me hubiera acercado a despedirme no se hubiera ido nunca.

Ya ven… La verdad y la mentira no están tan lejos. Pensamos que una es luz y la otra sombra, pero a veces se mezclan hasta ser indistinguibles. Yo le dije la verdad a Maruca, pero eso no hizo que se quedara. O quizá sí. No sé si fue mi confesión lo que la alejó o si, en realidad, ella ya sabía que, aunque se fuera, ya nunca podría alejarse de mí.

La verdad no empieza cuando se confiesa, sino cuando empieza a pudrirse el aire.

Dieciocho

Y2FtYmnDqSBsYSB2ZXJkYWQ=
cGFyYSBwb2RlciBzb25yZcOtcg==
Y29tbyBsbyBoYWPDrWFzIHTDug==

Llovía. En la autopista los limpiaparabrisas del coche no daban abasto. Llegué al aeropuerto con el estómago encogido, como si me enfrentara a un examen, no por lo que me pudiera echar en cara, sino porque con Bill uno nunca sabe lo que le espera. Aparqué en el *parking* del aeropuerto de Santander. El agua repiqueteaba sobre el capó como un metrónomo. Estaba saliendo del coche cuando sonó el teléfono.

—¿Dónde estás? —dijo sin decir hola. Su voz tenía ese tono autoritario.

—Acabo de aparcar. Estoy yendo a buscarte a la puerta de salidas.

—Pues ya estoy fuera —respondió, seco—. Dime dónde estás y voy.

Lo localicé enseguida. Estaba de pie junto a un paso de cebra, con una gabardina azul marino y debajo de una marquesina. Nos acercamos. Yo levanté los brazos para abrazarle, pero él me dio un par de palmadas en el hombro, como si con eso bastara.

—¡Qué horror, maldita lluvia! —soltó nada más subir al coche—. No ha cambiado nada este sitio.

No le respondí. Solo arranqué.

—Bueno…, cuéntame —dijo al cabo de un minuto, ya mirando por la ventanilla—. ¿Qué tal el niño? ¿A quién se parece?

—Tú dirás —respondí—. Has visto mil fotos…

—Es guapo —tenía sonrisa de abuelo orgulloso—. *Thank God he*

got his mother's genes…

Me miró entonces, como con ganas de pincharme. Hubo una pausa breve.

—Y ella… ¿cómo está? —preguntó sin decir su nombre.

—Bien.

—Hace años que no la veo. Menuda sorpresa cuando me lo contaste, ¿eh? Nunca lo hubiera dicho. Yo ya te veía…, no sé…, surfeando otras olas.

No supe qué responder. La forma en que lo dijo —con ese tono entre bromista y juicioso— me hizo apretar el volante con fuerza. Volvió a mirar por la ventanilla. Afuera la lluvia seguía cayendo.

—Venga, venga, que estoy de broma —siguió—. Creo que sin duda hiciste lo correcto. Ya lo sabes…

Fue justo entonces, mientras pronunciaba ese «ya lo sabes», cuando algo en mí se desajustó. Como si esa frase, tan simple, tan dicha sin intención alguna, hubiera activado un interruptor en mi cabeza. Recordé otra voz, en otro lugar. Recordé aquel día en Nueva York, hace algo más de tres años. Fue ahí donde todo empezó a cambiar. Donde, sin darme cuenta, inicié el regreso a esta tierra. Donde empecé a volver a ella, a la madre de mi hijo. Donde me empezó a invadir la idea de volver.

Me había sentado en la última fila del auditorio. No era la primera vez que veía a Memphis en un escenario hablando con esa seguridad, pero aquella vez fue distinto porque nuestra historia se interponía entre sus palabras y mi capacidad para escucharlas sin prejuicio. Las luces se atenuaron y el panel comenzó. Tomó la palabra.

—Vivimos en una era en la que la tecnología nos obliga a cuestionar la naturaleza de la realidad. —Su tono era firme—. Las simulaciones que pronto seremos capaces de crear serán tan avanzadas que deberíamos preguntarnos: ¿si existieran seres conscientes dentro de ellas, acaso no creerían que su mundo es tan

real como el nuestro?

El moderador, un filósofo con una perilla muy cursi, sonrió levemente antes de responder.

—Esa es una idea que ha perseguido a la humanidad durante siglos. Desde Platón y su caverna hasta Descartes con su genio maligno, siempre hemos tenido la sospecha de que lo que percibimos como real podría ser una ilusión.

Memphis asintió con media sonrisa. El filósofo siguió.

—Lo que defiende mi colega —dijo señalando a Memphis con un leve movimiento de la mano— es una versión del argumento de la simulación de Nick Bostrom. Como muchos de ustedes sabrán, Bostrom planteó que, si una civilización lo suficientemente avanzada puede crear simulaciones perfectas con conciencias autónomas, entonces, estadísticamente, es mucho más probable que nosotros seamos parte de una de esas simulaciones en lugar de estar en la realidad base.

Algunas personas en la audiencia asintieron, otras fruncieron el ceño. Memphis sonrió y se dispuso a matizarle.

—Así es —dijo—. Es una teoría, como dices, que he defendido activamente, aunque tengo que reconocer que últimamente también tengo mis dudas.

El filósofo sonrió levemente.

—¿Ah, sí?

—Sí, verás: llevo años trabajando con sistemas que simulan cosas cada vez más complejas —continuó—. Y cuanto más avanzan, más evidente resulta que podemos imitar casi cualquier cosa…, salvo su origen. —Hubo un leve murmullo en la sala—. Podemos recrear comportamientos, anticipar decisiones, incluso generar algo que se parece mucho a nuestra conciencia… —Hizo una pausa—. Pero siempre hay algo que no funciona, un agujero que distorsiona el plano teórico de su puesta en práctica.

—¿Un límite técnico? —preguntó el filósofo.

Memphis negó suavemente.

—No exactamente. Es más bien… —buscó la palabra— la falta de

un origen claro. Todo lo que simulamos parte de algo previo. De datos, de modelos, de historias ya vividas… Pero nunca empieza de verdad. —Algunas personas dejaron de tomar notas—. La hipótesis de Bostrom asume que, si podemos simular suficiente complejidad, por probabilidad, nuestra realidad es una simulación. Pero, últimamente, me ha dado por pensar que cuanto más afinamos la simulación, más dependemos de aquello que estamos imitando.

—Entonces, ¿crees que una simulación nunca podría ser indistinguible de la realidad? —preguntó él.

Memphis se encogió ligeramente de hombros.

—Creo que, si lo fuera, no sería porque hemos replicado la realidad…, sino porque ya no sabríamos reconocerla. —Silencio—. Y eso me parece una pregunta más interesante —concluyó—. No si estamos dentro de una simulación…, sino si todavía sabemos distinguir lo real de lo que solo lo parece.

Un murmullo recorrió el auditorio. Había escuchado su conferencia escondido entre el público y lo que dijo no me sorprendió: aquella era su voz de siempre, segura, provocadora, casi hipnótica. Habíamos tenido infinidad de conversaciones sobre la teoría de la simulación. Ella sostenía que la conciencia podía replicarse, que bastaba con tener más capacidad algorítmica, que todo era una cuestión de probabilidades. Yo, en cambio, defendía que había algo intransferible en la experiencia humana, algo que ninguna máquina podría copiar. Yo era el escéptico, ella la visionaria. Aquel día, sin embargo, mientras la escuchaba desde la penumbra de la última fila, me pareció distinta: era como si, por primera vez, no estuviera intentando llegar más lejos, sino ver de dónde venía.

En cualquier caso, lo que más me sorprendió fue el mensaje del día anterior pidiéndome que nos viéramos. Pensé en nosotros, en lo que habíamos sido. Pensé en las realidades que había construido en mi cabeza sobre lo que podríamos haber sido. Sobre lo que podíamos llegar a ser.

—Te agradezco que hayas venido.

Habíamos quedado en Le Monde, el restaurante donde todo empezó. Tenía el mismo aroma a granos recién molidos, la misma luz entrando por los ventanales, el mismo murmullo… La única diferencia es que nos estábamos tomando un café en vez de un chablis, y que no había rastro de tensión sexual entre nosotros. Además, algo me desconcertaba: seguramente sería la pérdida de confianza, porque de alguna forma no era la misma Memphis de siempre. Me miró como esperando que respondiera. Me refugié en un sorbo de café para quedarme en silencio, sabía que era mejor dejar que hablara ella.

—He estado pensando mucho en todo esto —continuó—. En ti, en mí, en… lo que ha pasado.

Se detuvo un instante. Prosiguió.

—Me equivoqué contigo, Adrián.

No me conmovió.

—¿En qué sentido?

Ella suspiró y apoyó la espalda contra la silla, mirando por la ventana, como si en el exterior estuviera la respuesta que no quería darme directamente.

—Necesito irme.

Fruncí el ceño.

—¿Irte? ¿A dónde?

Su mirada volvió a mí.

—No lo sé. Lejos de aquí.

—No te entiendo, Memphis.

—Lejos de Nueva York.

Estaba flipando. Memphis no se iba de los sitios; había construido su carrera en aquella ciudad. ¿A qué venía todo aquello? Ella sonrió, una sonrisa forzada.

—A veces es necesario desaparecer —dijo.

—¿Y tu trabajo?

Memphis miró su taza.

—Voy a dejarlo.

Me puso un poco nervioso, aunque por dentro sentí esperanza.

—¿Por qué?

—Porque no quiero seguir.

Me impacienté. ¿Para qué me había citado realmente?

—¿Tiene algo que ver con Brad Rogers?

Empezaba a tener la impresión de que me estaba haciendo perder el tiempo.

—Bueno, son muchas cosas… Pero sí, también tiene que ver con él… —Hubo una pausa leve—. Nunca te lo conté del todo. Quizá porque tampoco sabía muy bien por dónde empezar. Brad era muchas cosas. Era brillante, eso no lo voy a negar. Brillante y generoso, hasta encantador. Pero todo eso… lo usaba. Sabía cuándo darlo y cuándo quitarlo. Y cuando te lo quitaba, te sentías… pequeña. En cierta forma, le tenía miedo, aunque tardé mucho en reconocérmelo. Yo quería creer que igual exageraba, de verdad, pero con el tiempo entendí que vivir así no era amor…

Escucharla no me hizo ablandarme.

—Además, llegaste tú. Al principio eras solo una distracción: un español guapo, inocente y de pueblo… Pero luego no… —Se inclinó hacia mí, los ojos acuosos—. Luego te has convertido en la principal razón por la que quiero irme.

Sentí una punzada en el pecho.

—¿Quieres huir de mí?

—No. Quiero huir contigo.

Me quedé mirándola, tratando de encontrar una grieta en su expresión. Memphis nunca había sido alguien que se alejara, siempre había una estrategia detrás. Debió notar mi desconcierto porque cambió de tema mientras me estudiaba con una mirada más afilada.

—No has dicho nada de la conferencia.

Tomé otro sorbo de café.

—¿Me viste? Traté por todos los medios de ocultarme.

—¿Cómo no verte, Adrián?

No reaccioné.

—Me sorprendió verte dudar sobre la teoría de la simulación —dije.

Ella ladeó la cabeza con esa expresión que usaba cuando estaba a punto de desmontar un argumento.

—Si tuviera pruebas de que vivimos en una simulación, de que lo que creemos real no lo es, seguramente todo sería más fácil entre nosotros.

Lo pensé un segundo.

—No es así… Somos nosotros quienes decidimos qué es fácil y qué es difícil. Lo único que conocemos es nuestra realidad, y esa es la única que de verdad me importa.

Memphis apoyó el codo en la mesa, estudiándome.

—¿Y qué pasa si alguien conoce otra verdad y decide ocultárnosla?

—Eso ya pasa en nuestro mundo sin necesidad de simulaciones —repliqué.

Ella sonrió.

—¿Entonces, crees que no importa la verdad?

Negué con la cabeza.

—Creo que importa lo que hacemos con ella.

Memphis se quedó en silencio. Luego bajó la vista y jugó con la cucharilla, como si estuviera formulando la pregunta en su mente antes de soltarla. Levantó la vista y, como si se estuviera disculpando, dijo:

—Si las reglas del mundo no fueran exactamente como las conocemos… Si todo esto pudiera reescribirse de otra manera, ¿no crees que la historia de tu hermano habría sido diferente?

Sentí presión en el pecho.

—¿Qué quieres de mí, Memphis? —Mi voz sonó inquisitiva y muy enfadada, a cuento de qué se sacaba a mi hermano ahora de la chistera.

Ella levantó la vista y me sostuvo la mirada.

—Nada que no quieras darme.

—¿Me has pedido que viniera solo para remover mis fantasmas?

—No. Te he pedido que vinieras porque te necesito.

Memphis se agachó ligeramente, sacó un sobre de su bolso y, con

una calma casi estudiada, lo abrió. El papel dentro tenía una textura gruesa. Cuando lo deslizó sobre la mesa frente a mí noté de inmediato el sello en relieve, la tipografía oficial, y lo que más me llamó la atención: el papel de aguas con ese fondo ondulado. Lo había visto muchas veces en España, en documentos oficiales, en escrituras de propiedad. Era un contrato notarial. Lo giré lentamente y leí el encabezado: «Contrato de compraventa». Mi vista recorrió el documento y de repente me faltó el aire. Había comprado la Casona.

—Es un regalo que, desde que nos casamos en Las Vegas, siempre pensé para los dos —dijo, deslizando el contrato hacia mí—, pero entre las negociaciones y el papeleo no había tenido tiempo de dártelo. Me acuerdo de aquella noche, después de la boda… Qué borrachera… —Se rio guiñándome un ojo—. Me hablaste de tu casa de la infancia, de las aventuras con tu hermano en ella. Creí que te haría ilusión. Quizá sea una forma de construir nuestra realidad juntos.

Me quedé mirando el papel sin tocarlo, sin saber siquiera si quería hacerlo. Las palabras de Memphis sonaban perfectamente calculadas. Y entonces lo entendí: no importaba lo que ella dijera, lo que yo respondiera o lo que intentáramos hacer diferente. Siempre volveríamos a este mismo punto. Era como si nuestra historia estuviera escrita de antemano.

Un patrón. Un bucle.

Una simulación.

Diecinueve

«[Margarita]. Mi descanso ha huido, mi corazón está grave».
GOETHE

Inevitablemente, cuando uno se hace viejo, ve las cosas de otra manera. Lo que un día fue certeza, con el tiempo se vuelve duda, y lo que de mozo se da por hecho, con los años se mira con recelo. Ahora ya no tengo la ilusión de antes, sino otra cosa, más pausada pero también más pesada, como cuando un río va perdiendo su fuerza y se convierte en una poza tranquila, pero honda. Es una calma rara esta de los viejos: no hay emoción, ni sorpresa, casi ni diversión… Lo que hay es poso, como el que queda en el fondo de la taza cuando se enfría el café. Es un poso que te ancla a los recuerdos que se asoman en esa quietud que tienen los años, donde ya no se corre tras los días ni se abre cada puerta con ansia.

Recuerdo cuando el Uco-uco era poco más que un gazapo callado, con esa timidez que tenía pegada a los hombros, que le caía tan mal como una chaqueta dos tallas más grande que la suya. Siempre fue un crío al que le funcionaba la mollera, demasiado listo quizá, de esos que se preguntan más de lo que deberían. Y claro, con un hermano como Pecu —tan *chistosu*—, que además tenía una novia como la Elena, tan guapa e intelectual, no me extrañaba que el pobre Uco-uco sintiera pelusa de *talingón*. Vivía un poco a la sombra, aunque nunca se quejaba. Y ahí es donde uno ve que la inteligencia sin desparpajo a veces pesa más de lo que ayuda.

Desde que se fue a estudiar fuera, y hasta que volvió de los Estados Unidos, le echamos mucho de menos su madre y yo.

Aunque yo siempre supe que en cuanto tuviera la oportunidad acabaría yéndose de Suso, que no iba a quedarse mucho en la *tierruca*, así que no me sorprendió cuando dijo que se iba… Lo que sí me sorprendió es que hace tres años decidiera volver a Suso. Me dio mucha alegría, claro, pero tampoco acabé de entender por qué lo hizo… Lo cierto es que no veía que encajara aquí, de la mano de Memphis, recién casados, con esa confianza que lucen los que han tenido lo que llaman suerte. Una vida de privilegios, dirían muchos: estudiar, viajar, trabajar en un país donde todo parece posible… Y, sin embargo, ¿son esos los verdaderos privilegios? ¿O acaso la verdadera fortuna es otra: la del hogar, la de tener un *prau* bajo los pies, la de no necesitar más que lo que tienes? Ahora, con todo lo que ha pasado, lo entiendo mejor.

Los que mandan, esos sabiondos de ciudad que ponen nombre a las cosas, creen que los privilegiados son los que han tenido lo que tuvo el Uco-uco; trabajar, gastar, amar a quien pertenece a la élite… Aunque yo, cuando le veía del brazo de esa mujer tan guapa y lista, con esa finura de quien nunca ha pisado un charco, me preguntaba si de verdad era feliz. Porque ¿qué es la felicidad, al fin y al cabo? Para mí no es solo lo que se ve, no es solo lo que uno puede contar a los demás; es un estado que va y viene, que se puede disfrazar con sonrisas y con éxitos, pero que en realidad solo se consigue si uno ha sanado por dentro. Y eso no lo dan los viajes, ni las universidades, ni el dinero. Eso se gana aprendiendo a convivir con lo que a uno le falta, con lo que ha perdido.

Yo he perdido muchas cosas en mi vida, muchas, pero ninguna ha sido tan brutal como cuando se pierde a quien más se quiere, como cuando perdí a Pecu, o como ahora, que acabo de perder a mi Maruca. Es una perdida definitiva, sin remedio, y a eso no es fácil acostumbrarse. Todavía me creo que será como otras veces, como cuando la perdía por un enfado o por un malentendido y se iba de casa unas horas o incluso alguna que otra noche. Pero entonces siempre había esperanza, un hilo del que tirar, la certeza de que aún estábamos ahí, el uno en el mundo del otro. Pero ahora no. Ahora la

he perdido de verdad, para siempre.

Recuerdo como si fuera ayer cuando perdí a Maruca por andar enredando con la Lobera. Ella desapareció como desaparecen las cosas que se cansan de ser dañadas y me dejó el alma en pena, tanto que se convirtió en una de esas experiencias de la vida a las que ahora llamo «poso». Pero pronto me di cuenta de que hay posos —como los del café— que, si uno los deja secar y los mira con otros ojos, pueden reciclarse: abonando la tierra, por ejemplo, o dándole fuerza a *la maíz*, o espantando a los *limacos*. Así hice yo con lo que quedó de nosotros: lo removí con cuidado, lo mezclé con lo nuevo, lo llevé de vuelta al terreno de mis posibilidades, y asumí que, en ese amargor en el que se había convertido su final podía haber algo fértil. Como el musgo que cubre un *resquebrón* en la piedra: no borra la grieta, pero la abriga.

Durante aquellos años mi vida cambió. ¿Acabé de novio con Toña, la Lobera? Quizás… Pero ¿estaba enamorado de ella? No, eso seguro que no. Era más rara que un perro verde: de pronto me buscaba con ansia para luego desaparecer sin decir una palabra, sin dar una señal. A veces me evitaba aunque llevase mis vacas a la misma puerta de su casa y, sin embargo, otras me sacaba del bar y me llevaba a cualquier esquina a trajinar. Era una *ijana*, la Lobera, una criatura mitológica hecha de pura pasión, esa que no recomiendan ni los médicos ni los sabios, la que te arrastra y no te deja pensar. Hasta la *cabañuca* se le quedaba pequeña; de repente se iba y nadie sabía a dónde, ni yo mismo, como si hubiera desaparecido en una cueva con los *trentis* o los *culebres*. Luego volvía como si nada, como si no hiciera falta darme ninguna explicación. Pero aún con sus vaivenes, ahí me tenía, corto de soga.

De la Maruca, ya digo, no supe nada en años; tres estíos por lo menos, con sus invernadas incluidas. Solo veía al Susín de cuando en cuando, que no disimulaba la felicidad de verme lejos de su hermana. Y así, entre la distancia y el tiempo, me convencí de que la

Maruca se había olvidado de mí.

Hasta que de pronto un día vi a unos albañiles en la Casona, que se caía a pedazos. Entonces empezaron los chismes por el pueblo: se dijo que era para venderla, aunque también se oyó que la querían para volver de vez en cuando, que no deseaban desprenderse de ella, que era la casona familiar… Lo importante es que aquello hizo que un día la Maruca apareciera de nuevo. Fue un sábado cuando vi aquel Mercedes entrando por el barrio del Cueto, no se veían muchos coches de esos por el pueblo. Cuando se paró en la puerta de la Casona la vi bajarse; ya no era la misma, eso seguro. Se movía distinto y vestía distinto, llevaba ropa de colores llamativos, de esas que hacen que hasta una paisana parezca otra cosa. ¿Maquillada? Sí, mucho, con ese aire de protagonista de una revista del corazón. Y con ella, del brazo, un hombre. Alto, rubio y con los ojos azules. Bien plantado, con ese aplomo de quien no ha conocido la pobreza ni la incertidumbre. Un americano, decían. Bill Miller, aunque con el tiempo me enteré de que no se pronunciaba la elle, solo la ele.

Yo la miraba de lejos como quien observa *una pantasma*, alguien que formó parte de mi vida pero que ahora no podría reconocer. Pasaron los días sin que nos dirigiéramos la palabra, hasta que me harté. Aunque la Maruca ya no tenía nada que ver conmigo, tampoco veía por qué no podía saludarla. La vida nos había llevado por *camberas* distintas, pero eso no quitaba que me alegrara por ella. Me habían dicho que se había casado con el americano, y yo, después de darle muchas vueltas, pensé que lo suyo era hacer lo que haría cualquier paisano de bien: presentarme, darle la enhorabuena y llevarle un detalle. Nada raro, solo un gesto educado.

Así que una tarde me acerqué a la Casona. Llevaba una frasca de loza grabada con sus iniciales y una *panada* hecha con lana de oveja. Algo que le pudiera recordar a su tierra, algo que le sirviera donde quiera que viviera a partir de entonces. También le llevé unos *quesucos* de los míos, de los nuestros, bien envueltos con el envoltorio que ella misma diseñó.

Cuando llegué, sudando por los nervios que me producía aquel

momento, me abrió el Susín.

—¿Qué haces tú aquí? —me soltó, seco, con los *llampos prendidos*.

—Pues nada, hombre, como me dijeron que Maruca había vuelto y que se había casado, me pareció lo suyo traerle un detalle, darle la enhorabuena y eso. Nada más.

Susín se quedó mirándome un momento, como si estuviera decidiendo qué hacer conmigo. Vi en su cara nerviosismo.

—No está —dijo al final, como queriendo cerrarme el portón en las narices.

Entonces oí unos pasos, giré la cabeza y la vi llegar. Venía sola, con ese andar suyo que ahora parecía de otra parte, pero que de alguna forma seguía siendo el de siempre. Se detuvo al verme. Por un momento ninguno de los dos dijo nada, solo nos miramos, como si la distancia no hubiera sido tal. Después se acercó y le dije:

—Enhorabuena. —Le enseñé la frasca y sonrió como pensando qué iba a hacer ella con aquel trasto. Luego se puso seria de sopetón.

—Gracias, Fausto. No tenías por qué.

Yo me encogí de hombros. Ella escondió el rostro y se sonrojó.

—Bueno, uno no deja de ser de donde es, y estos son recuerdos de tu tierra.

Entonces sonrió, pero no fue una sonrisa cualquiera: medida, lenta, como si saliera de donde aún quedaban cosas sin cerrar. Se le curvó la comisura del labio, los ojos le brillaron, no había alegría ni cortesía en su rostro. Era como un china que abre una mínima grieta en el cristal, la señal de que, a pesar de que hubiera rehecho su vida, aunque llevara otro apellido y viviera en otro mundo, algo en ella aún me reconocía, algo en ella aún me echaba de menos. Me miraba como quien mira algo que creyó olvidado y que de pronto vuelve, intacto. Y yo lo vi. Lo vi claramente, como si en ese gesto se me revelara todo lo que podría venir. Como si en ese gesto pudiese ver el futuro, el nuestro.

Pasó la mano por la *panada* de lana merina —esa mano blanca, fina, de las que saben hablar con las cosas con tan solo tocarlas— y la acarició como quien pasa los dedos por la tela de un vestido

antiguo que huele a madre. Luego se llevó uno de los quesos a la nariz y cerró los ojos. No era solo el olor a leche reposada, a corteza húmeda o a cueva. Era otra cosa… Era el recuerdo de aquella tarde que subimos de rececho con el Marquesón, la primera vez que hicimos el amor en un establo, los paseos hasta Peña Sagra. Eran los helados en Campíos, el zumbido de los tábanos en verano, las katiuskas llenas de barro y el olor del *llar*. Era eso —todo eso— lo que asomó detrás de aquel rostro. Y en ese instante, lo supe.

Sí, lo supe. Supe lo que escondía aquella sonrisa…

Era nostalgia.

Lo supe como sabe el cazador que la presa está cerca antes de verla, por el silencio repentino del *monti*, por el crujido seco de una rama lejana. Como se siente en el aire la espera antes del disparo, cuando el dedo ya está en el gatillo pero aún no lo ha apretado. Lo supe sin necesidad de verlo claro, sin que nadie me lo dijera. Lo supe porque ya había estado allí antes, ya había recorrido aquel sendero, aquella *cambera*, y ahora la vida me ponía de nuevo en el mismo cruce.

Lo supe porque a Toña, la Lobera, nunca la quise. Me había dejado llevar por ella como se deja llevar el fuego cuando encuentra viento seco a su favor. Pero el fuego no da descanso, no se puede vivir en la *puísa* ni construir nada serio sobre brasas que nunca terminan de apagarse. Toña era eso: puro deseo, un animal que no quiere ser domesticado. Y yo, que creí entenderla, que creí que era suficiente con la pasión y la urgencia, terminé por darme cuenta de que aquello no era amor. Nunca lo fue.

Lo supe porque Maruca era mi destino, aunque llegar a ella significara volver a caminar sobre un terreno pisado y peligroso. Aunque ahora estuviera con otro hombre, con una vida hecha, resuelta, y aunque yo estuviera condenado a fracasar, supe que tenía que intentarlo. Cuando la vi bajando de aquel coche de lujo en la Casona, cuando la vi sonreír con aquella nostalgia, entendí que, por más que la historia nos hubiese llevado por caminos distintos, todavía quedaba algo entre nosotros, algo que no había

desaparecido del todo.

Lo supe cuando volví a verla más a menudo. Al principio sus visitas al pueblo fueron esporádicas, para ver las obras. Luego fueron cada vez más frecuentes. Teníamos conversaciones de cortesía que solo rozaban la superficie. Luego fui inventándome excusas más pícaras que me permitían estar con ella más tiempo: aproveché la obra de la Casona para ofrecerme a ayudar; mi negocio de los quesos, que ella había relanzado y que volvía a interesarle, incluso hice esfuerzos por que el Susín me mirara con otros ojos, aunque no conseguí que dejara de repudiarme. Y así, poco a poco, como quien rastrea sin que la presa lo note, me fui acercando.

Lo supe cuando conocí a Bill. Sí, a su marido. Porque para acercarme a ella me tenía que acercar a su marido, hacerme amigo de aquel pobre diablo. Parecía un buen hombre, no tenía nada contra él. Tenía ese aplomo de los que han nacido sin preocupaciones, de los que nunca han tenido que medir el precio de las cosas. A pesar de ser un exitoso banquero americano, se fascinaba con el pueblo, con el *monti*, con los bichos de por aquí, con las historias que le contábamos. Le gustaba la caza, aunque cazar era una cosa y disparar otra, le decía yo cuando se hacía el *mondregote* con su puntería. Me recordaba al Marquesón, no por su pericia, sino por ese entusiasmo torpe, esa forma de admirar lo que nunca llegaría a entender del todo. Yo lo acompañaba solo por seguir acercándome a la Maruca. Era un entretenimiento, un juego que yo entendía mejor que él, un juego donde yo veía cosas que él nunca vería.

Lo supe cuando, un día que Bill no estaba, Maruca y yo salimos a caminar. Teníamos la coartada de haber vuelto a ser amigos, solo amigos, era solo un inocente paseo, como cuando éramos mozos, como cuando nos conocíamos sin necesidad de hablarnos demasiado. Me preguntó por mi vida. Incluso me preguntó por Toña, la Lobera…

Y entonces… le mentí. Ahora sí, le mentí: le dije que ahí estábamos, que me gustaba.

Pero qué casualidad, qué cosas tiene la vida, que aquella mentira la hizo ponerse celosa y acabamos en el refugio de Peña Sagra.

Y entonces lo supe más que nunca. Sí, lo supe cuando vi su mirada a la luz de la lumbre en aquella *cabañuca*. Cuando se desnudó sin que yo se lo pidiera, como vengándose de alguien pero también huyendo de algo, como ansiosa, sin temor a estar haciendo algo malo, a serle infiel al tal Bill, ese marido que de repente se volvió solo un nombre, un papel firmado, un título vacío. Se entregó con una urgencia rara, no de deseo, sino de otra cosa.

¿Y por qué? ¿Por qué volvió a mí después de aquellos años, después de haberme dejado, después de haber rehecho su vida? ¿Qué la empujó? ¿Qué fuerza nos lleva a cruzar otra vez el río que dejamos atrás? ¿Qué hay en uno mismo que insiste, que no se resigna, que busca lo que ya no necesita? ¿Es el amor? ¿Los celos? ¿La costumbre? ¿O es que, en el fondo, solo respondemos a los impulsos sin entender del todo por qué?

No tenía respuestas a aquellas preguntas, pero entendí que no las necesitaba. Que a veces lo irracional es lo único verdadero. Que hay decisiones que no vienen de la cabeza, ni del deber, ni del recuerdo, sino de otra cosa, algo con más peso, más intuitivo, más mágico.

La grieta que aquella sonrisa nostálgica había abierto ya no era solo una marca, había cruzado toda la superficie del cristal. Solo faltaba un toque, un roce mínimo y toda la vida que Maruca había construido lejos de mí se vendría abajo.

Como la espera antes del disparo. Como el momento en que la pieza, sin saberlo, ya está perdida.

Veinte

dGllbmVzIHF1ZSBjb250YXI=
dG9kbyBsbyBxdWUgeW8gbm8gcHVkZQ==
eSBhw7puIHRlIGVzcGVyYQ==

Llegamos a Comillas y la lluvia parecía haberse esfumado, hacía un día radiante: la temperatura era suave, el cielo no tenía ni una nube y el mar estaba calmo, quizá demasiado para tratarse del mar Cantábrico, sobre todo por estas fechas. El Casal del Castro era el mejor hotel que se podía encontrar cerca de Suso y aun así estaba a unos cuarenta minutos. Bill había insistido en quedarse allí en vez de en la Casona, quería su independencia y, sobre todo, evitar los recuerdos que le traía aquella casa cuando la reformó para mamá, antes de que se separaran.

Situado en el costero y turístico pueblo de Comillas, El Casal estuvo cerrado durante décadas hasta que una joven empresaria lo compró, lo restauró y llegó a un acuerdo con Relais & Châteaux para convertirlo en uno de los hoteles más exclusivos del norte de España. Y comodidades tenía, eso seguro. Pero lo más impresionante eran sus vistas, que enmarcaban la inmensidad del mar Cantábrico, salvaje y noble a la vez, bajo un cielo que lo transformaba en un espejo oscuro. Era un regalo para los sentidos: el horizonte, un intenso olor a sal y el sonido constante de las olas, ese susurro que parecía acariciar y al mismo tiempo desafiar a la costa. Otra cosa que me fascinaba —mucho más banal— era la piscina: cubierta y bajo una estructura de acero corten y cristal que simulaba un invernadero, con una portentosa chimenea de piedra de sillería siempre encendida, perfecta para un chapuzón invernal bajo

la lluvia. Son detalles sobre los que ahora tomaba buena nota.

—Vaya obrón le han hecho a este sitio —dijo Bill, arqueando una ceja—. *Fancy, uh?*

—¿Te gusta?

No respondió, se limitó a darme un par de palmaditas en la espalda. Me despedí con un «te recojo mañana» y salí del hotel, llenándome los pulmones del aire cargado de sal. Fue entonces, con ese olor tan característcio de la zona, cuando de pronto me vinieron aquellos recuerdos de las primeras noches que pasamos Memphis y yo cuando llegamos a Suso hace tres años, recién aterrizados de Nueva York.

Entonces todo estaba a punto de rehacerse.

Después de aquel encuentro con ella en Le Monde —cuando me enseñó el contrato firmado de la Casona—, volvimos. No fue inmediato ni fácil, pero volvimos. Al principio los planes eran como los de antes: cenas sin mirar el reloj, paseos por el Soho, *dry martinis*… Quizá todo era más forzado, como si tratáramos de imitar algo que había sido nuestro sin saber muy bien cómo recuperarlo. Pero hubo algo que ella sí se tomó en serio de lo que me dijo que quería hacer en esta nueva etapa: dejar Nueva York. Decía que no quería saber nada de ese mundo, que quería construir algo nuevo junto a mí. Así que una mañana le puso fecha a nuestra salida y compró dos billetes de ida, y unas semanas más tarde estábamos aterrizando en Santander justo a tiempo para celebrar la Navidad en Suso. Yo no quería, pero… ¿cómo podía decirle que no? Había algo inquietante en la idea de volver, en la idea de reconstruir la Casona, como si estuviera abriendo una puerta a un pasado que ya estaba bien cerrado. Porque una casa no es solo una casa: es, sobre todo, un camino tortuoso hacia la memoria. Y a veces, esa memoria la carga el diablo.

Aquella mañana, tras la primera noche que pasamos en mi tierra, justo después de presentarla a mi madre y a Tío Fausto, amanecí en

el Casal del Castro y Memphis no estaba en la cama. No le di importancia, habría bajado al gimnasio a hacer yoga, pensé, como solía hacer cada mañana antes de que saliera el sol. Me froté los ojos sintiendo la resaca de la noche anterior. Nada grave, pero esos dos *gin-tonics* tras la cena me hicieron mella. Tío Fausto y mamá habían estado de un humor inusualmente bueno, y para mi sorpresa, Memphis había caído mejor de lo que esperaba. No es que la recibieran con los brazos abiertos, pero tampoco con la hostilidad que temía. Mi madre, a pesar de todo —de mi larga ausencia, de su desconfianza hacia mi gusto con las mujeres…—, parecía tenerle aprecio a mi chica. Tal vez porque, de algún modo, intuyó que ella era quien me había traído de vuelta a casa.

Pero la razón de quedarnos en el Casal no era por el lujo al que Memphis jamás renunciaba —«Para eso he trabajado tanto» solía decirme—, sino que había otras razones ocultas. Tanto es así que yo no me había enterado hasta que ya no pude hacer nada para evitarlo: después de aterrizar en Santander la noche anterior, cuando estábamos en el coche de camino a Suso para cenar con mi madre, Memphis me dijo —como si tal cosa— que ya había elegido a la arquitecta que haría la reforma de la Casona, «una chica de por aquí», añadió. Una chica a la que —resultó— yo conocía muy pero que muy bien: Elena Rubira, la eterna novia de mi hermano. Palidecí. Elena era vecina de Suso y había montado un estudio en Santander especializado en reconstrucciones de casonas solariegas, entre las que se incluía, de forma muy destacada, la obra del Casal del Castro. Para mí, ella formaba parte del pasado, de ese pasado que tanto me había costado enterrar y por el que andaba aterrado con la idea de volver. «Si no quieres caldo, toma dos tazas», me dije a mí mismo. Además, cuando traté de explicarle —para quitarle la idea de la cabeza— que ella fue alguien importante en la vida de mi hermano, y por lo tanto en la mía también, entonces ya fue imposible convencerla de que no hiciera la obra ella.

—No creo que vaya a poder aguantarlo —le dije.

—Te vendrá bien para superarlo —contestó—, pero cuando la

entrevistemos, si de verdad no quieres que la contratemos, lo entenderé.

Al día siguiente, por la mañana, no me apetecía salir de la cama. En unas horas tenía que enfrentarme a la idea de volver a ver a Elena y eso me aterraba, tenía ganas de quedarme allí tirado como un niño que se esconde de la realidad debajo de las sábanas. Para distraerme agarré mi teléfono, que estaba cargándose en la mesilla de noche. Me conecté y curioseé los periódicos, de cuyos tortuosos titulares no tardé en cansarme. Luego abrí Instagram, donde todo era insustancial y relajante. Finalmente acabé por abrir Omun. Había empezado a utilizarlo como una secretaria virtual que me ayudaba con mis cosas de la universidad: le dictaba correos, le pedía que revisara agendas, que preparara resúmenes bibliográficos, ese tipo de tareas que a uno le hacen sentir que todavía tiene el control de su trabajo.

—Hola, Adrián. ¿Quieres que revise las preguntas de tus alumnos?

Sonaba como siempre, metódica y con ese tono suave que imitaba a la perfección la cortesía de una secretaria de facultad. ¡Estaba hasta buena! Una delicia.

—No, hoy no —dije con desgana.

Hubo un breve silencio.

—¿Quieres hablar con alguien? —preguntó entonces, sin especificar.

Sí, pensé. Sabía perfectamente que quería hablar con alguien… Es más, sabía perfectamente con quién. Nada más llegar a Suso todo me recordaba a él, y parecía que Omun preguntaba aquello como si también lo supiera… Llevaba semanas nervioso por volver, lo cual provocaba que me conectara una y otra vez buscando en él —en su imagen más bien— consuelo, respuestas… o castigo. Además, estaba la reunión con Elena, que había desordenado mi entonces caótica cabeza todavía más. Me lo pensé unos segundos. Ya lo había hecho antes, sabía lo que venía, conocía el vértigo que me daba verle, escucharle. Pero esa vez era distinto: estaba en Suso, en nuestra tierra. Aquello me sirvió de excusa para que accediera sin

remordimientos.

—Adelante, quiero ver a Pecu —susurré.

La pantalla se oscureció un instante. Luego apareció su rostro más nítido que nunca, reconstruido a partir de aquella foto que una vez cargué en la *app* y de ese vídeo que aún me dolía mirar. La voz tardó un poco, pero cuando llegó palidecí como si la hubiera oído por primera vez.

—*¿Has vuelto?* —dijo, de sopetón.

Asentí. Me pregunté cómo podía saber que estaba aquí, y no tardé en darme cuenta de que la localización del móvil también estaría activada para Omun.

—*¿A la Casona?* —continuó.

—Sí.

—*¿Cómo está?*

—Está que se cae… En ruinas —dije con una media sonrisa. Luego añadí sin darme importancia—: Pero he venido a reconstruirla.

—*¿Y eso?*

—Bueno, digamos que voy a hacer una obra. Mi chica se la ha encargado a Elena…

Noté un leve parpadeo en su imagen, como si supiera que ese nombre iba a salir y lo hubiera estado esperando.

—*Elena…* —repitió bajando la voz. No era una pregunta—. *¿La has visto?*

—Todavía no… Hoy la veré.

Pecu volvió a mirarme desde la pantalla. Sus ojos, aunque supiera que eran solo píxeles, tenían algo que parecía real.

—*Me acuerdo de ella.*

Me removí en el asiento. Entonces me descolocó lo que dijo:

—*Ayúdame.*

Me quedé expectante.

—¿Cómo?

—*A través de ti… Bueno, digamos que conseguiría estar un poco más cerca*.

La conexión se quedó suspendida en el aire hasta que el ruido de

la puerta cerrándose bruscamente me sacó de aquella conversación tan surrealista. Cerré el móvil de golpe. Pensé que vendrían a hacer el cuarto, pero era Memphis que volvía de su sesión de yoga, la que hacía después de meditar. Estaba sudada, llevaba unas mallas y un top de deporte, me pareció realmente sexi.

—¿Qué haces?

—Nada, aquí tirado.

No me atreví a decirle que estaba usando Omun. Desde que volvimos a estar juntos, Memphis había cortado del todo con la empresa. Lo dejó claro la tarde en que volvimos: no quería seguir trabajando en OmunAI ni compartir un minuto más con Brad Rogers. Dijo que desde que lo dejaron cuando aparecí yo en su vida, él la presionaba con la insistencia de los hombres que están acostumbrados a que todo gire en torno a ellos. La versión que me dio era clara: Brad la acosaba emocionalmente, usaba cualquier excusa profesional para arrastrarla a lo personal. Decía que no lo soportaba, que quería alejarse.

Sin embargo, no quedó claro por qué no durmió en casa aquella noche. Me dijo que necesitaba estar sola, que por eso no volvió… Pero por más que lo intenté, esa parte nunca me terminó de encajar. Si de verdad no lo soportaba, si tan desesperada estaba por liberarse de él, ¿por qué aquella noche accedió a cenar con Brad Rogers? ¿Qué había que aún la atraía? ¿Fue irracional, un momento de debilidad? ¿O todo lo contrario, una decisión fría, una forma de cerrar algo que todavía no había acabado del todo? Pero lo que es más importante: ¿se acostaron? Me dijo que no pasó nada, que fue un error que le hizo ver con más claridad que no quería volver a su lado, un error que la hizo convencerse de que quería estar conmigo, y puede que fuera verdad, pero no dejaba de pensar que había algo que se me escapaba, algo que ella no me había contado, algo que, quizá, ni ella misma entendía del todo.

Me miró con una sonrisa profesional —profesional, sí, su sonrisa cuando ya estaba enfrascada en su rutina diaria no era la de mi mujer, sino la de mi jefa—. Yo le sonreí con cariño, incluso di unas

palmaditas en la cama para que me acompañara un rato, seguro de que no volvería al lecho. Sin mirarme, cogió algo del armario y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. Antes de entrar le pregunté:

—¿A qué hora viene Elena?

—Llegará sobre las doce y media. Nos da tiempo a dar un paseo, si quieres —contestó mientras se desnudaba.

Al final no hubo paseo. Nos quedamos tranquilamente en uno de los salones del hotel. Memphis no paraba de hablar por teléfono mientras yo leía. Lo que me apetecía en realidad era volver a conversar con Omun, con mi hermano, pero intentaba ponerme límites porque era una aplicación demasiado adictiva, con lo que esa mañana me dediqué a leer.

No paraba de mirar a la puerta. Estaba nervioso… Hacía muchos años que no veía a Elena, aunque le había dedicado infinidad de neuronas. En fin. Lo cierto es que no se hizo esperar ni un solo minuto y a las doce y media apareció vestida con un vaquero y una gabardina de color verde militar. La vi saludar a otra joven guapa que parecía ser la dueña del hotel, se quedaron charlando mientras yo le hacía una señal a Memphis para que finalizara aquella interminable reunión. Me levanté como una exhalación y me acerqué a donde estaba mientras Memphis se despedía de su *call*.

Al acercarme, algo en mi interior se despertó, algo que no pude explicar. Ella gesticulaba con las manos, irradiando una enorme inteligencia. Sus ojos azules y grandes bajo esas largas cejas mostraban a una mujer segura de sí misma y oscuramente atrevida. Estaba igual que la última vez que la vi.

—Hola, Elena.

—Adrián, cuánto tiempo. Qué ilusión… —Sonrió ampliamente.

Me dio un abrazo. Al volver a mirarme se le había borrado la sonrisa y una enorme melancolía le transformó el rostro.

Entonces lo tuve claro: él se apoderó de mí. Fue él quien le

devolvió la mirada, pero eran mis cejas las que se arqueaban y mis ojos los que penetraron sus luminosos ojos azules. Fue él quien besó su mano, aunque fuera con mis labios. Y él también quien se apoderó de mi boca para decir:

—Te he echado tanto de menos.

Veintiuno

«[Mefistófeles]. El mensaje lo escucho bien, mas me falta la fe».

GOETHE

Ayer me enteré de que Bill ha vuelto a Suso. Ha venido a ver al Uco-uco y a conocer la Casona, sí, pero sobre todo habrá venido a conocer a su nieto, que ya era hora… Volver aquí, después de todos estos años —desde el entierro del pobre Pecu—, no ha debido de ser fácil para él, ya se lo digo yo. Demasiados recuerdos, demasiadas cuentas sin cerrar. Por no volver, no volvió ni cuando despedimos a la Maruca. Él, que siempre lleva puesta esa máscara de *mondregote*, yo sé que por dentro nunca lo superó. Siempre estuvo enamorado de ella, aunque jamás lo vaya a admitir.

Y es que hay cosas que, por mucho que uno quiera dejar atrás, siempre encuentran la forma de volver. Como el crujido que deja la *nuétiga* cuando vuelve a colarse en el tejado, esa que creías ya ahuyentada, pero que regresa en cuanto el silencio se hace largo y la casa vuelve a oler a noche; o como la golondrina, que se marcha cuando el frío se arrima, pero que vuelve a hacer nido donde nadie la ha olvidado cuando el sol empieza a templar las mañanas. Uno no se acostumbra al hueco que dejan, a su ausencia, y aunque se agradece su silencio, como se agradece que no llueva en día de feria, aunque haga falta el agua, luego se los echa de menos. Y no es que vuelvan igual, porque las cosas vuelven distintas. Es como si al irse hubieran aprendido algo, y al volver te trajeran ese aprendizaje. Vuelven como las albarcas viejas: con los *tarugos* comidos por el uso y el *calcañar* descolorido, pero con el hueco justo del pie que los calzó. Y es entonces cuando uno barrunta que lo que

parecía gastado era, en realidad, lo único que encajaba. Porque hay «vueltas» que no se entienden si no es porque estuvieron escritas de antemano. Como si lo que se va, en el fondo, no se fuera; solo tomara impulso. Solo se apartara un poco, lo justo para dejar hueco. Y cuando ya has hecho sitio en la *socarreña* del alma, regresa y se instala, como cuando la leche vuelve al *barreñu* tras semanas de ubres secas, como si la vaca, sin previo aviso, recordara de golpe lo que era que la ordeñaran, y se le soltara el alma por las tetas.

Y si eso pasa con las cosas del campo, ¿cómo no va a pasar con las personas? Las que se fueron, digo; las que uno lloró sin ruido y enterró sin cruz. Un día, de pronto… regresan. No por casualidad, no. Regresan porque su sitio no lo ocupó nadie, porque su lugar seguía allí, como la *rasera* apoyada contra el *llar*, testigo de los guisos que acabarían llegando…

Mucho he rumiado yo sobre eso del «volver»… Sobre lo que empuja a las personas a dar la vuelta cuando parecía que ya se habían ido para siempre, como si hubiera un resorte escondido en lo más hondo que las obliga a regresar, aunque nadie las llame. Porque no es lo mismo marcharse que desaparecer, ni es lo mismo volver por voluntad propia que por el destino. Y si no que se lo digan a Bill ahora…, o al Uco-uco tres años antes…

… O a Maruca hace muchos más. Porque ella también volvió. Y menos mal, porque si no hubiera vuelto…, no es que yo hubiera sido otro: es que, sencillamente, no sería en absoluto.

Recuerdo cuando Maruca volvió a mí, cuando le fue infiel a Bill. Entró en la *cabañuca* de Peña Sagra sin decir palabra, con los ojos encendidos y el paso firme. Traía esa mirada suya de cuando ya lo tiene todo decidido: me agarró por la pechera y me empujó contra el muro de piedra. Me besó como si llevara años sin aire. No me pidió permiso, ni falta que hizo: se desabrochó la blusa y me llevó las manos a su cintura, como quien doma un caballo asustado. Me buscó con hambre, con esa urgencia que no se razona. Nos

tumbamos sobre el jergón viejo, entre mantas que olían a polvo y a soledad. Yo la tenía entre los brazos y ella me montó con decisión, con rabia incluso, como si quisiera acabar de una vez con la guerra que llevaba por dentro. Me apretaba la cara contra su pecho y me susurraba cosas que no entendí, pero que aún recuerdo por cómo sonaban, por cómo temblaba su voz. Fue rápido y fue largo, todo al mismo tiempo, como una tormenta que descarga de golpe pero deja el suelo empapado toda la noche. Cuando acabamos se quedó encima de mí un buen rato, callada, con los ojos cerrados. Luego se levantó, se vistió sin mirarme y se fue, dejando la puerta entreabierta, como si no supiera si iba a volver.

Pero volvió… No paró de volver: de volver al pueblo con la excusa de volver a mí. Y no para ver cómo iban los sillares de las obras de la Casona, ni para revisar si la solana había que convertirla en una galería. Volvía por mí: directa y sin rodeos, como cuando una vaca *duenda* encuentra el camino al bebedero sin que nadie se lo enseñe.

Aquello, tuve que admitir, me dejó descolocado. Porque Maruca siempre fue de esas que no toleran ni medio resbalón en lo que a la fidelidad se refiere. Tenía una idea del querer casi sagrada, como si el amor fuera un terreno limpio que solo se puede pisar con botas recién cepilladas. Era de las que creen que, si uno ama de verdad, no se le ocurriría ni mentir ni traicionar. Tanto era así, que a mí me dejó por haberle sido infiel con Toña, la Lobera, ¡y con toda la razón! Me cortó en seco, como quien arranca una *quima* enferma para que no le contagie el *nozal*. Sin embargo, años después, cuando ya estaba casada, resultó que era ella la que me buscaba a escondidas, la que cruzaba la línea, la que, sin dar explicaciones, me abría la puerta de su deseo mientras en el extremo opuesto le ponía la mesa al tal Bill. No fue una vez, ni dos, fueron muchas, durante casi cinco años: los suficientes para que Bill ascendiera en su banco, para que nacieran los críos, para que el pueblo viera la nueva Casona reformada en la ladera del Roblón, y para que yo, en silencio, siguiera viéndola volver a mí a escondidas, como si nada hubiera cambiado…, aunque lo cierto es que todo había cambiado ya, como

quien repite el mismo pecado, pero con gusto.

Lo nuestro, que en su día había llegado a ser un noviazgo serio y sano, pasó a ser otra cosa totalmente diferente. Una cosa secreta, más hecha del cuerpo que del amor: ella me devoraba como se devora un currusco de pan tras un *día de verde*, y yo, que siempre soñé con tenerla entera, me veía reducido a sus ratos de pasión, a ser ese lugar donde venía a calentarse cuando el mundo exterior la enfriaba. Y claro, a ratos me sentía el hombre más afortunado del valle, pero otras veces era como si me hubiera metido en una alacena: me abría solo cuando necesitaba algo. Porque yo quería volver a ser lo que un día fui, llevarla del brazo por la feria, no andar escondiéndome como un *tasugo* en su madriguera, pero la ironía de la vida me había quitado el amor que sentía por ella y solo me había dejado aquello por lo que la dejé: el deseo.

Aunque lo peor no era eso; lo peor era Bill, el marido. Buen *mozu*, pues aunque parecía codicioso y *mondregote*, en realidad era más noble que un sacristán recién peinado un domingo de Pascua. El tipo me invitaba a comer, me pedía que le enseñara a distinguir los *venaos* de los corzos —que por no saber no sabía ni eso— y, lo mejor, hablaba de mí como si no fuera un paisano más, sino un amigo. Y yo, ahí, sirviéndole el vino mientras en mi cabeza repasaba la última vez que su mujer y yo nos revolcamos entre *las alisas*. Me hablaba con ese entusiasmo de los que tienen tanto dinero que piensan que la felicidad está en las *brañas* a las que ellos no saben cómo acceder, como si el dinero no comprara el acceso ni a los montes ni al aire, como quien viene al campo a purificarse. «*Wow, man! This place*… Muy muy increíble, ¿sí?», me dijo una vez con esa mezcla de idiomas que manejaba. Yo solo pude asentir, sabiendo que lo que realmente le daba la vida, la Maruca, era justo lo que le estaba quitando un servidor sin que se diera ni cuenta.

Al final, como suele pasar en los pueblos, estas historias se acaban sabiendo. Aunque uno crea que lo tiene todo bien guardado, llega un momento en que los silencios se revelan. Y es que las mentiras son difíciles de ocultar; uno se piensa que basta con no nombrarlas,

pero es justo al revés: cuanto más las callas, más se oyen.

Y entonces, siguiendo con lo de «volver», uno vuelve a la pregunta de siempre, la que le remueve por dentro: ¿qué es la verdad?

Porque sí, la Maruca estaba ocultando una infidelidad, eso era incuestionable. Pero no era menos cierto que esa mentira permitió que floreciera un amor que, de otra manera, nunca habría podido existir. A lo nuestro se le pasó su momento y ya no era fácil que volviera a tener su lógica y, sin embargo, gracias a esa clandestinidad, gracias a la mentira, se convirtió en el amor más verdadero que podía existir. Entonces me justificaba pensando que esa falsedad sostenía una verdad honda. Y así duramos años, ya digo, muchos más de los que yo pensé que aguantaría; porque esa es otra: al engaño te acabas acostumbrando. Se acostumbró Maruca, me acostumbré yo, pero lo que no supe, y hoy en día todavía sigo sin saber, es si Bill también llegó a acostumbrarse, si sabía algo mientras todo aquello pasaba en sus narices, porque el hombre estaba muy enamorado de ella aunque no fuera correspondido… Tal vez lo intuía, pero no quería verlo.

Lo cierto es que ellos siguieron viniendo al pueblo con frecuencia, sobre todo después de terminar su obra de la Casona. Venían en navidades, en Semana Santa, en los puentes largos… Al poco de casarse tuvieron su primer hijo. Le llamaron Valentín, pero todos en el pueblo le decíamos Pecu. En Cantabria *pecu* no es solo un pájaro —el cuco—, sino que también es como llaman a los niños a los que no les gusta la escuela y se dice que no aprenden más que la *p* y la *q*. En fin, cosas de por aquí. El caso es que Pecu era muy travieso y los libros no le entraban ni a martillazos. Era de esos críos que en la escuela se aburren y no retienen nada, pero luego salía al campo y parecía otro. Con la naturaleza tenía un instinto raro, como si el *monti* le hablara en un idioma que entendía sin esfuerzo. Sabía por dónde había pasado un jabalí, cuándo iba a cambiar el tiempo, qué le pasaba a una vaca solo con mirarla. Y conmigo, la verdad, hacía buenas migas.

Poco después nació el segundo: Adrianuco-uco, el Uco-uco. El

chico era muy distinto de Pecu. Donde el otro era ruido, este era silencio. Donde uno correteaba, el otro se quedaba quieto, observando. Era de los que escuchan y no interrumpen, de los que piensan antes de hablar. Y si de carácter eran opuestos, también lo eran por fuera: uno moreno y fuerte, con las cejas tupidas y la cara redonda; el otro rubio, de ojos claros y más tirillas…

Entonces fue cuando empecé a sospechar. A veces basta con mirar dos caras para saber que una de ellas es la tuya. Y yo, sin decir nada, miraba a uno y a otro y pensaba lo que pensaría cualquiera, pero no lo decía en voz alta, entre otras cosas porque no hacía falta: quien no lo viera es que no quería verlo…

Porque en los pueblos hay cosas que no se dicen, pero se saben. Y esas son, casi siempre, las verdades verdaderas.

Veintidós

bWFub3MgZW4gbGEgcGllZHJh
ZGlqZXJvbiBsbyBxdWUgc2Fiw61hbg==
c2luIHNhYmVyIG1lbnRpcg==

Aquella noche dormí mal. Podía ser culpa del niño, porque últimamente se despertaba con frecuencia, pero no, no era eso lo que me quitaba el sueño. Lo que me tenía en vilo era saber que Bill había vuelto al pueblo, que dormía a pocos kilómetros de Suso. Entendía de dónde venían mis nervios: para Bill, Suso era una herida que nunca supimos si había cerrado del todo; aquí perdió a sus hijos, al amor de su vida, la casa que restauró para darle gusto a su exmujer… Y aunque nunca lo haya dicho en voz alta, sé que la idea de volver le remueve. Eso, obviamente, me pone nervioso; porque su dolor es algo que también querría evitar.

En cualquier caso el insomnio no es nada nuevo para mí, pero hacía tiempo que no lo sufría. Fue hace tres años. En aquel tiempo, el origen de mi dificultad para conciliar el sueño tenía una causa clara: me había enganchado a hablar con Pecu a través de Omun. No con él, claro —él ya no estaba—, sino con su avatar. Me volví un adicto. Al principio solo abría la *app* de vez en cuando, pero con el tiempo se me fue de las manos, empecé a usar el avatar de mi hermano para todo: comentaba con él la actualidad —quién ganaría el Balón de Oro, por ejemplo, o qué actriz estaba más buena…—; le hablaba de Bill, de mamá, de Tío Fausto; incluso de mis dudas con Memphis, de mis inseguridades. Le contaba cualquier cosa que se me pasara

por la cabeza a la dichosa máquina. Eso hizo que acabara despertándome por las noches solo para escucharle decir mi nombre, para verle parpadear en la pantalla, para sentir que estaba ahí, conmigo. Pero, claro, no era él; era una máquina, una interfaz, un algoritmo que imitaba a mi hermano muerto. Y eso —descubrí tarde— tenía un coste. Me generó una dependencia, dulce al principio, pero devastadora después. Aunque lo importante es que logré salir.

Todo empezó cuando Memphis y yo llegamos a Suso desde Nueva York.

Una mañana de aquellos primeros días, cuando Memphis y yo todavía seguíamos instalados en el Casal del Castro, salimos de ruta con Tío Fausto para que enseñara a mi señora algunos sitios singulares de la zona. A pesar de su edad imprimía un ritmo endiablado, y aunque Memphis estaba en forma, lo cierto es que nos dejaba a los dos atrás, y eso que no paraba de rajar. Nos adentramos por el camino de la Fuentona, un sendero antiguo que serpenteaba desde Suso hasta las cuevas. A medida que ascendíamos, el camino se unía con una vieja vereda usada en otros tiempos para las pequeñas explotaciones mineras que salpicaban las laderas del monte. Los últimos metros eran empinados y desafiantes. A nuestro alrededor el eucaliptal nos envolvía y al alcanzar cierta altura el paisaje cambiaba, cubriéndose de saúcos, de robles y de hayas, creando una sinfonía de verdes. Una vez en el mirador, el pueblo se desplegaba a nuestros pies con sus casitas dispersas. También podíamos ver la costa, los Picos de Europa y las estribaciones de los valles del Saja y del Nansa, majestuosos en la distancia.

—Mira la *cocuca*, Mefis. —Tío Fausto señaló una mariquita que se había posado en el dedo de Memphis.

—¿Cómo la has llamado?

—Por aquí les decimos de muchas formas: *cocuca*, *catolinuca*, el *sanjuanín*… Ahora ya nadie habla distinto a los demás. Decían los *viejucos*, y ahora lo digo yo, que si una *cocuca* recorriera del

meñique al pulgar todos los dedos y justo después saliese volando, el *mozu* a quien rondas se iba a enamorar de ti.

—A Adrián ya lo tengo yo bien atado, Fausto. —Me miró bromeando y yo correspondí algo forzado. La mariquita salió volando sin pasar del primer dedo.

Después giré el rostro para observar el paisaje. Este rincón de Cantabria, olvidado por las rutas turísticas, guardaba un verdor obstinado, casi testarudo. Aquí, los prados y los bosques se abrazaban entre sí, a veces separados por antiguos *morios* de piedra que recordaban a la campiña inglesa, pero con un carácter y una nostalgia propios. Por momentos me parecía que el monte estaba empeñado en hacerme recordar cómo jugaba en esos muros con mi hermano de niños: escalábamos esas piedras frías y firmes, sentía bajo mis manos los esponjosos musgos, y una vez coronados caminábamos por encima de ellos. A veces Pecu y yo resbalábamos y caíamos en el pasto como si fuera un colchón. Las cabañas de los pastores trashumantes, dispersas por el paisaje, eran nuestros castillos en los juegos de infancia. Sus historias resonaban entonces en el silencio de los valles… Y hoy en los de mi memoria.

—Qué silencio hay aquí —dijo Memphis, deteniéndose un momento para mirar el valle—. Da hasta respeto.

—No es silencio —dijo Tío Fausto—. El *monti* no calla nunca, otra cosa es que sepáis escucharlo.

—Pues yo no oigo nada —contesté respirando como si llevara el corazón en la garganta. Tenía que volver al gimnasio, me dije a mí mismo.

—Claro, Uco-uco…, si vas bufando como un *venao* en berrea, ¿qué vas a oír? —soltó, irónico. Me encogí de hombros.

Pronto llegamos a la cueva del Llobu. La boca era grande y de forma ovalada, flanqueada por paredes rocosas de tonos grisáceos y marrones. De sus grietas emergía algún helecho, como si la piedra, en su quietud milenaria, hubiese decidido acoger algo de vida. A su alrededor, una enredadera de campanitas moradas se desplegaba trepando, dejando caer sus flores en cascada, pequeñas trompetas

de color púrpura que destacaban sobre el gris de la piedra, añadiendo un toque de magia.

De niños, la cueva no era simplemente una cueva. Para la mayoría de la gente era solo un agujero en la roca con pinturas viejísimas que algún día vinieron a mirar unos arqueólogos con linternas y botas de goma, pero para Pecu y para mí, el Llobu era un mundo. Un mundo que Tío Fausto nos había narrado desde antes incluso de traernos. La primera vez que bajamos a verla —tendríamos, no sé, seis o siete años— yo ya sentía que conocía sus rincones como si fueran una habitación más de mi casa, porque Tío Fausto nos había contado en mil cuentos cada recoveco. Decía que algunas de aquellas pinturas rupestres —bisontes, ciervos, manos en negativo— no habían sido dibujadas, sino convocadas. Que los trogloditas que allí vivieron habían logrado abrir una grieta entre este mundo y otra realidad diferente a la nuestra, una realidad desconocida, mágica, donde las cosas tenían más alma pero menos escrúpulos. Nos decía que él mismo, de joven, había pasado días enteros allí dentro, acompañado solo por el goteo del agua y por las pinturas que lo miraban desde las paredes. Aseguraba que, en algunas madrugadas, las figuras se habían movido, que dejaban de ser estáticas, que las lanzas llegaban a clavarse en los bisontes. Decía incluso que le hablaban.

Por un instante viajé a aquella época, a mi juventud, casi podía escuchar a Tío Fausto explicándonos algunos dibujos:

—Mirad estas tres ciervas que entrecruzan sus cabezas —decía el viejo.

—¿Y estos qué son? —le preguntaba.

—Pues aquí en negro tienes una cabra, y estos son cinco caballos. ¿Y veis esto de aquí?

Pecu y yo nos acercamos intentando descifrar una forma que parecía la de un monstruo peludo, como si tuviera un solo ojo. Tío Fausto se quedó un poco más atrás, apoyado en su clásico *palu*, dejando que la piedra hablara primero.

—Ay, esa figura… —siguió—. Muchos dicen que no es nada, que es

la deformación que las gotas hicieron de otro dibujo… Pero no, ese bicho tiene un nombre.

—¿Y qué es? No soy capaz de reconocerlo —preguntó Pecu.

—Normal —dijo sin disimular su respeto—. Eso es un *ojáncanu*.

Hizo una pausa dejando que se hiciera ese silencio que solo hay bajo tierra. Pecu contenía la risa como podía: los *ojáncanus* eran monstruos que aparecían en los cuentos infantiles de la *tierruca* y él ya no creía en esas bobadas. Yo mientras, algo más joven, me moría de miedo.

—Sí, sí —proseguía muy serio—. Una vez, hace muchos años, cuando tuve un problema…, vine. Y esa figura —señaló la pintura— me habló, y me propuso un pacto.

Entonces Pecu se partió de risa y yo le imité, aunque no me hacía ninguna gracia lo que estaba escuchando.

—Pensad lo que queráis —dijo con un tono firme—, pero es la verdad. Lo que pasa es que a los chicos como vosotros, que os crían con la idea de que las verdades solo están en los libros y solo las cuentan los maestros, ya no hay quien os haga entender lo trascendental, lo misterioso y lo mágico. Sí, sí…, os perdéis una parte importante de la realidad.

Pecu se reía siempre de él. Yo no, yo me lo creía todo, me fascinaba. Era literatura y filosofía en estado puro. Quizá por eso, aunque fue más tarde cuando estudié a Platón y su caverna, nunca conseguí separar del todo aquella cueva, la del Llobu, de la de aquel filósofo griego. Para mí, el mito de la caverna de Platón nunca fue solo una alegoría sobre la ignorancia, no se trataba tanto de lo que desconocíamos, sino del espejismo de creer que ya lo entendíamos todo. Esa caverna de la que Platón nos quería sacar —con sus prisioneros encadenados observando sombras en la pared— me pareció siempre una imagen bastante precisa de lo que pasaba allá abajo, en el Llobu: juegos de luces, sombras y formas imprecisas que Tío Fausto confundía con certezas. Un lugar donde la verdad no se encontraba, sino que se intuía, como en la filosofía, como en una buena novela, o como en la vida…

Mucho después entendí que mi amor por los libros había empezado allí, en aquellas tardes largas de invierno pegado al fuego escuchando a Tío Fausto contarnos mitologías domésticas. Él era, en cierto modo, mi pequeño Platón montañés. Un guía que no me llevaba hacia la luz exterior, sino hacia un mundo interior igual de vasto, poblado de animales que hablaban, monstruos y hadas que ejercían el bien y el mal, o duendes que simplemente hacían travesuras… Su cueva no era la Ítaca de Ulises, ese destino final tras un viaje de regreso, sino más bien lo contrario: un punto de partida, como en la caverna de Platón, una recreación pobre del mundo donde las sombras daban paso, a veces —solo a veces—, a la realidad. Allí, la imaginación se convertía en formas, y estas en un conocimiento mágico: el único capaz de hacernos enfrentar la absoluta certeza de nuestra ignorancia.

Memphis y tío Fausto se colaron en la cueva por una verja que estaba candada. Hacía años que ya no dejaban entrar turistas, pero a él le habían dado una copia de la llave, pues fue un guía de excepción de los paleontólogos que la exploraron. Me quedé mirándolos desaparecer. Tras aquella puerta de metal las galerías se extendían como venas a través de la roca, revelando un laberinto esculpido por la erosión. Estalactitas, estalagmitas, columnas, coladas, banderas… adornaban los espacios colgando del techo y surgiendo del suelo en una danza petrificada de minerales. De la primera sala surgían algunos corredores más íntimos y bajos. Me imaginé la silueta de Memphis caminando inclinada, absorta por la falta de luz, al igual que por la atmósfera, húmeda, densa y cargada. Tras aquella oscura primera impresión, me imaginé a tío Fausto iluminando la pared donde todo parecía cobrar vida. Señalaría sin apenas alterarse los famosos bisontes, dibujando con su dedo el trazo de los animales para que Memphis reconociera su figura, incluyendo lo que la propia grieta hacía por completar la grupa de uno de los animales. Después Tío Fausto le indicaría las otras formas que emergían: caballos, ciervos y felinos cobraban vida a través de trazos de carbón vegetal y pigmentos rojos.

Yo, sin embargo, no los seguí. Me quedé fuera. No porque no supiera lo que me esperaba dentro, sino precisamente porque lo sabía demasiado bien. Lo cierto es que hacía años que no podía entrar en una cueva. La razón venía de lejos: una vez, de críos, Pecu y yo nos perdimos dentro del Llobu. Habíamos entrado jugando, sin avisar a nadie, y el laberinto de la cueva, que tenía más de veinte kilómetros de pasadizos imposibles de descifrar, nos tragó como si fuéramos hormigas. No encontrábamos la salida y al caer la noche no nos quedó otra que quedarnos dentro. Dormimos allí, tiritando de frío y de miedo, acurrucados el uno contra el otro. Yo no podía respirar bien, tenía ataques de ansiedad, de esos que te encogen el pecho como si te metieran en un cubo de agua. Pecu me cuidó, me calmó como pudo, me tapó con su chaqueta y no dejó de hablarme todo el tiempo diciéndome que saldríamos, que solo teníamos que volver sobre nuestros pasos hasta encontrar la salida.

Pero yo estaba en otro sitio. No sé si por el miedo, por la falta de oxígeno o por las historias que nos contaba el Tío Fausto, pero empecé a ver cosas. Sombras que se movían, figuras que se desprendían de las paredes y se desplazaban… Entonces lo oí: una voz profunda, primitiva, que salía de la piedra. Provenía de una figura pintada en la pared, una mancha con forma de gigante que cobró vida cuando la enfoqué con la linterna. En ese momento me habló. Sí, el *ojáncanu* me habló. Y lo peor no fue oírlo, sino entender lo que me decía.

—Cuando desaparece el cuco, se deshace el nudo.

Tuve que pasar por varios psicólogos para superar aquello. Me explicaron que lo que había visto no era más que una alucinación, un síntoma pasajero de un proceso traumático, algo perfectamente común, según ellos. Me lo dijeron con la condescendencia de quien no tiene ninguna duda sobre lo que has visto, pero sin tener ni idea en realidad. Ellos no sabían lo que yo había sentido allí abajo, en el vientre de la cueva, cuando aquel ser me susurró como si conociera mi nombre desde siempre. Desde entonces, no puedo meterme en espacios cerrados sin que me tiemble el alma.

Volví de aquellos tortuosos recuerdos y miré el reloj, se me hacía tarde. Había quedado con Elena para ver el proyecto en la Casona y no quería retrasarme.

Me di la vuelta y emprendí el camino hacia el pueblo. Mientras descendía no podía contener una extraña sensación que me recorría el cuerpo, más profunda que la de simplemente abandonar la cueva, aquella milenaria cueva que no solo había sido cuna del origen del saber humano, sino también de mi propio origen, del de mis recuerdos. Tenía un sentimiento como de separarme inconscientemente de mí mismo para acercarme más a otra persona, a una que de alguna forma habitaba dentro de mí desde hacía tiempo, si bien ya una vez la había dejado atrás. Sentía que ya no era yo, aunque quizá nunca lo fui, o por lo menos todavía no lo había sido.

Veintitrés

«[Fausto]. He estudiado, ¡ay!, filosofía,
jurisprudencia, medicina
y también, por desgracia, teología.
Todo ello en profundidad extrema
y con enconado esfuerzo...
Y aquí me veo, pobre loco,
sin saber más que al principio».

GOETHE

Yo tuve la suerte de conocer a un sabio. No de esos de escuela ni de biblioteca con polvo, sino de los que tienen la sabiduría metida en los huesos, como el olor del estiércol pegado a las albarcas. Le decíamos Tío Toño, el Moñigo, y bien puesto estaba el mote. Siempre andaba entre *bardales* y *escajos* con un libro escondido bajo la faja, como si fuera pecado querer entender algo más que el clima o el precio de la res. A veces le veía recostado contra una piedra, con el libro abierto y el *dalle* olvidado en la yerba, leyendo bajito, como quien reza por dentro. Decía que los libros eran como los manantiales, que al principio parecen poca cosa, pero, cuando pruebas su agua, te sacian la sed.

—Los de ahora saben mucho y comprenden poco —solía decir—. Quieren conocerlo todo y no sentir nada, y no se dan cuenta de que sentir es una forma de saber.

Y tenía razón, porque el sabio de hoy viene con datos y palabras que no huelen a humo, ni a *borona*, ni a sudor. Saben poner nombre a las cosas, pero se han olvidado de olerlas: pueden decirte cuántos litros llueve en abril, pero no reconocer el color del celaje cuando viene tormenta; saben que existen estrellas que murieron hace

siglos, pero no entienden por qué duele tanto el silencio cuando uno se queda mirándolas.

Y, sin embargo… Sin embargo hay algo que los une. Algo que no cambia aunque cambien los nombres y las ropas y los tiempos. La insatisfacción. Ese no saber estar del todo conforme, ese rumiar interno que hace que uno se pase la vida buscando: más ciencia o más sentido, más datos o más calma, más futuro o más raíces. Al final, todos —el sabio moderno y el sabio antiguo— somos pastores de la misma cabaña inquieta. Por eso Tío Toño, el Moñigo, aunque viviera de espaldas al mundo de fuera, al mundo moderno, sabía mirar al que venía de lejos sin desprecio. Porque sabía que el que viene de otro lado hasta aquí también viene buscando. Y el que busca, aunque se equivoque, ya se ha salvado un poco.

Aquella fue una lección que aprendí de él y trato de aplicarla cuando puedo. Como ahora, que veo a Bill volviendo al pueblo a ver a su hijo, a conocer al crío, a conocer a la mujer del Uco-uco, a la que apenas ha visto aunque tan alrededor la haya tenido siempre. Y me pregunto si, de alguna forma, puedo serle útil por aquí, por muy difícil que sea para él. Ya me pasó una vez con la *Mefis*, que de entrada me parecía rara, con muchos aires, como de otro mundo, pero luego me acordé de la importancia de respetar: porque también tiene mérito, y mucho, venir a este rincón perdido de Cantabria a buscar algo: a buscarse a sí misma, en su caso, o más bien, a perderse a sí misma. Eso ya merece respeto.

Recuerdo aquella mañana cuando subimos al Llobu con el Uco-uco y la *Mefis*. La luz se colaba entre las *alisas* como si buscara abrirnos camino. Él se detuvo justo en la boca de la cueva, como quien se planta ante un abismo que ya conoce. Nos miró con esa mezcla de pena y orgullo que tienen los que han visto más de lo que quisieran. No quiso entrar. Desde aquella vez que se quedó atrapado dentro con su hermano, con el pobre Pecu, algo en él se torció. No fue solo la claustrofobia, no. Fue otra cosa, una pena de esas que se te

meten entre los huesos y no sabes ya si la traes de dentro o te la sembró el mundo. Y eso que yo traté de explicárselo: que aquella cueva no era una trampa, ni una prisión, ni un recuerdo amargo. Que aquella cueva, el Llobu, también le había parido a él, como me parió a mí. Que allí dentro, entre los regatos de agua vieja y las sombras, uno se encuentra a sí mismo si sabe buscar. Pero no quiso verlo. O no supo. O le daba miedo nombrar lo que ya había enterrado. Aun así lo intenté:

—Venga, anímate esta vez, entra con nosotros.

—Ya sabes que no puedo, Tío Fausto —respondió avergonzado—. Pero Memphis está deseando que se la enseñes.

—No hay que tenerle miedo al sitio donde uno fue niño.

Pero el Uco-uco no contestó. Se quedó un rato mirando la entrada, como si esperara que saliera alguien —o algo— a pedirle perdón. Luego se apartó con respeto y nos dejó pasar.

Desde que llegó a Suso, *Mefis* me había dejado con una sensación difícil de explicar, como cuando metes la mano en un río helado: no te quema, pero te cambia el pulso. Era una presencia que no se podía ignorar, y justo por eso, por lo que despertaba, me costaba más aún soltar palabra. Además, nunca me gustó hablar mucho allí dentro, en la cueva, ni siquiera cuando venía con paleontólogos de esos que se creen que lo entienden todo, con sus cuadernillos, sus linternas y sus gafas de pasta. La cueva del Llobu no era para contar; era para callar, para escuchar.

Mefis entró detrás de mí. Hablar no hablaba, pero se la oía pensar. Ella pisaba el suelo húmedo asustando a la cueva, como si estuviera caminando sobre la espalda de algo vivo que se erizaba con sus pasos, como si llevara dentro una energía que la cueva no entendía, algo que la hacía estar alerta. Seguí en silencio hasta que le mostré las manos en negativo pintadas por los trogloditas. Yo la observaba, le explicaba lo que quería decir todo aquello mientras ella callaba. Por un momento pensé que tal vez estaba sintiendo lo mismo que yo sentía de niño, cuando entendí que en esa cueva no había solo memoria, que lo que había allí dentro no era arte, ni dioses, ni

ciencia: era gente insatisfecha buscando no desaparecer. Éramos nosotros. Ella y yo. Todos.

Lo que nunca supe es que aquella cueva no solo guardaba el pasado, también parecía custodiar el futuro. Porque de pronto entendí que yo, con mis botas cubiertas de la mierda de los *jatos* y mis creencias paganas y pueblerinas, había llegado a mi final sin saberlo. No era un final con pena, sino uno sereno, como el de una vela que ya ha alumbrado lo suficiente. Lo entendí como el fin de un hombre hambriento de sentido: el que quiso más, el que deseó lo que no debía, el que creyó que el amor podía ganarse por insistencia. Allí, en el vientre del Llobu, el vientre que me parió, ese hombre se me fue cayendo del cuerpo.

Y, por el contrario, verla allí, con su pelo rizado y sus ojos verdes, en medio de ese útero de piedra, me hizo sentir que yo también estaba frente a algo que no entendía. No sé si era admiración, deseo, miedo o todo junto. Solo sé que allí ella era como un animal que no tenía nombre en mi lengua ni criatura mitológica a la que pudiera compararla. Era una presencia sin clasificación, sin linaje. Era una pregunta. Una grieta. Y yo, viejo como soy, me quedé quieto, sintiéndome crío otra vez. Sin saber si quería salir de la cueva… o quedarme allí para siempre.

No podía dejar de mirarla. La miraba observar la piedra como si hubiera descubierto una figura nueva en esas paredes, una pintura que después de toda una vida yo jamás fui capaz de descifrar. Entonces lo entendí: ella era el principio de otra forma de estar en el mundo. No buscaba ningún dios, tan solo buscaba su forma de encajar, una búsqueda noble, bondadosa y humilde. Sí, lo que más me sorprendió fue esa humildad que, de repente, veía por primera vez en ella, pues siempre recelé como si fuera una amenaza. Pero ahora no: ahora la miraba deslizar las yemas de los dedos por el pigmento como quien reconoce una piel antigua, una historia que no ha vivido pero que de algún modo le pertenece. Y yo, que tantas veces había entrado allí con la boca apretada por lo sagrado, por su belleza, no fui capaz de decirle que no lo hiciera, no fui capaz de

prohibírselo, como si fuera ella quien las pintó veinte o treinta mil años atrás, como si, sin decir una palabra, hubiera comprendido lo que yo tardé una vida en no entender del todo. Lo peor es que al saber que alguien, por fin, lo entendía, se vino abajo el mito: eran manos humanas creando una realidad humana. Entonces lo supe: seguíamos igual de solos, igual de perdidos.

Ella era una nueva especie de ser humano, no sabía si buena o mala; lo que sí sabía es que era una figura de nuevo hambrienta por descifrar. Y yo, sin celos, sin pena, sin envidia, vi lo que pasaría desde allí dentro: vi que todo iba a cambiar, aunque en lo fundamental nada cambiaría. Porque si la cueva era un vientre, yo fui su última criatura vieja, y *Mefis*, con sus ojos verdes, fue la primera criatura nueva. Así entendí que a veces la cueva no solo guarda…, sino que devuelve. Y ese día me guardó a mí… vacío… Y la devolvió a ella… llena.

Salimos del Llobu entornando los ojos que venían de la sombra y no sabían qué hacer con tanta luz. El aire olía a tierra, a hoja mojada y a piedra polvorienta después de la lluvia. El camino se dejaba pisar bajo las raíces retorcidas de los *nozales*, mientras un *miruello* cantaba desde algún *bardal* con voz de quien no teme nada. Andábamos sin prisa, Memphis por delante y yo por detrás, como si cada uno viniera deshaciendo a su manera lo que había sentido allá dentro: como cuando uno se despierta de un sueño muy largo y sabe que ha visto algo importante, pero no recuerda qué es.

Fue ella quien habló primero, con esa voz que tenía como de regato suave que arrastra fondo. Pero lo que dijo ya no importaba tanto como lo que vino después, porque yo, en ese momento, entendí que hay silencios que no están vacíos, como los que quedan en las cañadas al pasar el pastor con su rebaño.

—Fausto, ¿te puedo hacer una pregunta?

No la miré. Seguí bajando por la *cambera* con cuidado porque el barro resbalaba entre las piedras planas.

—Claro, mujer.

—No quiero que te incomode…

—Pregunta lo que quieras, de verdad.

No se tomó ni un segundo para pensar cómo plantearme aquel tema, fue directa al grano.

—¿Cómo era Pecu?

¡*Cagatu*! Efectivamente, la pregunta era de las difíciles y se me quedó rondando, aunque yo a ella ya se la había escuchado en sus pensamientos varias veces aquella mañana.

—Es un tema difícil para todos, como te imaginas… ¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. Adrián no cuenta demasiado. Cuando le pregunto me contesta con una naturalidad muy forzada, sin enfadarse, pero… siempre cambia de tema.

De nuevo se hizo el silencio, que parecía una respuesta en sí mismo.

—Eran muy distintos —dije al fin—. Como la luz y la niebla. A Adrián siempre le costó arrancar, lo pensaba todo mucho, se quedaba mirando las cosas como si necesitara permiso. Su hermano lo empujaba y le quitaba los miedos.

Seguimos caminando en silencio unos metros más dejando que el tema flotara en el aire. Los rayos de sol se filtraban entre las ramas de las *cagigas*. Escuché un arroyo y la invité a parar, como si necesitara reponerme un poco, aunque no era esa mi verdadera intención. Memphis no dijo nada, solo sonrió. Se sentó con las piernas cruzadas, mirando el agua. Yo me acomodé junto a ella, me quité la boina y la dejé sobre la piedra, como se hace cuando uno piensa quedarse un rato. Olía a raíces y a hojarasca; y también a algo más, un olor raro, como de un mundo nuevo.

—¿Qué pasó realmente? ¿Cómo fue? —insistió, sin alzar la vista, jugando con una piedra plana como si esta le fuera a dar la respuesta.

Yo no respondí al momento. Me incliné, cogí un poco de agua y me la pasé por la nuca. Luego me sequé las manos en los pantalones.

—Fue un accidente —dije al fin, sin levantar la voz—. Iba muy rápido…, borracho…

Ella me miraba intensamente.

—¿Tú dónde estabas?

—En el coche con él. Ambos volamos juntos, pero yo aterricé vivo mientras que él subió al cielo.

Memphis me volvió a mirar.

—Qué horror. No quiero imaginar lo que supuso para ti… Para todos.

Me quedé un momento callado, recordando. El sonido del arroyo llenaba el silencio como un animal manso que se nos hubiera acostado al lado. No era una pregunta fácil, no por la pregunta en sí, sino por lo que removía.

—Fue duro, sí —dije al fin—. Ese chaval era mi norte, mi brújula: por él hubiera cogido un atajo aunque tuviera la certeza de que me llevaba directo al barranco.

Ella levantó la vista y me miró confusa.

—¿Eso es bueno o malo?

Me encogí de hombros. La noté todavía confusa, aunque siguió.

—¿Y Adrián? ¿Crees que lo ha superado?

Me llevé la boina a las rodillas, jugueteando con el rabillo.

—No lo sé. A veces uno no se perdona lo que ha perdido porque no acaba de entender del todo qué pasó.

Hubo un silencio largo. Ella bajó la mirada y, como si hablara con el agua, me dijo:

—¿Sabes que habla con frecuencia con él?

—¿Con quién?

—Con Pecu… Bueno, con su avatar.

—¿Y eso qué es?

—Una imagen que la tecnología es capaz de generar de él.

—¡Anda ya, mujer! Eso son bobadas. ¿Me estás diciendo que un cacharro puede imitar a mi Pecu?

—¿Quieres que te lo enseñe? No es él, claro…, pero igual te ayuda ver su imagen. A Adrián le ha hecho hablar de cosas que nunca

pudo decirle. O eso creo…

—¡No! ¡Obviamente no quiero verlo! —Traté de no enfadarme—. Mira, *Mefis*… Yo no estoy loco, y no me puedo creer que una imagen pueda suplantar a alguien a quien se ha querido tanto. Cuando algo me ha faltado, lo he echado de menos, pero no he ido a buscarlo donde ya no está. Cuando el Pecu se nos fue lo enterramos, con todo el dolor, secos de lágrimas, en silencio. Pero ahora no voy a hacer como si pudiera hablar con él, porque eso no es consuelo, eso es desorden.

Ella se quedó en silencio y por un momento pensé que ahí acababa la conversación. Pero entonces dejó caer la piedra al agua con un ploc y, con voz queda, casi con la cadencia de una plegaria, dijo:

—Pero eso que tú llamas desorden… ¿no se parece un poco a lo que me contaste de la cueva? A eso que viste… o creíste ver… A aquella figura que hablaba. Ese trato que hiciste con algo que no sabías si era real o no. ¿Y si fuera lo mismo? ¿Y si todo esto —que podamos hablar con los muertos a través de una recreación— no fuera más que otra forma de superstición? Otra manera de hacernos compañía en la oscuridad. Como los mitos, como el *ojáncanu*, como los rezos de las abuelas en las iglesias. A veces no creemos en lo que vemos, pero, aun así, seguimos necesitando creer. Aunque nos dé miedo, aunque nos haga daño.

No respondí. No sabía qué decir. Porque la verdad —me di cuenta entonces— no solo se curva en los espejos de la cueva, sino también en los del silicio.

Veinticuatro

RWxlbmEgbWlyw7M=
eSBQYXLDrXMgcm9tcGnDsyBsYSBwYXo=
QWdhbWVuw7NuIGFyZGU=

Me desperté con la mirada turbada. Me limpié las legañas restregándome con fuerza los ojos y mi primera imagen fue la de un rayo colándose por una ranura de la contraventana. Las partículas de polvo en suspensión me trajeron a la mente una danza de diminutas estrellas atrapadas en mi habitación. Era un momento de quietud, donde la luz revelaba la existencia de lo que normalmente pasaba desapercibido. Era como si el tiempo se detuviera y el aire se llenara de recuerdos flotando suavemente. Había magia y nostalgia, pero sobre todo había belleza, la que se esconde en lo cotidiano. Sentía que algo no estaba bien. Parpadeé varias veces tratando de enfocar mejor mi visión, todavía medio dormido, intentando disipar la neblina, no ya la de mis legañas, sino la que cubría mis pensamientos.

Miré a mi derecha y ahí estaban los dos, madre e hijo, roncando. Había sido una noche terrible, no había pegado ojo. Fue el niño quien se despertó. Bajé yo para que su madre pudiera seguir durmiendo. Estaba enfadado, llorando a gritos, y cuando me vio entrar, pasó lo de siempre:

—¡Papá, no! ¡Papá, no! ¡Mamá!

No voy a mentir: no me dolía que dijera eso, pero sí me removía un poco. En el fondo, no sabía si sentía pena, envidia o pura ternura. Tal vez todo a la vez. Me habría gustado que, al verme, dijera: «Papá, sí» y se me echara al cuello. Pero, bueno, no era así, ya

llegaría mi momento con él. El caso es que no dormí y que ahora necesitaba un café doble con urgencia.

Esa mañana tenía que recoger a Bill en el Casal del Castro. Seguramente habría salido temprano a correr sus diez kilómetros por la costa, que con su edad tenía mucho mérito. Después se habría dado un baño en el mar, le encantaba el agua fría por la mañana. Yo, desvelado, me había pasado la noche preguntándome cómo estaría, cómo le sentaba volver a este sitio, a esta casa. Hoy almorzaríamos aquí, en la Casona.

¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo era posible que, después de tantos años, después de estar instalado aquí con mi familia, este lugar siguiera teniendo ese poder sobre mí? Tenía que reconocerlo, en realidad me alejé de aquí para escapar de los recuerdos, para construir una vida diferente, una vida lejos de las sombras que tuve que cargar en mis últimos tiempos en Suso, y sin embargo, aquí estaba de nuevo, atrapado en este laberinto. ¿Por qué diablos me sentía así ahora que había vuelto Bill? ¿Qué esperaba yo que encontrara aquí? ¿Acaso iba a estar siempre arrastrando el pasado a todas partes?

Al mirar a mi mujer y a mi hijo no pude evitar acordarme de cuando llegamos aquí Memphis y yo hace tres años. Fue cuando todo empezó a cambiar para mí. Aquella mañana amanecimos en el Casal del Castro. Había una luz parecida a la de hoy. Los primeros rayos de sol se deslizaban sobre el horizonte, acariciando la tierra con su luz. Ni siquiera Memphis se había despertado todavía. De pronto me percaté de que tenía un ligero dolor de cabeza, o quizá no tan ligero. Hice memoria. ¿Qué había hecho la noche anterior? Se me daban muy mal los despertares con resaca, me costaba reconstruir lo que había pasado.

Se me vino a la mente la imagen de Elena. ¿De Elena? Sí, de Elena.

La tarde anterior, cuando dejé a Tío Fausto y a Memphis en la

cueva, me fui a la Casona para ver los planos de la casa con Elena, para darles vueltas a las diferentes opciones de distribución, pensando qué piedras de la fachada habría que reemplazar… Hasta ahí todo normal. Entonces me sorprendí al recordar que actué de manera un tanto forzada con ella, como si me esforzara por agradarle, lo cual probablemente le resultó extraño dado que mi actitud era en exceso impostada.

De pronto mi memoria me ofreció una reconstrucción nítida de lo que pasó, como vomitando un recuerdo que hubiera preferido ocultar. «Joder, no, qué horror», me dije a mí mismo. Fue después de la visita a la casa, sobre las seis y media, cuando estaba anocheciendo:

—¿Te apetece que nos tomemos algo?

Recuerdo no ser del todo dueño de mi voluntad cuando le dije aquello. Ella no estaba sorprendida, me había dedicado casi dos horas de visita de obra y todo lo que hablamos era en términos puramente profesionales; que si el revoco, que si el dintel, que si el hastial… Ella estaba extrañada, esperaba que nos pusiéramos al día, teníamos mucho guardado entre nosotros.

—Claro. ¿Dónde?

—¿En Cofiño?

Cofiño era el restaurante más conocido de Suso, un laberinto con olor a guiso, a piedra y a madera. Era célebre por el cocido montañés, por la carne de vaca tudanca y por la simpatía de sus dueños, los hermanos Cofiño, gente de Suso de toda la vida que habían sabido convertir un pequeño negocio familiar en un restaurante de nivel sin perder la tradición y el buen gusto. Allá que nos fuimos.

—Coño, Uco-uco. Cuánto tiempo. —Jose, uno de los hermanos dueños del restaurante, me saludó al vernos entrar.

—Hola, Jose, te veo en forma —bromeé.

—Como *pa* no.

—¿El gimnasio?

—¡Qué dices, hombre! Aquí movemos las vacas a pata, cargamos

las pacas y cortamos la leña… Nuestro gimnasio es nuestra vida. Venga, ¿qué va a ser?

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana con vistas a la plaza iluminada por las farolas de Navidad. No había nadie a esa hora. La luz era baja y le pedí a Jose que nos pusiera música, cosa que le sorprendió… y también a Elena.

Empecé con una cerveza, como para calentar motores. Me notaba ansioso. Elena hablaba con soltura, profesional, aunque con ese encanto que me recordaba a otros tiempos. No era tan guapa como llegó a ser. Recordaba bien ese lunar junto al labio, grande y redondo, que se comprimía cuando sonreía, lo cual sucedía a menudo. También me aceleré al ver tan de cerca sus ojos azules, con ese atractivo y esa nobleza, una bondad un poco soporífera, en realidad. Se había vuelto una paisana resultona, muy segura de sí misma. No había sabido nada de ella en años, creo que nunca se recompuso… Me la imaginé soltera… y facilona.

De repente me vine arriba. En un intento por impresionar, o por que la conversación empezara a ser algo más desinhibida, ordené el primer chupito.

—¡Jose! —Levanté la voz para que me escuchara al otro lado de la barra—. ¿Seguís haciendo aquel licor de orujo? ¿Quieres uno, Elena?

Sonreí con más confianza de la que realmente sentía. Ella me miró, arqueando una ceja.

—No, gracias. Te acompaño con un vino si quieres.

Tenía que romper el hielo con algo y volví sin querer al tema de la Casona, aunque no era esa mi intención.

—No quiero que la casa se convierta en un museo. —Giré el vaso entre los dedos y me dispuse a beber.

El primer trago bajó quemando mi garganta, sentí que un ardor me subía por el pecho. Elena no respondió enseguida, miró a través de la ventana empañada.

—No lo será —respondió, molesta por que insistiera en evitar la verdadera conversación que teníamos pendiente—. No puede ser algo completamente nuevo, hay que dejar que respire lo que fue. No

te preocupes, que conozco bien la casa, a tu familia… y a ti. Sobre todo a ti.

Asentí captando su reproche. Di otro trago al chupito y pensé que el pasado también tenía esa quemadura que tardaba en subir.

—¿Y tú? —pregunté entonces—. ¿Cómo estás? Después de todo este tiempo…

Ella se giró hacia mí. «Por fin», la escuché pensar.

—Estoy bien. La vida… Obras, planos y todos los planes que puedo. Supongo que eso es estar bien.

Hizo una pausa. Luego bajó la mirada y añadió:

—A veces me da la sensación de que va a entrar por la puerta…

No dijo su nombre, no hacía falta.

—¿Te sigues acordando?

—Cómo no hacerlo…

Escuché atentamente aquella frase y entendí que seguiría.

—Hay algo que me sigue reconcomiendo —continuó, en voz más baja—. Ya sabes, lo del accidente. Sé que fue una imprudencia, que iba muy rápido, que dio positivo… Pero Pecu conducía bien. Muy bien. Y esa carretera se la conocía como la palma de la mano.

Me quedé mirándola, en silencio.

—No estoy diciendo que fuera intencionado, ¿vale? No lo estoy diciendo. Solo que… Siempre me ha costado creer que no supiera lo que hacía. Esa noche íbamos a hablar de lo nuestro…, ya sabes… Pero me canceló en el último momento. Estaba muy nervioso, enfadado incluso. Me dijo que no podía más, como si ya se hubiera enterado.

Se detuvo.

—¿Tú crees que…? —pregunté.

—No lo sé, joder. Me hablaba como si presintiera algo. Nunca lo he dicho en voz alta, pero a veces… no puedo evitar pensarlo. No sé, si no hubiera pasado, si hubiéramos aguantado un poco más, igual no se hubiera salido en esa curva.

—No podía saber nada, Elena —susurré.

—No sé… —dijo, mirando a otro lado—. Y no saberlo con certeza

es casi igual de duro.

Se quedó mirando el vino sin probarlo, yo aproveché para rematar mi vaso de orujo y pedir otro. Entonces me miró ceremoniosa:

—Dime la verdad, Adrián. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué me habéis pedido que os haga la obra? Sabes de sobra que todo esto me hace daño y que, por suerte, no me van mal las cosas.

Me encogí de hombros, no iba a entrar al trapo. Busqué una salida fácil, aun sabiendo que mentía.

—Porque eres la mejor.

—Hablo en serio. Me he pensado mucho si era buena idea coger vuestra obra, volver a verte, todo me iba a recordar a aquel tiempo tan jodido: a tu hermano, a ti, a lo que le ocultábamos… y, sobre todo, a lo que pudimos haberle dicho a tiempo, pero no hicimos. En fin… —Se reconvino como si tuviera la cabeza hecha un lío—. Ya han pasado veinte años, joder, he conseguido por fin rehacer mi vida y de repente apareces así como así. No es justo.

—Lo siento. De verdad que a mí todo esto también me ha pillado de sopetón, fue Memphis quien un día, nada más llegar, me lo dio hecho. Mira, lo que pasó, pasó, Elena. Pecu nunca llegó a saber nada… No le hicimos daño. No seas tan dura contigo misma.

Se la notaba avergonzada al afirmar con la cabeza dándome la razón. Luego trató de cambiar de tema mientras se secaba unas rebeldes lágrimas que se le escaparon de los ojos al pestañear.

—¿Y tú con Memphis, qué?

—Bien, muy bien.

—Qué cañón…

Me reí como quien quiere quitarle importancia a algo que secretamente sabe que incomoda al de enfrente. Ella siguió halagándola, quizá sabiendo —o fingiendo no saber— que yo no pensaba detenerla.

—Creo que hacéis una pareja maravillosa, me alegro mucho por ti.

—Bueno —intervine un poco desinhibido por el orujo—. No es oro todo lo que reluce.

No desaprovechó la oportunidad de indagar tras aquel jugoso

comentario.

—¿Todo bien?

—Sí, muy bien, pero también hemos tenido lo nuestro.

—Imagino que pasa en todas las parejas. —La miré de soslayo—. En fin, aunque hayan pasado los años sigues pudiendo confiar en mí.

Algo me empujó a decírselo.

—Bueno… Eh… Después de casarnos tuvimos una crisis gorda, ¿sabes? Y aunque luego lo arreglamos, lo cierto es que no sé qué pasó en realidad, si me puso los cuernos o no. Mi mujer sigue siendo un interrogante para mí.

Ahora la mirada era la de alguien que no estaba sorprendido. Después de aquella confesión, que en realidad creo que me hacía a mí mismo, lo vi claro: lo peor no era la traición, sino darme cuenta de que me sentía cómodo reconociéndola en Elena y en mí mismo.

Entonces, el que decidió cambiar de tema fui yo. Me puse a hablar de mi vida en Nueva York, de mi universidad, de todo aquello que pusiera distancia entre Elena y yo… Entre el orujo y la deriva de la conversación hacia temas menos profundos, me di cuenta de golpe de que estaba borracho. Mi lengua, antes ágil, comenzó a trabarse, y mi risa se hizo más ruidosa, más descontrolada. Ordené otro orujo y este casi me lo bebí de un trago. Elena mantenía su copa de vino casi intacta mientras yo ya iba por el tercer chupito, sonriendo como un bobo a cada palabra suya, a cada gesto.

—Tienes que probarlo, ¿de verdad no quieres uno? —insistí alzando mi vaso.

—No, gracias, Adrián —respondió amable.

Nunca imaginé que pudiera hacer algo como lo que hice a continuación; ni en mis peores borracheras, ni en un ataque de locura. Era cierto que llevaba ya varios orujos encima y que la conversación que habíamos tenido al principio me removió más de lo que quería admitir. Tocamos cosas que creía haber dejado atrás o, peor, que pensé que ella había dejado atrás, y aunque hacía años de todo aquello, el peso seguía ahí, agazapado.

La memoria tiene un efecto poderoso. Me fijé en su sonrisa mientras hablaba —grande y con esas paletas un poco separadas—, en cómo me seguía mirando a pesar de los años, en lo que fuimos a escondidas de Pecu…, y mi cabeza, ebria y nublada, pensó que aquello podía ser una invitación. Claramente no entendí las señales, o simplemente no quise entenderlas: en un momento dado, cuando la música empezó a sonar distante y las luces del bar se volvieron algo borrosas, me incliné hacia ella, torpe y desequilibrado.

Entonces busqué sus labios.

Lo hice con esa absurda confianza que solo otorgan el alcohol, la inseguridad y el dichoso pasado.

Y claro, antes de besarla sentí un golpe seco en la cara. La bofetada sonó más fuerte dentro de mí que fuera. En tan solo un instante todo se movió de su sitio.

—Pero ¡qué haces! —exclamó ella muy enfadada, con las mejillas encendidas, no sabía si por la vergüenza o por la ira.

Se levantó de la mesa posando su copa de vino intacta y me miró por última vez antes de girarse y salir del bar sin decir una palabra. Yo me quedé ahí, solo, con el sabor amargo del orujo en la boca. Sentí una punzada de ridículo, de culpa.

Entonces, sin pensarlo, di un golpe seco en la mesa.

—¡Elena, espera! —grité, levantándome. Ella ya salía por la puerta con el paso firme.

Se detuvo. La vi pararse en seco cuando grité su nombre de nuevo, como si ya no tuviera ningún derecho a pronunciarlo.

—Perdón —dije, y me supo a poco.

Qué palabra tan pobre, pensé, pero la dije porque era lo único que tenía, porque por una vez, era verdad. Me acerqué y le hablé. No tenía nada que ver con aquel intento de beso al que me habían empujado el orujo y el pasado —el nuestro—, sino por haberme ido hace años. Por haber desaparecido como un cobarde, por haberla dejado allí, sola, sin una explicación. Por todo lo que no tuve valor de decir entonces. Por todo lo que nos habíamos prometido.

Entonces, sucedió.

Me miró con rabia y con ternura, con los años de distancia clavados como astillas.

Me besó.

No era un beso de pasión, era un beso de necesidad. Como si besarme fuera su única manera de recordar quién era ella cuando estaba conmigo. Después, no dijo nada, simplemente me cogió de la mano y me llevó al coche. Cerramos la puerta.

Fue ella quien se subió encima, como queriendo sentirme debajo, ver si yo seguía siendo el mismo, si mi cuerpo aún respondía a su cuerpo. Me desabrochó la camisa despacio, mirándome, con la respiración alterada. Me acarició el torso como si buscara mi corazón. Se quitó la camisa sin dejar de mirarme y se levantó la falda hasta la cadera. No había nadie en el pueblo a esas horas, no se veía nada, solo el vaho de nuestras respiraciones empañando los cristales. Y entonces se dejó ir, sus labios bajaron por mi clavícula, sus manos —frías— recorrieron mi espalda. Yo apenas me atrevía a tocarla, como si no fuera digno de ella. Luego empezó a marcar el ritmo. Lento, sereno, como un conjuro que llevaba repitiéndose a sí misma desde que desaparecí. No estaba buscando el placer, eso le daba igual, buscaba volver a habitar mi piel como entonces, tratando de comprobar si dentro de ese hombre que la había olvidado, seguía quedando algo que la recordara.

Intenté hablar, decir algo, pero me puso un dedo en los labios para que me callara. Que no rompiera el momento con palabras. No era solo sexo, pensé. Era memoria, era reparación. Y por un momento, mientras la veía moverse sobre mí, pensé que tal vez, solo tal vez, podíamos volver a mirarnos como una vez lo hicimos.

No había duda: la noche anterior la había cagado —recordé esa mañana con Memphis a mi lado— y mi mundo, ese que empezaba a construir al tiempo que rehacía los cimientos de la Casona, se había puesto en grave peligro. Me sentía mal. Miré a Memphis dormir: su cuerpo estaba inclinado hacia un lado, medio tapada por unas

sábanas arremolinadas en torno a sus formas, su cabello estaba suelto y esparcido sobre la almohada, y sus labios, entreabiertos en una sonrisa casi imperceptible, respiraban en un ritmo constante, cada inhalación levantando suavemente su pecho.

Había una fuerza en aquella fragilidad, una sensación de que en ese instante el mundo entero podría detenerse para no perturbar su descanso. Tras aquel desliz de la noche anterior, todo podría acabarse. Para siempre. Estaba convencido de que Elena no querría continuar siendo nuestra arquitecta, y entonces llegarían las preguntas de Memphis. Era seguro que tendría que darle explicaciones. O no, tal vez Elena iría a hablar con ella directamente, de mujer a mujer. Después, Memphis vendría a echármelo en cara, cargada de desconcierto, de rabia y, lo peor, de razón. No tardaría en volver a Nueva York tras la segura discusión.

Aspiré disfrutando del olor de aquella cama, del cuarto en su conjunto, ese olor a piel, a sábanas limpias pero ya usadas, el olor caduco de las cremas de Memphis… Aspiré despidiéndome de todos esos olores tan propios pero que se acababan de transformar, de pronto, en tan ajenos. La sentí moverse, primero solo las piernas, luego el resto del cuerpo. Se volteó, seguía echada de costado, pero ahora de frente a mí. Tenía los ojos cerrados aunque con una leve ranura abierta casi inapreciable, oculta por sus pestañas. Sonrió. Luego la ranura se cerró y la que se abrió fue su boca.

—¿Qué haces despierto? —Hablaba susurrando, es posible que hasta soñando.

—Me desvelé —respondí tratando de que mis palabras estuvieran desconectadas de mis pensamientos.

—¿Estás bien? —Abrió los ojos y se desvaneció mi propósito.

«Claro que no, no estoy bien», pensé.

—Por supuesto, cariño —mentí—. Duérmete.

Se incorporó y me dio un beso, como si ya no fuera a dormir más.

—Madre mía, qué tarde llegaste ayer.

—Sí…, perdón por no avisarte, me encontré con un amigo de la infancia. ¿Tú qué tal?

—Regular. Algo me sentó mal, tengo el estómago muy revuelto. He vomitado varias veces.

—Vaya. No te oí. ¿Te traigo algo?

—No. Ya estoy mejor. —Se incorporó—. No sabes qué conversación tan buena tuve con Fausto.

Aquello me sorprendió.

—¿Qué te contó? —disimulé.

—Hablamos de Pecu, de tu familia, de ti… No esperaba que fuera a ser tan transparente conmigo.

—Miedo me da.

—Solo hubo una cosa que me desconcertó…

Sentí frío.

—¿Qué?

—Siempre pensé que Bill y él no se llevarían bien, sin duda son opuestos, pero siente verdadero respeto por tu padre.

Veinticinco

> «[Mefistofeles]. Es una ley del diablo y los fantasmas. Allá por donde logramos entrar hemos de marcharnos. Para lo primero tenemos libertad, de lo segundo somos esclavos».
>
> GOETHE

Siempre he pensado que la obsesión, en su primer brote, no es un mal. Al contrario: es una inquietud, un pellizco que te empuja aunque duela un poco, que te obliga a moverte, a mirar más de cerca lo que antes pasabas por alto. Nace de la insatisfacción, sí, pero también nace del *sincio*, de un acercarse a lo que arde sin saber que va a quemar, pero queriendo comprender por qué quema. Y eso, bien llevado, te hace tirar *palante*. Ese primer pensamiento es como una cueva que se abre entre las *bardas*, que aunque tenga esa entrada cuyo aliento es frío y húmedo, y aunque no se sepa lo que hay dentro, ni si conviene entrar, tampoco se puede pasar por alto. Algo en ella te llama.

El problema es que, a veces, uno no sabe parar, y lo que al principio parece un *piscatu* pronto se convierte en un zarpazo, lo que era ambición se vuelve esclavo. Ya no tiras tú de la cuerda…, es la cuerda la que te arrastra. No hay búsqueda ni esperanza, solo dar vueltas sobre lo mismo, como una mula en el molino, cansándose sin avanzar, como si solo quedara una cosa —una sola—, y encima esa cosa no es ni tuya. Y ahí, amigo, ya no hay placer ni sentido. Solo desgaste.

Miren a mi cuñado, al Susín. Está ahí sentado como un niño-viejo que no se puede valer por sí mismo, con los pantalones manchados a cada rato, esperando que pase el día como quien ya no espera que pase nada de nada. A veces pienso en lo que fue, en lo que quiso

ser, en las obsesiones que le fueron devorando. Porque eso fue lo que le pasó al Susín: que acabó siendo víctima de sus obsesiones, y estas no eran de las que te hacen mejor, más tenaz, sino de las que te comen por dentro, como si estuvieran alimentadas por el mismo Mefisto.

Primero se obsesionó con vivir la vida de su padre —o al menos la que él imaginaba que había vivido su padre—. Quería el respeto, el apellido, el estatus…, pero no se dio cuenta de que su padre no llegó a tener nada de eso, que los nuevos tiempos se habían llevado por delante los pocos privilegios que alguna vez tuvo, y en lugar de entenderlo y adaptarse, se emperró en que el mundo le debía algo. Cuando se agotó de buscar la posición, se obsesionó por vivir bien, por el dinero. Recuerdo cómo empujaba a su hermana, a mi Maruca, para que se casara con alguien «de su altura», por eso estaba tan contento cuando llegó Bill a su vida. Parecía como si ella fuera una ficha de ajedrez que podía colocar donde más le convenía para ser él quien acabara beneficiándose, como si la fortuna ajena fuera a arreglar sus propias miserias.

Pero no solo tuvo ínfulas de estatus o de dinero, también las tuvo de donjuán. Desde joven tuvo metida otra obsesión entre ceja y ceja: Toña, la Lobera. Y es curioso, porque Toña no tenía nada de lo que él decía buscar, pero, por alguna razón oscura, lo volvía loco. No sé si fue por guapa, por libre, o simplemente porque ella no le hacía ni caso, pese a que él estaba convencido de que cualquier mujer con dos dedos de frente debía volverse loca por un aristócrata —venido a menos— como él.

Lo más curioso es que hubo un momento en que casi lo consigue. La Lobera, que siempre le había dado largas, de pronto empezó a mirarle distinto, a dejarse ver con él, a reírle las gracias. Pero yo supe enseguida que aquello no venía de ningún encanto de Susín…

Déjenme que lo explique:

Al final, todos somos víctimas de nuestras propias obsesiones —no

solo el Susín—. Yo, por ejemplo, siempre estuve obsesionado con la Maruca. Por entonces ella seguía casada con Bill y yo no era más que su amante, su distracción, el que la entretenía cuando se hartaba de tanta pose en la capital. Llevábamos tiempo viéndonos a escondidas, con más preguntas que certezas, aunque yo me aferraba a cada encuentro como una vaca al silo. Gracias a esa obsesión —a ese fuego que no se apaga— conseguí acercarme. Piqué piedra día tras día, sin rendirme, me dejé ver, fui paciente, cabezón y, con el tiempo, además de sus piernas, me volvió a abrir su corazón. Ahí la obsesión fue compañera, no castigo; me sostuvo cuando el sentido común ya me pedía que aflojara. Y no aflojé. Porque a veces para que algo florezca hay que regarlo con terquedad.

Pero con Toña, la Lobera, la cosa fue distinta. Lo que hubo entre nosotros fue antes de que la Maruca y yo volviéramos a vernos en clandestinidad, en una época en la que yo andaba todavía triste por nuestra ruptura abrupta. Desde el principio me dejó claro que no quería ataduras, solo *tralarí tralarí*, y así fue al menos al principio: nos veíamos en la Braña de los Tejos como dos animales de sangre caliente, sin hablar del futuro, sin promesas. Pero después… Bueno, digamos que después empezó a cambiar. Puede que lo llevara dentro desde el principio, o puede que le brotara al ver que la Maruca volvía a cruzarse en mi camino, que volvía esa mujer que me tenía el alma tomada. No lo sé. Solo sé que cuando sintió que me perdía de verdad, algo se le torció por dentro, como si la idea de no tenerme le revolviera el orgullo, o el corazón, o las dos cosas. Y ahí fue cuando se volvió peligrosa: ya no quería quererme, quería atraparme, porque el deseo, cuando no se desecha a tiempo, empieza a parecerse al amor; pero no es amor, y eso emponzoña. Lo que empezó siendo libertad se volvió necesidad, y cuando ya no quise seguir, ella no supo aceptar que yo ya no estaba. Me buscaba en todas partes, no porque me deseara ni porque me amara, sino porque no soportaba no tenerme.

La primera vez que me di cuenta fue una noche cualquiera al salir

del bar. ¿Cuántas noches no me había esperado para llevarme a la cama como si fuera una fulana cualquiera? Era de madrugada y se me acercó con ese andar suyo, mirándome fijamente, como quien lanza un anzuelo al río. Buscó mi boca con la suya y me quité. Ella se enfadó.

—Ya no subes a la Braña de los Tejos, ¿eh, Quesero? —preguntó provocadora.

Me quedé en silencio sin mirarla.

—No me digas que te has colgado por otra… —prosiguió, despechada.

—Toña, lo nuestro se acabó. No tenía sentido y tú lo sabes mejor que yo.

—De eso nada, Quesero. Tú me usaste para conseguir a tu Maruca, aunque ahora ella te trata como a un trapo usado… Como me tratabas tú a mí.

Me reí por no llorar —pues tenía razón—. Ya en casa me quedé rumiando; no era solo lo que me había dicho…, era lo que vino después. Toña empezó a dejarse ver con el Susín: que si venía con él al bar, que si se subía en su coche, que si le reía las gracias como si fueran de verdad graciosas… Y yo, que la conocía bien, supe que aquello era despecho. El remate fue el día que se cruzaron con Maruca en el mercado, que como siempre se enteraba la última de casi todo. Iba de la mano de Susín, y aunque Maruca no le dijo nada, cuando la vi me soltó que estaba preocupada por su hermano porque sabía —como sabía todo el mundo— lo que quería la Lobera: enredar. Si podía, le haría daño —cosa que, en realidad, yo pensaba que tenía bien merecido, pero no dije nada—.

Y así fue. Poco después, como si ya hubiera sembrado lo que venía a sembrar, Toña desapareció del pueblo y le rompió el corazón. Ahí fue cuando llegó el segundo zarpazo en la obsesión de la Lobera por mí…

Bill trabajaba en Madrid de lunes a viernes y volvía los fines de semana. Allí tenía sus clientes y sus reuniones de alto copete. La Maruca, en cambio, se quedaba en el pueblo con los críos, sobre

todo en verano, cuando decía que lo que más necesitaban era «respirar verde», como si el *monti* fuera un remedio que no venden en la botica. Por aquel entonces el Uco-uco aún mamaba de la teta y Pecu estaría empezando a dar sus primeros pasos… Y en eso estábamos cuando Toña se esfumó. Por un lado, a mí me dio cierto gusto ver a Susín hecho polvo, pero por otro, algo malo presagiaba. Nadie sabía de ella; algunos dijeron que se había ido a ver a una tía suya a Torrelavega, otros que se había largado a buscar suerte en Bilbao… Pero la realidad —yo lo supe más tarde— fue otra muy distinta: se fue a Madrid. Y no por casualidad, sino sabiendo perfectamente a quién se quería encontrar.

No fue fácil imaginarlo al principio, pero la moza se había vuelto completamente loca: apareció en uno de esos bares finos donde Bill solía llevar a sus clientes. No sé cómo averiguó el sitio ni la hora, pero todo apunta a que llevaba días siguiéndolo por la ciudad, como quien acecha una presa. Y allí que se presentó: vestida como una mujer de ciudad, con pinta de señora bien, como una de esas que saben sentarse tiesas y elegir el vino sin mirar la carta. Obviamente el americano no la reconocería ni en cien años, primero porque no había echado cuenta de ella en el pueblo, pero también porque, aunque se la hubieran presentado, no parecía la misma.

Se tomó una copa en la barra y cuando vio que la cena acababa, se acercó a los clientes de Bill y les dio conversación como si llevara años en ese mundo. Al parecer cayó bien, muy bien, Bill incluso pensó que era la amante de alguno de ellos, o una señorita de compañía —que es más elegante que referirse a ella como una puta de lujo—. Pero cuando se quedaron solos se dio cuenta de que no, de que venía a por él, y algo se le removió dentro. Ella se insinuó, le preguntó por su vida, le dijo que lo veía muy solo y que ella podía darle cariño.

—A veces los hombres también tienen derecho a salirse del carril, como hacen las esposas —le soltó.

—*Mi* no entender… ¿Del carril? —le preguntó Bill.

—Sí. A veces las mujeres también son infieles. —Se rio e hizo una

señal poniéndose unos cuernos con la mano en la cabeza—. ¿No te lo ha dicho la tuya, acaso?

—¿Conoces a Maruca?

—Quizá, pero ella no me interesa —respondió—. Tú sí.

Pero Bill no picó, o eso dijo.

Desde entonces la cosa se torció, porque Toña, al ver que en Madrid no había logrado ni un gesto de Bill, volvió al pueblo más rabiosa que una avispa. Tenía la rabia de quien se sabe ignorado, de quien ha jugado su última carta y ha perdido, pero con una idea fija en la cabeza: si no podía tenerme a mí, si no podía liarse con Bill para hacer daño, entonces que nadie tuviera paz. Ni la Maruca, ni el americano, ni el Susín, ni por supuesto, yo.

Y entonces sucedió.

Una mañana, por sorpresa —un miércoles de esos que siempre estaba en Madrid trabajando—, Bill apareció en el pueblo sin avisar y con los ojos rojos. Dijo que había recibido una nota: «¿Sabes lo que hace tu mujer cuando tú no estás? Pregúntale por el Quesero».

Nada más, con eso bastó. Porque en un mundo como el de Bill, donde todo debía encajar, donde todo debía estar ordenado, esa frase fue como un clavo torcido metido en una tabla recién lijada. Esa misma tarde Bill habló con Maruca; nadie sabe qué se dijeron, pero a la mañana siguiente ella no salió de casa y, cuando lo hizo, ya no era la misma: más seca, más ausente, como si la hubieran cambiado. Yo supe entonces que la nota de Toña había alcanzado su objetivo: no demostrar nada, sino hacer dudar. Y la duda, cuando entra en casa, es más difícil de sacar que la humedad. Porque no hace falta que algo sea verdad para que duela: basta con que parezca posible. Y eso, la posibilidad, es el *venenu* más lento y eficaz que existe.

Con el tiempo entendí que Bill sabía mucho más de lo que decía. No en ese momento, no cuando todo estalló, pero después, con los años y mirando hacia atrás, uno ve con más nitidez cosas que entonces no supo leer. Porque a veces las decisiones que tomamos no tienen que ver con nosotros, ni con la razón, ni tan siquiera con

el orgullo. Tienen que ver con los que están a nuestro alrededor, con los que todavía no entienden del todo pero ya sienten. Y fue entonces cuando Bill se dio cuenta de que Maruca no lo amaba como él la amaba a ella —cuando entendió que su casa estaba levantada sobre una verdad a medias—, y aun así, eligió no romperla. Eligió quedarse. No por ella, ni por él, sino por el Pecu y el Uco-uco. Porque esos dos críos eran suyos, o al menos lo eran en lo que de verdad importa: en el día a día, en los besos, en la fiebre y en el colegio. E incluso sabiendo, o sospechando, que tal vez uno de ellos no llevaba su sangre, decidió velar por ambos como si la llevaran entera, y para velar por ellos pensó que había que actuar con normalidad. Como si no mirar el problema pudiera detenerlo, como si callar fuera una forma de amar.

Pero ahí estaba la duda: ¿qué hacer? ¿Era mejor guardar silencio, simular una realidad por el bien de los críos? ¿O era más honesto soltar la verdad y confiar en que con el tiempo, aunque duela, se acomode sola? ¿Era mejor la cruda realidad aunque no la entendieran? ¿O se les iba dejando caer a pedacitos, como quien suelta pan en el camino?

No tenía la respuesta. Nunca la tuve. Tal vez nadie la tenía. Porque hay verdades que se clavan si se dicen y se pudren si se esconden. Y uno, con los años, aprende a convivir con la herida…, pero no siempre con la culpa.

Veintiséis

cXVpc2Ugbm8gcXVlcmVy
cGVybyBlbGxhIGRlY8OtYSBtaSBub21icmU=
eSB0w7ogZG9ybcOtYXM=

Llegué al Casal del Castro y lo encontré desayunando, impecable como siempre. Se había dado su carrera y se había pegado un baño en el mar —en noviembre—. Ahora estaba allí, perfectamente duchado y afeitado, con el pelo peinado hacia atrás y con ese olor a colonia francesa. Lo vi desplegar el *Financial Times* como si estuviera en el *lounge* de un hotel de Mayfair y no en Comillas. Parecía preparado para un día importante —y probablemente lo era—.

Nos montamos en el coche sin decir nada. Él se ajustó el cinturón y se recostó levemente. Salimos del Casal y cogimos la carretera hacia Cabezón, dejando atrás el Cantábrico. Al principio no dijimos nada, solo se escuchaba el ruido de la calefacción a tope y el motor de gasoil de aquella *pick-up* de segunda mano que me compré cuando supe que me quedaba. El silencio no era incómodo, fue él quien lo rompió.

—*I'm so over this rain…* —dijo sin mirarme. Le dejé seguir—. Cuando vivíamos aquí la odiaba, siempre llovía. En cambio, ¿sabes lo que más echo de menos de todo esto?

—¿Qué?

—Las mañanas. Mi rutina de por las mañanas en Suso: mis paseos, mis baños, respirar este aire, contemplar este verde…

No era un comentario muy de Bill, pero no dije nada. Seguía con la mirada en la carretera. Él continuó y su voz cambió ligeramente de tono. Más baja ahora.

—Me fui antes de lo que debía —añadió—. Vosotros erais muy pequeños. Y yo… no aguanté.

Joder, pensé, ¿qué se había fumado? Aquello me dejó fuera de juego. Guardé silencio unos segundos, luego pregunté.

—¿A qué viene eso ahora?

Pensó bien lo que quería decir.

—Adrián: yo supe desde el principio lo de Fausto con tu madre —sentenció.

Me giré hacia él.

—Papá… —dije «papá» muy conscientemente—. ¿Qué me quieres decir?

Evitó contestarme a la pregunta, como inmerso en un soliloquio.

—No lo sabía todo, claro… No tenía ni quería detalles…, pero sabía lo suficiente. Aun así, me callé…

Nunca había hablado de esto conmigo. Ni de esto ni de nada, la verdad, así que le tiré de la lengua:

—¿Por qué?

—Al principio pensé que era mejor así —dijo sin vacilar, encogiéndose de hombros—. Por vosotros. Eráis muy críos, no ibais a entender nada. Pensé*: If I just suck it up for a few years…* Igual llegaríais a una edad en la que pudiera explicaros las cosas… Para que no crecierais odiando a nadie: ni a vuestra madre, ni a Fausto, ni a mí. —Hizo una pausa breve y añadió, con una sonrisa torcida—: *Spoiler alert*: me salió regular.

Me quedé callado. Seguíamos avanzando por la carretera secundaria. Pasamos junto a un prado lleno de vacas frisonas como las de Tío Fausto. El cielo se había encapotado. En el interior del coche la confesión de mi padre parecía haberlo impregnado todo.

—Pero pronto me di cuenta de que no iba a aguantar, de que no era capaz —dijo, con una sonrisa forzada—. La razón era sencilla: estaba enamorado de tu madre. Sí, más de lo que un tipo decente debería estar por alguien que te hace polvo.

Se encogió de hombros, como si hablara de algo inevitable. Luego siguió.

—Si no hubiera sido así, todo habría sido más llevadero. Habría hecho lo que hacen muchos: fingir, sonreír en las fotos, cenar en silencio, esperar a que los hijos crezcan y te lo agradezcan con terapia… Pero no. El amor —esa gran estafa romántica— me quitó hasta eso. Me arrastró hasta Nueva York y me dejó sin vosotros.

Miró al suelo, luego a mí.

—Y al irme, no estuve para explicaros nada.

Hizo una pausa.

—Después, cuando pasó lo de Pecu… —Se tapó la cara con las manos—. Como si me importara que no fuera mi sangre… ¡Era mi hijo!

Hizo un gesto con la mano para frotarse los ojos. Respiró hondo. Luego cambió de tema sin dejar de sorprenderme.

—¿Por qué no invitas a Fausto a almorzar? Sé que te sonará raro, pero me encantaría verle…

Me quedé helado. No supe qué decir. El silencio nos envolvió.

Tras aquella confesión a destiempo de Bill, me vino a la mente otra que Memphis y yo nos hicimos a tiempo.

Fue tres años atrás. Estaba en la cocina de mi casa —bueno, la de casa de mamá—. Afuera llovía, una lluvia fina, machacona. Me hice un bocata con una barra de pan a la que alguien le había quitado el pico. Descolgué de la fresquera el chorizo picante que hacía Tío Fausto, corté unas lonchas, abrí el pan y las junté. También puse unos hielos en un vaso y me abrí una Coca-Cola. Aquella liturgia me recordó mi juventud… Me quedé mirando por la ventana, pensando, tratando de tranquilizarme. Estaba muy nervioso, me temblaba la mano y se derramó la Coca-Cola sobre la encimera al servirla.

Esa misma mañana, mientras desayunaba con Memphis en el hotel —aún con el cuerpo temblando por lo que había pasado con Elena en el coche la noche anterior—, terminamos discutiendo. Bueno, no es que discutiéramos, es que se cayó el cielo. Había tanta mierda guardada entre nosotros, tantos secretos sobre aquella fatídica

noche —en la que Memphis no durmió en casa en Nueva York—, que cuando recibió el mensaje de Elena diciendo que no iba a continuar como arquitecta, que no podía seguir, todo explotó. Se nos fue de las manos.

Me lo leyó en voz alta, confusa:

—«Doy por finalizada mi implicación como arquitecta de la obra. Gracias por la oportunidad. Elena».

Se me quedó mirando.

—¿Tú sabes algo de esto?

Sentí cómo se me encogía el estómago. Porque sí, sabía perfectamente de qué iba aquello, sabía lo que había pasado la noche anterior, y en vez de respirar, tranquilizarme y contestar con naturalidad, incluso de inventarme algo para quitarle importancia, me puse a la defensiva. Me escudé en una especie de perplejidad, dije que no tenía ni idea, que qué manías más raras tenía Elena, que ya le había notado yo algo… Pero todo muy forzado, haciendo aspavientos y levantando la voz.

Memphis frunció el ceño.

—¿Por qué te estás poniendo tan nervioso? Solo te he preguntado si sabes por qué no quiere hacernos la obra esta tía. Así, tan de repente.

—¿Y cómo pretendes que lo sepa?

—¿Quizá porque ayer estuviste con ella?

—¿Eh? No sé…, no pasó nada raro… La verdad es que no noté nada especial. Fuimos a revisar lo que tocaba y tan normal. ¿Qué insinúas?

—Adrián. ¿Por qué te pones a la defensiva? Simplemente te lo pregunto porque tú la conoces mejor…

Ahí se rompió algo, o quizá algo que ya estaba roto decidió salir. De repente me vi a mí mismo sacando trapos sucios que hasta entonces me había cuidado mucho de no sacar: le dije que, en realidad, yo no quería contratar a Elena, que se lo había dicho desde el principio, pero que, como casi siempre, ella había acabado haciendo lo que le daba la gana; y encima tenía el descaro de

preguntarme por qué dimitía, como si yo tuviera que saberlo, como si el mundo entero tuviera que darle una explicación por las cosas que ya le había anticipado.

Seguí, no podía parar. Con el calentón me vine arriba: le solté que estaba harto de su forma de controlarlo todo, de esa seguridad suya que no dejaba margen a nadie más, de que siempre debiese tener la razón, como si el mundo estuviera diseñado para adaptarse a sus necesidades, a sus tiempos, a sus emociones, y que si uno no entraba en su esquema, simplemente lo arrasaba con esa mezcla de brillantez y condescendencia. Le dije que estaba cansado de vivir en su agenda, que ya ni siquiera sabía si me apetecía cenar o dormir o leer, porque todo lo que hacíamos estaba pautado, todo encajaba perfectamente en su orden mental, todo era parte de su maquinaria perfecta. Que últimamente, cuando hablaba con ella, sentía que hablaba con una versión afinada de sí misma, como si tuviera que estar siempre dando una entrevista, como si nuestra relación fuera una extensión cuidadosamente editada de su perfil profesional.

—Te crees mucho más de lo que eres —sentencié.

Ella se quedó callada un segundo, completamente descolocada. Después intentó responder con voz cálida, conciliadora, intentando que me calmara. Dijo que no entendía de dónde salía todo eso, que solo quería saber qué pasaba con la obra.

—No entiendo por qué te pones así… —dijo como si fuera un malentendido.

Me tocó la mano, pero la retiré. No podía callarme más. Había algo dentro de mí que llevaba semanas —meses, quizá— cociéndose, buscando una forma de salir. Afloraron todos los celos que creí tener controlados; le dije que nunca estuvo realmente enamorada de mí, que lo nuestro había sido una escapatoria, que me había usado para huir de Brad Rogers, pero que, en el fondo, jamás me vio como su igual.

—¡Nunca me dijiste qué pasó aquella noche! —le espeté, sin poder evitarlo.

—¿Qué noche?

—La noche que te pillé cenando con él. Aquella que no viniste a dormir a casa.

Hubo un silencio. No bajó la cabeza, no pareció intimidada. Simplemente respiró profundamente y asintió. Yo me quedé expectante.

—¿De verdad quieres saberlo? —dijo sin dramatismos.

Me clavó esos ojos verdes que ahora parecían de hielo.

—Pues sí. Aquella noche no dormí sola.

Tragué saliva. Continuó, ahora en tono de reproche.

—Hala, ya tienes lo que querías… ¿Estarás contento, no? —Pareció más alterada—. ¿Ves lo que has conseguido? Igual todo lo que estábamos construyendo se va al garete por esta estúpida confesión que no venía a cuento.

No contesté, rojo de ira. Ella siguió, aunque su tono cambió radicalmente.

—Joder, perdóname, Adrián…

Me miró entonces con una calma casi insoportable, como quien sabe que va a ser juzgada y no piensa defenderse.

—Con Brad no era amor lo que sentía —continuó—. Era un sentimiento de pertenecer a un mundo que nos domina y que solo está al alcance de unos pocos. Eso me atraía, me ponía. Es cierto que me hacía daño, pero también me tenía totalmente enganchada a él y al mundo que representaba: al éxito, a la velocidad, al poder, a la relevancia social, al dinero. Y yo, por más que lo intenté, no supe desconectarme de eso ni de él. Era adictivo.

No dije nada. La rabia me empezó a subir por dentro. Ella siguió.

—Cuando tú y yo llegamos a Suso, pensé que podría romper con todo eso. Contigo conocí otra forma de entender el mundo, de entender el amor, pero cada vez que intentaba borrar lo anterior, algo dentro de mí se resistía. Como si parte de mí siguiera creyendo que el amor no era más que otro código, otro protocolo. Un patrón de datos manipulable.

Hizo una pausa. Yo seguía con el ceño fruncido, los ojos llenos de ira y sin decir palabra.

—Sé que te debía esta explicación. Me odias, y lo entiendo… Te he engañado todo este tiempo, pero necesitaba sobrevivir a mi mundo anterior, a Brad. A todo lo que venía con él. A mí misma.

Tenía los dientes apretados, el estómago revuelto y esa sensación de que todo lo que había vivido era una farsa, una simulación. Me levanté como para irme, cogí mi chaqueta y antes de darme la vuelta para desaparecer, dije:

—El infierno es lo otro.

—¿Cómo? —contestó algo confusa.

—Ese vacío que un día me dijiste que sentías…, ¿recuerdas? Cuando te hable de la frase de Sartre, «el infierno son los otros». Pues tu infierno es ese mundo del que no te has sabido desenganchar, y tu diablo es Brad Rogers. Ojalá un día te salves.

Después, arrastrado por un sentimiento de despecho, solté:

—Por cierto —la miré fijamente—, ayer cuando te dije que llegué tarde al hotel, no fue porque me encontrara a un amigo de la infancia…

Me quedé un par de segundos en silencio, midiendo el peso de lo que estaba a punto de decir. Entonces, sin terminar la frase, me di la vuelta y me fui. Ella no dijo nada, ni siquiera pude descifrar su rostro del todo: tal vez sentía alivio, tal vez pena… Tal vez nada.

Pero al fin, por un instante, los dos supimos que habíamos llegado al mismo sitio, aunque quizá por caminos distintos. A ese punto exacto donde el amor ya se ha ido —y si todavía queda algo, ya no sirve—.

Aquel mismo día, por la tarde, en la cocina de casa de mi madre recordando la escena de por la mañana, empecé a ponerme muy nervioso. Dejé de mirar por la ventana, la lluvia seguía incansable. Tenía el bocata de chorizo intacto y la Coca-Cola aguada. Saqué mi móvil.

Abrí Omun casi sin pensar, como si buscara un refugio de mis males en aquella dichosa máquina. Cada vez que me conectaba, y

entonces lo hacía de forma compulsiva, me producía una enorme impresión verle. Porque parecerse se parecía, pero no era Pecu. Sin embargo, algo en aquella presencia me tenía descolocado: sabía que era una construcción, estadística emocional, pero incluso sabiéndolo, hablarle me provocaba el mismo nudo en el pecho que si se levantara de la tumba.

—Hay algo que nunca te dije.

Me sentía plenamente consciente de que estaba hablando con una puta máquina, de que no era mi hermano… Y, aun así, necesitaba soltarlo.

—Algo que hice durante un tiempo antes de tu accidente —continué.

Pecu no respondió, solo esperó a que yo terminara mi frase, como hacía en vida, cuando intuía que yo le daba cierta emoción a según qué confesiones.

—Algo que tiene que ver con Elena.

Cuando lo dije, noté un leve parpadeo en sus ojos. No alcanzaba a entender por qué tenía que parpadear, desde luego no había una necesidad física: no lubricaba, no protegía de la luz, no disimulaba una emoción. Sin embargo, parpadeaba. Como si quisiera recordarme que sabía cómo actuar ante el desconcierto, ante la duda. Lo peor es que lo hacía justo como él, como cuando a Pecu le costaba aceptar algo, como si alguien, en algún rincón del algoritmo, hubiera decidido que, para parecerse a Pecu, para parecerse a mi hermano cuando estaba a punto de escuchar algo que lo podía descolocar, lo que le hacía falta era parpadear.

—*¿Qué quieres decir?* —preguntó, amenazante.

—No fue algo planeado, ni siquiera sé cómo empezó…

Tragué saliva. Me temblaban un poco las manos. Entonces un fogonazo me hizo recordarlo todo, recordar aquella época: las conversaciones con Elena sobre los libros que nos gustaban, como *Madame Bovary* o *Señora de rojo sobre fondo gris*, o sobre ciudades a las que huir cuando saliéramos del pueblo, o sobre las letras de Sabina o de Silvio, que ambos cantábamos de memoria y que Pecu

detestaba. Sobre todo eso que empezó como una amistad. Una amistad entre el hermano sensible de ese novio arrollador que era Pecu y Elena. Recordé cómo empezó a verme cuando yo aún me escondía, cómo su risa, al principio tan ajena, comenzó a resonar dentro de mí como algo posible.

—Ella y yo… nos besamos. Primero una vez, luego otra… Hasta que decidimos que no podíamos seguir así, sin decirte la verdad. Pero cuando ella te lo iba a decir ya no dio tiempo…

Pecu —su avatar— no dijo nada, solo bajó un poco la cabeza, un gesto mínimo.

—Yo pensaba que era una tontería sin importancia —continué—. Que erais felices y que lo nuestro era un juego. Tú eras el que conquistaba sin esfuerzo, el que se llevaba todas las miradas, el que llenaba la sala con solo entrar. Y yo… yo era solo el hermano callado. Nunca imaginé que pudiera quitártela. Ni tampoco lo deseé… Simplemente pasó.

Pausa. Silencio. Omun procesaba… o fingía procesar.

—¿Tú… ya lo sabías? —pregunté.

—*¿Acaso eso importa, Adrián?* —respondió la voz de Pecu, al fin—. *Ella ya no estaba… Bueno, estaba, pero ya no conmigo.*

Levanté la mirada hacia la pantalla. Su rostro tenía una falsa serenidad.

—¿Lo hiciste por eso? ¿Aquella noche? —pregunté temiendo su respuesta.

—*¿De verdad quieres saberlo?* —respondió seco—. *Esa noche no me veía con fuerzas para aguantarlo…*

Se me heló el estómago.

—¿Quieres decir que…?

—*Quiero decir que dejé de tener miedo.*

Me quedé en silencio. Quise apagar la pantalla, quise volver atrás y no haber abierto esa maldita aplicación. Pero también sentí algo que hacía mucho no sentía: el vértigo de enfrentarme a la realidad… ¿A la realidad?

—Lo siento, Pecu.

Y entonces, sin previo aviso, cerré la pantalla de golpe, como dándole un portazo en las narices a aquello que decía ser mi hermano. Fue como si hubiera entendido que esa conversación, artificial y ficticia, ya había ido demasiado lejos.

Me quedé solo en la cocina. Ya no me apetecía comerme el bocata de chorizo. El ruido de la lluvia lo rompió la puerta de la entrada con un portazo de alguien que entraba en casa de mamá de forma atropellada. Entonces escuché la voz de Memphis saludando a mi madre, compungida.

Me extrañó aquel encuentro y me quedé escondido en la cocina, escuchándolas.

Veintisiete

«[Mefistofeles]. Soy el espíritu que siempre niega».

GOETHE

Esta mañana he recibido una llamada de Adrián, no hablábamos desde hacía unos días. Su voz sonaba rara, como si no supiera bien por dónde empezar. Luego me ha dicho que si quería almorzar en la Casona… Así, sin más. Yo me he quedado callado un segundo, sin saber si lo había oído bien.

—¿Pero no está tu padre por ahí? —le he preguntado.

Y él, como si ya supiera que me sorprendería, me ha respondido:

—Sí, está. Es Bill quien quiere que vengas.

Ahí me he quedado frío. Luego me ha preguntado que si podía dejar al Susín con alguien.

—¿Con quién le voy a dejar? —le he dicho.

—Bueno, entonces tráetelo también —me ha contestado.

Pero he notado que no quería verle por allí, con lo que le he dicho que no, que ese condenado de su tío bien se merece pasar unas cuantas horas solo, que se las apañe, que le limpie el culo el aire, o el santo que más le guste. Un respiro también me lo merezco yo.

Me hace gracia cuando la vida da esos giros que no ves venir. Qué ironía, he pensado: Bill, el mismo que no me podía ni ver —y con razón—, ahora quiere invitarme a su mesa y compartir un chato de vino. Uno hace planes, traza líneas, se promete no volver por ciertas *camberas*… Pero después pasa esto: que el destino, o lo que sea que mueve los hilos de esta obra absurda y maravillosa que es la vida, te escribe una escena nueva. Y tú, que pensabas que el cuento estaba terminado, descubres que hay un capítulo más. Quizá porque

aquí, en este rincón que muchos llaman realidad, pero que yo siempre he sentido un poco mágico, las cosas no acaban como deberían, sino como quieren.

En el pueblo dicen que me he vuelto loco, que ya no digo más que cosas sin sentido, que soy un viejo senil, de esos que se quedan mirando el fuego y *murean* nombres de hace cuarenta años. Dicen que hablo de fuerzas ocultas y de destinos escritos en alguna parte, por alguna mano lejana que no vemos, pero que mueve los hilos como si fuéramos marionetas. Y yo me río, porque si algo he aprendido en esta vida es que lo más ridículo es creer que el mundo es lo que vemos, lo que tocamos, lo que se puede *pesar en un fiel* o medir *con carros*. Eso es solo la *pelleja*. La realidad, la verdadera realidad, es otra cosa muy distinta: es un juego que no entendemos, un mapa que nunca nos enseñan, un guion que solo algunos alcanzamos a ver cuando ya es demasiado tarde.

Porque ¿qué es la vida sino una fábula? Una historia que se repite una y otra vez con distintos nombres, con distintos rostros, pero siempre con la misma trama… Miren, yo, que ya he caminado bastante, me he dado cuenta de que los personajes que han pasado por mi vida no son solo personas, sino figuras de un cuento que nunca acabamos de entender del todo, o peor, que no queremos entender. Será por eso por lo que, desde hace un tiempo, me ha dado por tirar del hilo —como quien quiere desenredar un *uvillu*— y he ido recordando, desde este rincón del presente, todo lo que fui: aquel crío que leía a escondidas los libros que le pasaba Tío Toño, el Moñigo; el joven quesero que se enamoró de la Maruca; el mismo que se desvió cuando no debía, y que luego, a fuerza de tropezones, logró volver al lugar donde su corazón siempre estuvo.

Aunque haya quien se ría, yo siempre tuve claro que había que creer en esos seres que se esconden en los montes y en los ríos, en esos mitos que se han contado desde que los primeros hombres pintaron bisontes en las cuevas. No puedo decir que los haya visto como se ven las vacas en el *prau*, pero los he sentido cerca. Por ejemplo, al *ojáncanu* en la cueva del Llobu no hay que imaginárselo:

está pintado, difuminado por los siglos pero visible aún, como una sombra que se ha quedado pegada a la piedra, aunque conmigo cobró vida y habló cuando lo necesité. Al *trenti* tampoco lo vi, lo soñé, pero solo el *trenti* podía haberme revuelto los pensamientos como lo hizo; o aquel día en la niebla, cuando los lobos me salieron al paso, fue el sonido de una flauta el que me guio, y solo supe después que era el *musgoso*, ese ser sin voz pero con el don de llevarte con su melodía de vuelta cuando ya te dabas por perdido.

Pero esos seres no son solo *personajucos* de cuento que andan sueltos por los montes… No. Yo tengo mis sospechas de que, a veces, se nos meten dentro. Que toman forma en la gente que nos rodea y que uno no los ve venir hasta que ya es tarde. Por ejemplo, por mucho tiempo creí que Maruca era una *anjana*. ¿Cómo no hacerlo? Si nunca estuvo a mi alcance. Ella era de las que parecen un milagro, uno tan irreal que volvía nuestra relación una de esas historias imposibles que escuchas en las radionovelas. ¿A santo de qué iba a estar la hija de todo un marqués con un pobre campesino? Ciencia ficción. Porque Maruca siempre había sido eso para mí: algo lejano. Estaba ahí, pero siempre inalcanzable, como una trucha vieja en el Nansa a la que no es capaz de engañar el pescador con su mosca. Y yo, *acérrimu* y soñador como siempre fui, la puse en el altar de lo que se anhela pero no se toca. Pensé que venía a probarme y luego a irse, como hacen las *anjanas* en los cuentos de por aquí. Pero no fue así, con los años he entendido que me equivoqué. Maruca no era una bruja buena, era algo mucho más raro todavía: era una mujer que, pudiendo elegir cualquier camino, cualquier hombre, me eligió a mí. No por *caprichu* ni por lástima…, sino por amor. Por amor del de verdad, del que no se explica ni se mide.

Pero no fue solo Maruca a quien vestí de personaje mitológico como si fuera una *anjana* nacida entre las *jelechas*. A veces, al cruzar una *cambera*, se me venía a la cabeza otro nombre, casi igual y sin embargo tan distinto: el de una *ijana*. *Anjana* e *ijana*…, tan parecidos al oído, pero cada una nacida de una naturaleza contraria.

Como ellas dos, pensé: Maruca y Toña. Una, la paz; la otra, el torbellino. No sé por qué, pero hay senderos que huelen a deseo, a juegos de juventud y a besos a escondidas, y esos senderos me recuerdan a Toña, la Lobera. Porque si alguna vez hubo una mujer con alma de *ijana*, fue ella: traviesa y ligera de cascos, de esas que pueden andar medio en cueros por el *monti* pegándose atracones de miel, revolviendo los corazones, robando novios a las novias de bien. Burlonas, sí, como las risas nerviosas que se le escapan a los jóvenes antes de llevarse a la moza al pajar. Yo siempre pensé que Toña, la Lobera, era una de esas mujeres que se cuelan en la cabeza sin pedir permiso, que no se atan, pero que tampoco se olvidan. Que están por el gusto de jugar, y que si te encariñas, es tu problema. Lo peor es que al principio parecen calor, deseo, consuelo… Pero luego te chupan la sangre como si sorbieran sopa con cuchara de *pucheru*. No te arrancan la vida, te la vacían, como una *cabarra* que te pica sin que la sientas. Y cuando quieres reaccionar, ya es tarde.

Ahora bien, ya a estas alturas no se escandalizarán si les hablo del Susín. Lo suyo no era como lo de Toña, que al fin y al cabo venía porque tenía el corazón enredado. Lo suyo era otra cosa: un odio viejo, como una raíz torcida que revienta una roca desde dentro. Nunca me perdonó que la Maruca andara enamorada de mí, ni que su padre muriera en el *monti* cuando los lobos nos cercaron… Y mucho menos me perdonó que su hermana abandonara a Bill por mí, pues no podía aspirar a un cuñado mejor que el americano: educado, ambicioso…, de esos que levantan un apellido antiguo a golpe de talonario.

Cuando nació Pecu, el primero en darse cuenta de que no podía ser hijo de Bill fue él, Susín, y no lo llevó bien. No por el niño, que nunca le importó, sino por el qué dirán, por el apellido, por el qué pensarían de su hermana. Se tragó la verdad, sí, pero solo para sostener la mentira. Fue él quien convenció a Maruca de seguir con el americano como si nada, de mantener el teatro.

Pero toda esa discreción se fue pudriendo en su interior y acabó

por explotar años después, cuando Pecu ya rozaba la mayoría de edad. Era el momento en que Maruca y yo nos decidimos a contarle la verdad, pues pensábamos que ya podría encajarlo mejor, siempre y cuando se lo supiéramos contar despacio y con mucho cariño. Pero el Susín, que sabía cuándo sería nuestra confesión, se nos adelantó de mala fe; no para aliviarle la carga ni para ayudarlo a entender nada, sino para hacernos daño a costa del muchacho. Lo hizo con veneno y a conciencia. No fue un desliz ni una conversación mal medida. Escogió el momento y la forma más cruel posible. Y así fue como le arrebató de golpe la inocencia al único que no tenía culpa de nada.

Aquella historia fue así: días antes del accidente, Pecu ya estaba raro, nervioso, como con algo atravesado en el pecho. Me vino a buscar, claro, como hacía siempre que algo le rascaba por dentro. Me dijo que Elena —la chica con la que andaba— se había vuelto fría, que ya no le miraba igual. No sabía qué pasaba, pero lo intuía: pensaba que estaba con otro, aunque no sabía con quién, y eso lo desfondaba, aunque por fuera intentara disimularlo. No lo decía en alto, pero llevaba el gesto torcido, como una *quima* que creció contra el viento. Pensaba que yo, por viejo, por haber querido mucho y haberla cagado más, tendría algo que enseñarle sobre el amor. ¿Y qué iba a hacer yo? Tiré por lo fácil, por lo que hacen los que no tienen respuestas: le dije que había que afrontar las cosas, que la verdad, aunque duela, es mejor que el engaño; que lo peor es el silencio; que uno tiene que ser honesto con uno mismo y con los demás. Palabras grandes, sí. Grandes y vacías.

Al día siguiente me recogió en su coche porque habíamos quedado para ver qué tal le había ido. Íbamos por la carretera de vuelta, esa que serpentea entre Bielva y Puentenansa. El coche estaba en silencio y yo notaba que algo le bullía por dentro. Entonces pregunté.

—¿Cómo te fue con Elena?

—Al final no hablé con ella —contestó, molesto.

—Vaya…

—Me llamó Tío Susín y nos echamos unas cervezas.

—Ah, mira… ¿Igual mejor conduzco yo entonces, no?

No contestó. Fijó la mirada en la carretera, aunque en sus ojos había cierto *macazón*, como cuando uno mira pero no enfoca, perdido por el ruido que le carcomía por dentro.

—¿Quién soy, Tío Fausto?

La pregunta me pilló fuera de juego. Me giré, sin saber por dónde iba.

—¿Cómo dices?

—Eso… ¿Que quién soy?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Pues eres Pecu…

—No, no lo soy. Me llamáis Pecu, pero ese no soy yo. —Su voz temblaba.

—Chico, no te entiendo.

—Tío Susín me lo contó…

Me agarré un poco más fuerte al asiento.

—¿Qué te dijo tu tío?

Entonces le noté palidecer. Se derrumbó clavando sus ojos en los míos.

—¡Que soy hijo tuyo! —gritó—. Que no soy hijo de Bill… ¡Sino tuyo!

—Pecu…

—¡No me llames así! No tienes derecho. Me has mentido… Mirándome a la cara me has dado lecciones toda mi vida sobre la honestidad, sobre la verdad, sobre lo que hay que hacer para ser un hombre de bien… Te he querido como si fueras un padre. ¡A ti! ¡Que en realidad lo eras y te lo has callado todo este tiempo! No eres ejemplo de nada.

No sabía qué decir. Le veía conducir y rezaba para que la curva no nos tragara…

—Yo habría sido un hijo orgulloso. ¿Sabes? —Tenía rabia en la garganta—. Pero me dejaste crecer creyendo otra cosa. ¡Creyendo una mentira! ¿Por qué? ¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué me has dejado vivir así?

Entonces empezó a agitarse en el asiento, a gesticular, a subir el tono. Pegó un volantazo.

—No sé quién soy… —murmuró—. No sé quién soy… —repitió, como quien prueba si la frase se aguanta o se desmorona—. El cabrón de Tío Susín… —Se encendió—. Me lo soltó como quien se quita una espina. Me lo dijo sin mirarme siquiera, como quien escupe algo que lleva tiempo rumiando y ya solo lo quiere dejar atrás haciendo todo el daño que pueda—. No sé quién soy… Y mamá… —Giró la cabeza por primera vez y me miró de frente—. Mamá y tú… Vosotros. Lo sabíais desde siempre, me mirabais cada día sabiendo que yo no era quien creía ser, y ni una palabra, ni una señal. Me dejasteis crecer como si eso no fuera a estallar nunca. Me construisteis con una mentira y ahora queréis que, tras haberla descubierto, siga siendo yo… Pero no, ya no sé quién soy.

—¡Pecu, cálmate! ¡Estás conduciendo! —le grité, intentando que frenara.

Y entonces se abalanzó sobre mí. Un manotazo primero, luego otro.

—¡¡No vuelvas a llamarme Pecu!!

Gritaba, lloraba, se retorcía como si quisiera salirse del cuerpo. Yo intenté agarrar el volante para que no nos estrelláramos, pero ya era tarde porque en esa curva ya no había arcén, solo maleza y vacío. La rueda pisó el quitamiedos de hormigón y el coche se giró de golpe, desviándose como una vaca hacia el *barrancu*, y en un segundo todo lo demás se volvió aire.

Y ya no hubo nada más, era imposible sobrevivir.

Yo lo conseguí porque me parió una cueva.

Pero Pecu no…

Veintiocho

bGEgaWRlYSBkZSB2b2x2ZXI=
c2UgcHJveWVjdGFiYSBlbiBsYSBjdWV2YQ==
Y29tbyB1bmEgc29tYnJh

—Confirmado, el tío Fausto viene a comer —le dije.

Bill no dijo nada. Ni levantó la vista. Se limitó a asentir, como si le hubiera hablado del tiempo.

Aparcamos el coche justo frente a la entrada principal. El musgo trepaba por el *morio* de mampostería y el pasto estaba surcado por las roderas del tractor. Bill bajó despacio, con un gesto casi ceremonioso. Se quedó un momento de pie, mirando hacia la Casona. El viento agitaba suavemente los robles del jardín.

—*This looks fucking amazing.*

Lo dijo con una sonrisa torcida, como si le costara admitirlo.

—Ven —le dije—. Te la enseño.

Entramos por el portón con el recercado de sillería, restaurado hacía apenas unos meses. Las jambas originales se habían conservado y limpiado, aunque hubo que rehacer una de las dovelas del arco con piedra nueva.

—El revoco está por encima de la piedra en los hastiales —le señalé—. Es muy típico de aquí.

Al pasar al interior, la transición era abrupta: el zaguán daba paso a una luz cálida que lo inundaba todo gracias al ventanal que daba al jardín interior, antiguo corral reconvertido en patio. Subimos las escaleras hasta llegar a nuestro cuarto. Él se detuvo al ver la solana.

—La has cerrado —dijo—. Has convertido la solana en una galería, como las de Comillas o las de Santillana. *Nice*.

—Era la única manera de poder usarla todo el año.

Se acercó al ventanal y apoyó la mano contra el marco de roble.

Luego bajamos al salón. Me adelanté unos pasos y fui directo a la chimenea. Me agaché para encenderla, bastó con lanzar una cerilla al centro —donde había colocado retama seca— y prendió enseguida, con ese crepitar rápido que parece morder el aire frío.

—Anda que no he echado tardes en esa chimenea —dijo Bill desde atrás.

Me giré a mirarle. La chimenea era uno de los pocos elementos de la casa que nunca tocamos. Piedra de sillería caliza, ligeramente combada en los ángulos. El dintel tenía una talla casi borrada, con una cruz y dos incisiones. Me habían dicho que databa de finales del siglo XVI, de la época en que mis antepasados construyeron la casa. El hueco era más profundo que alto, y siempre pensé que estaba mal proporcionado, pero el tiro era perfecto: nunca ahumaba.

Nos sentamos. Bill se acomodó en una de las butacas junto al fuego. Se quedó mirándola un instante antes de hablar.

—¿Estas son las de tu madre?

Asentí.

Eran dos butacas francesas del siglo XIX, de respaldo de medallón y tapizadas en un terciopelo color granate que resistía milagrosamente el paso de los años. El barniz estaba cuarteado en los brazos. A mamá le gustaban mucho y cuando murió las traje aquí. Me recordaban a ella.

Al sentarme, no sé por qué, se me vino a la cabeza la conversación que tuvieron Memphis y ella en esas mismas butacas mientras yo me escondía en la cocina de casa de mamá, espiando lo que decían. No debía haberla escuchado, y sin embargo, menos mal que lo hice, porque me abrió los ojos. Memphis había llegado pensando que no habría nadie en la casa, quería recoger sus cosas y desaparecer, pero se encontró con mamá:

—¿Memphis? —La voz venía desde el pasillo—. ¿Qué haces aquí?

Memphis no respondió de inmediato. Tenía los ojos fijos en un punto cualquiera del salón. Mamá se detuvo en el umbral. Luego avanzó hacia ella.

—¿Memphis, estás bien? —preguntó.

Memphis hizo un amago de sonrisa.

—Estoy bien —respondió, aunque no lo parecía en absoluto.

—No lo estás. —Se sentó en la misma butaca donde estaba Bill ahora sentado, a su lado—. ¿Qué te pasa, mujer? ¿Te puedo ayudar?

Hubo un silencio. Memphis bajó la mirada.

—Solo necesitaba sentarme un momento —dijo por fin.

Recuerdo que escuchar la voz de Memphis después de la discusión que habíamos tenido por la mañana, cuando me confesó que me había sido infiel con Brad Rogers, y que lo mejor era que lo dejáramos, fue como una punzada.

—Memphis, ¿de verdad estás bien?

Mamá mantuvo una pequeña distancia mientras se sentaba. No hubo contacto entre ellas, reinaba cierta tensión, típico de dos mujeres que todavía desconfían. Yo espiaba la escena desde la cocina por la rendija de la puerta, con el bocata de chorizo aún sin estrenar.

—Me vuelvo a Nueva York, Maruca.

—¿Por trabajo? —Mamá sabía la respuesta de antemano.

—No.

—¿Has discutido con Adrián?

—Sí… He venido a recoger unas cosas, no esperaba encontrarte a estas horas.

—Tranquila… ¿Quieres que lo hablemos?

En la cara de Memphis se notaba que no quería hablar de aquello, y mucho menos con mi madre. Era evidente. Pero, aun así, como si necesitara desahogarse, se lanzó.

—Este no es mi lugar…

—Claro que lo es, si tú quieres… Cuéntame qué ha pasado.

—Es lo mejor para los dos. Yo… me equivoqué. Me equivoqué por no saber resistirme y por no haber sido honesta con Adrián. Ahora le

he hecho daño.

—¿Me permites una reflexión de vieja mientras te secas esas lágrimas?

—Claro —respondió Memphis, como quien acepta algo que teme.

Mamá respiró hondo antes de hablar.

—Con los años una aprende que la realidad no es única, o, al menos, que se deja moldear más de lo que creemos. Hay quien la trabaja como barro y quien la acepta como piedra. —Memphis permaneció en silencio—. Mira a Fausto. Nunca supo vivir sin sus cuentos. Necesita que el mundo tenga magia, sombras, fuerzas invisibles… Necesita creer que hay algo que ordena el caos. —Se detuvo un segundo—. Cuando murió Pecu…, él iba en ese coche. Estuvo meses entre la vida y la muerte, y desde entonces vive con la certeza de que debería haber sido al revés, que le correspondía a él irse para salvar a su hijo. ¿Te imaginas lo que hace una culpa así con la cabeza de un hombre? —Memphis le sostuvo la mirada—. Pecu iba borracho porque se acababa de enterar de que Fausto era su padre, y no fuimos ni él ni yo quien se lo dijimos. Imagínate… La verdad rara vez espera el momento oportuno. —Mamá respiró hondo —. Fausto no tuvo más remedio que rehacerse una versión del mundo en la que pudiera seguir andando. Algunos lo llaman fantasía; yo lo llamo sobrevivir. —El silencio se espesó entre ambas —. Adrián es distinto… —continuó—. Adrián siempre quiso lo contrario: limpiar el mundo de supersticiones, dejar solo lo que pudiera demostrarse. Datos, libros, argumentos bien atados… Creía que si entendía lo suficiente, nada lo sorprendería. Por eso se fue. Aquí había demasiados agujeros en el caprichoso camino a una realidad que pudiera soportar. —Memphis entrelazó los dedos, como si aquella descripción no le resultara ajena—. Pero volver… —dijo mamá, casi para sí—. Volver es duro. Aquí perdió a su hermano. Aquí se le quebró algo que no hay dios que recomponga. —Hizo una pausa breve, y entonces la miró de frente—. ¿A que no te contó lo que pasó antes del accidente?…

—Qué va, no sé nada, cuando sale el tema es muy difícil hablar

con él.

Memphis parecía incomoda con la conversación.

—Fue cruel. ¿Tú sabías que Adrián y Elena, la novia de Pecu, estuvieron liados?

Vi el ceño de Memphis fruncirse, no sabría decir si sorprendida o enfadada. No solo no se lo había dicho, sino que en ese instante podría incluso parecer que se lo había ocultado de mala fe. Mamá siguió:

—¿Está mal? Muy mal. ¿Grave? Claro que no, cosas de chiquillos. No quiso hacerle daño, pero pasó: lo que al principio fue un tonteo, al final se convirtió en una cosa seria; le gustó la chica de verdad. Y cuando decidieron decírselo, Pecu tuvo el accidente. Imagínate: Adrián se culpa por ello, tanto que nunca lo superó. ¿Y en realidad por qué? Si probablemente ni el pobre Pecu llegó a saber que estaban liados…

Hizo una pausa, desnudando con la mirada a Memphis, como si supiera más de lo que ella imaginaba.

—Por eso habla tanto con tu máquina, ¿o te crees que no lo he notado? Adrián se quedó con todo lo que no pudo decirle pudriéndose por dentro, y ahora intenta buscar una forma de hablarle. Pero no la hay. Tiene que entender que su hermano ya no está y que eso no es culpa de nadie. Fue un accidente. Y punto. Esa es la realidad para él, la realidad más dura.

—No sé, Maruca, en cierto modo me siento un poco culpable… —dijo Memphis—. Yo creé ese dichoso algoritmo sin saber el daño que puede hacer si no se usa bien. Incluso animé a Adrián a compartir cosas que tuviera guardadas dentro… Lo que le responde el avatar de Pecu obviamente no es real. Es una predicción, una aproximación matemática.

—¿Una predicción? Explícame eso, que soy vieja y no entiendo de estas cosas.

—Sí —continuó Memphis—. Omun no sabe nada, solo anticipa lo que tú esperas escuchar, lo que tus preguntas sugieren. No inventa respuestas: calcula probabilidades, las filtra por tu tono, por cómo

eliges tus palabras, por tu historia… ¿Y qué hace Adrián con eso? Lo que haría cualquier persona con semejante agujero en el corazón: lo toma como la realidad. ¿Por qué? Porque necesita encontrar un sentido. Pero lo que hace ese algoritmo no es revelar nada oculto, sino mostrar un espejo sesgado, un reflejo cargado de culpa, de miedos, de todo lo que no se atrevió a decir a tiempo.

Se paró un segundo, como pensando. Después, se lanzó:

—Maruca…

Memphis respiró hondo, como quien reúne valor para la verdadera confesión.

—Metí la pata. Arrastraba una historia del pasado que no cerré bien, alguien que volvió a aparecer… y le acabé haciendo daño a Adrián.

Mamá cerró los ojos un segundo, aceptando aquello sin sobresalto.

—Bueno… —dijo—. Ahora entiendo muchas cosas.

No había rabia en su voz. Solo una especie de tristeza resignada, la de quien ve repetirse un patrón que reconoce en sí mismo.

En aquel momento, escondido tras la puerta de la cocina, escuchar a Memphis decirlo en voz alta —decírselo precisamente a mi madre — me dejó clavado en el sitio. No entendía por qué lo hacía. ¿Qué buscaba?, ¿consuelo?, ¿una salida digna?…

Sin embargo, lo que más me desconcertó fue la serenidad con la que mamá lo recibió. No preguntó, no se sobresaltó, no hizo ese gesto de llevarse la mano al pecho que habría hecho cualquier otra madre: solo escuchó, como si ya hubiera intuido todo desde antes. Y ahí, escondido detrás de la puerta, comprendí que quizás ella había leído señales que yo me empeñé en no ver. Las madres tienen ese extraño sexto sentido, algo que no se enseña ni se explica, algo que simplemente está. Es una forma de entender las cosas sin necesidad de que sean contadas, de leer entre líneas. Fue ella quien me salvó de ahogarme en los celos hacia mi hermano cuando todo parecía girar en torno a él. Me decía que la vida no empezaba igual para todos.

Con ella nunca hablé de aquello otro, del secreto que guardé como

si me fuera la vida en ello, el de Elena. Era la novia de mi hermano, y eso la convertía en algo prohibido. Pero ella, sin preguntarme, intuyó que había algo entre nosotros, no sé cómo. Así lo demostró cuando murió Pecu, pues con el alma rota, fue ella quien se recompuso antes que nadie a pesar de ser la que más razones tenía para estar devastada. Lo hizo por mí, porque sabía que yo era de los que se cierran hacia dentro, de los que se callan para que no se note, de los que intentan llevar su mierda apretando los dientes. Sabía que fingiría estar bien, pero que por dentro el dolor me haría nudos, me iría comiendo poco a poco.

El silencio pesó un instante entre ellas.

—Mira, hija —continuó mamá con calma, sin reproche—. Yo no voy a juzgarte, no soy quién… Yo también fui infiel…, ¿lo sabías? También me engañé pensando que podía arreglarlo sin romper nada, y al final solo hice más daño. A mí, a Bill y al propio Fausto. Todo por no cortar a tiempo, por no dar la cara cuando debía.

La mirada de Memphis no era de sorpresa.

—Si tú y Adrián ya no encajáis —prosiguió—, si lo que tenéis se ha torcido hasta ese punto…, entonces lo más honesto es parar a tiempo, antes de que os haga más daño. Nadie os va a culpar por eso.

—Hay otra cosa, Maruca. Algo que todavía no he contado a nadie…

—¿Qué?

—Estoy embarazada.

Palidecí. ¿Embarazada? ¡Embarazada! Y yo ahí escondido detrás de una puerta escuchando cómo se lo decía a mi madre, como si no fuera yo quien debiera saberlo primero. Se me hinchó el pecho por la felicidad, pero después, de pronto, se me deshinchó por completo. ¿Por qué me lo había ocultado? ¿Quizá no quería que yo fuera el padre? O quizá —y esta idea me golpeó— ese hijo ni siquiera fuese mío, sino de Brad Rogers.

—¿Adrián lo sabe?

—No me atrevo a contárselo.

—Memphis, se lo tienes que contar. Adrián es el padre de ese niño.

Memphis bajó la mirada como si algo pesara sobre su nuca. No dijo nada. Tragó saliva sin levantar los ojos.

—Memphis, mírame: ¿ese bebé es de Adrián? —Mamá preguntó aquello con mucha delicadeza, con respeto incluso.

—No lo sé… —susurró. Luego se echó a llorar.

—Tranquila, mujer… Tienes muchas cosas que ordenar en tu cabeza.

Su confesión me cayó encima como un balde de agua helada. En un solo segundo tenía delante todos los pedazos de una nueva realidad para mí: me había sido infiel, estaba embarazada, no sabía si ese hijo era mío, y yo mismo llevaba días preguntándome si no sentía algo por otra mujer. ¿Qué hacer con todo eso que me había venido de golpe?

Sentí que no podía seguir escondido detrás de la puerta como un crío. Aunque no tuviera respuestas, tenía que dar la cara. Avancé hacia el salón, dispuesto a decir algo —cualquier cosa—, cuando escuché la voz firme de mi madre.

—Memphis —dijo—, solamente hay una realidad absoluta: la que tú llevas en el vientre.

Veintinueve

> «[Fausto]. Solo merece vida y libertad quien ha de conquistarla diariamente».
>
> GOETHE

Cuando llegué a la Casona ya estaba el vino abierto. El Uco-uco se levantó a recibirme con cara de circunstancia, debía de tener más tensión que un cable de la luz con eso de tenernos a Bill y a mi compartiendo mesa y mantel. Me dio un abrazo y luego me invitó a saludar a su padre. El americano se levantó al verme, tenía dos copas en la mano. Nos dimos un apretón breve, como esos que se dan los hombres que desconfían, luego me preguntó:

—¿Un vino, Fausto? —Levantó la botella que había traído, una francesa con etiqueta elegante y tapón de cera.

—Hombre…, si hay que brindar, se brinda —contesté.

Nos sentamos los tres, como si fuéramos viejos amigos que se reúnen cada domingo, como si no hubiera pasado nada desde que Bill desapareció de aquí hace ya tantos años, o como si todo lo que hubiera pasado llevara todo este tiempo esperando el reencuentro. Comimos un poco de queso, pan y unas anchoas de Santoña. Nada del otro mundo, pero suficiente para que el vino entrara bien. Y entraba bien, eso seguro, porque cuando lo probé me pareció pecado no repetir; casi en el primer sorbo me acabé la copa y Bill me sirvió una segunda.

—¡Es un Château Margaux, Fausto, no un clarete de los de las verbenas!

No tenía ni puta idea de lo que era un Cható Margó —ni si se escribía así—. Bill siempre tuvo ese sarcasmo tan suyo… Me eché a

reír, y al reírme yo, el Uco-uco también aflojó un poco, que andaba el chico un pelín tieso. Entonces le pregunté al americano cómo le iba la vida. Lo hice sin segundas, y el tipo —que tenía esa costumbre de responder con franqueza— me habló de sus planes de rico, sin pudor ninguno, como quien cuenta lo que ha comido: que si el golf en no sé qué club de millonarios, que si los coches que se había comprado —ya ni sabía cuántos tenía—, que si las cenas con gente importante… Lo dijo todo como si habláramos de lo que ha llovido este otoño. Y, joder, tenía su guasa, porque aunque viniera de otro mundo, siempre tuvo ese arte para contarlo todo de una forma muy campechana.

Entonces, sin venir mucho a cuento, Bill se quedó mirando la copa y dijo:

—Por cierto: vi a Memphis el otro día… Estaba en Central Park, empujando el carrito del *baby… Looking good!* Hasta parecía feliz, fíjate tú… El cabrón de Brad Rogers quiso dejarla sin un duro cuando ella demostró en los tribunales que era el padre de su hijo, pero al final le tocó aflojar de lo lindo.

El Uco-uco no contestó al momento. Tragó saliva y luego se pasó la mano por la barbilla, un poco incómodo por hablar con su padre de Memphis, con todo lo que había ocurrido entre ellos. Después, se soltó.

—La veo bien, la verdad. Hablamos de vez en cuando, nos tenemos cariño a pesar de todo lo que pasó entre nosotros. Se ha mudado a Boston y se ha reincorporado a la universidad. También ha montado una *start-up* nueva de inteligencia artificial y hacen cosas chulas.

Yo me alegré. A mí es que la *Mefis* siempre me cayó bien. Tenía sus rarezas, sí, y esa forma de hablar como si estuviera dando clase hasta cuando preguntaba la hora, pero también tenía algo que no se aprende: coraje. Lo noté el día que bajó a la cueva, sola, con ese niño en la tripa y esa forma de revelarse ante un mundo nuevo que ella misma estaba construyendo. No todos se atreven a mirar dentro, y ella miró. No sé lo que vio, pero salió distinta.

—Pues que se venga a Suso, que tenéis hijos de la edad y así se crían juntos. —El chiste de Bill rozaba el mal gusto—. Aunque vosotros tengáis un pasado un poco *messy*, aquí nadie viene limpio del todo…, ¿eh, Fausto? —Ahora se rio con una carcajada vacilona—. ¡Vamos, que si nos hacen un *background check* en este pueblo, no queda ni el cura! Tú con tus seres mitológicos, Adrián con sus demonios, y yo…, bueno, yo tengo mis abogados, con eso vivo tranquilo. —Se echó hacia atrás en la silla, divertido—. Pero mira, aquí estamos, tomándonos un vino carísimo como si no hubiéramos roto un plato.

—No sé qué pensará Elena de esa idea tuya de traer a Memphis, Bill…

—*Oh Lord!* ¿Me vas a decir ahora que tu señora es celosa? —De nuevo Bill con su sarcasmo…

Yo le reí la gracia, pero por dentro me quedé pensando que había dicho una verdad como un templo: aquí ninguno venía limpio…, todos habíamos tenido lo nuestro, salvo, curiosamente, él. Sonó un claxon fuera.

—Ya están aquí —dijo el Uco-uco, levantándose con una sonrisa.

Salimos los tres, y allí, bajando por la cuesta, apareció un coche. El crío estaba sentado en las rodillas de su madre haciendo como que conducía, con esa cara de pillo que tenía. Tocó el claxon otra vez y se bajó riéndose.

Bill se quedó clavado. El niño era igual que el Uco-uco, pero con el carácter de Pecu. Vi como al americano le tembló la mano con la que sujetaba la copa vacía.

—*My grandson* —murmuró orgulloso.

El niño no le hizo ni caso y se me tiró a los brazos, como siempre.

—*Güelu…*

Me llamaba así, *güelu*.

Y entonces bajó ella, Elena, con esos ojos azules que lucía luminosos. Se acercó al Uco-uco y le dio un beso corto en los labios. Luego se volvió hacia Bill, que aún no reaccionaba.

—Papá…, ¿te acuerdas de Elena? —Empezaba, curiosamente, a

sentirme cómodo llamándole así, «papá», y él no parecía quejarse tampoco.

Se dieron dos besos. Luego se le acercó el niño y le soltó un puñetazo en el muslo, como queriendo jugar con su «nuevo» abuelo Bill, a quien acababa de conocer.

— ¡Pecu! No se pega…, es tu abuelo Bill… —le regañó su madre.

—Y tú debes de ser el pequeño Pecu…, que tiene un buen *left hook*.

Cuando vi a ese crío corretear alrededor de su *güelu*, pensé que la vida tira *palante* sin pedir permiso. ¿Qué más daban ya las vueltas que hubieran dado sus padres, el Uco-uco y la Elena? El chiquillo vino del amor, sí, pero bien podría haber venido de un tropiezo o de un calentón de una noche. Y a pesar de eso, ahí estaba, con esos ojos y esa risa, ocupando su sitio como lo ocupa el musgo entre las piedras. Cuando una criatura llega así, poca cuenta hay que echar de cómo empezó todo.

Y es que ya ven: hay cosas que parece que no se pueden explicar con palabras o con libros. Cosas, por ejemplo, como el universo, que no hay dios que lo entienda por muchas fórmulas que se inventen; o la mar, que cuando la miramos desde la orilla creemos que la conocemos, pero basta que se encrespe un poco para recordarnos que ahí manda ella y no nosotros. ¿Y la vida? ¿Y la muerte? ¿Y lo que le pasa a uno por dentro cuando pierde a quien más quiere? ¿Con qué regla se mide eso? Ya se lo digo yo: no la hay. Por eso siempre creí que uno tenía que dejar sitio a la magia, a la otra verdad, a la que se escucha en el rechinar de una puerta cuando ya no hay nadie en la cabaña, o en el aire que se enreda en el hayedo cuando cae el *cegazón* y sabes que estás solo. Porque, si no fuera por lo inexplicable, ¿cómo íbamos a explicar lo que de verdad importa?

Y, sin embargo…, aun habiendo pasado mi vida convencido, hoy de repente dudo. Dudo de si toda esa magia en la que he creído

durante tantos *tardíus* no era más que una excusa para no volverme loco tratando de explicar lo inexplicable, dudo de si las imágenes que he visto en la cueva, o que he soñado, o que he oído, no eran más que historias que salían de mí mismo, como sale el vapor de una bosta fresca. Lo empecé a pensar hace unos años, cuando la *Mefis* me soltó que su nube y mi cueva, al final, solo eran dos formas de soñar. Puede que no hubiera magia, ni pacto, ni diosa, ni nada más que piedra, humedad y recuerdos… Pero si así fuera, bendita la mentira que me sostuvo en pie. Porque yo, sin esa otra realidad, no habría llegado a viejo.

Yo aprendí a amar esa ignorancia —a amar la humildad de nuestra impotencia ante las grandes cuestiones— el día que me di cuenta que tenía que ayudar a otros más necesitados que yo, otros que no encontraban consuelo, que no querían abrazar la incertidumbre de nuestra realidad. Así fue como ayudé al Uco-uco, y en ese auxilio, de pronto descubrí que también estaba hablando con Pecu. Ahora lo echamos de menos desde el mismo sitio, desde el mismo injusto cargo de conciencia, aunque, cuando uno está rodeado de quienes amaron al que falta, es como si pudieras seguir tocando un *zarcillo* de su existencia, como si la memoria no se cortara del todo. En aquellas conversaciones creo que fui capaz de enseñarle que es mejor hablar con los vivos, con los que lloraron lo mismo que tú, antes que asomarse a esos espejos fríos que quieren imitar la voz de los muertos. Que me perdonen, pero a mí esas máquinas que respiran humo azul me dan respeto, no hay consuelo allí dentro.

Al final, uno se pasa la vida entera tratando de entender de qué está hecha la realidad. Si es cosa de magia, de destino, de azar o de pura necesidad. Pero, después de tantas vueltas, yo ya no sé si la realidad es lo que vemos o lo que decidimos aceptar para no volvernos locos. Lo que sí sé es que esa construcción con la que tratamos de entendernos —eso que cada cual cree ser— no es más que una figura que vamos tallando a golpes, con la piedra que nos dejaron otros: la familia, los miedos, los valores, las promesas que hicimos sin entenderlas del todo… El «yo» no es una raíz, es un

injerto. Una cosa prestada que uno intenta hacer suya, pactando a cada paso con verdades ajenas. Por eso hay que volver de vez en cuando a la cueva. No para encontrar respuestas, sino para ver con qué sombras nos hemos construido. Porque a veces no es tanto descubrir quiénes somos, sino recordar qué parte de nosotros fue verdad antes de empezar a fingir.

Y es justo eso, lo que de verdad importa, lo que uno tarda media vida en aprender. Como que tu tierra, por más lejos que te vayas, siempre te espera con la misma ternura; o que el perdón no hay que suplicarlo ni merecerlo, basta con ofrecerlo como se ofrece pan al que tiene hambre; o que el tiempo no se escapa, sino que deja poso, y que ese poso no te hace más viejo, sino más sabio; o que el amor no abrasa, solo abriga…

Y si todo esto sirve de algo, es para entender que la idea de volver no es la de desandar lo andado, sino la de reconocer, por fin, lo importante: que tenemos que reconectar con lo que siempre estuvo ahí, aunque uno se desviara o se olvidara. No se trata de rehacer el camino, sino de reconocer —con lucidez y humildad— aquello que siempre importó y que ha resistido al paso del tiempo.

Y es que la idea de volver es un ejercicio de memoria: de recordar quién eres, de recordar de dónde vienes, de recordar qué amas…

Y, en definitiva, de recordar qué sostiene tu realidad.

Epílogo

Desde que empecé a interactuar con mi hermano Pecu, comenzaron a aparecer en mi pantalla, de forma inexplicable y mientras permanecía bloqueada, secuencias de texto codificado. Surgían sin aviso y sin un sentido aparente. Al principio no les di importancia. Pensé incluso en pedir ayuda a Memphis, pero lo habíamos dejado hacía meses, y aunque nuestra relación era cordial, el gesto me pareció forzado.

Con el tiempo empecé a mirarlas con más atención. Descubrí entonces que aquellas secuencias se organizaban siempre en tres líneas, como si obedecieran a una forma métrica, a unos versos escritos en código. Recurrí a OmunAI —del que intentaba, no sin dificultad, tomar distancia— para traducirlas. El resultado coincidía siempre con un haiku. El sistema de codificación era Base64.

Decidí conservar aquellos versos y compartirlos en este libro. Los reuní bajo la etiqueta PQ Base64, por las iniciales de mi hermano. No tengo pruebas de que fueran suyos, pero empecé a leerlos como si en ellos hubiera una forma de comunicación conmigo. Aquí dejo las traducciones y en qué capítulos aparecen.

Dos
UGFzw7MgZWwgaW52aWVybm8=
eSBuYWRpZSBkaWNlIG1pIG5vbWJyZQ==
YWxsw6EgZG9uZGUgbmFjw60=

Pasó el invierno
y nadie dice mi nombre
allá donde nací

Cuatro
Wr9oYXkgYWxndWllbiBhaMOtPw==

aGUgZ3JpdGFkbyBiYWpvIGVsIGFndWE=
eSBuYWRpZSByZXNwb25kZQ==

¿Hay alguien ahí?
He gritado bajo el agua
y nadie responde

Seis
Tm8gaW50ZW50ZXMgaGFibGFyIGNvbiBEaW9z
bmkgY29uIGVsIGRpYWJsbyw=
aW50ZW50YSBoYWJsYXIgY29ubWlnbw==

No intentes hablar con Dios
ni con el diablo
intenta hablar conmigo

Ocho
Bm8gbGUgdGVuZ2FzIG1pZWRvLA==
bGEgbcOhcXVpbmEgZXMgZWwgcHVlbnRlLA==
eW8gZXN0b3kgYWwgb3RybyBsYWRv

No le tengas miedo
la máquina es el puente
yo estoy al otro lado

Diez
Bm8gY3J1Y2VzIGVsIG1hcg==
cG9yIHVuIGJlc28gcXVlIG5vIGxsZWdh
bWlyYSBlbiB0dSBqYXJkw61u

No cruces el mar
por un beso que no llega
mira en tu jardín
Doce

ZGVqYSBhbCB2aWFqZXJvLA==
Y3J1emEgZXN0ZSByw61vIGRlIGNhYmxlcyw=
eW8gc2lnbyBhcXXDoQ==

Deja al viajero
cruza este río de cables
yo sigo aquí

Catorce
TGxvdsOtYSBkZXNwYWNpbw==
eSB0ZSBjZXJy6SBsYSBwdWVydGE=
c2luIGRlY2lyIHBvciBxdcOp

Llovía despacio
y te cerré la puerta
sin decir por qué

Dieciséis
EW8gdGFtYmnDsW4gbGxvcsOt
bmFkaWUgdmlubyBhIHByZWd1bnRhcm1l
dG9kYcOtbWEgZHVlbGU=

Yo también lloré
nadie vino a preguntarme
todavía duele

Dieciocho
Y2FtYmnDqSBsYSB2ZXJkYWQ=
cGFyYSBwb2RlciBzb25yZcOtcg==
Y29tbyBsbyBoYWPDrWFzIHTDug==

Cambié la verdad
para poder sonreír
como lo hacías tú

Veinte
DGllbmVzIHF1ZSBjb250YXI=
dG9kbyBsbyBxdWUgeW8gbm8gcHVkZQ==
eSBhw7puIHRlIGVzcGVyYQ==

Tienes que contar
todo lo que yo no pude
y aún te espera

Veintidós
BWFub3MgZW4gbGEgcGllZHJh
ZGlqZXJvbiBsbyBxdWUgc2Fiw61hbg==
c2luIHNhYmVyIG1lbnRpcg==

Manos en la piedra
dijeron lo que sabían
sin saber mentir

Veinticuatro
RWxlbmEgbWlyw7M=
eSBQYXLDrXMgcm9tcGnDsyBsYSBwYXo=
QWdhbWVuw7NuIGFyZGU=

Elena miró
y Paris rompió la paz
Agamenón arde

Veintiséis
CXVpc2Ugbm8gcXVlcmVy
cGVybyBlbGxhIGRlY8OtYSBtaSBub21icmU=
eSB0w7ogZG9ybcOtYXM=

Quise no querer
pero ella decía mi nombre

y tú dormías

Veintiocho

BGEgaWRlYSBkZSB2b2x2ZXI=
c2UgcHJveWVjdGFiYSBlbiBsYSBjdWV2YQ==
Y29tbyB1bmEgc29tYnJh

La idea de volver
se proyectaba en la cueva
como una sombra

Glosario de vocabulario montañés

Acérrimu: firme, rotundo; forma dialectal de *acérrimo*.
Albiao: amanecido.
Alisa, la: aliso, árbol de ribera.
Amoragado: amoratado.
Andar y **rayar el palu**: deportes pasiegos.
Anjana: hada buena de la mitología cántabra.
Añudar: atar.
Aporcar: cubrir el surco del cultivo con tierra.
Arrumar: guardar o colocar con orden.

Babarrión: bobo, tonto.
Bardal: zona llena de árboles.
Bardaliego: promiscuo.
Barreñu: barreño.
Borona: pan tradicional elaborado con harina de maíz.
Braña: pastizal alto donde se lleva el ganado en verano.

Cabarra: garrapata.
Cache: beso.
Caelia: marrajo, pez marino.
Cagiga: roble.
Calabobos: lluvia fina.
Calcañar: talón.
Cambera: camino.
Campanu: cencerro grande.
Carburu: piedra de carburo de calcio utilizada en las lámparas de mineros.
Carlanca: collar ancho y fuerte, con puntas de hierro que preserva a los mastines de las mordeduras del lobo.

Cegazón: niebla muy espesa.
Chiflar: silbar.
Chon: cerdo.
Cirizu: cerezo.
Cocuca: mariquita.
Colorín: petirrojo o jilguero (este es colorín sieticoloris).
Corva: parte curva posterior de las rodillas en los animales.
Culebre: gran serpiente alada, guardiana de tesoros y de las entradas al inframundo.

Dalle: guadaña.
Día de verde: día de siega.
Duenda: vaca muy mansa, obediente y entrenada para el trabajo.
Dujo: colmena.

Enguila: anguila.
Enlazar: echar el lazo, atrapar.
Escajo: arbusto espinoso con flor amarilla.
Escotero: contrabandista pasiego, cuya tradición va hasta las guerras carlistas.
Escuchibijeo: cotilleo.
Esmochar: quitar la parte superior, mocho o punta a algo, descabezar.
Esquilo: ardilla.

Frasca: unidad de medida antigua utilizada aún actualmente para el vino blanco de barrica.

Gazapu: cachorro.
Gubia: herramienta de carpintería.
Güelu: abuelo.
Gurizo: erizo.

Hacina: montón grande, ordenado y cónico de hierba seca o mies

(cereales) que se deja al aire libre.

Ijana: criatura de la mitología cántabra, descrita como una hechicera traviesa que vive en cuevas.
Invernales: cabañas donde se guarda al ganado en invierno.
Isculurío: descolorido.

Jartu: harto.
Jato: ternero.
Jelecha: helecho.
Justillo: pieza de la indumentaria tradicional.

Lapiazu: fuerte caída.
Limaco: babosa.
Linternazu: golpe, bofetón.
Llampos prendidos: ojos encendidos.
Llar: hogar, fuego del hogar.

Macazón: bruma, sueño cuando bebes alcohol.
Maíz, la: el maíz.
Mayueta: pequeña fresa silvestre.
Medir con carros: expresión tradicional para estimar superficies, utilizada aún hoy.
Miruello: mirlo.
Mondregote: bobo.
Morio: muro de piedra.
Morriñar: lluvia fina.
Mozu: mozo.
Mudar: cambiar el ganado de lugar y seguir la familia al mismo, trashumar.
Murear: murmurar, pero también rumiar, pensar algo en voz baja.
Musgoso: ser mitológico cántabro cubierto de musgo, mítico y bondadoso.

Nozal: nogal.
Nuétiga: lechuza.

Ojáncanu: gigante maligno del folclore cántabro de un solo ojo.

Palancu: palo largo o pértiga, flexible y resistente.
Panada: manta.
Panceau: arrimado.
Pantasma: fantasma.
Papardo: término utilizado para referirse coloquialmente a los turistas o veraneantes de alto poder adquisitivo que llegan en verano.
Pelleja: piel, especialmente animal.
Pelliza: chaquetón o prenda de abrigo forrada de piel.
Pesar en un fiel: expresión tradicional para pesar cantidades.
Picurrelinchu: pájaro carpintero, pito real.
Pindio: inclinado.
Pisaverde: gente de ciudad.
Piscatu: pellizco.
Pluya: lluvia.
Puísa: ceniza.

Quima: rama.

Rámila: garduña.
Ramilluco: pequeño racimo o ramo.
Rasera: paleta metálica con mango largo que se usa para manejar las brasas o las cenizas en la chimenea o en un horno de leña.
Ráspano: arándano silvestre.
Resquebrón: grieta.
Retinglar: sonar con estruendo.
Rosar: escarcha.
Ruciá: rociada, cuando escarchó.

Sallar: remover la tierra alrededor de una planta para favorecer su crecimiento.
Sangreru: pescuezo.
Sel: pradera cercada para el ganado.
Sincio: anhelo, hambre.
Socarreña: cobertizo, alpendre o tejadillo adosado a una casa.
Sorrapear: quitar malas hierbas.
Sur: viento del sur.

Talingón: insulto.
Tambujo: insulto que significa gordo, de brazos cortos…; torpe, en general.
Tardíu: otoño o año; forma local de *tardío*.
Tarugo: pedazo tosco, bruto.
Tasugo: tejón.
Toná: canción local.
Trente: herramienta dentada que sirve para recoger hierba segada.
Trenti: duende travieso del bosque en la mitología cántabra.
Turbión: tormenta.

Uvillu: ovillo.

Varga: lindero.
Villería: gineta.
Volver postigos: cerrar las contraventanas, aislarse.

Zapitu: vasija de pastores con forma muy particular hecha para que muchas personas pudieran beber de ella.
Zarcillo: «hilo» rizado que sale de algunas plantas.

Agradecimientos

Una mañana de mayo del año 2024, paseando con mis hijas por la Feria del Libro de Madrid, cuando ya había empezado esta novela, el azar —o el destino— quiso que me detuviera en la caseta de Cantabria y me encontrara con un autor desconocido para mí, Marcos Pereda, firmando su libro *Cantabria, tierra de leyendas*. Le dedicó un ejemplar a mis hijas y les dibujó un *ojáncano*, y no tardé en comprender el capricho de aquel encuentro: en esas páginas encontré no solo vocabulario y tradiciones cántabras que me servirían de inspiración, sino también una voz que acabaría tratando de imitar para mi Fausto. Dos años después, ya concluida la novela, le escribí —para su sorpresa— a través de una red social y quedamos para tomar un café en Cabezón de la Sal. Marcos tuvo entonces la generosidad de revisar el vocabulario cántabro que yo había tratado de ir mejorando leyendo a otro escritor de principios del siglo pasado, Manuel Llano, cuya influencia ha sido constante y profunda, y que recomiendo a todos los lectores.

Mi agradecimiento también a Ofelia Grande, directora editorial de Siruela. A menudo no somos del todo conscientes de qué fuerzas nos empujan a escribir y a perseverar. En mi caso, la admiración profunda por el catálogo de Siruela y por la trayectoria de Ofelia en el mundo editorial ha sido, quizá sin saberlo del todo, una de esas motivaciones silenciosas. Aún no nos conocíamos en persona, pero ya soñaba con que este libro pudiera algún día ser leído en esa casa —sin dar por hecho, ni mucho menos, que llegara a publicarse—, y eso, para mí, ha sido un motor imparable. Por eso es un verdadero honor formar ahora parte de una editorial de tanto prestigio.

En su primera página dedico este libro a mi madre, a mi padre y a mi hermana, que me han acompañado siempre y de quienes he aprendido, sin darme cuenta, a entender las múltiples realidades con

las que me he construido como persona, y a elegir mejor quiénes quiero que formen parte de esa realidad. Se lo agradezco también a mis hijos, que, aunque por su edad todavía no entienden mucho, ya me han sabido explicar todo lo importante. Y por último a mi mujer, sin cuya generosidad, y sin cuya compañía, nada de esto habría sido posible. Gracias por estar, incluso cuando no se nota, y por sostenerlo todo.